

ANTOINE B. DANIEL

# INCA

— 2 —

*El oro de Cuzco*



se

Lectulandia

Después de La princesa del Sol, continúa la lucha de Anamaya en medio del enfrentamiento del pueblo inca con los conquistadores españoles.

La supervivencia de los hijos del Sol está cada vez más amenazada. Pero no son las armas de los conquistadores lo que está marcando el fin del Imperio inca, sino el oro; para Atahualpa y sus súbditos es solo un metal dúctil y bello, pero para los españoles se ha convertido en la principal razón por la que luchar. Así, los conquistadores de Francisco Pizarro imponen su lógica de fuerza y dominio: secuestran al emperador inca y como rescate piden grandes cantidades del precioso metal. Después lo acusan injustamente de traición y es asesinado. Le sucede Manco, que cree posible alcanzar la paz entre su gente y los hombres blancos gracias al discurso de Anamaya, de la cual el nuevo soberano se enamora. Sin embargo, la esperanza de ambos se desvanece cuando los invasores vuelven a demostrar su crueldad imponiendo el catolicismo al pueblo inca.

Los presagios de una lucha sangrienta son cada vez más reales. ¿Conseguirá Anamaya salvar su relación con Gabriel, el joven conquistador, envuelta en una profunda espiral de odio y violencia?

La trilogía Inca es una apasionante historia de amor y de aventura ambientada en el fascinante y misterioso continente americano.

**Lectulandia**

Antoine B. Daniel

# **El oro de Cuzco**

**Inca - 2**

ePub r1.0

Titivillus 01.02.18

Título original: *Inca 2: L'or de Cuzco*

Antoine B. Daniel, 2001

Traducción: Manuel Serrat

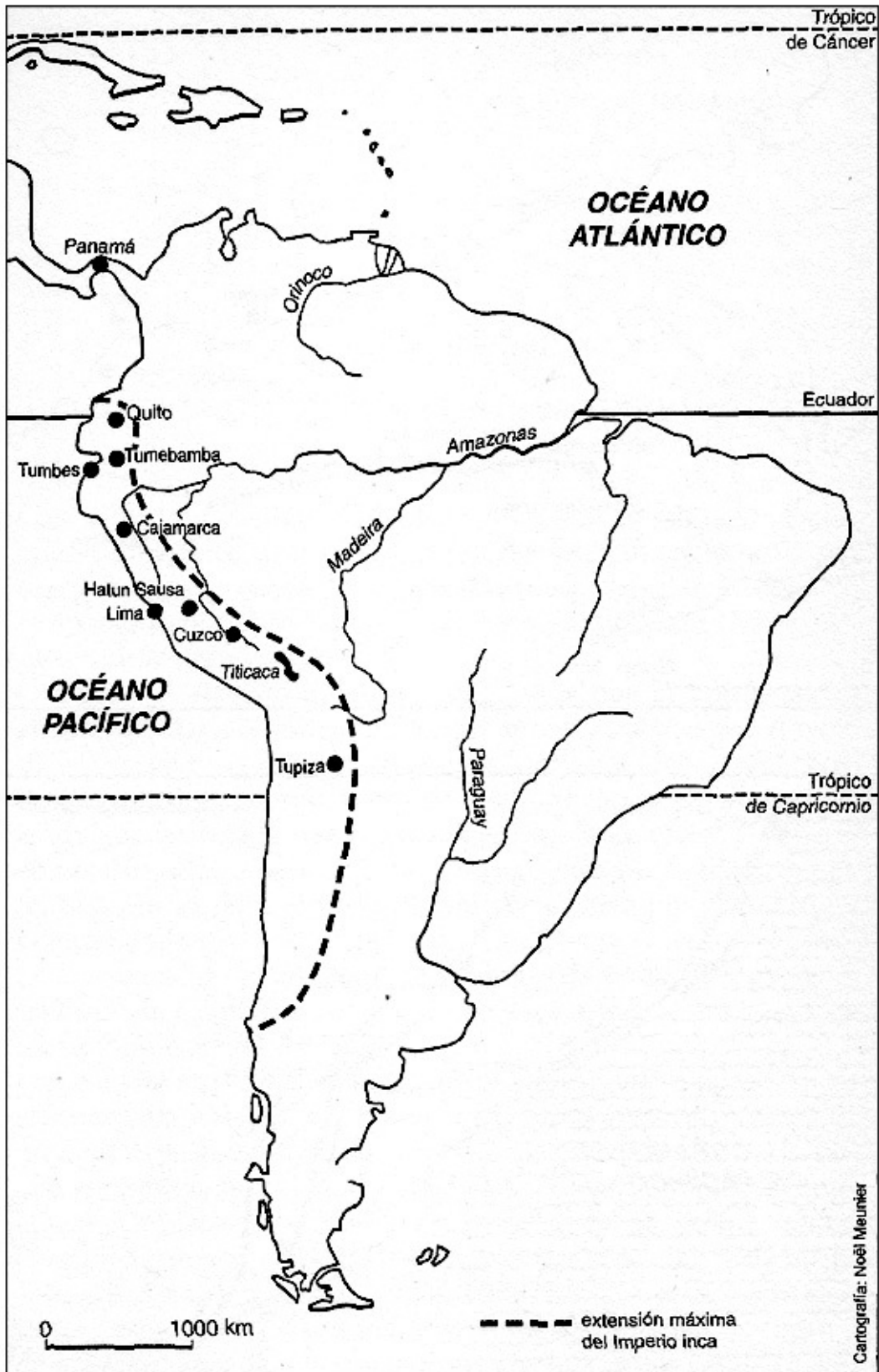
Editor digital: Titivillus

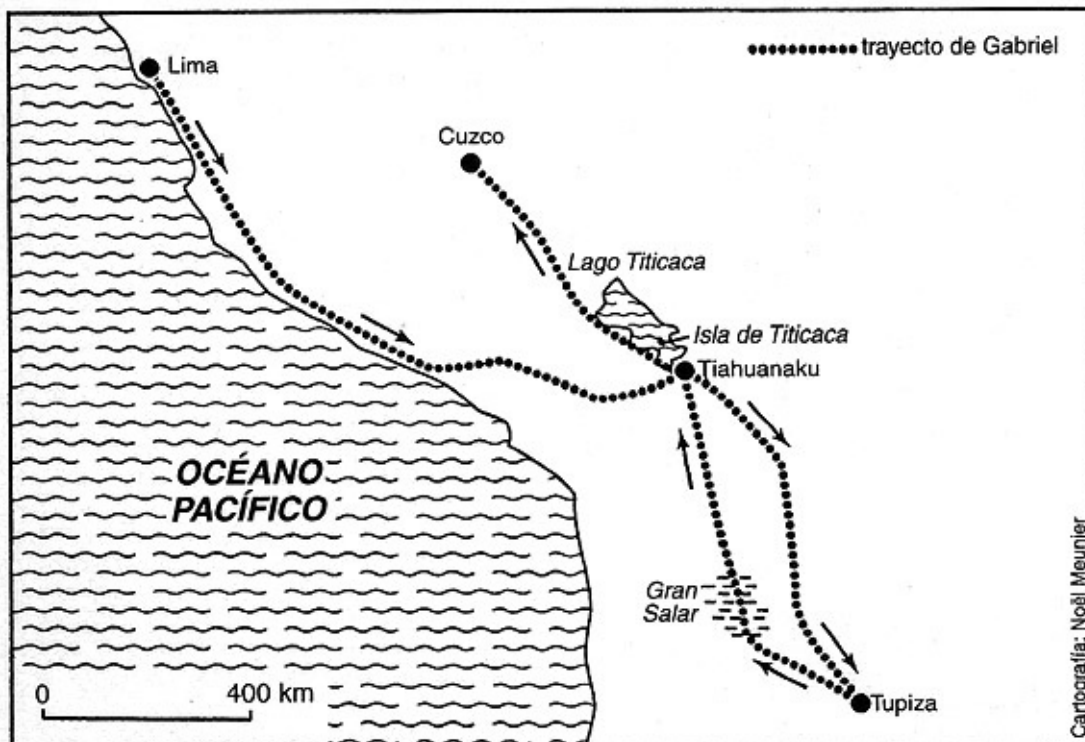
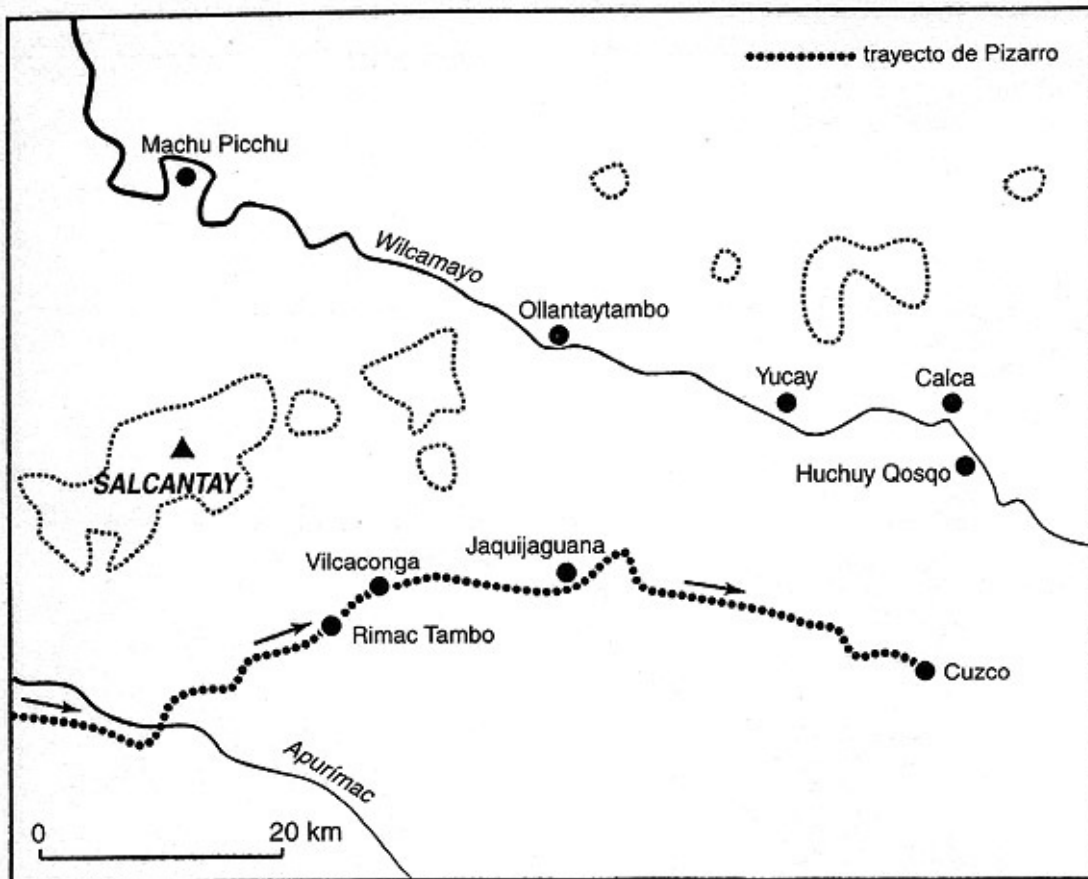
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---





# PRÓLOGO

CORDILLERA DE HUAYLLAS, 5 DE ABRIL DE 1533

Con la brida en la mano, posando con cuidado sus botas en las quebradizas piedras, Gabriel va por delante, precedido solo por dos porteadores que acarrear las telas de las tiendas. El sendero es apenas lo bastante ancho como para que su caballo bayo pueda seguirlo sin asustarse.

Desde el alba, avanzan desorientados por el borde de un acantilado. La bruma es tan espesa que no pueden ver el cielo ni el río, cuyo enorme rugido oyen muy por debajo de ellos. Pero de pronto, como aspirada por una boca gigantesca, la bruma se levanta desde la parte baja del precipicio. Se estira, se amasa luego y se desgarran en las aristas de la roca. Semejante a una caricia, un aliento tibio se desliza por el rostro de Gabriel.

Parpadea, pone una mano en el lomo de su caballo y se queda inmóvil. En un instante, la luz se hace brillante, y el cielo, de un azul puro.

Únicamente entonces descubre que están solo a mitad de camino del abismo. El sendero no asciende por un valle, sino por una fractura en la montaña, tan estrecha que diríase que una hacha gigantesca ha caído allí. Bajo el sol, una miríada de plantas crasas y líquenes agarrados a las paredes del acantilado centellean de humedad. A unas doscientas varas más abajo, el río engrosado por las lluvias de los días precedentes ruge como una fiera, despanzurrado por los remolinos. Va tan lleno de tierra y de grava arrancada a las orillas que sus hirvientes aguas se han hecho de un ocre oscuro, tan espeso como el barro con el que se hace el adobe. Ahí y allá, arrastran troncos, ramas, marañas de hierbas o montones de orquídeas y cantutas.

Echando una mirada a su espalda, como un serpentín coloreado contra el fondo de roca verduzca, Gabriel ve ahora la larga columna que le sigue a cierta distancia: un centenar de porteadores doblegándose bajo las cargas de oro casi tanto como las llamas; albardadas como asnos; tras ellos, algunos españoles tirando de sus caballos por la brida; el penacho rojo sangre del morrión incrustado de plata de Hernando Pizarro, y por fin, la gran litera de su invitado de excepción, el general inca Chalcuchimac.

Hace ahora cinco semanas que salió de Cajamarca para reunirse con el hermano del gobernador, que había partido hacia el sur a buscar oro, tanto como fuera posible. Regresan con la misión perfectamente cumplida, y más aún.

A su manera, tan artera como violenta, sin hacer ascos a los golpes ni a las mentiras, Hernando convenció al primero de los generales del inca de todos los incas, prisionero de Atahuallpa, de que se uniera a ellos. Así, Chalcuchimac, el guerrero inca más terrible, según dicen, le sigue en su litera hasta Cajamarca para unirse a su señor. ¡Apenas le escoltan veinte soldados! A pesar de su desprecio cada día mayor

por el comportamiento de Hernando, Gabriel es incapaz de no admirar la hazaña. Ese modo de capturar pacíficamente al general inca tal vez apacigüe los perpetuos temores de la tropa. Desde lo que los españoles, entre ellos, se complacen en llamar la gran batalla de noviembre, ni un solo soldado se levanta por la mañana sin el temor de tener que afrontar un ataque del ejército de Atahuallpa, al que los rumores consideran aún numeroso y potente...

—¡Hola! —gruñe el Griego a espaldas de Gabriel—. ¿El señor se digna avanzar, o tenemos que quedarnos en este paraje hasta Navidad?

Gabriel sonrío sin replicar. El gigante se muestra gruñón desde la mañana. Probablemente está cansado de tirar de su caballo en vez de cabalgarlo, a menos que la causa de su mal humor sea no tener a su lado a su inseparable compañero, el negro Sebastián, que camina algo más lejos en la columna.

Reemprenden la marcha con prudencia, sujetando las bridas de las monturas muy cerca del bocado, para evitar las espantadas.

Por un momento, suben regularmente, felices al sentir que el sol les calienta el rostro. Luego, una sombra, brevemente, lo oculta. Se desliza como un trazo negro por los flancos del acantilado.

Gabriel levanta la cara: un enorme pájaro planea en la abertura del cañón, con mesurada lentitud, sin dar un aletazo. Aunque esté muy arriba, parece gigantesco.

De media jornada en media jornada, Gabriel cuenta el tiempo, infinitamente lento, que le mantiene aún alejado de Anamaya. Escruta cada cresta de montaña esperando, contra toda lógica, que será la última y que van a bajar, por fin, hacia Cajamarca.

Lo añora todo de ella: su voz, su boca, su nuca, su perfume de hierba seca y de flor pimentada. Quisiera besar sus hombros y su vientre, pero su boca solo respira el frío de la montaña. Por la noche, despierta como si esperase sus caricias, sus susurros, el azul inmenso de su mirada cuando hacen el amor. Sueña con su cuerpo, que ella tiene el arte de ocultarle y entregarle al mismo tiempo; con su dulzura salvaje; con ese modo tan suyo de inclinar la cabeza, entornando los párpados, cuando le susurra que le ama. Ríe al recordar su timidez el día en que le enseñó esa palabra en la lengua de España.

Se levanta, transido, y va a aguardar el alba, envuelto en una manta húmeda. A través de las brumas y de las lluvias, en la cresta de las montañas y en las curvas de los valles, quiere encontrarla, a ella. Entonces, ese Perú, país tan extraño como una estrella clavada en el cielo, le parece magnífico porque es el suyo, el de ella. Y a veces, durante las largas marchas de la jornada, observa los ojos oscuros y temerosos de los porteadores, intentando descifrar algo de ella en sus rasgos.

—¡Eh, soñador! —gruñe bruscamente Pedro de Candía a su espalda, señalando con el dedo enguantado—. ¡Mira lo que nos aguarda!

A trescientos pasos por delante, en una curva del río y algo más abajo, un puente de cuerdas une las dos abruptas caras del cañón. Es un puente tan largo que pende



como un collar sobre un pecho ahuecado.

Gabriel demora el paso. El gigante, con las mejillas pálidas bajo su tupida barba, se le une.

—Eso no me gusta —masculla—. ¡Y a los caballos les gustará menos aún!

Gabriel, sin oírle, silba entre dientes, admirado.

—¡Por Santiago! ¡Cómo lo hicieron para construir eso! —exclama.

—¡Esa es una cuestión que me importa un rábano, compañero! Pregúntate, más bien, cómo vas a pasar por ahí encima y si eso va a aguantar...

—Poniendo un pie delante de otro, supongo —se burla Gabriel—. ¿Acaso tienes miedo, Griego?

—No tengo miedo. ¡No me gusta!

—A fe mía, amigo, que mucho me temo que tendrás que intentar que te guste, o bien deberás transformar tu caballo en Pegaso...

Pedro hace una mueca sin convicción.

Mientras siguen avanzando de nuevo a lo largo del acantilado, descubren en el extremo del camino los monumentales pilares donde se han fijado las cuerdas del puente. Finamente trenzadas, brizna a brizna, tienen el tamaño de un muslo de hombre. Todo un aparejo de cuerdas y nudos forma las barandillas de una obra más larga que los caminos que acaban de tomar.

Gabriel permanece unos instantes petrificado de admiración. Los obreros y arquitectos incas, que no poseen ninguna herramienta de hierro, ni sierra, ni gubia, ni garlopa, han conseguido realizar, sin embargo, una construcción tan elegante como práctica. Tres de las enormes cuerdas sostienen un piso de troncos minuciosamente dispuesto. Para que la superficie sea menos resbaladiza y peligrosa, finos ramajes se ensamblan por encima de los troncos, igualando su superficie.

—¡Por la Santa Virgen! —masculla Candia—. ¡Mira!... ¡Mira, Gabriel, se mueve! Se inclina...

«Es cierto», advierte Gabriel. La masa es pesada. Es una verdadera pendiente que baja hacia el rugiente río, muy por debajo, y oscila suavemente por efecto del viento, que, no obstante, no es muy violento.

—¡Te digo que no aguantará el peso de los caballos! —insiste Pedro.

—¡Despierta, Griego! ¡Te he conocido más valiente! Mira el tamaño de las cuerdas y el peso de los troncos. El paso es sólido...

Al otro lado aparecen unos guardias indios. El resto de la tropa comienza a unírseles, y los portadores esperan en una actitud de displicencia, en la que apunta la curiosidad por debajo de la apatía; que den los extranjeros los primeros pasos con los caballos.

Gabriel se quita el largo pañolón azul, del color de los ojos de Anamaya, que no abandona ya su cuello, y comienza a tapar con él los ojos de su caballo bayo.

—Haz como yo, Pedro —dice—. Ciega a tu caballo; que no vea el vacío ni el río.

Prudentemente, manteniendo alta la brida del bayo, murmurándole palabras que

también a él le reconfortan, Gabriel se mete entre los pilares. Tras unos pocos pasos, está sobre el vacío. Cuanto más avanza más violento se hace el rugido del río, como un ladrido continuo que subiera del abismo.

Lanzando una ojeada entre las cuerdas, ve la columna, la litera del general inca y el penacho del casco de Hernando, que llega a la entrada del puente. Todos le acechan.

—¡Sígueme, Pedro! ¡Todo va bien! —aúlla.

—¡Estoy ya detrás de ti! —grita Candia con su voz estentórea—. No creas que voy a dejarte que hagas el héroe solo.

Gabriel sonrío y aumenta un poco la rapidez de su paso. El bayo le sigue bien; confía en su mano. Descienden fácilmente hacia el punto más bajo del puente. Parece, incluso, que la pendiente aumente. Gabriel debe echar los hombros hacia atrás, como si hundiera a cada paso el tacón de la bota en un fondo lodoso en vez de en ese lecho de ramas. Con la mano izquierda se agarra a las recias cuerdas, mientras los cascos del caballo resbalan y descubren los troncos.

El estruendo del río se hace ensordecedor. Se ve su corriente de barro, las enormes olas que se quiebran contra las rocas en una explosión de espuma tan violenta que una especie de llovizna brota en esta parte del cañón.

Un ruido sordo, un grito, le llega entonces. El bayo topa con su hombro, resoplando ruidosamente. Gabriel se vuelve en el preciso instante en que escucha el berrido de Pedro.

—¡Caguen Dios! ¡Qué mierda de puente!

A Gabriel le falta poco para reírse. El Griego ha resbalado y ha caído de culo; ya tiene una bota en el vacío. Pero su mano no ha soltado la brida del caballo, y el animal, arqueando el cuello y pataleando con las extremidades anteriores, retiene a su dueño.

Echándose a un lado, Candia agarra una cuerda y se pone de rodillas, resoplando. La pluma rosa del morrión, rota, resbala y emprende el vuelo en el vacío, girando suavemente. Tarda mucho tiempo en ser devorada por el furor del río.

—¿Estás bien? —pregunta Gabriel.

—¿Y por qué no voy a estarlo? —grita Candia.

Arriba, en la entrada del puente, Gabriel ve a Hernando rodeado por sus hombres de confianza. Incluso a distancia, incluso tras la sombra de la barba, adivina el odioso desprecio de esa sonrisa.

—Adelante —ruge para sí mismo.

Pero el incidente ha cambiado el equilibrio del puente y parece, extrañamente, haberle dado vida. Al balanceo de derecha a izquierda se añade un raro movimiento de oleaje, como si el piso del puente, de pronto, fuera presa del mar de fondo. Cuanto más avanzan, más fuerte se hace. A cada cresta de la ola, a cada sacudida, el bayo muestra una vacilación. Gabriel tira de la brida, pero la náusea le domina. En un instante, el sudor le pega la camisa y el jubón a las costillas.

Y luego todo cesa de pronto. Están lo bastante cerca de la otra orilla como para que las cuerdas se tensen. Los guardias indios les sonríen. Con la náusea retorciéndole las entrañas y el corazón en la boca, Gabriel acelera el paso y concluye la travesía casi a la carrera. Sin ni siquiera advertirlo, aúlla como en una carga a espada. Los guardias indios dejan de sonreír y, corriendo, desaparecen entre un grupo de edificios rodeados por un muro.

El Griego se le une en la vasta plataforma situada a la salida del puente y se abrazan con grandes risas, palmeándose los hombros.

Durante casi una hora, las llamas y los porteadores indios cruzan el puente sin problemas. La habilidad de los porteadores de la litera del general inca es pasmosa; parece como si se deslizaran a lo largo de las cuerdas sin preocuparse por el balanceo. La propia litera permanece estable y horizontal; apenas si vacilan sus cortinajes.

Por lo que se refiere a los infantes españoles, su habilidad es desigual. Se alientan con grandes gritos inútiles y sus gestos carecen de la mesura y la precisión de los indios. Algunos vomitan sobre el puente; la mayoría de ellos llegan pálidos a la otra orilla.

Sebastián atraviesa sin problemas y va a apostarse tras los dos amigos, saludándolos con un simple parpadeo.

El sol llega pronto a su cénit. Una leve brisa dispersa las últimas nubes que cubren el oeste del valle. Ante la violencia de la luz, los verdes de los arbustos adquieren una profundidad de esmeralda. Cruzando el intenso azul del cielo, no es ya solo un cóndor, sino dos, tres, diez, los que giran en una majestuosa danza. Gabriel es incapaz de no admirarlos; está encantado al ver cómo se acercan cada vez más. Adivina mejor su largo cuello y el enorme pico, curvo como un cuchillo turco. Pero son las alas, sobre todo, las que le impresionan. De un negro absoluto, reflejando el sol como placas de acero damasquinadas e inmensas, parece que permanecen eternamente inmóviles, estremeciéndose solo con los soplos del aire. Por lo que Gabriel puede juzgar, la envergadura de los mayores cóndores supera, con mucho, la longitud de un caballo.

Insensiblemente, su girar se hace más amplio. Incliniéndose en curvas más secas, se alejan aguas arriba. Vuelven tan bajos que, de pronto, a pesar del ruido de las aguas, se escucha una especie de chirrido que vibra en el aire. Los últimos porteadores que cruzan el puente están a medio camino cuando eso sucede.

En parejas, con un largo tallo de bambú en el hombro, del que cuelgan los restos de jóvenes llamas, con las que a los españoles les gusta hacer sus festines, una docena de indios avanzan con prudencia. Han progresado ya mucho y han adoptado el ritmo de la ondulación del puente, salvo un par de retrasados, a quienes, al parecer, les cuesta mantener el equilibrio.

De pronto, los primeros porteadores, con el rostro vuelto hacia el cielo y la

mirada inquieta, interrumpen su avance. Entonces, Gabriel comprende.

Uno de los cóndores vuela tan bajo, tan cerca de las cabezas de los dos últimos porteadores, que parece que va a golpearles. Sorprendidos, los dos indios levantan los brazos para protegerse. Seguidos de inmediato por un segundo cóndor, los restos de la llama caen girando y se zambullen en los rápidos.

Describiendo una graciosa curva, la inmensa rapaz, soberbia e insolente, toma inmediatamente altura para arrojarse de nuevo sobre el puente. Diríase que está furiosa por haber dejado escapar la presa. Sus congéneres entran a su vez en el baile; uno tras otro, con las alas por delante y el cuello en el immaculado collarín, pican hacia los porteadores, tendidos ahora en el puente y aullando de terror.

Gabriel, por fin, consigue oírlos.

—¡Kuntur! ¡Kuntur!

Ante la estupefacta mirada de todos los que están en la orilla, dos indios blanden los restos de llama por encima de las cuerdas del puente.

El último cóndor, majestuoso, se acerca a ellos tan lentamente que diríase que va a posarse. Abre unas garras tan largas como la mano de un hombre, toma la presa y se la lleva hacia el cielo.

Gabriel, jadeante, escucha el rugido que brota de la boca de los indios mientras las aves desaparecen.

—¡Kuntur! Kuntur...

—Pero ¿qué les pasa, Dios mío? —pregunta el Griego con los ojos aún muy abiertos.

—El cóndor es un animal sagrado para ellos —explica Gabriel—. Los incas ven en él un mensajero de su Dios Sol...

No tiene tiempo de decir nada más. Un rugido de furor le obliga a volverse.

Hernando, desde la entrada del puente, insulta a los porteadores que llegan corriendo.

—¡Pandilla de jodidos estúpidos! ¡Tenéis miedo de los pájaros! ¿Quién os ha autorizado a tirar las llamas?

Los porteadores, aún con el miedo en los ojos, se quedan inmóviles a pocos pasos del hermano del gobernador. Hernando agarra bruscamente del hombro a Felipillo, el traductor que los sigue desde el desembarco de Tumbes.

—¡Diles a esos monos que no quiero que se malgaste la comida! —ordena.

Felipillo murmura unas palabras.

—Dicen que hay que alimentar al cóndor cuando tiene hambre; si no, el Dios Sol se encolerizará —responde de modo casi inaudible y con la cabeza gacha el indio de más edad.

—¡Malditos salvajes! —aúlla Hernando—. Alimentar a los pájaros. ¿Y qué más? ¡Ya os daré yo cólera del sol! Mi cólera es lo que vais a conocer...

Dando tres pasos, Hernando pasa de nuevo bajo los pilares, agarra al viejo porteador y, con un movimiento de cadera, lo levanta y lo arroja por encima de las

cuerdas del puente con un grito de leñador.

Sin creer lo que está viendo, Gabriel advierte el estupor en los rostros, la mano abierta de par en par del porteador que cae al vacío, su boca abierta para lanzar un grito que no brota. Luego, el hombre solo es un muñeco que gesticula. Choca con una arista rocosa que lo lanza al río como una pasta blanda. Y desaparece allí como si nunca hubiera existido.

Acompasado por el silencio, Hernando se vuelve hacia los españoles y sonrío.

—Ese era uno que, al parecer, no sabía volar —dice con siniestra alegría.

Los indios se han quedado atónitos; ni siquiera se atreven a mirar hacia el torrente. Sebastián no ha podido contener un hipo de sorpresa, y su perpetua sonrisa se ha convertido en una mueca; el esclavo, con el rostro grisáceo, tiembla de impotencia. Gabriel, poseído por la rabia, se acerca a Hernando como si debiera mover un cuerpo de plomo. Se planta ante el hermano del gobernador; está tan cerca que siente el aliento en sus mejillas.

—¡Don Hernando, sois una mierda hedionda!

Hernando no responde. Sus ojos se achican hasta convertirse en rajas por las que brilla un odio profundo e infinito.

—No os he oído, estiércol bastardo —dice, por fin, en voz baja.

—Vuestra presencia apesta el aire, don Hernando. No sois un hombre ni un cristiano. Avergonzáis vuestro nombre. ¡Vuestra sangre es lodo, y vuestro cerebro está podrido desde hace mucho tiempo!

—¡Por Cristo!

La espada de Hernando sale de la vaina. Gabriel solo tiene tiempo de inclinar los hombros para evitar la hoja que busca su garganta.

—¡Aah!

Vociferando, Hernando azota el aire y se dobla, pero, una vez más, Gabriel ha sido más rápido. Con los brazos lejos del cuerpo y un ágil movimiento, se ha apartado de un salto.

—El día en que reventéis, don Hernando —dice de nuevo Gabriel, aunque con la voz menos temblorosa, casi divertida—, ni siquiera los carroñeros os querrán.

—¡Batíos! —gruñe Hernando, rechazando el morrión para mayor comodidad—. ¡Tomad vuestra espada, pellejo de bastardo!

A su alrededor, todos retroceden. La flexible hoja de Gabriel chirría y brilla cuando la desenvaina con un fácil movimiento de muñeca. Los aceros se golpean zumbando. Por un instante, parecen demorarse, como si se hubiera formado entre ambos un bloque invisible, infranqueable.

Y luego, Hernando se lanza. Su hoja se desliza por la de Gabriel, que detiene con la rodilla y el talle doblados, levantando la espada por encima de su hombro. Las guardas se golpean con fuerza. Gabriel rechaza a Hernando y se libera girando y con una sonrisa en los labios. El hermano del gobernador es pesado, jadea de rabia, está embrutecido por la violencia. Azota el vacío con la hoja, como un perro lo agita con

la cola. Gabriel se limita, ahora, a parar con pequeños movimientos. Lee un loco furor en los ojos de Hernando. Entonces, de un salto, se acerca, con el busto de perfil. Su hoja se desliza bajo la espada de Hernando y la envuelve ágilmente. Con toda la fuerza de su brazo, Gabriel se apoya en las armas y, con un potente golpe de muñeca, libera su brazo a la derecha.

Con un doblar de campana, la espada de Hernando vuela a los pies de Candia, que no contiene la sonrisa.

Con la punta de la espada pinchando el jubón de su adversario, Gabriel lo empuja y lo obliga a retroceder. Con la boca deformada, los ojos de Hernando dejan aparecer una expresión que Gabriel nunca le había visto. «Tiene miedo», piensa, complacido.

—Ignoráis que el sufrimiento tiene dos caras, don Hernando —susurra—. El miedo en la mirada de los demás os excita, pero ¿qué decís del que ahora os retuerce las tripas? Un esfuerzo más y vuestras calzas tendrán un peso nuevo...

Mientras habla, Gabriel obliga a Hernando a retroceder hasta el borde del río, hasta el mismo lugar desde el que ha tirado al infeliz porteador.

—Apretad, pues, las nalgas; no voy a mataros. Sin embargo, no os quepa duda de que el gobernador don Francisco tendrá que juzgar vuestras fechorías. Traéis mucho oro a Cajamarca, y a un gran general del rey de los incas, pero eso no os excusará en absoluto.

—¡Amenazadme, por la Virgen! Ya veremos quién sufrirá al final.

Hernando se ha reído con sorna, pero todos advierten que lo hace sin ganas. La humillación que acaba de sufrir es demasiado evidente.

—Paz, señores. La lección ha sido dada —interrumpe el Griego, que posa su mano en el brazo de Gabriel—. Dios me es testigo: dos conquistadores no pueden batirse sin dignidad ni peligro para el bien de la conquista. Don Hernando, he aquí vuestra espada. Reemprendamos el camino, si os place.

Hernando y Gabriel se miran de arriba abajo. Gabriel baja su espada, pero es Hernando el que baja los ojos.

Tras ellos, el cortinaje que cierra la litera del general Chalcuchimac vuelve a caer sin ruido.

Cuando la columna se pone en movimiento, Sebastián toma a Gabriel del brazo. Da silenciosamente con él unos pasos. Luego se inclina a su oído.

—Gracias —murmura.

# Primera parte

## CAJAMARCA, 14 DE ABRIL DE 1533, AL ALBA

—Te amo —murmura Anamaya envuelta por la pálida claridad que se levanta sobre Cajamarca.

La noche es oscura aún, pero ya las humaredas que flotan por encima de los techos de paja se tiñen de azul.

Anamaya está sola.

Con paso ligero, abandona el palacio donde Atahualpa es mantenido prisionero. Se ha alejado, viva como una sombra, tomando las estrechas callejas que corren a lo largo de la pendiente que domina la plaza. En poco tiempo llega al río y al camino de acceso a la ruta real.

—Te amo —repite—. ¡Te quiero!

Las palabras acuden a su boca tan fácilmente en la lengua de los españoles que los asombra a todos, conquistadores e indios. Entre los suyos, eso ha despertado, incluso, una antigua desconfianza. Una vez más, han murmurado a su espalda. ¡No importa!

Se desliza corriendo a lo largo de las casas, confundiéndose con la oscuridad de las paredes para escapar de la vista de los guardias que vigilan el palacio de Atahuallpa y la cámara del rescate, donde los tesoros se han acumulado a millares.

La mera visión de esas preciosas cargas parece embriagar a quienes ganaron la batalla de Cajamarca y osaron poner la mano sobre el Único Señor Atahualpa, como si el oro pudiera darles poderes mágicos que no tienen.

En Anamaya, ese pillaje solo provoca una profunda y silenciosa tristeza.

Pero ellos son insaciables. Para llenar más aún la gran sala del rescate, don Hernando Pizarro fue a despojar el templo de Pachacamac, lejos, muy lejos, a la orilla del mar del Sur. Como tardaba en regresar, el gobernador don Francisco Pizarro envió a Gabriel y a algunos hombres de confianza tras las huellas de su hermano.

Gabriel... Deja que el nombre acuda a su corazón; resulta una sonoridad tan extraña y dulce... Evoca el rostro del extranjero de cabellos de sol, su piel tan blanca, la mancha de puma que se agazapa en su hombro y que marca su vínculo, ese vínculo secreto que ella le revelará algún día.

A Gabriel no le gusta el oro. Le ha visto más de una vez permanecer indiferente, molesto incluso, ante el enloquecido gozo de sus compañeros por el mero contacto con las hojas áureas.

Gabriel no acepta que peguen a los indios por una nadería, que los encadenen y los maten.

Gabriel salvó al Único Señor de la espada.

Anamaya recuerda las palabras de Atahualpa cuando poseía aún todos los poderes



del Único Señor. La víspera de la gran batalla, viendo a los extranjeros por primera vez, había murmurado: «Me gustan sus caballos, pero a ellos no los comprendo».

Como él, Anamaya podría decir: «Amo a uno de ellos, el que brincó por mí a través del océano; pero a ellos no los comprendo».

Ha dejado atrás los altos muros de Cajamarca y, trepando por las primeras pendientes de la ruta real, aminora el paso. Las casas de muros de adobe se espacian. La luz del alba se desliza ahora por las laderas de las colinas, despertando los campos de maíz y de quinua, que se estremecen a causa de la brisa matinal. A veces, la sombra de un campesino, doblado ya bajo su carga, se recorta contra la blancura del día que se acerca. El corazón de Anamaya se llena de una inquieta ternura. Hace ademán de correr hacia el hombre para ayudarlo a sostener su fardo. Piensa en la pena que abrumba a su pueblo.

¡Su pueblo! Pues ahora, la que por mucho tiempo fue una extraña niña de mirada azul, la chiquilla demasiado alta, demasiado flaca, sabe que su pueblo está formado por todos los que viven en el reino inca. No hablan todos la misma lengua, no muestran los mismos atavíos y, a menudo, solo en apariencia creen en los mismos dioses. En el pasado, con frecuencia se hicieron la guerra, y el espíritu de la guerra está aún en ellos. Y sin embargo, en su corazón, Anamaya los querría hermanos de sangre.

Cuando llega al collado, el día se ha levantado ya. La luz roza las laderas de las colinas que rodean la ciudad. Espejea en las marismas, avanza por la inmensa llanura y alcanza las colinas donde se oculta el camino de Cuzco.

Como cada vez que va hasta allí, Anamaya no puede contener el flujo de sus recuerdos. Aquellos días, no tan lejanos aún, toda la llanura estaba cubierta por multitud de tiendas blancas del invencible ejército de Atahualpa, el Único Señor que había sabido vencer la crueldad de su hermano Huáscar, el Loco de Cuzco.

Allí abajo, en la ladera opuesta a la que se encuentra, humean las aguas de los baños donde descansaba y daba gracias con un largo ayuno a Inti, su Padre el Sol. Respirando rápidamente, con el corazón en un puño, Anamaya recuerda, como si estuvieran para siempre inscritos en su carne, aquellos días interminables en los que se anunciaba que se acercaban los extranjeros. Entonces, la mayoría se burlaba, y el miedo crecía en ella. Y luego vino aquel crepúsculo en el que, de pronto, estuvo allí, él, Gabriel, tan apuesto, tan atractivo que era incomprensible.

No quiere pensar en lo demás. El Único Señor Atahualpa es ya solo una sombra de sí mismo; se encuentra prisionero en su propio palacio mientras sus templos son destruidos.

Así se consuma la voluntad del Padre Sol.

Así se consuman las terribles palabras del difunto inca Huayna Capac, que había salido a su encuentro con la apariencia de un niño: «Lo viejo se quiebra, lo

excesivamente grande se quiebra, lo excesivamente fuerte no tiene ya fuerzas... Eso es el gran *pachacuti*... Algunos mueren y otros crecen. No tengas temor alguno por ti, Anamaya... Eres la que debes ser. No tengas temor alguno. ¡El puma te acompañará en el tiempo futuro!».

Así, desde el Otro Mundo, el antiguo inca le había anunciado, a la vez, el fin de Atahualpa y la llegada de Gabriel.

En verdad, desde que su boca se posó en la de Gabriel, desde que besó su hombro extrañamente marcado, ha habido muchas cosas que Anamaya no ha conseguido comprender. ¡Son tantas las sensaciones, tantas las emociones desconocidas que ahora viven en ella! Las siente con tanta fuerza que eso le resulta tan cruel como si las garras de un verdadero puma le laceraran el corazón.

Por un lado está lo que significan las palabras *te amo*, que Gabriel tanto se empeñó en enseñarle, hasta montar en cólera porque ella le escuchaba sonriendo, negándose a repetir las.

Y luego está ese misterio: ¿cómo uno de los extranjeros, un enemigo, puede ser el puma que la acompañará en el futuro?

Anamaya camina dulcemente hasta el extremo de la meseta que se alarga en lo alto del collado. En la vertical de la ladera, se envuelve en su capa y se tiende en la hierba, húmeda aún por efecto de la noche. Vuelve la mirada hacia las más altas cimas del este, donde acechan ya los primeros rayos del sol.

Anamaya cierra los ojos. Deja que la luz acaricie sus párpados y borre las lágrimas que han nacido en ellos. Y en cuanto el sol le caldea el rostro, contra el enrojecimiento de sus párpados, se le aparece Gabriel: él, el apuesto extranjero de ojos de brasa, de risa infantil y gestos dulces, de tan pesadas tristezas cuando ella no consigue sonreír, en exceso abatida por el desastre.

Entonces, las palabras vuelven a formarse en sus labios. Ella las susurra como si pudieran volar por encima de la tierra, semejantes a pájaros colibríes: «Te amo».

Al acercarse a Cajamarca, en un impulso que no puede contener, Gabriel espolea su caballo. Al trote, se dirige hacia la cabeza de la columna. La sangre hierve en su corazón. Desde su enfrentamiento con Hernando, hace ya tres noches que no duerme; tres noches pasadas mirando las estrellas, compartiendo la vigilia de los centinelas, en el campamento o en las etapas de los tambos. Pero hoy, por fin, todo ha terminado. Va a verla de nuevo.

Dentro de un rato estará ante sus ojos tan azules y podrá rozar su dulce boca, tan tierna que un beso suyo lo deshace olvidando, así, todas las realidades. Dos leguas más, aún, y podrá ver su alta y delgada silueta, única entre las mujeres indias. Y saberlo le retuerce ya las entrañas.

Espera también que nada le haya sucedido durante su ausencia. Cuando salió de Cajamarca, se anunciaba la llegada del mariscal Almagro, el viejo cómplice de don

Francisco, con más caballos y hombres...

Tiembla de alegría y, sin embargo, si se atreviera, soltaría un gran grito para expulsar su miedo.

Deja atrás las parihuelas llevadas por los indios, donde reposan los objetos más pesados: una gran pila de oro, una estatua de oro, un sitial de oro, placas murales de los templos de oro. ¡Oro, oro! Lo hay en todas partes; en cestas de mimbre, en sacos de piel, en las albardas de tapicería. Los porteadores se doblan bajo el peso de las cargas, las llamas desaparecen entre tesoros. La columna se demora por ello, como si toda su tropa se hubiera cargado así, desde Jauja, con todo el oro y la plata del Perú...

Y pensar que es solo una muestra: corre el rumor de que esos tesoros no son nada comparados con los que pronto llegarán de Cuzco, adonde el gobernador envió tres hombres uno de ellos el execrable Pedro Martín de Moguer, en una misión de reconocimiento.

Los jinetes españoles están ojo avizor a cada instante. Nerviosos, negra la mirada a pesar de la docilidad de los indios, acechan la menor señal de agitación. Gabriel no tiene muchos amigos entre ellos. Son todos hombres de Hernando. Su enemistad personal con el hermano del gobernador es conocida desde hace mucho tiempo... Su duelo la ha convertido en un odio gélido. Por prudencia más que por sabiduría, el hermano del penacho rojo hace cualquier cosa para evitar a Gabriel.

Cuando llega a la altura de las literas de los dos sumos sacerdotes del templo de Pachacamac, que Hernando consideró oportuno encadenar, oye una voz familiar.

—¿Tiene prisa, vuestra gracia?

Gabriel tira brutalmente de las riendas. Dócil, dando una graciosa vuelta, su caballo se coloca junto a Sebastián. Hace ya veinte días que el gran negro, su raro amigo y confidente desde las primeras horas de la epopeya, va a pie. El precio de los caballos se ha hecho inabordable, y don Hernando le prohibió tomar prestada la montura de un hombre que murió por enfermedad dos días antes de que salieran de Pachacamac.

Las palabras del insulto perforan aún los oídos de ambos amigos: «¡Hola, morenucho! ¿Por quién te tomas? ¿Acaso has olvidado que solo se ofrece un caballo a los caballeros que llevan espada? ¡Darles a los indios patadas en el culo no te da derecho a creerte un hombre!».

Inclinándose sobre el cuello de la montura, Gabriel estrecha con calor la mano que le tiende Sebastián. El gigante negro no tiene caballo, pero su jubón de cuero es nuevo y flexible como una segunda piel. Las calzas, confeccionadas con una amplia clase de tejidos llegados de España a Cajamarca, son, al parecer, la última moda de Castilla: ahuecadas, con anchas cuchilladas verdes, rojas, amarillas o azul pálido, tanto de terciopelo como de satén, e incluso con un poco de encaje en el cordón que las ciñe a las botas. Cuando las vio por primera vez, Gabriel, siempre tan sobrio en su atavío, dijo que tenía la impresión de hallarse ante un cortejo de doncellas de Toledo que se hubieran tapado las nalgas con sus corpiños.

—¿Adónde vas tan de prisa? —pregunta Sebastián.

—Por aquí hiede —gruñe Gabriel, lanzando una mirada a la guardia de Hernando—. Necesito respirar un aire más puro.

El gigante negro le sonrío, malicioso.

—¡Oh! Creí que sentías una impaciencia de naturaleza más... elevada.

Gabriel esboza una sonrisa.

—¿Qué otra cosa podía ser, en verdad, que mi prisa por dar cuentas de mi misión al gobernador?

—No veo nada más, en efecto.

Sebastián inclina la cabeza, silencioso y sin bromear ya. La mirada de Gabriel se posa en las crestas que rodean Cajamarca. Hace unos meses, este paisaje desconocido solo albergaba amenazas. Ahora se ha hecho familiar, casi amistoso. Y, claro está, contiene la más hermosa de las promesas.

De pronto, Gabriel saca su pie derecho del estribo y descabalga con agilidad. Con una mano, guía al caballo; con la otra, rodea los hombros de Sebastián. Se inclina hacia él.

—Tienes razón —dice en voz baja y con los ojos brillantes—, tengo prisa... Y eso nada tiene que ver con esa basura de Hernando...

—¿Y bien?

Gabriel hace un vago gesto que abarca las colinas.

—Ella dice que no puede casarse conmigo. Es una especie de sacerdotisa de su antigua religión... No le está permitido, ni siquiera puede casarse con un indio. Pero...

—¿Pero?

—... pero la amo. Maldición, Sebastián. Solo con pensar en ella mi corazón estalla como una bala de metralla. La amo como si nunca hubiera sabido lo que eso significa.

Sebastián suelta la carcajada.

—Haz como yo, amigo. Ama a varias al mismo tiempo. Una aquí, otra allá, pero siempre una para quererte. Un tierno lecho aquí, un lecho ardiente allá... ¡Así sabrás lo que significa amar!

La desaprobación se mezcla con la sonrisa de Gabriel cuando vuelve a montar a caballo.

—A veces, compañero, me gustaría que dejaras por un instante de burlarte...

Sebastián esboza una sonrisa, pero su mirada sigue siendo tan negra como su piel.

—También yo lo querría a veces. Y luego...

—Y luego ¿qué?

La columna ha reducido la marcha, se ha alargado y, después, se ha detenido. La ruta real se estrecha ya al acercarse al último collado por encima de Cajamarca.

—Y luego ¿qué? —insiste Gabriel.

Sebastián sacude la cabeza. Con un gesto, invita a Gabriel a adelantarse

galopando.

—Te lo diré en otra ocasión, cuando estés menos impaciente.

El redoble que despierta sobresaltada a Anamaya no es el de su corazón. Lo que oye subir de la tierra son los pasos de hombres y caballos. Se incorpora a medias y se oculta en un seto de acacias y pitas, a poca distancia de la vía real.

Un rebaño de llamas que pastaba en paz en los prados vecinos surge muy cerca de ella y huye con nerviosos brincos hacia el otro lado del collado. El peculiar tintineo de las armas de hierro de los españoles resuena en el aire tibio. Crece lentamente, mezclado con risas, gritos y el chasquido de los cascos en las losas de piedra.

Los adivina saliendo de un bosquecillo, al pie de la pendiente. Las picas y los penachos coloreados de los jinetes, primero; luego, los rostros oscuros por la barba bajo los morriones; los portadores indios; los españoles que van a pie. Poco a poco, la larga columna dirigida por el hermano del gobernador aparece al completo.

Anamaya respira a pequeñas y rápidas bocanadas. Lo busca con los ojos.

Pero por mucho que escruta los rostros, los atavíos y los sombreros de los jinetes, no parece que Gabriel esté entre esos hombres que se acercan al collado. No reconoce su jubón negro ni su caballo bayo con una larga mancha blanca en la grupa. No distingue el pañuelo azul que siempre lleva al cuello —para «tener consigo el color de sus ojos», dice—, y que suele permitirle verlo desde lejos. Los dedos de Anamaya tiemblan sin que ni siquiera lo advierta. Su corazón palpita con demasiada fuerza. Le avergüenza su temor, pero tira de una rama baja para ver mejor, aun a riesgo de ser vista a su vez.

Por fin, surge la mancha azul del pañuelo, fugaz, tras una litera. Divisa el caballo bayo. La sacude una involuntaria risita.

Y se hiela en su boca.

Su mirada no se dirige a Gabriel. Queda clavada en los cortinajes que cierran la litera. Reconoce sus motivos y sus colores, las líneas de través, formadas por rectángulos y triángulos de un rojo sangre, oro y azul celeste.

Es la litera del general Chalcuchimac, el más poderoso de los guerreros de Atahuallpa.

¡Así pues, los extranjeros lo han convencido para que vaya hasta la prisión del Único Señor! ¿Con qué trampa? ¿Con qué traición? Ahora, todos los poderosos señores del clan de Atahuallpa serán prisioneros.

Anamaya ve a Gabriel pasando ante la litera, a la que parece proteger. Su corazón no palpita ya tan rápidamente por el gozo de volver a verlo. Su alegría está sembrada de sombras. Se reprocha esta tristeza.

Sabe muy bien cómo son las cosas. Sabe mejor que nadie lo que va a suceder con el Único Señor.

Un grito la obliga a volverse. Procedente del otro lado del collado, un pequeño

grupo de jinetes sufre en la abrupta pendiente. El primero de los españoles es el gobernador Francisco Pizarro; va en cabeza, vestido todo de negro, con la barba gris posada en un extraño tejido blanco lleno de agujeros. Algo más atrás, batallando para mantenerse a su altura, enclenque y pequeño en una yegua demasiado grande para él, llega Almagro, cuyo rostro da miedo. Una venda de tejido verde le cubre un ojo. Tiene la piel picada de viruelas, agrietada, recorrida por manchas rojizas que los ralos pelos de su barba no consiguen disimular. Su boca es gruesa, y sus dientes, escasos. Sin embargo, cuando habla, su voz es a veces dulce, casi doliente.

Un grito resuena de nuevo en el aire; luego, otros. Vibran las risas, y las picas se levantan y se agitan. Cuando los jinetes de la larga columna están ya solo a un tiro de piedra, don Francisco descabalga ágilmente de un salto y avanza hacia su hermano con los brazos abiertos.

Antes incluso de que se abracen, Anamaya ha llegado ya a las altas hierbas y corre hacia la ciudad por el escarpado sendero de los pastores.

La última pendiente del collado es empinada para los caballos. Con las riendas tensas, a la altura del pecho, Gabriel guía con prudencia su montura. Las losas están resbaladizas y los porteadores vacilan. Cuando se acerca, las conversaciones se interrumpen: entre los indios se sabe que habla un poco su lengua.

Llamadas y gritos brotan en la cabeza de la columna. Gabriel empuja su caballo y se aleja de la litera del general inca. Arriba, en el terraplén que forma el collado, divisa a Hernando Pizarro reuniéndose con su hermano Francisco.

Gabriel no puede contener una sonrisa irónica. Don Francisco se ha puesto sus mejores galas para recibir a su hermano. Una gorguera de encaje de Cádiz, que ha debido de costar su peso en oro para llegar a su cuello, pone de relieve su barba finamente recortada. Pero sean cuales sean los esfuerzos del gobernador, su hermano Hernando, más alto, más confiado en la fuerza de su cuerpo y en la nobleza de su origen, es el que tiene el aspecto de un verdadero príncipe.

Ante los ojos de toda la tropa, ambos hermanos se estrechan en un abrazo de demostración. Algo más retirados, los dos hermanos más jóvenes del gobernador, el apuesto Gonzalo, con sus bucles oscuros, y el pequeño Juan, con la peca en el cuello, los contemplan con el sombrero en la mano y la risa en los dientes.

Gabriel sabe lo que valen esas pintas. Un cuerpo de barrica, cuya faz huraña es de una fealdad como para asustar a los niños, atrae su mirada. Aunque lo ha visto muy pocas veces, hace años ya y antes de la partida hacia las costas del Perú, Gabriel lo reconoce en el acto.

Así pues, durante su ausencia, don Diego de Almagro ha llegado, en efecto, de Panamá. Aquel que, desde hace diez años, paga con su persona y su dinero para sostener la más loca empresa de don Francisco; el que sueña con convertirse en adelantado junto a su viejo compañero, gobernador ya; aquel a quien el rey Carlos V

solo ha nombrado lugarteniente de la plaza de Tumbes, con un miserable salario y apenas un título de hidalgo, viene ahora a reclamar lo suyo.

Los porteadores reanudan la lenta marcha hacia adelante, prudentes mientras descienden por los anchos peldaños, siempre resbaladizos, de la bajada que se zambulle en las primeras calles de la ciudad. El intérprete Felipillo, con los delgados labios cerrados, la mirada móvil y huidiza, no abandona la litera más rica, la más decorada, la de Chalcuchimac.

Mientras el cortejo llega muy cerca de la plaza donde han penetrado ya el gobernador, sus hermanos y don Diego de Almagro, las cortinas de la litera se entreabren. Gabriel ve aparecer una mano poderosa, lo bastante ancha como para destrozar el cuello de una llama.

Felipillo acude, se inclina con respeto y murmura unas palabras que Gabriel no puede captar.

Cuando se incorpora, Felipillo aúlla una orden. Los porteadores de la litera se quedan inmóviles, con los ojos bajos. El cortinaje que cierra la litera se levanta y se abre de par en par.

El general Chalcuchimac lleva un magnífico *unku* de algodón y lana. El tejido de la túnica está sembrado de lentejuelas de oro. A la altura del talle, unos finísimos *tocapus* dibujan una franja púrpura. Sus cabellos, tupidos y largos hasta los hombros, ocultan a medias los tapones de las orejas. Aunque son de oro, parecen más pequeños que los de otros nobles que Gabriel ha podido ver. Sin embargo, el rostro de Chalcuchimac obliga al respeto. Es difícil calcularle una edad, pero tiene el poder y la impasibilidad de una estatua, como si hubiera sido tallado en un bloque de la roca sagrada de las montañas.

Avanza su cuerpo y lanza una breve mirada a Gabriel. Unas palabras cruzan sus labios.

—Debo ir a ver a mi dueño.

Las palabras suenan como un gruñido. Gabriel no está seguro de lo que ha comprendido. Sin embargo, Felipillo se atarea al pie de la litera. El general inca levanta la mano y lo rechaza sin ni siquiera tocarlo.

Se aleja ágilmente de su litera, avanza hacia uno de los porteadores y le arranca la carga. El indio queda tembloroso, con las manos vacías y la mirada clavada en el suelo.

Chalcuchimac se echa a la espalda la enorme cesta, y así, doblado por el peso, hace su entrada en la ciudad.

—Ahora —afirma lentamente Atahuallpa— van a liberarme.

El Único Señor está sentado en su trípode real, con una capa de lana fina en los hombros. Su voz es sorda. Apenas parece romper el silencio.

La habitación es grande y siempre está a oscuras. Ni el aire ni la luz penetran en

ella, y el humo de los braseros ha ennegrecido las piedras, la parte alta de los tapices púrpura y las vigas del armazón. Numerosas hornacinas están vacías o solo contienen magníficos jarros rituales, de madera esculpida, para la cerveza sagrada. La mayoría de los recipientes de oro, los cubiletes de plata, las estatuillas de divinidades, todo está amontonado, desde hace mucho tiempo, en la cámara del rescate.

Como en cada visita de Anamaya, el Único Señor ha hecho salir a las siervas, las mujeres, las concubinas. La intimidad de un instante es cuanto le queda de su antigua libertad.

Por la abertura que da al patio del palacio, el sol solo entra hasta el umbral. Dibuja en las losas un pálido rectángulo amarillo.

La silueta de Atahuallpa se desprende a duras penas de las sombras. Anamaya no puede evitar un estremecimiento al pensar que aquel que fue el inca de todos los incas, deslumbrante de sol, se desliza lentamente hacia el Mundo de Abajo.

El *llautu*, la diadema real, sigue en su frente, con las plumas negras y blancas del *curiringa*, el supremo signo del poder del Único Señor. Anamaya advierte que no lleva ya taponos de oro en las orejas. El lóbulo izquierdo, abierto como un anillo de carne muerta, pende hasta su hombro. Sus esposas han tejido una franja de fina alpaca que le ciñe el pelo para disimular el lóbulo desgarrado de la otra oreja.

Anamaya evita mirar los lamentables signos de un poder que se esfuma. Día tras día, le parece que Atahuallpa se vacía de su alma. Las vírgenes tejen aún sus túnicas para cada nueva jornada. Le ofrecen su alimento en cerámicas que nadie más utiliza. Los de su casa, mujeres u hombres, los escasos poderosos que están también prisioneros en los palacios de Cajamarca, temen sus palabras como antes. Los extranjeros se inclinan ante él antes de hablar, y el gobernador español le muestra el respeto que se debe a un señor. Sin embargo, Anamaya es incapaz de no ver en todo ello una mascarada que se desgasta. Ve que el Único Señor se inclina, que su rostro se ablanda, que el rojo de sus ojos se oscurece. Su boca es menos bella e imperiosa; su inmovilidad, en exceso frecuente y pesada. Todo su cuerpo parece extrañamente más pequeño.

Ve desaparecer en él al conquistador, al hijo del gran Huayna Capac. Atahuallpa sigue siendo el Único Señor que vive en el palacio de Cajamarca, pero no es ya el poderoso Hijo del Sol que venció a su hermano loco de Cuzco. Es solo un prisionero sin cadenas y que sueña en su liberación.

Anamaya quisiera decirle lo que acaba de ver en la ruta del collado. Avisarle de que Chalcuchimac está ahí, en su litera, como la primera de las joyas de oro que los extranjeros acarrearán sin cesar. Pero no se atreve.

—Ahora que hay ya bastante oro, van a soltarme —repite Atahuallpa.

—No lo sé —responde Anamaya, apartando los ojos.

—¿Qué dices?

—No lo sé —repite ella.

Atahuallpa endurece su mirada y hace un gesto de hastío mientras señala hacia



afuera, hacia la sala del rescate.

—Elegí la mayor estancia de mi palacio y dibujé en la pared una línea que marcaba la altura que alcanzaría el tesoro de mi rescate. Ya la ha alcanzado.

—Lo recuerdo, Único Señor —aprueba Anamaya con dulzura—. Los extranjeros se reían; pensaban que la locura se había apoderado de ti.

—Yo les indiqué dónde encontrar nuestros objetos de oro y de plata. Les dije que podían tomarlo todo, en todas las casas menos en las que pertenecían a mi padre.

—Lo sé, Único Señor.

Una sonrisa ilumina los ojos de Atahuallpa.

—No ignoro que estoy hablando con la esposa del Hermano-Doble de mi padre... Anamaya hace una pausa imperceptible antes de proseguir.

—Único Señor, quienes partieron hacia Pachacamac están hoy de regreso.

—¿Cómo lo sabes?

Anamaya no responde. No quiere poner de relieve su debilidad.

—Llegan con mucho oro.

Una sonrisa ilumina el rostro del inca.

—¿No es lo que te decía? Voy a ser libre.

—Único Señor —dice ella con voz tan baja que es casi inaudible—, la gran estancia estará llena de oro, de todos nuestros objetos sagrados, tanto de los más antiguos como de los que los orfebres acaban de terminar. Pero los extranjeros no abandonarán tu reino. Querrán llegar hasta la ciudad sagrada. Llenarán la gran sala e irán a tomar el oro de Cuzco. Y aunque te hayan prometido, por su Dios y su rey, no tocar nada de lo que pertenezca a tu padre Huayna Capac, a la mera vista del oro olvidarán su promesa. Lo sabes, Único Señor...

Atahuallpa baja los ojos.

Anamaya no quiere ya callar y prosigue con voz tan dulce como le es posible.

—Otros extranjeros llegan a tu reino, Único Señor. Traen armas y caballos, y también ellos quieren oro.

—Sí —murmura Atahuallpa—. No me gusta el que es tan feo, el que solo tiene un ojo...

Las palabras se traban en la boca de Atahuallpa, como si fuera de nuevo un niño vacilante.

—Almagro es su nombre.

—No me gusta —repite el inca—. ¡Su ojo miente! Él y quienes con él han llegado toman mujeres sin mi permiso. Se ríen si se lo prohíbo. Dice que es amigo de Pizarro, pero veo en su ojo que no es cierto...

—¿Por qué están aquí estos hombres, Único Señor, sino para tomar más y más oro?

—El hermano de Pizarro me protegerá —afirma Atahuallpa—. Es poderoso.

—¿Hernando? Perdóname, Único Señor, pero no te fíes de él. Es artero.

Atahuallpa sacude la cabeza.

—¡No! Es poderoso, y los demás le temen.

—Lo dices porque tiene buena prestancia, la mirada orgullosa y cuida su atavío a diferencia de los demás, que van desastrados, sucios como esos animales que trajeron y que infestan nuestras calles. La pluma sobre su casco es roja, pero su alma es negra.

Una esperanza llena de vergüenza ha invadido el rostro de Atahuallpa, y Anamaya quisiera cerrar los ojos para no ver a aquel a quien el cometa había designado.

—Él prometió que me ayudaría. Si no lo hace...

Su voz baja un poco. Indica a Anamaya, con un signo, que se acerque. La luz vuelve a sus ojos, que brillan con ingenua excitación.

—Si no lo hace, los miles de combatientes reunidos por mis fieles generales vendrán a liberarme. Chalcuchimac está en Jauja, listo. Dirá a los demás...

Anamaya ahoga un grito.

—¡Oh, Único Señor!

Pero durante su vacilación resuenan unos gritos en el patio. Un servidor se dobla en el umbral de la estancia. Anamaya sabe lo que va a decir, y su sangre se convierte en hielo.

—Único Señor..., el general Chalcuchimac está aquí. Pregunta si aceptas posar en él los ojos.

Primero, Atahuallpa no se mueve. Luego, el sentido de las palabras encuentra su corazón, y todo el color se retira de su rostro.

—Estoy muerto —susurra.

—¿Debe entrar? —pregunta de nuevo el servidor, que no le ha oído.

—Estoy muerto —repite Atahuallpa.

En la entrada del palacio, Chalcuchimac no ha abandonado la carga que abrumba su espalda. Gabriel lo ve doblado, con los ojos clavados en el suelo, como un suplicante llevando su cruz.

—¡Acabemos con esa jodida comedia! —masculla Almagro—. Lo único que ese mico debe hacer es decirnos dónde se oculta el resto del oro.

Don Francisco levanta la mano enguantada en negro.

—Paciencia, Diego. Paciencia...

Los guerreros incas que protegen la entrada del patio han retrocedido con respeto ante Chalcuchimac. En el centro, en una fuente baja, el agua brota de la boca y la cola de una serpiente de piedra. A su alrededor se abren las corolas de un rojo vivo de las cantutas, la flor de los incas. Una sierva está allí solo para recoger los pétalos marchitos.

Cuando Chalcuchimac, de rodillas, ha llegado hasta la mitad del patio, Atahuallpa sale de su habitación. Gabriel apenas lo ve. Detrás del inca, en la penumbra que oculta en parte sus rasgos, descubre a Anamaya.

Cuando la muchacha posa, por fin, los ojos en él, a duras penas se contiene de dirigirse hacia ella.

Atahualpa se sienta con lentitud en el habitual banco de madera roja, de un palmo de altura aproximadamente. Unas mujeres se acercan, con los ojos clavados en él, dispuestas a servirle.

Chalcuchimac deja, al fin, la carga en las manos del porteador que le ha seguido desde la entrada en la ciudad. Se descalza y levanta las manos, con las palmas vueltas al cielo, hacia el sol oculto.

Las lágrimas corren por su rudo rostro.

Unas palabras escapan de sus labios, y Gabriel solo capta frases de agradecimiento a Inti y balbuceos de amor al inca.

Luego, Chalcuchimac se acerca a su señor. Sin dejar de llorar, le besa el rostro, las manos y los pies.

Atahualpa permanece tan inmóvil como si le rozara un fantasma. Sus ojos se pierden en la lejanía. Gabriel ha visto a menudo al inca de todos los incas, pero no consigue comprender sus reacciones ni las expresiones de su rostro.

—Sé bien venido, Chalcuchimac —dice finalmente Atahualpa con voz monocorde y desprovista de calidez.

Chalcuchimac se yergue y vuelve de nuevo sus palmas hacia el cielo.

—Si hubiera estado allí —dice con voz vibrante—, nada habría ocurrido. Los extranjeros no habrían puesto sus manos en ti.

Atahualpa se vuelve hacia él. La mirada de Gabriel busca la de Anamaya. Los ojos azules de la muchacha se clavan en los suyos precisamente cuando don Francisco lo agarra del hombro.

—¿Qué están diciendo? —pregunta en voz baja el gobernador, algo impresionado.

—Son palabras de bienvenida.

—Extraño modo de desearse la bienvenida —masculla Pizarro.

Chalcuchimac se incorpora. Su rostro ha recuperado la nobleza y la impassibilidad.

—Esperé tus órdenes, Único Señor —dice en voz baja—. Cada día, cada vez que nuestro Padre el Sol subía por el cielo, yo quería acudir en tu socorro. Pero, ya lo sabes, no podía hacerlo sin tu voluntad. Y nunca llegó el *chaski* trayéndome tu orden. ¡Oh, mi Único Señor!, ¿por qué no me ordenaste que destruyera a los extranjeros?

Atahualpa no responde.

El general inca espera, sin hablar más, una respuesta, una palabra cálida. No llega. No llegará nunca.

—¿Y qué dice ahora? —pregunta de nuevo don Francisco.

Gabriel siente clavada en él la mirada de Anamaya. El azul inmenso y magnífico de sus ojos le habla como sabe hacerlo. Expresa su tristeza, su gravedad. Y, de pronto, Gabriel comprende. Lo que deja tan inmóvil a Atahualpa, lo que le petrifica en ese terrible silencio, es la cólera.

—El general lamenta no haber servido mejor al inca —murmura—. Lamenta que esté prisionero...

Chalcuchimac retrocede dos pasos.

—Esperé tus órdenes, Único Señor —repite—. Estábamos solos. Tus generales, Quizquiz con el capitán Guaypar y también los demás, están solos. Si no les das la orden, no vendrán a liberarte.

Entonces, vuelve la espalda a quien fue una vez su dueño y sale del patio con paso lento y los hombros caídos, como si fuera más cargado que cuando entró.

En la penumbra, Gabriel avanza prudentemente entre los sacos, las cestas y las jarras.

El pasadizo se abre en el propio recinto del palacio, en el fondo de una pequeña estancia donde se conservan los *mullus*, las conchas rosas tan valiosas para los rituales de los incas.

Anamaya se lo hizo descubrir poco tiempo después de la gran batalla. Tuvo que prometerle que guardaría el secreto. Recuerda haber bromeado: «¿Querías que arrastrara por aquí al gobernador?».

Entonces, las palabras entre ambos eran inciertas, los gestos reemplazaban aún las frases y solo las miradas sabían expresar y compartir el amor. Como no siempre tenían la libertad de huir a la cabaña, junto a los manantiales de agua caliente, la de su primera noche, el pasadizo, poco a poco, se fue convirtiendo en su lugar de cita.

Al atravesar la estancia, Gabriel hunde la mano en las grandes jarras de conchas y obtiene con ello una extraña y agradable sensación marina.

La estancia está rodeada de esas hornacinas en forma de trapecio que le son hoy familiares y que, a comienzos de la ocupación española, fueron vaciadas de los objetos de oro que contenían y cubiertas con colgaduras de algodón. Levanta una de ellas con el corazón palpitando.

El túnel se excavó con una leve pendiente hacia arriba. Una fina capa de tierra batida cubre la roca. En los antiguos tiempos, según le explicó Anamaya, atravesaba toda la colina, pasando por el *acllahuasi* y llegando a la fortaleza en forma de caracol, la que los conquistadores comenzaron a derribar en cuanto llegaron y en cuyo emplazamiento construirán una iglesia.

El pasadizo está sorprendentemente seco y limpio, y hay incluso, de vez en cuando, en unos huecos, cofres donde debían de almacenarse algunas reservas de comida y vestimenta. Un rugido asciende de las entrañas de la tierra: son los ríos subterráneos que atraviesan la montaña.

Su mirada no está aún acostumbrada a la oscuridad y grita de sorpresa cuando una mano se posa sobre la suya con una levedad de mariposa.

—¡Anamaya!

La mano de la muchacha vuela hacia su rostro y le cierra los carnosos labios;

acaricia luego sus mejillas devoradas por la barba, sus párpados, su frente. Él intenta besarla, abrazarla, pero ella lo rodea y escapa a la vez. Ríen en voz baja.

Cuando él deja de querer asirla, ella deja de querer huir. Escucha su aliento muy cerca del suyo y adivina su rostro ofrecido. Se sonríen sin verse, envueltos por la oscuridad protectora.

—Aquí estás —susurra ella, por fin.

En su voz percibe una timidez y un pudor tan profundos que le conmueven. Esas simples palabras han hecho un larguísimo camino para llegar hasta sus labios.

Ella está tan cerca que percibe su calidez.

Cuando la atrae hacia él, se abandona, tímida y púdica como su confesión. Los brazos de Gabriel se cierran a su alrededor; siente sus senos duros contra el pecho, sus piernas contra las piernas. Se agarran de pronto el uno al otro, presas del vértigo del deseo, con el vientre y los riñones doloridos.

Toda la fuerza y la violencia que llevan consigo, toda la espera acumulada desde hace días, afluyen de pronto, en un estremecimiento que apaciguan con caricias.

Gabriel solo quiere ser dulzura. Su mano se hunde en la espesa cabellera de Anamaya. Se mantienen inmóviles por unos instantes. Sus corazones palpitan con tanta fuerza que parecen golpearse el uno al otro.

Ella es la que posa los labios en los suyos; ella lo toca, lo descubre, lo rechaza con breves toques para hacer que doble las rodillas y, lentamente, lograr que se tumbe en el suelo.

Gabriel siente bajo su espalda la roca fría.

Siente la boca de Anamaya, que no deja de ir y venir, haciendo correr muy pronto por su rostro, por su cuello, por su garganta, una ola de calidez.

Entonces, sus manos se sueltan y se posan con fuerza en los muslos delgados y musculosos, desnudos bajo la túnica de fina lana. Inmóviles, dejan su huella, y le parece escuchar, mezclándose con el rumor del agua, un murmullo, un nuevo gemido.

Anamaya susurra a su oído palabras que él no comprende, palabras vivas y felices.

«Qué ligera es», piensa cuando sus cuerpos desnudos se abrasan y se funden el uno en el otro.

Luego, las caricias los arrastran, y emprende el vuelo con ella.

## CAJAMARCA, 14 DE ABRIL DE 1533, A MEDIODÍA

Anamaya descansa en su habitación, con los ojos cerrados. La pequeña estancia está bañada en la suave penumbra del crepúsculo. En el palacio del inca, la *Coya Camaquen* tiene el privilegio de disponer de una estancia para ella sola. Pero, al contrario de la de Atahuallpa, las hornacinas están vacías y los tapices han desaparecido. Sus únicos ornamentos son las finas serpientes de piedra que coronan los muros. Sus ondulaciones juegan con la luz y parecen, a veces, hacerse muy reales.

Anamaya sueña en el día en que pueda dormir toda una noche junto a Gabriel, como una esposa junto a su esposo. Pero ¿sucederá alguna vez? Hay tantas cosas imposibles.

Está aún empapada de pasión; siente todo su cuerpo extrañamente pesado y, a la vez, ligero por el bienestar del amor. Una leve brisa agita el cortinaje de la entrada. Parece deslizar una postrera caricia sobre su cuerpo, después de las del amante.

De pronto, un soplo más fuerte de aire la sobresalta.

—¡*Coya Camaquen!*

Es un susurro, apenas un murmullo. Se incorpora sobre sus codos.

—¡*Coya Camaquen!*

Anamaya distingue una forma acurrucada en la penumbra, como un animalillo asustado.

—¿Quién eres? —pregunta en voz muy baja.

—*Coya Camaquen*, necesito tu ayuda...

—¿Quién eres? —repite Anamaya.

Por toda respuesta, solo percibe un jadeo rápido, tenso. Se sienta en la estera y tiende las manos hacia la forma encogida.

—Ven junto a mí... No tengas miedo.

Dulce, tímidamente, la forma se levanta. Aparecen dos ojos vivaces y oscuros, y unos cabellos despeinados. Es una muchacha, casi una niña aún. Tiene el rostro triangular, y viste una sobria túnica manchada de barro y una capa gris, demasiado grande para ella. Avanza, inclinada como si llevara una carga, y se queda inmóvil junto a la estera. En una postura suplicante, posa en ella sus dos manitas, con las palmas hacia arriba y la nuca temblorosa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta Anamaya.

Los ojos negros la miran sin responder.

Anamaya se siente invadida por una infinita ternura hacia la frágil desconocida. Imagina su espanto al deslizarse por entre los guardias y correr a través del patio para llegar hasta ella.

—Si no me hablas —prosigue con fingida severidad—, nunca sabré si puedo

ayudarte.

—Me llamo Inguill y vengo de Cuzco —responde la muchacha en un soplo—. Soy del clan del poderoso señor Manco.

¡Manco! Anamaya tiene un nudo en la garganta.

¡Manco, el amigo fiel a pesar de las guerras y los odios entre clanes! ¡Manco, que huyó, por su consejo, a las colinas de Cajamarca, con el Hermano-Doble de oro, en la terrible noche que siguió a la gran matanza y la captura de Atahualpa!

¡Manco, a quien el difunto inca Huayna Capac, la última vez que fue a visitarla desde el Otro Mundo, designó como «el primer nudo de los tiempos futuros...»!

Presa de súbita inquietud, agarra los hombros de Inguill.

—¿Cómo está?

—Me ha dicho que viniese hacia ti —responde la muchacha algo asustada—. Me ha dicho: «Ve a reunirte con la *Coya Camaquen*; ella sabrá hacerte un lugar a su lado. Ella es la que ve el curso del tiempo ante nosotros...».

Anamaya contiene un suspiro. ¡Si al menos...! ¿Qué le diría hoy a Manco? «No, ya no sé ir al Otro Mundo y el Único Señor Huayna Capac no viene ya a visitarme desde que un extranjero hace vibrar mi corazón y posa sus manos en mí como ningún otro hombre había hecho; un extranjero tan distinto a los demás y que lleva en su carne la marca del puma».

Se limita a sonreír, esbozando una caricia en el hombro de la joven mensajera.

—¡Entonces, está bien!

Inguill inclina la cabeza y se relaja por fin.

—También me ha dicho que no debes preocuparte por él y por el Hermano-Doble. Cada cual está donde debe estar.

Anamaya asiente con un parpadeo.

—Cuéntame sin temor tu historia... —dice.

—Como ya sabes, Huáscar, el que quiso ser el inca en vez del Único Señor Atahualpa, murió poco después de que fuerais vencidos por los extranjeros. Pero incluso desde aquí, desde este palacio de Cajamarca, la venganza que el Único Señor Atahualpa ordenó contra los clanes de Cuzco sumisos a Huáscar fue terrible. Mi familia lo era. Los soldados del Único Señor Atahualpa entraron en la ciudad y mataron a todos los hombres. Aplastaron sus cabezas con mazas de bronce incluso durante el sueño. Luego, cuando la sangre comenzó a correr por los arroyos de las calles en vez del agua sagrada, se nos llevaron. A nosotros, los niños, a las muchachas y a las mujeres... Nos empujaban con sus lanzas. Nos golpeaban, riendo, con los mangos de sus hachas. Decían que iban a dar nuestra sangre para que el puma bebiese y que los cóndores leerían el porvenir en nuestras tripas... Ellos...

Inguill habla con voz tranquila y tímida; no ha temblado hasta ahora. Pero el tono no se quiebra, solo se hace más bajo, tan bajo que Anamaya debe inclinarse muy cerca de ella para oírla.

—Arrancaron del vientre de mi madre el niño que llevaba. Lo cortaron en dos

ante sus ojos antes de que muriese...

Anamaya no responde. No consigue ya distinguir a Inguill. Las lágrimas enturbian sus ojos y le tiembla todo el cuerpo.

Una escena llegada de muy lejos la invade, desgarrando su corazón y despertando un sufrimiento que creía adormecido. El rostro tierno y amante de su propia madre llena su espíritu, y después, la imagen deformada de la piedra lanzada con una honda por el soldado inca penetrando de nuevo en la sien materna. Con una precisión y una lentitud insoportables, ve otra vez a su madre cayendo en el lodo sin soltar su mano. Se ve a sí misma, de pie junto a su madre muerta, sola y perdida.

El dolor le corta el aliento. No existe ya la *Coya Camaquen*, la protegida del gran Huayna Capac, la que salvó a Atahuallpa, la que conoce el futuro del Imperio.

Durante unos segundos, Anamaya es de nuevo aquella niña aterrorizada por la brutalidad de los guerreros; aquella niña sola, a quien las noches no pueden aportar reposo. Apenas es capaz de seguir escuchando a Inguill.

—Cierta noche, los soldados bebieron *chicha* para dar gracias al Padre Sol y a Illapa, el Señor del Rayo y del Trueno, por haber vencido para siempre a los clanes que habían apoyado a Huáscar. Cuando se durmieron, hui. Como no sabía adonde ir, regresé a Cuzco. El poderoso señor Manco vivía allí, oculto en el templo de sus antepasados. Su hermano Paullu acababa de huir de la ciudad para esconderse cerca del lago Titicaca... Y como no tenía ya a nadie de mi familia, ni casa a la que ir, ni hermanas o hermanos, el señor Manco me dijo que me ayudaría si llegaba hasta ti.

—Te ayudaré —murmura Anamaya.

Toma la mano de la niña, que vacila antes de agarrar la de ella; sus dedos están rígidos aún de temor. Poco a poco, Inguill deja de temblar. Entonces, brotan las lágrimas. Cae hacia adelante, apretando la cabeza contra el vientre de Anamaya. Los sollozos le torturan el pecho, entrecortando sus frases.

—Hace lunas y lunas que me marché... Creí que no iba a llegar nunca. Nevaba cuando crucé las montañas de Jauja. Estaba segura de morir... Pero un día vi la columna de los extranjeros... con el general Chalcuchimac. Me deslicé entre los porteadores... ¡Nadie dijo nada! Solo debía acarrear una manta llena de cubiletes de oro durante todo el día...

—Ahora se ha terminado —dice Anamaya, acariciándole la nuca—. Se ha terminado.

Inguill se yergue, orgullosa. Se seca los ojos con el dorso de sus finas muñecas y esboza una sonrisa.

—Aquí, he tenido que tener cuidado con los soldados extranjeros. Por eso no pude venir antes a tu lado. Primero tuve mucho miedo de ellos. Cuando me veían, se reían y querían agarrarme, pero no corren mucho...

Una y otra dejan que se haga el silencio que apacigüe sus alientos. La brisa del norte es ahora algo más fuerte. La cortina en el umbral de la estancia se balancea con más regularidad.



Anamaya mantiene en la suya la mano de Inguill y la siente estremecerse. Inclina la cabeza, casi serena ahora.

—La gran matanza —dice en voz muy baja— borró todo lo que antes era. El orden antiguo ha muerto. Quienes pretenden saber aún y decir lo que es, como adivinar lo que debe ser, son semejantes a niños ciegos que ven la noche en pleno día. Aquí, nadie se ha dado cuenta todavía de ello. El mundo está cabeza abajo; lo que era fuerte se hace débil. Y mañana es solo aún un punto en la oscuridad del cielo, entre las estrellas... Nuestro Padre el Sol y nuestra Madre la Luna nos observan en silencio y no nos dicen lo que debemos hacer. Cada cual actúa a su guisa, y muchos se equivocan. Los extranjeros solo piensan en el oro. Y entre los que sirven al Único Señor Atahuallpa, muchos están poseídos aún por el espíritu de venganza contra los de Cuzco... Debes callar ahora, Inguill. No cuentes a nadie tu historia.

—Lo sé. El señor Manco me dijo: «Habla solo con ella; ella sabrá entenderte».

—A partir de hoy no debes llorar más —añade Anamaya—. Debes sonreír y mostrar lo feliz que eres sirviendo al inca.

—¡Lo que quieras si me guardas a tu lado, *Coya Camaquen!*

Anamaya se pone de pie mientras Inguill la imita de un salto.

—Para empezar, voy a encontrarte ropa...

Inguill la mira con adoración.

—¡Qué hermosa eres...! El señor Manco me dijo que eras la más bella de las mujeres del Imperio de las Cuatro Direcciones... Creía que lo había dicho solo porque te tiene mucho afecto. Pero eres bella, y tus ojos...

—¡No, no digas esas cosas! —protesta Anamaya con excesiva viveza—. Y no lo olvides: cuando no estemos solas, solo debes hablarme si te autorizo a ello.

Como para suavizar la dureza de sus últimas palabras, Anamaya toma en sus manos el rostro de la niña y lo acerca al suyo. Posa la mejilla contra la suya.

—Todos saben que no tengo hermana. Tendré que decir que eres mi sierva; pero, en mi corazón, eres la hermana que el poderoso señor Manco me ha enviado.

—No estoy contento —dice el gobernador Francisco Pizarro, mirando a los ojos a Gabriel—, y sabéis por qué.

—Decídmelo, don Francisco, que yo lo oiga de vuestra boca.

Pizarro suspira. Ha arrastrado al joven fuera de su palacio, lejos de la plaza, por la calleja que sube a lo largo del palacio del mea, hacia la colina donde se halla ese extraño edificio al que llaman «fortaleza» por pura costumbre, aunque ningún soldado ni arma alguna han sido nunca encontrados allí.

—Insultasteis gravemente a mi hermano Hernando y os batisteis en duelo ante los hombres.

—¿Este es el feo cuento que os ha contado?

—¡No os lo consiento!

Pese a la severidad de su tono, Gabriel no está realmente inquieto. Si Hernando hubiera convencido al gobernador, no habría tenido derecho a un paseo por la ciudad, sino a un tribunal como es debido. Prudente, el gobernador ha debido de informarse del incidente por medio de Candia.

—Ganemos tiempo vos y yo, don Francisco. Decid a vuestro hermano que me habéis amenazado con los peores castigos. Y yo aceptaré la humillación de decir que os he presentado una contrición plena y sincera...

¡Si solo fuera eso! Gabriel se siente intrigado por el abatimiento que parece haberse apoderado del gobernador.

—¿De qué diablos se trata, don Francisco? ¿Acaso vuestro hermano ha sido tocado por la gracia divina y, arrepentido de sus crímenes, amenaza con retirarse a un monasterio para expiar sus pecados y morir en olor de santidad?

—¡Dejad ya vuestras burlas de escolar! Mi hermano es un héroe para todos desde que volvió con ese general. Mi hermano es admirado y temido por todos los indios. Y mi hermano exige excusas.

Gabriel suelta una sonora risa.

—Vuestro hermano me conoce muy mal aún. Creía, sin embargo, que la punta de mi espada...

—¡Basta, digo! —vocifera Pizarro, tapándose los oídos—. No quiero saber nada más.

—Entonces, no me pidáis más, don Francisco.

Ambos hombres han llegado al cerro que domina la llanura donde se extiende la ciudad de Cajamarca. A lo lejos distinguen las humaredas de los manantiales calientes de los baños del inca, donde Atahualpa los esperaba.

—Os comprendo —dice Pizarro con voz sorda—, y si estuviera en vuestro lugar, sin duda me negaría. Pero os lo pido de todos modos...

El cambio de tono de Pizarro alerta a Gabriel, que se queda inmóvil esperando lo que va a seguir.

—Necesito a mi hermano. Conozco cada uno de sus vicios, pero necesito su carencia de escrúpulos, su autoridad natural..., y necesito su dinero...

—¡Pero si habéis amontonado un tesoro!

—¡Realmente, no sabéis nada! Ese tesoro no es nada comparado con las montañas de deudas que he acumulado; nada comparado con lo que espera mi querido socio, el tuerto Almagro; nada comparado con las promesas que debí repartir libérrimamente cuando la conquista era solo un sueño de loco en mi cerebro... Si Hernando me abandona, estoy...

Pizarro no termina la frase, pero la acompaña con un gesto más elocuente que un largo discurso: el filo de la mano en su cuello. Su sinceridad conmueve a Gabriel más que la amenaza.

—Y si no presento mis excusas...

—... públicas...

—... públicas, Hernando amenaza con abandonarlo todo.

Pizarro asiente. El corazón de Gabriel palpita terriblemente, y el sudor frío le corre por la espalda.

—No sé, don Francisco; realmente, no sé...

Pizarro inclina la cabeza.

—Haced lo que queráis, hijo.

Gabriel no dice nada, pero, en el fondo de su corazón, sabe ya que ha aceptado. Una curiosa mezcla de alivio y furor le hace temblar.

No ve la leve sonrisa que, como una nube, pasa por la mirada de Pizarro.

Chalcuchimac está de pie, inmóvil en la plaza, ancho y furioso como un oso.

—¿Qué ocurre? —ruge.

Ninguno de los pocos nobles de su séquito se atreve a responder. Miran hacia adelante con los ojos muy abiertos.

Allí donde se levantaba la elegante pirámide del *ushnu*, ya solo hay un montón de piedras. Con esos desechos, unos extranjeros cubiertos de polvo levantan una extraña construcción, llena de muros y techos, como no se ha visto nunca otra en el Imperio. Son muros tan delgados y retorcidos, piedras tan ridículamente unidas, que una ráfaga de viento, un furor del cielo podría derribarlos y convertirlos en barro.

Chalcuchimac se vuelve hacia Felipillo.

—¿Qué significa ese horror? —ladra de nuevo.

—Es un templo para su Padre del Cielo. Así llaman al que les permitió vencer al Único Señor Atahuallpa —responde el intérprete con exagerada sumisión.

—¿Y quién les ha autorizado a destruir el *ushnu* para hacer eso? —sigue gruñendo Chalcuchimac, cuya tez oscurece la cólera.

La mirada desconfiada de Felipillo busca en el rostro de los nobles una ayuda que no llega.

—Nadie.

Chalcuchimac esboza un gesto de cólera, pero, entonces, un jinete brota de uno de los edificios de la plaza. El general inca se queda inmóvil, atónito.

—Estaba en el templo del Sol con su animal... —murmura como si no creyera lo que ha visto.

A su alrededor, los poderosos y Felipillo callan e inclinan la frente. Sin apartar los ojos del jinete, Chalcuchimac tiende el brazo hacia él, amenazador.

—¿Estaba en el templo del Sol con su animal! ¿Vas a decirme, por fin, lo que ocurre aquí? —aúlla.

Felipillo dobla el busto.

—El gobernador Pizarro... ¡hummm!, su *Machu Kapitu*, eligió el templo para convertirlo en su casa y...

Felipillo se calla, pues el ruido de los cascos del caballo en la inmensa plaza se

convierte, de pronto, en un rugido. El jinete ha llevado su montura hacia el extremo opuesto, junto a la puerta de los baños, y la hace girar brutalmente. Con un golpe de las espuelas que brillan en sus botas, arroja el caballo contra el grupo de incas. Medio incorporado en los estribos, con el ala del sombrero pegada a la frente, lanza su bestia al galope. Felipillo y los nobles no pueden apartar sus ojos de las abiertas fauces del caballo, obnubilados por los ollares y los ojos globulosos. Pero Chalcuchimac se limita a cerrar lentamente la boca con una mueca llena de altivez.

El estruendo del galope hace vibrar sus pechos. Cuando la bestia está solo a cien pasos, los nobles incas lanzan un grito de miedo y retroceden fuera de la trayectoria del caballo. De un salto, Felipillo se desliza tras ellos. Blanca la testuz, con los belfos levantados sobre los dientes amarillentos, el animal resopla alzando muy arriba las corvas. Está solo a cincuenta pasos, y Chalcuchimac no se mueve.

Mira al jinete. Es un hombrecillo que hace muecas para mantener el culo en la silla; un hombre de una fealdad extraña, con un solo ojo y la piel del rostro corroída por la enfermedad.

Cuando el jinete y los cascos del caballo están muy cerca, casi ante él, Chalcuchimac estira sus hombros con un seco movimiento, como si quisiera hacerse más ancho aún. El odio y el desprecio echan hacia abajo las comisuras de su boca. Ahora sabe cómo los extranjeros pudieron atreverse a destruir el *ushnu* para construir su ridícula casa. Comprende de qué son capaces. Comprende lo que ha hecho tan blando y voluble al Único Señor Atahuallpa. Entonces, en esa fracción de segundo, oyendo tras él los gritos de los nobles, tan poco poderosos, su furor es tan violento que parece transformarse en piedra.

Justo sobre él, los carnosos labios del jinete tiemblan de excitación. En el último momento, cuando los cascos del caballo hacen saltar guijarros entre sus piernas, el jinete tensa su brazo izquierdo y tira de las bridas. Chalcuchimac siente en su hombro el choque de la bota y respira la hediondez ácida de la bestia. La cola del caballo azota el aire por encima de él.

Chalcuchimac no se mueve. Ni siquiera vuelve los ojos cuando, sin dejar de reírse, el extranjero hace girar su montura alrededor de él, tan cerca que el caballo pisotea su sombra.

Chalcuchimac permanece inmóvil; sus ojos no parpadean. Su sangre se ha helado. Solo su odio hacia los extranjeros y su cólera contra el Único Señor Atahuallpa, que ha permitido semejante vergüenza, siguen viviendo en él.

El caballo gira y gira. La baba de la bestia, su sudor acre y el polvo mancillan el *unku* de alpaca del general Chalcuchimac. Pero no oye ya la risa del jinete.

Nada de eso existe.

Solo son reales Inti y Quilla, y los *apus*, los antepasados de piedra que moran más allá de las colinas, en las montañas, por los caminos sagrados.

En el cielo cargado de nubes brota un rayo de sol.

El jinete se coloca justo ante él. Con una mera presión de la rodilla, hace que la

montura levante las patas anteriores. El caballo relincha, y los cascos baten furiosamente el aire sobre la cabeza del general vencido.

Chalcuchimac permanece inmóvil.

Ofrece el rostro a su Padre el Sol. Sonríe. Su cara se arruga como una montaña al nacer el mundo.

Y es el extranjero del único ojo el que tiene miedo.

Comparado con el palacio en que se ha instalado su hermano el gobernador, el que alberga a don Hernando Pizarro parece ya un palacio de España. Por algún ignorado milagro, el hermano ha conseguido hacer que le entreguen baúles y baúles, y su morada es un permanente zumbido de artesanos indios, cuya extremada habilidad ha sido formada, con mayor o menor brutalidad, por los españoles.

La estancia que ha convertido en comedor tiene las pretensiones de un palacio de Carlos V, con su gran mesa groseramente esculpida, sus candelabros, su servicio de oro y plata. Incluso los servidores llevan una librea distintiva, roja como su penacho. No se pertenece a don Hernando como si se perteneciera a un cualquiera...

Cuando don Francisco y Gabriel entran, Hernando se ha sentado ya a la mesa, con sus hermanos menores Gonzalo y Juan, De Soto y los principales capitanes españoles, entre los que solo falta Candia. Ambos hombres son recibidos con grandes carcajadas.

—Hermano, hermano —dice el tímido Juan—, don Hernando nos estaba contando, precisamente, cómo arrojó al agua a aquel bárbaro, recomendándole que volara como un pájaro.

Se hace el silencio en torno a la falsa risa de Juan. Todas las miradas se vuelven hacia Gabriel.

—¿Os ha contado vuestro hermano el final de la historia, don Juan? Corre el rumor de que fue divertido.

—No lo recuerdo —suelta Hernando—. Tal vez vos queráis ilustrarnos, señor.

—Mis luces sobre estas cuestiones son muy limitadas, don Hernando, y no podría recordar lo que vos habéis olvidado.

Los ojos de Hernando lanzan relámpagos. Don Francisco se mantiene rígido, junto a Gabriel, que advierte la extremada tensión que le domina.

—Os habita una tardía prudencia, señor —dice rabiosamente Hernando.

—Solo es precaución, señoría, o debilidad. Yo no daría a este olvido el hermoso nombre de prudencia.

—Le falta algo, en efecto; algo esencial.

Gabriel suelta una risa llena de ardor.

—Me faltan tantas cosas, señoría, para acercarme a...

—Haced un esfuerzo, pues.

—Por mucho que lo intento, no lo logro. Es tonto.

—Tonto, señor, y muy tonto —gruñe Hernando, hundiendo sus furiosos ojos en los de su hermano—; no sabría decirlo lo tonto que es...

Hernando, con las manos crispadas sobre la mesa, no puede más. Se levanta, derriba de pronto la silla y se dirige hacia Gabriel en actitud amenazadora.

Gabriel, con un rápido movimiento, da media vuelta y se encamina hacia el cortinaje que sirve de puerta.

—Os presento mis excusas, don Hernando —masculla, dándole la espalda.

Desaparece con tal celeridad que Hernando se encuentra, desconcertado, ante la batiente cortina. Furioso, se vuelve hacia la concurrencia.

—¿Qué ha dicho el muy animal?

—Os ha presentado sus excusas, hermano mío —dice Juan en tono turbado—. ¿Nos diréis por qué?

## CAJAMARCA, JUNIO DE 1533

Reina en el patio del Único Señor Atahuallpa una atmósfera extraña.

Justo ante el emplazamiento del banco del inca, en una estera delicadamente tejida con juncos verdes, las mujeres depositan los recipientes de oro, plata y terracota en los que se servirá su comida. Como en los tiempos anteriores a los extranjeros, contienen las viandas más finas: pescados llegados del lejano océano. Sin embargo, esta exquisita promesa de felicidad se lleva a cabo de un modo silencioso y triste.

A pocos pasos de allí, de pie a la sombra de un muro, lejos de los braseros, Gabriel y Anamaya están uno junto a otro, aunque no del todo frente a frente, ni tampoco hombro a hombro. Suelen ahora mantenerse así cuando están ante los ojos de los demás: inmóviles, conteniendo sus gestos cuando sienten el deseo de rozarse, reteniendo sus ojos cuando sienten el deseo de mezclar sus miradas. Pero nada puede impedir que sientan vibrar su extraña unión; ni siquiera la tristeza que domina todos los rincones del palacio de Atahuallpa.

A media voz, Gabriel cuenta cómo, a fuerza de mentirosas frases, Hernando Pizarro ha engañado a Chalcuchimac, asegurándole que su señor Atahuallpa necesitaba verle. Describe la despectiva indiferencia del general ante las acuciantes exigencias de oro y plata del hermano del gobernador, la insistencia de Hernando, sus veladas amenazas. Habla de la excitación de toda la tropa al correr el rumor de que Moguer y sus compañeros han llegado a Cuzco, desde donde envían un tesoro más fabuloso aún que todo lo descubierto hasta ahora.

—Si hubieras visto sus enloquecidos ojos... Aunque les hubieran prometido la vida eterna, no habrían estado más excitados. Algunos se negaban a dormir por la noche, por si llegaba el tesoro...

—La cámara del rescate está ya casi llena —murmura Anamaya.

—Anamaya, no necesitan ya una cámara, ni siquiera un palacio, sino toda una ciudad de oro, y cuando la tengan tampoco estarán satisfechos...

—Tus hermanos son hombres extraños. No dejo de mirarlos para comprender en qué son distintos a ti, y en qué semejantes...

Gabriel no sabe qué responder. Mira a Anamaya, con la cabeza gacha. Sus ojos azules suelen estar inclinados hacia el suelo, pero, como un relámpago, se clavan a veces en el rostro animado de Gabriel.

—El Único Señor Atahuallpa nunca será libre —murmura.

—Don Francisco le ha prometido que reinará apaciblemente en el norte, en Quito, donde nació.

—Eso no sucederá —dice Anamaya, sacudiendo dulcemente la cabeza.

—El gobernador lo ha prometido —se obstina Gabriel, frunciendo el ceño—. Todos tendrán que seguir sus órdenes. Así es entre nosotros. Incluso el que reina por encima del gobernador don Francisco desea que Atahuallpa siga siendo vuestro Único Señor...

—Acabas de decir que el oro era vuestra única ley...

—¡Su única ley! —prosigue orgullosamente Gabriel.

—¿Pretendes acaso hacer que cambien de ley?

Una vez más, Gabriel enmudece. Anamaya clava la mirada en sus ojos. Él se siente perdido, flotante y casi inconsistente ante el poder de esa mirada, ante esa belleza tan fresca y sencilla como un lago inmóvil. Sin decir palabra, es capaz de transmitirle sus certezas, su implacable conocimiento de la verdad. Gabriel sale, cada vez, conmovido de ese intercambio, en el que le parece percibir el efecto de una fuerza de la que, hasta ahora, nunca ha sospechado la existencia.

Un poco como un niño, para no dejarse convencer, protesta una vez más.

—¡Si quisieran hacerle daño, yo no se lo permitiría!

Ha hablado con tanta fuerza que las mujeres dan un respingo. Anamaya se vuelve hacia ellas. Ante su mirada, las siervas se dispersan como una bandada de pájaros. Gabriel se ruboriza y, luego, prosigue en voz más baja.

—Desde el día de su captura, cuando impedí que le mataran, el gobernador me ha pedido que vele por la vida de tu rey.

Anamaya se ciñe la capa y la sube hasta su fina garganta.

—No podrás luchar contra lo que debe suceder...

Puesto que calla de nuevo, Gabriel la interpela con más dureza de la que quisiera.

—¿Y qué debe suceder?

—El tiempo corre. Hay fuerzas a las que es inútil oponerse. Ni siquiera tú que eres bueno podrás...

Conmovido por la ternura de estas palabras, Gabriel baja los ojos. No ve a Atahuallpa saliendo de la estancia principal. El Único Señor se envuelve en una capa de lana parda, muy fina, sujeta en el pecho por un *tupu* de oro incrustado de piedras preciosas.

Una mujer se apresura a barrer los pocos metros que llevan hasta el banco. Incluso de espaldas, Anamaya reconoce la gorda silueta de Inti Palla, la falsa amiga y verdadera enemiga que tantas veces ha deseado su perdición. Aunque vivan prácticamente bajo el mismo techo, hace lunas que no se han dirigido la palabra más de dos veces.

Anamaya se levanta y, en un murmullo, pide a Gabriel que tenga a bien alejarse.

Entonces, en un eco que repercute hasta las más lejanas colinas, un grito desgarrador el silencio. Es un aullido, un rugido más bien, de una limpieza que hiela. Todo se petrifica y, luego, el lamento se repite, ronco, desgarrador.

—¡Chalcuchimac! —susurra Anamaya, volviéndose hacia el inca.

Gabriel siente que sus riñones se hielan.



Ante ellos, Atahuallpa no manifiesta haber oído el menor ruido. Tiende la mano hacia uno de los boles de oro; Inti Palla se inclina para tomarlo y acercárselo. Entonces, el rugido surca de nuevo el cielo de Cajamarca, y el inca se lleva a la boca una fina tira de carne de vicuña. Algo de jugo corre por sus labios, y una gota de sangre cocida cae en la túnica.

Sin esperar más y sin respetar el patio sagrado del inca, Anamaya y Gabriel corren hacia la puerta. Levantando su espada sin desenvainarla, Gabriel aparta a los guerreros incas y a los soldados españoles que vigilan la entrada del palacio.

Mientras que Inti Palla sigue sujetando el bol de carne, con los ojos vueltos hacia la puerta por donde han desaparecido Anamaya y Gabriel, Atahuallpa apenas levanta la vista hacia ellos. Aguarda un breve instante, masticando granos de maíz. Luego abandona el banco, llega al interior del palacio y desaparece en la sombra, con el lento paso del hombre que dirige el tiempo y el espacio.

Se ha formado una aglomeración en la plaza, en la entrada del antiguo templo del Sol que el gobernador Francisco Pizarro ha convertido en su residencia. La muralla de adobe que lo protege sigue luciendo un seto de quinuas. Gabriel y Anamaya atraviesan el silencioso grupo de indios. En la entrada, Gabriel divisa la larga silueta y la nariz aguileña del Griego.

—¿Qué ocurre, Pedro?

—De Soto le ha preguntado cortésmente si conocía los escondrijos del oro y no ha querido responder.

El Griego echa una mirada por encima del hombro de Gabriel y descubre a Anamaya. Sonríe con aires de complicidad.

Gabriel se aparta. Rechaza a algunos hombres mientras siente la presencia de Anamaya a su espalda. Atraviesa una sala más o menos amueblada a la española y llega a la luz del patio. A su lado oye el grito de sorpresa de Anamaya.

En el centro del patio se ha levantado un poste. Chalcuchimac está fuertemente atado. Sus pies descansan en un montón de paja y leña. Aunque el fuego no ha prendido aún, la túnica del general humea, calcinada en parte, y tiene las pantorrillas ennegrecidas. Tras él, unos indios cañaris sujetan antorchas. Delante, junto al intérprete Felipillo, se yergue De Soto. El capitán conserva su silueta de jinete, un poderoso torso y unas piernas en exceso cortas; pisotea las losas del patio con sus botas herradas, como si la tierra estuviera siempre demasiado abajo para él. Pero su mirada, apacible por lo general, voluntariamente irónica, llamea de furor. Su índice apunta al pecho de Chalcuchimac.

¡Entiéndeme bien! Eres general, eres valeroso, tienes cabeza de buey y corazón de piedra. Pero yo, que solo soy capitán, quiero saber dónde se encuentra el oro —aúlla—. Quiero saber también dónde están tus tropas y las órdenes que diste a tus capitanes. Quiero saberlo y lo sabré, o te asarás como un cerdo.

El intérprete Felipillo se inclina por encima de una paca de paja, como si temiera caer y abrasarse con él. Con los ojos cerrados, susurra al oído de Chalcuchimac. El rostro del general inca sigue impenetrable, pero una vena palpita en su cuello.

Gabriel avanza por el patio.

—¡De Soto!

El capitán se vuelve hacia él, con el furor en la mirada.

—Quedaos al margen, amigo mío.

—El gobernador...

—Don Francisco me ha dado la orden de interrogar a ese asno bribón y lo interrogo —interrumpe De Soto en un tono cortante.

Gabriel lo conoce bastante para saber que aquel hombre nunca se abandona a la mentira.

Entonces, escapando de los labios de Chalcuchimac, resuena el grito, el mismo que han oído en el palacio de Atahuallpa. Gabriel adivina que el aullido contiene una palabra, pero no consigue comprenderla. Se vuelve hacia Anamaya, a quien los españoles presentes acechan con maligna sonrisa. Ella no le ve. Sus ojos azules están clavados en el rostro de Chalcuchimac. Sus labios se mueven al mismo ritmo que el grito del general. Es un murmullo, una palabra; una palabra que, esta vez, Gabriel consigue identificar.

—¡Inti! ¡Inti!

El general inca no grita de dolor o de miedo; lo que brota de su garganta es una poderosa invocación, como una trompa resonando en la cumbre de una montaña.

—¡Inti!

¡Chalcuchimac llama al Sol! Se entrega a él, sin un estremecimiento de duda, con una fe sin grieta alguna. Su mirada da con Anamaya.

—*Coya Camaquen*, haz que venga mi dueño, el Único Señor —dice con calma.

—Podéis quemarlo hasta las tripas —gruñe Gabriel a De Soto—. No os diré nada. No le dais más miedo que una mosca. Pide ver a su rey. Solo él logrará que hable.

El capitán lo contempla, dispuesto a dejar que su cólera estalle; pero parpadea y, encogiéndose levemente de hombros, suspira y asiente.

Una calma amenazadora se instala en el patio. La espera flota en el aire mientras Anamaya ha salido. Las miradas huyen. El único cuyos ojos no parpadean es el general inca, que mira fijamente a De Soto con aire de despectivo desafío.

Un ruido a su espalda hace que Gabriel se vuelva, como el resto de la concurrencia. El gobernador ha entrado en el patio, y Atahuallpa está a su lado. La mirada de don Francisco resbala de Gabriel a De Soto; una sonrisa nace entre los pelos de su barba. Con la mano, señala al inca de todos los incas.

—El señor Atahuallpa —anuncia— acepta hablar con su general. Tal vez tenga éxito donde vuestra persuasión fracasa, don Hernando...

Gabriel percibe la vacilación de Anamaya. Siente que debe forzarse para no acercarse al inca, que se aproxima a Chalcuchimac.

Atado al poste de la tortura, el general mira de arriba abajo a su señor. Aquel que ha demostrado tanta sumisión y fidelidad al regresar para verlo ni siquiera mueve una ceja mientras Atahuallpa se acerca. No se distingue ni un signo de afecto. Por el contrario, su boca se arquea algo más, dura y despectiva.

Atahuallpa se queda inmóvil a pocos pasos de la pila. Las palabras son dichas en tono bajo, pero lo bastante claras como para que Gabriel pueda comprenderlas.

—Amenazan con quemarte, pero no debes creerles. No te harán daño, pues sería hacérmelo a mí. No tienen tanta maldad.

Chalcuchimac permanece unos instantes sin responder. Contempla al inca. Su pesada mirada se desliza hasta Anamaya; ignora a los españoles, como si solo fueran sombras.

—Único Señor, ¿conoces aún la voluntad de tu Padre el Sol? ¿Sigues siendo nuestro inca para mañana y pasado mañana? —pregunta.

Atahuallpa se estremece como si hubiera recibido un bofetón. Se yergue y, por unos instantes, los españoles adivinan, en su cólera, al hombre lleno de orgullo y poder que ha sido.

—¿Cómo osas hablarme así? —ruge dirigiéndose a Chalcuchimac.

—Me parece que tienes miedo a morir, Único Señor —replica el general, decidido a provocarle—. ¿Es cierto?

—Tu espíritu te abandona, Chalcuchimac. Mejor harías callando ante los extranjeros. Temes su fuego más que yo temo a la muerte. Nadie tocará al Hijo de Inti.

—Ya han puesto la mano en ti.

—No mires. No escuches.

—¿Por qué? —pregunta Chalcuchimac con dureza.

Gabriel siente el malestar de Atahuallpa. Nadie, entre los españoles, sabe a quién está destinado ese «¿por qué?», pero Chalcuchimac y Atahuallpa, en cambio, se comprenden perfectamente.

—Cállate —dice finalmente el inca.

—¿Por qué no me llamaste cuando estaba listo? ¿Por qué te negaste a que yo muriese por liberarte? Llegué ante ti, lleno de lágrimas y de afecto, y solo me ofreciste silencio. Te miro y veo que tiembles ante los extranjeros. Solo son desvalijadores de templos y ladrones de oro. No son ellos los que destruyen el Imperio de las Cuatro Direcciones, Atahuallpa, sino el miedo.

Con un ronco rugido, Chalcuchimac escupe en la paja de la pila. Atahuallpa se aparta. La sangre, en sus ojos, parece haber devorado hasta las pupilas. Anamaya mantiene el rostro y la nuca bajos, como si se encogiera de pie. Gabriel aprieta los puños, pues siente un gran deseo de tomarla en sus brazos; pero sabe que su gesto haría más daño que bien.

Los indios cañaris, tras una señal de De Soto, se acercan ya y ponen sus antorchas en la paja, que se inflama con pequeñas llamas claras.

En el brusco silencio del patio, Anamaya oye el ruido del fuego. Levanta el rostro con la boca abierta, como si fuera a gritar. La mano de Pizarro aprieta el brazo de Gabriel, antes incluso de que haga el menor movimiento.

—No os preocupéis, hijo —murmura don Francisco—. El inca tiene razón. Esto es solo una broma...

Las llamas de la paja inflaman la leña con entrecortado crepitar. El humo es denso, acre; vacila alrededor de Chalcuchimac, que mira al frente, con los labios apenas entreabiertos.

Atahuallpa está de nuevo ante él. Imperturbable, mira las llamas, que se propagan por toda la superficie de la pila.

Crecen; la leña cruje. Anamaya aprieta las manos, hasta que sus falanges blanquean. El calor de las brasas llega al rostro de Gabriel. Entonces, Chalcuchimac, con la cara vuelta hacia Atahuallpa, aúlla de nuevo su furor.

—¡Que aparten de mi vista a ese señor! ¡Que se vaya! Que alejen de mí su mirada... ¡Os hablaré y oiréis!

Apenas ha dicho estas palabras cuando Felipillo grita ya la traducción.

—Haced lo que dice y apagad el fuego —ordena la calmada voz de don Francisco.

Mientras los cañaris lanzan jarros de agua a la hoguera, unos soldados empujan suavemente a Atahuallpa para sacarlo del patio, que abandona sin volverse.

El fuego se transforma en un vapor blanco y hediondo. El azul de los ojos de Anamaya llega hasta Gabriel. El bello rostro de la *Coya Camaquen* está tan triste como sereno.

Gabriel prefiere apartarse para no afrontar su mirada. Todo lo que piensa y ve le resulta insoportable.

Chalcuchimac está negro de cenizas; ya solo se oye su jadeo. Desanudan sus ataduras. De los pies a las rodillas, su carne es solo unos jirones amojamados bajo los que brota la sangre; sus manos y sus brazos están cubiertos de ampollas. Sin embargo, cuando colocan una estera para que se tienda, el anciano guerrero la rechaza. Lo llevan a pocos pasos de la pila. Allí empuja a codazos a los cañaris y, sin mostrar dolor, salvo por el jadeo que le sacude el pecho, permanece de pie, aguardando a que el gobernador llegue hasta él.

De Soto sacude ahora la cabeza, como ante un loco.

Las frases vengativas del indomable general brotan como otros tantos insultos.

Sí, hay oro, y mucho, en la ciudad de Cuzco. Sí, hay tesoros allí. Atahuallpa prohibió que se tocaran los bienes de su padre, el inca Huayna Capac, porque es el más poderoso y rico de los soberanos: murió en este mundo pero está vivo en el otro. Bebe, come y su templo rebosa oro...

Pero hay más: cuatro veces se acercó a Cajamarca con las tropas del Único Señor.

Cuatro veces, el inca retrocedió en el último momento. Cuatro veces no dio la orden de ataque, y él, Chalcuchimac, tuvo que volver hacia atrás con la rabia en el

corazón.

Gabriel apenas advierte que Anamaya abandona el patio. El humo de la hoguera irrita los ojos y extiende por los aires un hedor de vergüenza y carne abrasada.

Chalcuchimac habla y dice las palabras que quieren escuchar el gobernador y De Soto. Pero son palabras de venganza, y nadie sabe si contienen una brizna de verdad.

La forja ilumina las noches de Cajamarca. Ha comenzado la distribución del botín y actúa día y noche. Ahora que en la cámara del rescate, en pleno palacio, se ha superado ya la línea trazada por el inca, los cargamentos llegan directamente. La forja se enrojece y el oro fluye, convertido en arroyo, en líquido mágico, fulgurante. Luego se enfría. Se transforma en ladrillo, en peso de júbilo. El oro se amontona; se apila en sacos y cestas llenos de briquetas.

Los primeros días, todos los españoles estaban allí, con el rostro tan rojo como las ascuas de los braseros, con las mejillas soplando al mismo tiempo que los fuelles. Había quienes incluso se quemaban los dedos al querer acariciar, demasiado pronto, las briquetas de la felicidad. Con los ojos clavados en esa sopa de oro que los plateros vertían con sus cucharones de fundición, todo se esfumaba: los malos recuerdos, los miedos, las enfermedades, los odios, las amistades. Sin embargo, como el oro fluye y fluye, ha acabado por convertirse en algo tan trivial como el amanecer.

Los soldados ponen ya mala cara cuando son designados para la guardia, con el pretexto de que no hay allí más opción que abrasarse el culo o los cojones. Pero, día y noche, mientras los más extraños objetos de oro —espigas de maíz, llamas, jarrones, collares, tapones de oreja, ídolos o simples placas— se funden, ningún indio, ni siquiera los más fieles, tiene derecho a acercarse.

Sebastián observa el abigarrado montón de oro que acaban de depositar ante la forja. Como siempre, jarrones y vajilla, pero también tubos y pilas de fuente delicadamente labrados, sitiales e incluso pepitas de oro.

Todos esos tesoros, que rojean bajo la luna y a los fulgores de la forja, se reflejan en su rostro.

Gabriel gruñe a su lado.

—Hay noches en las que estoy contento de haber sido privado de botín y no poseer nada de todo esto. ¡Mi más querido tesoro sigue siendo mi caballo!

—¡Eh! Pues es un verdadero tesoro: tres mil pesos en oro al curso actual.

—No te hagas ilusiones; no está en venta.

—No te hagas tú el sentimental, ni siquiera le has dado nombre...

Gabriel permanece unos instantes pensativo.

—No me faltan las ganas, pero, vete a saber por qué, no lo consigo. Ningún nombre me parece adecuado. Es mi caballo, y esto me basta...

Sebastián inclina la cabeza.

—Por mi parte, me sentiría muy satisfecho si me dieran uno. Pero Hernando se

opone... ¡El muy mamarracho!

Al oír el detestado nombre, el grito ha brotado de la boca de Gabriel como un escupitajo.

—Ya puedes refunfuñar, amigo... Y, sea dicho de paso, me diste mucho gusto cuando le cosquilleabas el cuello el otro día... Pero eso en nada cambia mi condición: esclavo soy y pobre debo seguir.

—Bien conseguirás espigar algunos desechos de fundición, aquí y allá...

A Sebastián le sacude una silenciosa risa, que hace vibrar todo su cuerpo. Señala con un gesto del pulgar a los hombres de la forja.

—Pues mira si estos van a dejar desechos...

—Paciencia —sigue gruñendo Gabriel—. Ya encontrarás un alma buena que te dé ese oro de desgracia.

—¿Ah, caramba? Tengo dos amigos aquí, en este mundo perdido, tú y Candía. Y resulta que eres el único conquistador que no tiene derecho a botín y al que, por añadidura, el oro no le gusta. ¡Un auténtico loco al que solo le gustan los ojos azules de una india!

Gabriel contempla a su compañero, dispuesto ya a la cólera, pero en Sebastián solo hay ternura, diversión y admiración. Ríe a su vez, suavemente.

—Candía te ama tanto como al oro.

—¡Ay! ¡Eso supone decir que apenas vale más que tú y que nunca será rico!

Gabriel suspira con la sonrisa aún en los labios.

—¿Quién sabe, Sebastián? Tal vez llegues a ser el más rico de nosotros.

El gigante negro suelta la risa, llevándose la mano al costado.

—¿Sin caballo? ¿Sin espada?

—Ya llegará esa espada; todo a su tiempo. Y todo tiene su precio, tanto eso como lo demás...

Gabriel se calla para seguir con la mirada a un grupo de españoles que rodean a los indios. Llevan un ídolo de oro, del tamaño de una muñeca grande. Tras ellos, acompañado por alguno de sus íntimos, va don Diego de Almagro con una mueca en los labios.

Don Diego no soportará por mucho tiempo ver todo ese oro escapando en sus narices —masculla en voz baja Sebastian—. Desde que llegó aquí, está como loco.

Los indios dejan la estatuilla en el suelo con mil precauciones, como si se tratara de un niño frágil.

—La regla no es de hoy —responde Gabriel en voz muy baja—. El oro de Cajamarca solo es para quienes participaron en la batalla y en la captura del inca.

—Las reglas están hechas para ser cambiadas —murmura Sebastián—. Basta con ser el más fuerte.

—¿Qué quieres decir?

—Que no pasará mucho tiempo antes de que don Diego mejore el sabor de su sopa.

—¿Le hará la guerra al gobernador?

Sebastián se encoge de hombros.

—Todos están aquí por el oro. Será preciso que todos lo tengan.

Gabriel contempla la excitación de Almagro, allí, ante la estatuilla. Se agacha, acaricia el ídolo y ríe con su único ojo inflamado.

—¿Es cierto que le salvaste de la muerte? —pregunta Gabriel a Sebastián, señalando a don Diego con un gesto del mentón.

—Fue hace mucho tiempo. Y, de momento, eso me ha supuesto más deberes que derechos.

—Él puede hacerte rico.

Sebastián suelta la carcajada.

—No. ¡Él podría hacerme libre! Le pertenezco. Solo me prestó a la compañía del gobernador. ¡Su oro es mi libertad!

«Hubo un tiempo —piensa Gabriel caminando por las calles oscuras, atravesadas por gritos, por disputas— en el que esta ciudad estaba habitada por hombres atareados solo en sobrevivir y temer a sus dioses. Ahora estamos aquí, tan llenos de nuestras fiebres, tan voraces de oro y gloria como pájaros de mal agüero». A veces, al volver una esquina, brilla la antorcha de uno de los cincuenta jinetes que hacen guardia por la noche. «Los últimos que llegaron, los de Almagro, son los más agresivos porque son los más pobres. Si no hay pesos, no hay mujeres, y apenas bebida».

«Muy pronto, muy pronto veréis...», les dicen los de Cajamarca, que pagan su ajo con lingotes de oro.

Al llegar a la plaza, Gabriel toma el camino del palacio de Pizarro. Luego divisa, del otro lado, detrás de la iglesia en construcción, una aglomeración ante el más vasto de los antiguos almacenes, los *kallankas* como ellos los llaman, donde Hernando fijó su domicilio.

Esta noche Chalcuchimac descansa allí, con los brazos y los pies abrasados, y los nervios deshechos.

Algunos soldados guardan la entrada. Están tensos ante la muchedumbre de indios, que se muestran calmos, sin embargo. Los hombres se hablan a media voz. Es difícil captar aunque solo sea el negro fulgor de sus ojos.

Unos dedos agarran su hombro. Se sobresalta y la mano acaricia ya la empuñadura de la espada.

—No tengas miedo...

—¡Anamaya!

Se ríen juntos ante su sorpresa. Un *anaco* blanco, sujeto por un cinturón púrpura, le ciñe el talle. Está magnífica, semejante a una estrella puesta en tierra. Ella se mantiene a su lado, sin tocarlo.

—¿Qué esperan? —pregunta Gabriel, señalando a los indios.

—Quieren servir a Chalcuchimac.

—¿Por qué?

Se vuelve hacia él con el rostro impasible, pero con una burlona ternura en la voz.

—Han perdido al inca pero necesitan un dueño.

—El inca sigue vivo...

—Su Padre el Sol no se levanta ya para él.

—¿Y quieres decir que se ha levantado para este? —pregunta Gabriel, que señala la puerta del palacio.

—No. Digo solo que desean servirlo.

—¿Servir a quién, si no al inca?

Anamaya no responde. Su mirada se pierde en las colinas, hacia la luna, hacia las montañas, hacia las nieves eternas.

Cuando sus ojos vuelven a Gabriel, se abandona dulcemente contra él.

—Ven —susurra.

Ajenos a la tristeza de los indios, a la embriaguez de los españoles, siguen el muro de la plaza y llegan al camino de los baños del inca. Por aquí llegó, en otoño, el magnífico cortejo de Atahuallpa, para conocer, en un solo día, su gloria y su fin. Por aquí, esa noche, huyeron para encontrar su destino.

Mientras se hunden en las sombras, el murmullo de sus voces se mezcla con el de las aguas. Pronto formarán una sola cosa con la noche.



## CAJAMARCA, 25 DE JULIO DE 1533, AL ALBA

En el azul tímido del naciente día, Gabriel sigue a caballo el camino, bien enlosado, que domina el río Hatunmayo. Protegido del viento matinal por un denso seto, adivina a lo lejos la cresta de las colinas rayadas de oro pálido por el sol que se levanta. Hace buen tiempo. La humedad de la noche se desvanece, gota a gota, en las hojas de los árboles.

A medida que se eleva por encima de Cajamarca, su corazón se aligera. Ilusión del viento, embriaguez de la brisa... Es como si escapara por fin, con un redoblar de cascos, a la tensión que no deja de dominar la tropa de los conquistadores.

Hernando, el hermano del gobernador, ha regresado a España. Acompañado por algunos hidalgos, va a llevar la buena noticia de la victoria de Cajamarca, junto con la prueba del quinto del rey: todo un barco lleno de oro.

Gabriel no ha tenido tiempo de alegrarse por su partida. En traición y villanía, los hermanos menores del gobernador bien valen Hernando. La tensión reina, en la ciudad, entre «quienes lo tienen» y «quienes no lo tienen»: el oro, siempre el oro... Cuanto más llega, más aumenta la avidez: quienes son ya ricos querrían más y quienes solo han espigado unas migajas están dispuestos a matar para tenerlo. Se murmura que la tensión entre los dos camaradas de Panamá, Almagro y Pizarro, está en su punto álgido.

Y luego, nuevos rumores molestan los ánimos. Secretamente dirigidos por Chalcuchimac, que sigue detenido en el palacio de Hernando Pizarro, los indios, al parecer, reúnen tropas en las montañas, alrededor de la ciudad. El intérprete Felipillo afirma que el ejército del inca es tan numeroso que sus generales deben dividirlo en tres o cuatro cuerpos para que pueda ser avituallado con más facilidad.

Chalcuchimac ha sido interrogado de nuevo. Pero esta vez ha guardado silencio... Don Francisco ha enviado a De Soto, con un destacamento, por la ruta de Cajas, para asegurarse.

Cada día los jinetes surcan los caminos de los alrededores de la ciudad para descubrir las huellas de una vanguardia, la preparación de un ataque que no llega.

Poco a poco, insidiosamente, el miedo vuelve a instalarse.

No es el terrible miedo del otoño, cuando descubrieron el poder del Imperio, o el pánico de la noche de la batalla, cuando supieron que sería preciso que cada uno combatiera contra varios centenares. Es un temor más sordo, que se agarra a las tripas y no las suelta. Se adormece por la noche, regresa, se oculta en una ráfaga de viento o en las pisadas de un animal en la maleza...

Y allí, en aquel instante, el sonido de un galope obliga a Gabriel a volverse en su silla con excesiva rapidez.

—¡Don Gabriel! ¡Don Gabriel!

Gabriel reconoce el jubón de terciopelo verde oscuro y el caballo pío con bridas claveteadas de plata. Pedro Cataño es elegante, pero uno de los raros españoles cuya compañía no detesta Gabriel. Tienen la misma edad y, por muy poco, podrían haberse conocido en los bancos de la universidad. Cataño es uno de los escasos hombres de esta aventura que saben leer y escribir. Por lo demás, pasa mucho tiempo escribiendo, como si estuviera enamorado de su propia historia. Es también uno de los que más dignamente se portaron durante la batalla de noviembre, sin intentar nunca insultar al inca. Tal actitud, la tez mate y sus pómulos, tan altos que casi podría tomársele por un indígena, han hecho que le apodaran *el Indio*.

—¡Hola, don Pedro! ¿A qué viene ese galope? ¿Malas noticias?

Cataño mueve la cabeza con la sonrisa en los labios y jadeando un poco.

—¡No, no! Vi que partíais y sentí ganas de reunirme con vos.

—No es seguro que necesite compañía —dice Gabriel sin severidad.

—Don Gabriel —responde Cataño sin desconcertarse—, creía que las órdenes eran no aventurarse solo por las colinas...

—¡Ah, las órdenes! —masculla Gabriel con una sonrisa de fatalidad.

Poco a poco, al paso, ambos hombres llegan a la primera cresta. Por debajo, el río corre sin amenazas. El día se ha levantado por completo, y una leve brisa impide que el calor aumente. Es difícil creer que miles de hombres armados con hachas y hondas se oculten en este esplendor.

Cataño lleva su caballo a la altura del de Gabriel. Ambos hombres, hombro contra hombro, admiran la belleza de la ciudad, cuyos techos humean.

—¡Qué tontería esos rumores! —acaba rechinando Gabriel—. Os apuesto todo el oro que no tengo a que no hay un solo guerrero inca en cien leguas a la redonda.

Cataño sonríe.

—¡Eso sí que es apostar barato!

—¡Nos están contando bobadas, don Pedro! Y sabemos por qué, ¿no es cierto?

Cataño hace una mueca prudente. Hay en él una tímida contención, acompañada por una audacia que se advierte casi sin límites. Y sus palabras, a veces, no tienen ambages.

—¿Queréis decir que la gente de Almagro quiere deshacerse del inca Atahualpa? ¿Qué tienen tanta prisa por llegar a Cuzco y fundir su propio oro que infringirían las órdenes reales?

—El rescate de Atahualpa ha sido pagado, con creces incluso —aprueba Gabriel—. Los recién llegados, con don Diego a la cabeza, no pueden esperar más. La presencia de Atahualpa y los supuestos riesgos de un ataque de los soldados de Chalcuchimac para liberarlo les ponen los nervios de punta. Y, de hecho, no podemos seguir enterrados aquí... ¿No sois de esta opinión?

Cataño apenas vacila.

—Don Francisco no les dejaría hacerlo. Me refiero a matar al inca.

Gabriel acaricia amistosamente el cuello de su caballo bayo. Cuando se evoca ante él la rectitud del gobernador, no puede evitar, ahora, sentir en sus narices aún el hedor a carne abrasada que respiró junto a la pila de Chalcuchimac.

—Hay que esperarlo, a fe mía.

—¿Conoce al menos esta amenaza?

—Don Francisco lo sabe todo y lo comprende todo. Nadie entiende aquí la situación mejor que él. Y todos ven, muy bien, que le puso alguna trampa a don Diego. Partieron juntos hacia esta aventura; durante diez años, contra viento y marea, fueron compañeros, con la mano en la mano. Pero he aquí que, hoy, el uno es rico y gobernador, mientras que el otro ha perdido su fortuna y solo es, aún, capitán.

En silencio, dando tiempo para que esas palabras hagan su camino, siguen admirando un poco más el esplendor de la llanura. Luego, Cataño inclina la cabeza con una sonrisa cansada.

—Ahora comprendo por qué os detestan tanto los hermanos del gobernador, don Gabriel. Hasta ahora solo veía en ello celos de vuestra intimidad con don Francisco. Pero tenéis la mirada demasiado aguda. No os perdonarán nada...

Gabriel ríe dulcemente y le mira con amistad.

—Os toca juzgar si vuestra mirada puede, a su vez, hacerse aguda, don Pedro, sin ignorar los sinsabores que esa excesiva vista pueda producirlos.

Pedro le contempla sin responder. Pero su media sonrisa, llena de afectuoso agradecimiento, dice que su elección ya está hecha.

Tras un breve saludo, sin decir una palabra más, Gabriel pica espuelas hacia la ciudad.

Calzándose las sandalias de paja, Anamaya encuentra en la correa una hermosa y gran araña de patas relucientes de pelo. Tras un movimiento de repulsión, permite que el insecto suba por su pierna desnuda y vacile en torno a la rodilla antes de volver a bajar y correr por las losas de piedra. Rápida como una sombra, desaparece bajo una estera.

Permanece un momento inmóvil. No le gustan ya las mañanas como antes. A menudo despierta sudando, con el corazón enloquecido por los presentimientos, oscurecido por las mentiras, por los pesados silencios que gravitan sobre la *cancha* del palacio. Se ocultan al inca los servidores que mueren, los que huyen, la imperceptible degradación de las cosas. Se traza a su alrededor un círculo invisible, cada vez más pequeño. Allí reina aún como dueño absoluto; más allá, solo hay caos, impotencia, confusión...

Es una vida extraña, a la que el amor de Gabriel no aporta certidumbre alguna, solo una turbación mayor aún.

¿Sueñas, Anamaya?

Inguill nunca ha perdido la costumbre de deslizarse en su habitación con su

agilidad de *viscacha*. Así sobrevivió, así se desplaza por todo el palacio. En el desorden reinante, se han hecho pocas preguntas sobre esta sierva milagrosamente aparecida. Se necesitan todas las manos.

—Intento llegar al día —sonríe Anamaya.

—¿Tengo derecho a hablarte?

Inguill tiene esas maneras serias e infantiles que producen a Anamaya la sensación de ser una madre.

—Has oído como yo los rumores que corren sobre Inti Palla...

—No me interesa Inti Palla.

A su pesar, Anamaya ha dejado que la cólera se insinúe en su voz. El recuerdo del odio de la que fue tan hermosa princesa no se desvanece. Inguill la mira, sorprendida.

—Perdóname —prosigue Anamaya con más dulzura, tomando la mano de Inguill—. Bueno, ¿cuáles son esos rumores?

—Dicen que Inti Palla se ha dejado seducir por el que sirve a los españoles y traduce todo lo que se dice.

—¿Felipillo?

Inguill inclina la cabeza.

—¿Inti Palla es..., va al lecho de Felipillo?

—¿No lo sabías?

Anamaya se encoge de hombros con desprecio.

—Es imposible. ¡Inti Palla es una de las mujeres de Atahuallpa! ¿Cómo iba a atreverse?

Inguill adopta un aire terco y, arrastrada por su certeza, aprieta la muñeca de Anamaya.

—¡Que sí! Yo los vi. Aquella noche no dormía y fui a la *cancha* antes de refugiarme en el templo de las divinidades. Pues bien, ellos...

—¿Ellos...?

—Felipillo había puesto las manos en ella, y ella era feliz...

Algo de la vieja aversión hacia la pérfida princesa renace en el corazón de Anamaya.

—¿Te vieron? —pregunta con voz más dura.

—No lo creo.

—¡Te dije que tuvieras cuidado, Inguill!

—¡*Coya Camaquen!* Les oí pronunciar el nombre de Atahuallpa. ¡Tenía que decírtelo!

—Sí... Te lo agradezco. No olvides ser prudente. Y ahora déjame, pequeña.

Los ojos de Inguill se demoran un instante en Anamaya; luego, a regañadientes, obedece.

Sola, Anamaya permanece perfectamente inmóvil. Siente un dolor que trepa por sus riñones. La vergüenza, el temor, la decepción, forman venenos en su cuerpo. Debería correr para hablar con el inca, para avisarle del peligro, como tan a menudo

ha hecho desde hace lunas y estaciones.

Pero esta vez solo siente pena y una necesidad de soledad.

—¡Mastuerzo! ¡Botarate!

Por la abertura en el muro, Gabriel oye las injurias. Descabalga, tiende las riendas a uno de los indios que siempre se encuentran ante las *canchas* y entra en el patio. Un español está golpeando a un indio con el pomo de su espada; le da violentos y breves golpes en la cabeza, en las orejas, en el cuello.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta Gabriel.

El español se vuelve. Sus rizos castaños, en desorden, enmarcan un rostro hinchado aún de infancia y le dan un aspecto de angelote. De espaldas, Gabriel no ha reconocido en seguida a Gonzalo Pizarro, el más joven de los hermanos del gobernador. Es el más hermoso de los hombres presentes en Cajamarca; una belleza que solo es la máscara de un alma de diablo.

Gonzalo sonríe con fingida amabilidad y señala con la punta de la espada una mesa a cuyos pies yace la azuela.

—Ocurre que se confía, con gran coste, a este animal el encargo de hacer una mesa. ¡Una mesa!, ¿me oís? No el coro de una iglesia o un púlpito labrado: una mesa. ¡Y aquí está!

Gonzalo se apoya en la mesa, que oscila imperceptiblemente.

—¿Y qué? —pregunta Gabriel, forzando una sonrisa tan natural como la de Gonzalo.

—Pues que oscila.

Gabriel se acerca a la mesa, por la otra punta, y posa a su vez la mano.

—No oscila —dice apaciblemente.

—Pues yo digo que oscila.

Gabriel se agacha para recoger la azuela y se la tiende al indio, cuyos ojos están llenos de miedo.

—Toma —dice en quechua—. No temas.

El hombre duda, pero de inmediato toma tímidamente la herramienta y lanza una aterrorizada mirada a Gonzalo.

—Soy de la opinión de que no oscila —dice bromeando Gabriel, que se dirige ya a Gonzalo—. Sin embargo, aunque oscilara, el gobernador, vuestro hermano, reconocería que eso no vale la vida de un pobre diablo.

La mano de Gonzalo se ha crispado en la empuñadura de la espada. La mención del gobernador le hace reflexionar.

—No os fieis —dice finalmente.

—¡Dios del cielo! —sigue bromeando Gabriel—, si estoy ojo avizor tanto de día como de noche.

Los pómulos de Gonzalo se ruborizan ante la burla.

—No lo lograréis conmigo como con mi hermano Hernando —silba.

—Os escucho, Gonzalo. Es el que faltaba, vuestro hermano mayor con su penacho rojo. Y tengo tanto miedo de vos como tenía miedo de él. ¿No veis el temblor que me agita?

Gabriel da media vuelta, sale del patio y tiende una fruta al indio que ha sujetado su caballo sin que se mueva ni una pulgada.

Gonzalo suelta un empujón al artesano, cuyos ojos están clavados en el suelo.

—¡Haz otra vez esta mesa, so mico! —grita—. ¡Y que no oscile!

Luego se vuelve hacia la abertura por la que ha desaparecido Gabriel y amenaza con el puño cerrado.

—No os fieis —repite por puro placer.

Y sonrío.

Sentado en su *tiana*, el trono real, el Único Señor tiene los ojos cerrados y el rostro impasible, totalmente inmóvil, como si fuera ya su propia momia.

Cuando abre los párpados, sus pupilas son dos minúsculos puntos negros perdidos en el lago rojizo de los iris.

Anamaya guarda silencio. Un antiguo sentimiento la invade; es más fuerte que su cólera contra Atahuallpa, más fuerte que la tristeza y la amargura.

La ternura.

Pero de pronto, como si hubiera advertido este afecto, el Único Señor hace un movimiento inaudito. Se desliza del banco al suelo, que está cubierto de pieles de guanaco y mantas de lana de vicuña. Tiende sus manos hacia Anamaya. Apenas un murmullo se mezcla con su respiración.

—¡Coya Camaquen!

Entonces, ella avanza de rodillas y posa sus manos en las del Hijo del Sol, la palma contra la palma.

El Único Señor tiembla. Todo su cuerpo tiembla. Sus labios, sus manos, su pecho, todo en él tiembla con la conmoción del mundo. Tiembla hasta castañetear de dientes. Tiembla como las piedras de múltiples ángulos, mil veces pulidas, tiemblan en los templos cuando *Pacha Mama*, la Madre Tierra, pone en movimiento sus entrañas.

Entonces, los brazos del inca rodean a Anamaya y la estrechan contra él. Se agarra a ella como antaño su padre Huayna Capac se había agarrado a su mano, toda una noche, antes de morir. La estrecha sobre su corazón como en los antiguos tiempos cuando, guiada por el cometa, le indicaba su destino de gloria y de triunfo.

Hay un roce de botas en las losas del patio. Cuando llega al umbral de la estancia, el gobernador don Francisco Pizarro los encuentra así, abrazados.

Pizarro vacila en el umbral, turbado. A su espalda, la artera mirada de Felipillo

está estupefacta por lo que ve. El gobernador espera unos segundos; luego, como si nada ocurriera, habla con una especie de dulzura y de respeto.

—¡Señor Atahuallpa!

El inca abre los brazos, y Anamaya se levanta sin precipitación. Va a colocarse detrás de Atahuallpa, que ha vuelto a sentarse en su *tiana*. Mira fijamente a Felipillo.

El intérprete, incómodo, aparta la cara. Anamaya vuelve a pensar en las palabras de Inguill, pero las dos palabras que brotan de la boca del gobernador captan toda su atención.

—¡Eres libre!

No está segura de haber comprendido bien.

El gobernador mira con intensidad el rostro de Atahuallpa.

—Eres libre —prosigue—, pero no te comprendo.

Felipillo traduce mirando por debajo a Anamaya.

—¿Qué significa eso? —pregunta el inca—. ¿Qué dice el *Machu Kapitu*?

Anamaya repite a su vez, mirando al gobernador, cuya alma no consigue leer.

—¡Oigo rumores, señor Atahuallpa! —continúa Pizarro, ya más cómodo—. Los desdeño, pero los rumores no cesan... En mi palacio, casi cada día, tus caciques vienen y me dicen que tus órdenes salen hacia todas las provincias del país para reunir tropas contra nosotros... Tu general Chalcuchimac está aquí, con nosotros, pero envías instrucciones a tus otros generales, Quizquiz y también Ruminavi. Pero te tengo afecto y no creo todo lo que me cuentan. Te lo pregunto, sin embargo: ¿hago bien no creyéndolo?

El rostro de Atahuallpa se ilumina.

—¡Haces bien! Son tonterías.

El gobernador escucha la nerviosa traducción de Felipillo e inclina la cabeza.

—¡Mejor así! En ese caso, pronto podrás llegar a tu reino del norte, como te prometí, y reinar allí en paz, con mi protección, por la gloria de nuestro emperador Carlos V y la de Nuestro Señor. Entretanto...

Atahuallpa escucha con atención. Aguarda. Pero Pizarro calla también; de pronto, no muestra impaciencia alguna.

—Voy a morir —declara finalmente Atahuallpa.

—¿Cómo que vas a morir? —se extraña el gobernador.

—Pronto me reuniré con mi Padre.

Pizarro no lo niega, no protesta...

Por el cortinaje, Anamaya ve, súbitamente, enmarcarse la silueta de Gabriel, que se desliza junto al gobernador.

—Perdonadme, don Francisco —susurra jadeante—. No he podido venir más de prisa.

Pizarro no vuelve hacia él la cabeza. No aparta los ojos del inca.

—No digas eso, amigo mío —dice con voz dulce—. No vas a morir. Si tienes enemigos, ¡te protegeremos de tus enemigos!, y también de aquellos que, entre los

cristianos, no te comprenden. Me importa demasiado tu amistad.

—Estoy cansado —replica el inca con voz monótona.

—Reposa. Queda en paz y pasa una buena jornada.

Pizarro sale tras un saludo que dobla en dos su seca silueta, seguido por Felipillo y Gabriel.

—¿Dónde están? —pregunta en el patio.

Dos soldados se acercan. Estupefacto, Gabriel descubre a Sebastián, con el rostro huraño y llevando unas cadenas gruesas como una muñeca de niño.

—Pero ¿qué estás haciendo con eso? —pregunta.

Sebastián no responde. Gabriel se vuelve hacia el gobernador.

—¡Don Francisco, explicaos, por favor!

—Venid —le dice Pizarro a Gabriel tras haber señalado a ambos soldados la entrada de la estancia del inca—. Tenemos que hablar.

Anamaya se ha quedado detrás de Atahuallpa. Cuando ve que la cortina se levanta de nuevo y observa las cadenas en manos de los españoles, hace ademán de retroceder.

—No te preocupes —dice Atahuallpa—, todo está bien.

Sebastián se acerca al inca inmóvil. Su mirada huidiza se clava unos instantes en los iris azules de Anamaya y sigue huyendo.

—Diles que hagan lo que deban hacer —pide tranquilamente Atahuallpa.

El gigante negro pone un collar de hierro en el cuello del inca. Procura no apretar demasiado. Una cadena está unida al collar y la fija, con un candado, a la más baja de las vigas del armazón.

Atahuallpa no se ha movido. Una pálida sonrisa ilumina sus ojos y relaja su rostro.

—Ya ves —le dice a Anamaya—. ¡Soy libre!



## CAJAMARCA, 25 DE JULIO DE 1533, AL ANOCHECER

Día tras día, la sala mayor del templo del Sol se ha transformado, con los medios que tienen a mano, en un vago eco del lujo de los palacios de España. Se han construido bastos muebles, mesas y sillas de alto respaldo, a menudo oscilantes. Cortinajes de ajados motivos cuelgan de los muros, mientras, aquí y allá, se amontonan algunos cofres. En las hornacinas, miniaturas de la Virgen María con el niño Jesús, queridas por el gobernador Pizarro, sustituyen las máscaras de pumas, las llamas de oro o plata —ya fundidas—, la cerámica rota.

En torno a la gran mesa donde gotea la cera de los candelabros, se han puesto cuatro cubiertos. De momento, los comensales son solo tres. Don Diego de Almagro está frente a Gabriel, mientras que Pizarro permanece de pie.

Esta noche, don Diego no lleva venda atravesando su rostro picado de viruelas. Gabriel no sabe a qué ojo debe mirarle. El que fue destrozado por una lanza india es extrañamente atractivo en su monstruosidad: una masa negra y seca, que a veces parece moverse con el ritmo del ojo bueno. Bajo su aspecto embrutecido y rústico, don Diego, de quien se dice que tiene el valor de diez, sabe ser astuto y convertir su defecto en una ventaja.

—Lo he visto —dice con su acento gangoso de La Mancha, que nunca ha perdido—. He ido a su celda y le he pedido que se calmara.

—¿De quién habláis, don Diego? —pregunta Gabriel.

—¡De don Pedro Cataño! ¡Vuestro amigo, al parecer! Vino hace un rato a montar escándalo en el Consejo, interrumpiendo a don Francisco con el pretexto de que él y vos habíais desbaratado un complot contra el inca. ¡Caguen Dios!, pero ¿no gritaba que daría la vida por la suya? ¿Es acaso uno de sus mil doscientos hijos para hablar así? Aunque, dado el color de su piel, está permitido preguntárselo.

Pizarro sonrío. Gabriel palidece y debe apretar los dientes para contener su insulto al Tuerto.

—El gobernador ha hecho que le metieran en una celda para calmarle —dice don Diego, riendo—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—No meterle —gruñe Gabriel—; aconsejarle simplemente que callara.

—¡Paz, señores! —interviene Pizarro, que se frota las manos, sin guantes por una vez—. He pedido que nuestro amigo Cataño se nos una para cenar. ¿No es una buena idea, don Diego?

Haciendo girar su ojo, Almagro levanta los brazos al cielo.

—Conozco la profundidad insondable de tu bondad, Francisco; insondable y, si me lo permites, peligrosa.

El rostro de Pizarro se ilumina. Sean cuales sean las causas y la acritud de su

rivalidad, Almagro tiene el privilegio de ser uno de los pocos capaces de arrancarle una sonrisa.

—¿Y si vuestras señorías me hicieran limosna de una explicación? —pregunta Gabriel algo burlón, pues ya sospecha lo que va a escuchar.

—En el consejo de guerra donde vuestro amigo Cataño ha irrumpido tan brutalmente, discutíamos en efecto la suerte del inca. El consiliario Valverde y yo somos de la opinión de que es un hombre y que podríamos convertirlo en cristiano, pero los demás...

La vacilación de los candelabros desliza sombras siniestras sobre el rostro de Almagro.

—Los demás piensan que esto es peligroso —aprueba Almagro con su voz aguda, jugando con un cubilete de mal vino—. Los demás creen que ya no es posible aplazar la expedición hacia la capital del Imperio. Moguer y Bueno fueron muy claros al regresar de Cuzco. Hay allí tesoros mucho más considerables que los que hemos visto hasta ahora. Quiero decir los que vosotros, quienes acompañasteis a don Francisco, mi amigo y gobernador, recogisteis, fundisteis y os metisteis cuidadosamente en el bolsillo...

—Sin embargo, ninguno de nosotros duda de que deban darse pruebas, en esta empresa, de un espíritu muy cristiano —prosigue Pizarro, impasible—. Nuestro emperador Carlos V debe alegrarse de celebrar nuestras obras cuando le sean contadas.

—Las órdenes reales son claras —interviene Gabriel—. Se pide salvaguardar, tanto como sea posible, la vida de los príncipes, reyes y señores de las Indias.

—Tanto como sea posible; es decir, no en caso de traición —gruñe Almagro.

—¿Qué traición? —pregunta Gabriel levantando el tono.

—No, traición no —dice suavemente el gobernador, acercándose a la mesa—. Pero podría haberla, Diego. Solo podría, y a falta de pruebas de la traición del inca, debemos proteger su vida... mientras esperamos el regreso de De Soto.

—¡Tenemos pruebas! —se exaspera Almagro, golpeando con el cubilete la mesa.

—¿Cuáles? —pregunta Gabriel.

—¡El testimonio de los suyos!

—¡Tonterías, don Diego! Sabéis muy bien que entre ellos todo son intrigas y venganzas...

—¡Tonterías vos, joven! ¿Queréis la verdad? Os daré una: no podemos caminar por las pistas de Cuzco llevando en el culo ese animal emplumado. ¡Todos los indios del universo nos caerían encima!

—¿Qué sabéis vos? Los apacigua con una palabra. Le he visto hacerlo.

—¡Vos no habéis visto nada de nada, bocazas! Yo, con un solo ojo, sí que he visto. Hace cuarenta años que veo de lo que es capaz esta ralea. Y Francisco lo sabe tan bien como yo, ¿no es cierto?

—Me gusta hacer las cosas de acuerdo con la ley y el orden, Diego.

—¡Ya lo creo! ¡Pues pon orden, gobernador! Decide la fecha de partida hacia Cuzco y no dejes al emplumado a nuestra espalda.

—¡Es indigno! —grita Gabriel, levantándose—. No podéis...

Don Francisco le hace un signo apaciguador y se vuelve hacia la Virgen.

—El inca está bajo mi protección. Si resulta culpable, lo decidirá un tribunal, como en España.

Almagro sacude su gran cabeza deforme, muerde rabiosamente un panecillo de maíz y lanza un grito.

—Diego, ¿qué te sucede?

—¡Por el lapo del diablo! Me he roto una muela —masculla Almagro, furioso—. Deja, pues, a tu Santa Virgen y pide que nos sirvan la carne, Francisco. ¡Tengo hambre!

Don Diego de Almagro escupe en el polvo su canino.

Las sombras cubren los rincones del palacio de Atahuallpa. El Único Señor ha dado órdenes de no encender las antorchas.

Ha rechazado cualquier comida, así como las visitas de los *curacas* y la solicitud de concubinas y mujeres.

Solo quiere a su lado la presencia de Anamaya.

Mientras los fulgores del día se deslizan en la hornacina del puma de oro, guarda silencio. Solo cuando la noche es plena pronuncia las primeras palabras.

—Soy una fiera que no sabe ya saltar.

No hay amargura o tristeza; se trata de una afirmación. Toca el collar y mueve la cadena que le agarra al muro.

—Ven a mi lado, *Coya Camaquen*. Rodéame con tus brazos.

Anamaya posa sus manos en el Único Señor. Bajo la suavidad de la ropa, siente su cuerpo agotado, cuya calidez se desvanece ya. Es un hombre que muere por su propia voluntad; un hombre que pertenece ya al Mundo de Abajo.

—Lo sé todo, ahora —dice Atahuallpa tranquilamente—. Es demasiado tarde y no lamento nada, pues mi propia vida es el precio de este conocimiento. Sé lo que mi padre te dijo antes de morir, ya que estoy en la misma noche y pronto me reuniré con él. No es ya mi voz la que te habla, sino la suya también. Y escucha... Escucha: ¡Detrás de la nuestra están las de nuestros Padres! Mi voz es más antigua que yo y durará mucho tiempo después de nosotros. ¡*Coya Camaquen*, dulce muchacha de ojos de lago, no olvides nunca llevar la voz de los Hijos de Inti!

—Hace lunas que sé que debes partir, Único Señor —murmura, por fin, Anamaya—. Sin embargo, ahora que ha llegado el momento, tengo miedo.

—Yo no tengo miedo. Quédate conmigo como te quedaste con mi padre.

El aliento de Anamaya se mezcla con el del inca y ya son, solo, uno en la noche.

—No hay ya planes en Cuzco —susurra Atahuallpa—. Ejercí mi venganza como

un hombre ebrio, un hombre injusto y cargado de cólera. Ya no hay hermanos, no hay enemigos... Los hijos del Imperio están hoy cargados de cadenas, como yo. Lloran y sufren por mi culpa.

Sus rodillas se doblan. Anamaya lo sostiene, pero el collar destroza la garganta del inca. Un gruñido de dolor vibra en su pecho.

—El norte y el sur se debilitaron por mi culpa; la sangre del Sol se ha derramado por mi causa. Chalcuchimac tenía razón: ¡nada tienen que ver los extranjeros! — prosigue con voz ronca—. Son semejantes a las rapaces que aguardan que la presa se agote por sí sola. Yo, Atahuallpa, hijo de Inti y del gran Huayna Capac, hendí el Imperio de las Cuatro Direcciones y los extranjeros se aprovechan. Pero nada conocen del poder del Otro Mundo. Construyen con polvo en una montaña de fuego que, algún día, despertará y los abrasará, hasta que sus cenizas se dispersen y se extiendan por el océano que los trajo.

La voz no sale ya de su pecho. Es ronca como la de un viento brotado de las entrañas de la tierra. Es la voz de todos los ancestros, de los padres y los hijos que construyeron el linaje infinito desde la creación del mundo.

—Rechacé durante mucho tiempo a mi hermano Manco. Ahora veo lo que tú viste sin atreverte a decírmelo: es el primer nudo de los tiempos futuros.

—¿Y el puma?

La pregunta ha brotado, a su pesar, de la boca de Anamaya. No hay sorpresa alguna en la voz de Atahuallpa cuando responde.

—El puma no está ya conmigo, pero debes confiar en él. Haz lo que mi padre te ordenó, sigue sus consejos...

Por el alivio que invade su corazón, Anamaya sabe que en ese instante se rompe la cadena del silencio que destrozaba su propia garganta. Por fin, el Único Señor ha conseguido ver, por sí mismo, y comprender lo que ella vio y comprendió hace lunas ya. Está por fin, de nuevo, cerca de los ancestros del Otro Mundo. Sí, está en el camino del fin del cuerpo.

Durante mucho tiempo, en la noche, con los ojos cerrados y el espíritu apaciguado, el Único Señor y la *Coya Camaquen* unen su gozo. No hay ya frontera entre su vigilia y el sueño, la noche y el día, la carne y la ausencia de carne. Como pájaros transparentes, extienden sus alas y viajan por encima de las montañas y las llanuras de su amado país, por sus tiempos antiguos y futuros, por el lago de sus orígenes y el sacro río del cielo, por la plata de la luna y el oro del sol.

Prisioneros, son libres.

Están ya pelando la fruta cuando Pedro Cataño entra titubeando en el comedor del gobernador. La cólera y el miedo por haber estado encerrado arruinan sus rasgos. Don Francisco se levanta para tomarle del hombro, un gesto que Gabriel conoce bien y con el que ofrece su afecto y exige sumisión.

—¡Calmaos, don Pedro! ¡Sentaos y comed, pues!

Cataño se derrumba en una silla y suelta una tirada muy meditada ya, mirando de arriba abajo a Almagro.

—Señores, gobernador, os agradezco que ejerzáis la justicia que merece el señor Atahuallpa.

Almagro cacarea una risita, con la carne de un mango entre los dientes.

—¿Qué diríais de una partida de naipes? —pregunta Pizarro como si no le hubiera oído.

—¡Naipes!

Gabriel no cree lo que está oyendo.

—¿Acaso nuestro noble don Gabriel se siente demasiado sabio para jugar a los naipes? —se divierte don Diego.

—Excelente —prosigue don Francisco, haciendo una señal a los servidores indios—. Diego, tú jugarás con nuestro amigo Cataño, pero dale tiempo para que trague su ave...

Almagro acepta el juego con un aire de asco y resignación, mientras que Cataño hunde su nariz en la escudilla de estaño.

Entonces se escucha un estruendo en el patio. Voces que se alzan, gritos de cólera. Gabriel sale al umbral. Dos soldados españoles flanquean a uno de los esclavos indios llegados de Nicaragua e intentan forzar la oposición de los guardias. Gabriel reconoce a Pedro de Añades, un hombrecillo de rala barba que nunca deja de transpirar, fiel a Almagro si los hay.

—Bueno, Añades —grita Gabriel—, ¿qué ocurre?

—Estos nos niegan el paso —ladra Añades, señalando a los guardias—. Tengo que ver a don Diego de Almagro inmediatamente.

—¿Inmediatamente? ¡No te privas de nada! Don Diego está jugando a las cartas con el gobernador.

El rostro de Añades se ilumina.

—Entonces, el niño Jesús es mi hermano, don Gabriel. Tengo que ver también al gobernador.

—¿Puedo preguntar por qué?

Añades señala al esclavo.

—Creo —dice dándose importancia— que sus señorías me reprocharían que no les comunicara el testimonio de este...

—¿El testimonio?

Añades se pone un dedo en los labios.

—Perdonadme, don Gabriel, pero la cosa es tan grave que solo puedo autorizar a este hombre a hablar ante el gobernador y don Diego.

Hay en el rostro de Añades como una llama de maligno placer. Gabriel, por un instante, piensa que se parece mucho a las de una pira. Hace un gesto hacia los guardias.

—Dejadles entrar —ordena.

—Señorías —comienza pomposamente Añades una vez que ha llegado hasta el comedor—, es de la mayor importancia que...

—Sé breve —interrumpe Pizarro.

Añades se turba, lanza una ojeada a la mesa, a los manjares, a los naipes, como si allí estuviera el camino más directo para llegar a su objetivo. Acaba azuzando al indio al que ha arrastrado hasta allí.

—Habla, entonces...

El indio calla. Dirige unos ojos aterrorizados a su alrededor. Sus labios se agitan, pero ningún sonido sale de ellos.

—Este hombre —se lanza por fin Añades con la frente brillante— dice que ha visto, a tres leguas de Cajamarca, una multitud de guerreros indios dirigiéndose a la ciudad...

—Por lo que mis oídos escuchan, este hombre no dice nada —observa fríamente Pizarro.

—¡Despacio, Francisco! —interviene Almagro, arrojando sus naipes y levantándose de un salto—. ¡Por Santiago, la amenaza se acerca y nos hablas como el tribunal de Sevilla!

—Este hombre dirá o no dirá, pero quiero oír lo que dice.

—Háblanos —pide Gabriel con suavidad—. Cuenta lo que has visto; estaremos contentos.

El esclavo recupera su ánimo. Sus frases son cortas, entrecortadas.

—He visto guerreros. Numerosos, muchos... Vienen del norte... Estaba yo oculto en una aldea. Destruyeron un maizal. Cantaban; hablaban de atacar la ciudad la próxima noche...

Gabriel frunce el ceño, con los labios apretados, mientras el indio, gacha la mirada, prosigue su relato. A cada frase, Pizarro inclina la cabeza.

—¿Bueno? —pregunta finalmente Añades con aspecto satisfecho.

El silencio le responde. Luego resuena, sarcástica, la voz de Almagro.

—¿Desea vuestra señoría que por el amor de Cataño muramos todos?

Pizarro lo mira.

—Ahórrame tus burradas, Diego; me las sé todas —gruñe.

Aprieta el puño en su guante y sale sin dirigir una mirada a Gabriel. Almagro, de pie ya, lo sigue; luego, Añades, su compañero y el esclavo. A pesar del fulgor de las llamas, el moreno rostro del joven Cataño está gris.

—Esto ha terminado —masculla—. Van a matar a Atahuallpa. Hemos perdido, ¿no es cierto?

Gabriel agita dulcemente la cabeza.

—Don Pedro —dice en voz baja—, ¿esta mañana estábamos juntos?

Cataño inclina la cabeza con aspecto de infelicidad.

—¿Visteis lo que yo vi? Campos, aire, silencio. No hay ejército en torno a

Cajamarca.

—Y sin embargo, este hombre...

—¡Este hombre miente! —asesta Gabriel.

## CAJAMARCA, 26 DE JULIO DE 1533, POR LA MAÑANA

—¡Demostradme que miente! —ladra Pizarro.

—No es necesario demostrar nada: con mis propios ojos he visto los campos y las montañas vacíos de cualquier ejército. Os doy mi palabra y os lo aseguro. Ese mastuerzo miente. ¡Por la sangre de Cristo, don Francisco! ¿No vale mi palabra la de un esclavo? —se enoja Gabriel.

Ha forzado la entrada de la alcoba de Pizarro a la hora en que el gobernador se viste. Don Francisco se pone meticulosamente, alrededor del cuello, la gorguera de encaje blanco. Con las escasas plumas de color de su sombrero, es el único ornamento que se permite para alegrar su eterno atavío negro.

—Don Francisco —prosigue—, aguardad, al menos, el regreso de De Soto. Sabremos más cosas. Él y sus jinetes habrán explorado cada barranco, de aquí a Cajas. Si hay más de tres hombres armados, los habrá visto o, al menos, oído.

Su voz es dura; su mirada, furiosa. Quisiera estar más tranquilo, mostrarse más mesurado. Sabe que el gobernador detesta que le acucien demasiado. Por lo demás, Pizarro rechaza su propuesta, levantando despectivamente las cejas.

—¿Aguardar? ¿Qué diría yo al Consejo esta mañana, muchacho? ¿Qué les diría a Almagro, a los oficiales reales?

—Señor, si recuerdo bien, cuando zarpamos de Sevilla no os preocupasteis demasiado de los oficiales reales..., ni del Consejo, ni de don Diego. Queríais que las cosas se hicieran a vuestro modo y que los acontecimientos os siguieran en vez de precederos...

Un fulgor divertido pasa por las gastadas pupilas del gobernador. Le gusta que le recuerden esa jugarreta. Sin embargo, sacude la cabeza.

—¡Antaño era antaño, hijo! Ahora tengo a mi cargo esta ciudad, a vos, a vuestros compañeros. Soy el gobernador, y este país debe vivir según las leyes de España.

—¡Precisamente! —observa Gabriel con acritud—. Si el rey sabe que el señor Atahuallpa ha sido ejecutado sin pruebas...

Los dedos del gobernador se estremecen en el ala de su sombrero. La exasperación ensordece su voz.

—¿Cuántas veces habrá que decíroslo? —pregunta martilleando las palabras—. No me demostráis que el indio de don Diego miente, al igual que no me demostráis que Atahuallpa no nos suelta cuentos para adormecernos.

—Dadme tiempo para demostrároslo y lo haré.

—¡Basta ya!

Por primera vez, Pizarro eleva la voz y levanta su mano, enguantada ya de negro, hacia Gabriel.



—¡Basta ya! ¡Es suficiente, don Gabriel Montelúcar y Flores! ¡Recordad quién sois y lo que me debéis! ¡Recordad lo que me prometisteis!

De pronto, Gabriel se pone rígido, con las mejillas pálidas, por la alusión a su voluntaria bastardía y al nombre que detesta. Por lo demás, lo recuerda como el primer día.

Pero el gobernador se mordisquea ya el labio, fingiendo turbación, y se sobrepone.

—Sabéis que me importa un pimiento de donde vengáis. Soy como vos. Pero no olvidéis lo demás... Me prometisteis que os someteríais siempre a mi juicio. Y con esta condición sois..., sí, sois como mi hijo.

La voz del gobernador se extingue ante ese afecto secreto, ambiguo, que los une. «Perro viejo...», piensa Gabriel, aunque es incapaz de contener su emoción.

—Necesito vuestra confianza, Gabriel —prosigue don Francisco, que le aprieta el brazo—. No os dejéis influir demasiado Por esa india, esa hechicera del entorno de Atahuallpa. No sería bueno.

—¡Eso solo a mí me concierne, don Francisco!

—No lo sé...

Se miran por un instante a los ojos. Finalmente, Pizarro agita la mano como si expulsara una mosca.

—¡Bah, las mujeres! ¡Eso no es importante! Os lo digo porque mis hermanos se sienten apenados viéndoos con esa extraña moza.

«De modo que ahí estamos —piensa Gabriel, casi divertido—. El viejo mico desvía la conversación y quiere apretar donde me cree débil».

—Ya sabéis lo que pienso de vuestros hermanos, don Francisco. Yo no me permito tener opinión sobre las mujeres indias que ellos toman y dejan al albur de su fantasía...

Gabriel está casi seguro de ver un brillo de diversión en el viejo rostro de Pizarro, y lo aprovecha.

—Hablábamos de cosas serias, vuestra excelencia —añade.

—Sí... Tenéis razón. Escuchadme bien, entonces. No es solo que ejerza aquí el poder, por la autoridad del rey. Me conocéis lo bastante como para saber que no me satisfago con eso. Nadie tiene, más que yo, el sentido del deber y la justicia. Nadie, ¿me oís?

—Lo sé, don Francisco.

—¿Acaso creéis que paso mis noches en vanas plegarias, haciendo ruido con la boca? ¿O creéis que escucho lo que me dice la Santísima Virgen?

—Lo sé —repite Gabriel.

—No estoy aquí por el oro, Gabriel, ni para tener tierras con miles de esclavos. Lo dejo para don Diego de Almagro y los demás... Yo estoy aquí para escribir una leyenda a la gloria de Nuestro Señor Jesucristo y del rey Carlos V.

—No dejéis, entonces, que se manche de sangre.

Pizarro se encasqueta el sombrero en la frente y hunde sus ojos en la oscuridad. Abrocha con un golpe seco la hebilla de su tahalí y coloca la mano en la empuñadura de oro de su espada, como si posara para un pintor.

—¿Mantenéis que Añades y su esclavo mienten?

—Sí.

—Dadme una prueba.

—¿Y luego?

—Y luego, nada. Encontrad esa jodida prueba; eso es todo.

A pesar de la temprana hora, a Gabriel le sorprende la nerviosa agitación en la plaza de Cajamarca. Grupos de indios charlan en voz baja, y los españoles patrullan con aspecto amenazador.

La guardia ha sido doblada. Durante toda la noche, cien jinetes se han sucedido por las calles, los caminos y los alrededores de Cajamarca. Todos los españoles han dormido armados. Al amanecer, el padre Valverde ha dicho, en la inconclusa iglesia, una misa que, por el fervor y la palidez de los rostros, recordaba a los veteranos de Cajamarca la de la gran batalla de noviembre.

—¡Gabriel!

La llamada le da un sobresalto. Sebastián se le acerca. Su habitual sonrisa descubre unos dientes cuya solidez y blancura despiertan la envidia de los conquistadores.

—Sígueme un momento, ¿quieres?

Uno al lado del otro, rodean la iglesia. Los muros de la nave solo tienen ladrillos, de momento, hasta la altura de un hombre. En el altar de piedra se ha erigido una sencilla cruz de madera. Es extraño el efecto de esos pilares que se levantan hacia el cielo azul de los Andes.

—¿Por qué encadenaste tú al inca? —pregunta con dureza Gabriel.

—Porque me lo ordenaron —responde simplemente Sebastián.

—¿Quiénes?

—Almagro y el propio gobernador.

—Pero ¿tú? ¿Por qué tú?

La risita de Sebastián es siniestra y su voz está llena de acritud.

—Amigo mío, ¿habrá que descubrirte siempre la más sencilla verdad? Yo, porque soy la cosa de don Diego. Yo, porque mi piel es negra y ningún buen español querría haberse mancillado las manos aherrrojando el cuello de un rey, aunque sea un rey con plumas del Perú. Nunca se sabe cómo será el mañana cuando se es blanco, español y don algo... Yo lo sé. Será la misma mierda que ayer y hoy.

Gabriel baja los párpados. Hay tanto dolor contenido en la voz de su amigo que cada palabra le golpea el vientre como un puñetazo. En este instante, el enladrillado esbozo de la iglesia le parece tan horrendo como un rosario de mentiras.

—Mi pregunta era estúpida; perdóname, amigo mío.

—Hay un mar entre tú y yo, don Gabriel —chirría Sebastian—. La amistad no siempre basta para navegar de una punta a otra...

—Ya te lo he dicho: lo sé y te pido perdón. ¿Tengo que ponerme de rodillas y suplicártelo? —se molesta Gabriel con mala conciencia—. ¡De acuerdo, carajo! No es cosa tuya. Solo que estoy cansado de que me hagan creer que las pintas son las medinas, tanto más cuanto esta noche que acabamos de pasar me parece que ha sido una de las más negras y menos iluminadas...

La sonrisa regresa a los labios de Sebastián.

—Yo puedo, tal vez, iluminártela. El indio que declaró ayer...

—¿El hombre de Añades?

—Eso es; indio y, sobre todo, esclavo, aunque ¡el pobre tipo ya no sabe de quién! Ayer por la noche bebí con él algunas de sus cervezas, tan suaves para el gaznate y que te sueltan la lengua en menos que canta un gallo. Al tercer cubilete, no estaba ya seguro de si había visto un ejército de indios o un rebaño de llamas. Al cuarto, ni siquiera sabía si se había dado un trotecillo por los campos que rodean el collado. Al quinto, me enseñó el alfiler de oro que, generosamente, le había dado Añades para que contara su fábula.

—¡Eres mi providencia, Sebastián! ¿Dónde está?

—Si yo lo supiera...

—¿Cómo es eso?

—Después de la borrachera ha tenido miedo y no consigo ponerle la mano encima...

—¡Por la sangre de Cristo!

—¡Lo que tú digas! Si no logras que hable ante el gobernador, yo seré Judas. Me han designado para darle garrote al inca.

Gabriel hunde su mirada en la de su amigo. Hace diez minutos habría montado en una violenta cólera. Ahora se siente sumido en una insondable amargura. Solo una postrera esperanza hace latir aún su corazón.

—¿No me preguntas por qué? —chirría Sebastián.

—¡No empecemos otra vez!, ¿quieres?

Sebastián le agarra la muñeca y planta sus oscuros ojos directamente en los de Gabriel.

—Si le retuerzo el cuello al inca —dice de un modo más agrio que el chirriar de una sierra sobre un viejo barrote—, don Diego me entregará, incluso, una espada, y ni el propio don Hernando Pizarro se opondrá ya a que ponga mi agosto culo en el lomo de un caballo. ¡Moguer me llamará don Sebastián! Es un buen trato, ¿qué te parece?

Gabriel contiene el furor que le roe la garganta. Aprieta las mandíbulas e impide que su boca escupa palabras inútiles.

Sebastián tiene razón: es un buen trato.

Anamaya observa sin emoción la multitud de extranjeros que entran en la habitación del inca. Los reconoce a todos. A la cabeza va el gobernador; luego, Almagro *el Tuerto*, el cura Valverde con la Biblia en la mano y los oficiales reales. También aparecen el intérprete Felipillo y los dos hermanos menores del gobernador: Gonzalo, y su belleza de diablo, y Juan, y su extraño aspecto de orgullo y timidez mezclados.

No se ha separado en toda la noche de Atahuallpa.

Tras un gesto de Pizarro, un soldado suelta el collar. Atahuallpa se palpa el cuello. Mira uno a uno a los extranjeros, con asco, con desprecio, con indiferencia. Luego vuelve al gobernador.

—¿Por qué has hecho eso, amigo mío?

Pizarro no responde. Da una patada al collar de hierro que yace en tierra, como para alejarlo del inca y suprimir cualquier rastro de su existencia.

—Has venido a jugar al ajedrez, ¿no es cierto?

Después de la traducción, brota un murmullo entre los españoles. Anamaya quisiera sonreír. Atahuallpa lo ha dicho con una seguridad tan tranquila... La noche ha estado llena de consuetudo para el Único Señor.

Tras una señal, un sirviente acerca una mesa de juncos trenzados. Colocan un banco junto a Pizarro, y luego, el tablero. Atahuallpa se ha aficionado a ese juego durante su cautiverio. Muy cerca de palacio, junto a los talleres de tejido, vacíos ahora, le confeccionan piezas de ajedrez, cuya materia y tamaño elige con cuidado.

—Jugarás con las blancas —declara el Único Señor—, y yo con las negras. Este es el orden de las cosas.

Si está sorprendido, el gobernador no lo demuestra. Se quita el guante negro de la mano diestra. Anamaya descubre una mano pequeña y seca, que coloca las piezas con nerviosismo.

De pie aún, el Único Señor se quita, uno a uno, los atributos de su poder y se los tiende a Anamaya: el pectoral de *mullus* rosados y rojos, de inaudita finura; el *llautu*; la diadema real, e incluso el pañuelo que oculta su oreja desgarrada. El silencio es absoluto. Todos los españoles tienen los ojos clavados en el Único Señor Atahuallpa. Cuanto más se despoja, más es el inca de todos los incas.

—Juguemos —dice apaciblemente al gobernador Pizarro cuando ya solo le queda la túnica.

Las siervas, las mujeres, los señores del séquito, se amontonan en las hornacinas del fondo de la estancia. Los españoles regresan hacia el patio, dejando solos a los dos jugadores. Y Felipillo se mantiene prudentemente de pie, detrás de Pizarro, lanzando de vez en cuando una huidiza mirada a Anamaya.

En la claridad que procede del patio, los ojos de un español buscan los suyos con insistencia. Es uno de los hermanos del gobernador. ¿Gonzalo? ¿Juan? Cada vez que cree sorprender la mirada de uno de ambos hermanos, solo divisa una sonrisa de

través, como si intentaran burlarse de ella.

Allí afuera hay un conciliábulo entre españoles. Las voces se cabalgan y el tono sube.

Atahuallpa, indiferente, avanza sus peones con calma y seguridad. Los movimientos de Pizarro son menos regulares, menos reflexivos. Muy pronto, Almagro *el Tuerto* vuelve a entrar en la estancia. Se coloca tan cerca del gobernador que roza sus hombros con el pomo de la espada.

—Don Francisco, no estamos aquí para asistir a una partida de ajedrez.

Un murmullo de aprobación llega desde el patio. Anamaya advierte que el gobernador ha perdido ya muchas más piezas que Atahuallpa.

Pizarro apenas vuelve la cabeza.

—¿Qué pasa, don Diego?

—¡Caguen Dios, Francisco! Pero bueno, vuestra señoría... No estamos aquí para jugar, sino para comunicar al inca su sentencia.

Felipillo ha dejado de traducir. Anamaya lo hace en voz baja, muy cerca de la oreja herida del inca. Ante la palabra *sentencia* se pone rígido brevemente. Inclina la cabeza.

—Pues bien, hacedlo, amigo mío —masculla Pizarro.

Mientras Almagro se vuelve hacia los oficiales reales, agitando la cabeza con despecho, el gobernador contempla el enigma indescifrable del tablero. Su mano se posa, al azar, en una de las piezas que le quedan, antes de revolotear hacia la siguiente, indeciso siempre.

Cuando acaba levantando los ojos hacia el inca, Anamaya sorprende su mirada llena de desamparo. Le parece que Pizarro va a pedir ayuda al Único Señor.

Pero el más joven de los oficiales ha entrado, por fin, en la estancia y despliega un rollo. Comienza a leer, interrumpiéndose después de cada frase para recuperar el aliento. Felipillo, ridículamente, hace lo mismo. El Único Señor, con un chasquido de la lengua, le ordena que cese. El español, sin embargo, sigue leyendo la letanía del rollo de palabras. Arrodillada junto al inca, Anamaya traduce solo las más violentas: *dobleza...*, *mentira...*, *traición...*, *asesinato...*, *ejércitos hostiles...*

A cada palabra, la sonrisa de Atahuallpa se hace mayor.

Cuando el oficial real termina su lectura, el inca se dirige a Pizarro.

—Por eso me matáis.

No es una pregunta. Pizarro se turba y deja caer la pieza que intentaba jugar. El Único Señor Atahuallpa se inclina, la recoge y se la pone en la mano, cerrando suavemente los dedos.

Su sonrisa es hermosa, tan tierna que el rojo de sus ojos se difumina.

—¿Estáis seguros de que no queréis más oro? ¿Ni hermosas vajillas, ni hermosas estatuas, ni hermosas fuentes?

Los españoles han entrado hasta el centro de la estancia. Se oyen las respiraciones. El silencio es pesado, violento.

El Único Señor mueve un último peón. No le quedan ya piezas al gobernador, mientras que las del inca están casi al completo.

—Jaque mate, hermano mío —anuncia Juan con forzado ardor.

Atahualpa toma su propio rey y lo levanta por encima del tablero. Lo hace girar entre sus dedos como si lo viera por primera vez.

—Es un gran rey —dice—, con poderosas tropas... Y sin embargo, ha debido de cometer faltas graves...

Con un golpe seco, rompe la pieza contra el borde del tablero. La cabeza rueda por el suelo como un dado. Nadie se atreve a recogerla.

Se hace de nuevo el silencio. Don Francisco Pizarro toma su guante del banco, a su lado, y se lo pone moviendo los dedos.

—Un gran rey, pero una mala partida —suspira—. No puedo hacer nada.

—¿Estás seguro?

La cuestión no requiere respuesta y no la obtiene.

Los españoles entornan los ojos de inquietud. Cuando el inca busca la mano de Anamaya, algunos dan un paso atrás. Todos observan ese puño oscuro que aprieta, como si quisiera romperla, la mano de la *Coya Camaquen*.

Ignoran el sentido de ese gesto. Imaginan que el inca tiene miedo, que necesita el apoyo de una mujer.

Cuando el Único Señor afloja su presión, Anamaya va hasta la pieza rota y recoge la cabeza del rey del ajedrez. La encierra entre sus dos manos. Atahualpa sonrío con una pequeña inclinación de cabeza.

—Vamos —dice—. Llévame a donde debas, amigo Pizarro.

## CAJAMARCA, 26 DE JULIO DE 1533, AL CREPÚSCULO

En el alojamiento de Añades, Sebastián y Gabriel han encontrado la puerta cerrada. Un viejo esclavo, de boca temblorosa, sentado en una silla coja apoyada en la pared, solo ha sabido balbucear palabras inconexas. Han recorrido la ciudad durante todo el día, inspeccionando cada calleja, cada palacio, cada *cancha* rica o pobre.

Han acabado encontrándolo en un miserable patio, donde los cochinitos de Indias mordisquean hojas podridas y corren entre niños desnudos. Cuatro esclavos hacen girar, gimiendo, una pesada piedra de moler. En el exterior de la *cancha*, algunos sirvientes indios aguardan los sacos de harina de maíz. Sebastián señala al hombre sentado en un taburete.

—¡Aquí está, por fin!

Gabriel descubre dos ojos llenos de temor, que se posan en él y lo reconocen.

—En efecto, es él —dice.

Con un mismo impulso, se lanzan sobre el pobre infeliz antes de que pueda esbozar un gesto. En el tumulto, los cochinitos de Indias huyen chillando, y los niños empiezan a gemir. Movidos por la prudencia, los indios abandonan la muela y se refugian en la oscuridad de una estancia miserable.

—No quiero matarte —masculla Gabriel, empujando al tipo fuera del patio.

Ante ellos, la hilera de servidores huye hacia ambos extremos de la calleja.

—Te dejo —dice Sebastián—. Me esperan. Hazlo pronto.

El gigante negro se aleja corriendo mientras Gabriel empuja al esclavo contra el muro de piedra.

—¿Tu nombre?

—No tengo nombre...

Toda la frustración acumulada durante el día y todo el furor de la injusticia que va a cometerse le crispan los nervios. Con el reverso de una mano, dura como la hoja de una espada, Gabriel golpea al hombre en el rostro. Su nariz y su boca sangran.

—Ni siquiera sabes tu propio nombre, ¿no es eso? ¿Cuántos *tupus* te dieron para olvidar lo que sabes y recordar lo que no has visto? ¿Cuántos?

En la mirada del otro encuentra la ironía de Sebastián por la mañana: «Hay un mar entre ambos...». Tan brutalmente como le ha dominado la cólera, ahora la vergüenza y el cansancio le inmovilizan los brazos. Suelta al hombre, que se hace un ovillo, rezumando una mezcla de sudor y sangre.

—¿Tu nombre?

Se levantan unos ojos desconfiados, unos ojos que ya solo expresan miedo. Gabriel se inclina y agarra al esclavo por los hombros con inesperada dulzura.

—No tengas miedo; no volveré a pegarte.

Se sienta en el suelo, a su lado, sobre la tierra y las basuras que lo siembran. Permite con indiferencia que un cochinito de Indias le mordisquea la punta de las botas. Por una abertura divisa las siluetas agachadas de dos mujeres. A lo lejos resuena, llevado por la brisa, el siniestro son de las trompetas.

—Cuenta —insiste—. ¿Qué te pidió tu dueño?

—No debo decir nada —murmura el hombre en voz baja.

—Lo sé, pero, de todos modos, hay que decirlo.

—El señor extranjero anunció que nos matarían a todos si no contaba lo que él quería. Dijo que vuestro dueño estaría contento y nos salvaría. Me dio el alfiler de oro.

—No viste soldados. No viste los guerreros del inca.

El hombre frota sus pies en el suelo sin responder. Agarra un cochinito de Indias y lo suelta sin brutalidad. Luego, por fin, sacude la cabeza.

—¿Qué dirás si te llevo ahora ante el gobernador?

—Si te digo la verdad, me matarán en cuanto hayas vuelto la espalda.

—No —asegura Gabriel, levantándose y sacudiéndose—. Puedo prometerte que no te matarán si dices la verdad.

Entre el palacio de Atahualpa y el poste de ejecución que se ha levantado en medio de la plaza, dos hileras de soldados mantienen libre un paso entre la multitud. Cuando el Único Señor sale, encadenado y con la cabeza desnuda, los indios se arrojan al suelo y lanzan gritos como si estuvieran ebrios. Alrededor de la plaza acechan jinetes con casco y empuñando espadas.

Atahualpa está flanqueado por el cura Valverde, el intérprete Felipillo y un capitán español. Anamaya le sigue a pocos pasos. El inca se vuelve hacia ella.

—Quédate conmigo hasta que pueda ver a mi Padre —ordena.

Ella, con un nudo en la garganta, inclina la cabeza, incapaz de responder.

—Pregúntales —dice apaciblemente Atahualpa a Felipillo— por qué me ejecutan.

El intérprete se turba. En voz muy baja, esperando que Anamaya no le oiga, se dirige al capitán y al cura.

—El inca pregunta si puede dar más oro para evitar la muerte.

No es la primera vez que el intérprete deforma las palabras del Único Señor. Anamaya está a punto de protestar cuando Atahualpa, sin preocuparse por la respuesta a su pregunta, eleva la voz para que la muchedumbre, a su alrededor, le oiga.

—Desde que me tenéis en vuestro poder, extranjeros, ¿qué he hecho sino traeros oro, más oro aún, plata, piedras preciosas? ¿Qué han hecho mis mujeres, mis servidores, mis hijos, sino servir y obedecer en todo? Afirmáis que mis ejércitos marchan contra vosotros. Mostradme esos ejércitos... Me habéis encarcelado y



encadenado; torturáis al poderoso Chalcuchimac. ¿Hay aquí alguna voluntad que no sea la vuestra? Ahora, mi presencia os cansa. Queréis tomar mi vida. Tomadla. Solo tomaréis mi presencia en este mundo. Soy el Único Señor del Tahuantinsuyu; nada puede interrumpir mi viaje hacia el Otro Mundo. Hace muchas estaciones, mi Padre el Sol lanzó su simiente de oro en estas montañas para asegurar mi nacimiento. Mi Madre la Luna hizo correr hasta mi boca su leche de plata para que yo fuera fuerte y poderoso. Solo alegría y paz encontraré al regresar por fin junto a Inti.

Cuando calla, un pesado rugido de dolor recorre la plaza. Las lágrimas corren y brillan por las mejillas de los hombres; incluso aquellos que se lamentaron de la dureza y la indiferencia del inca se inclinan con dolor. Hoy, como si el sol desgarrara por fin las nubes, su valor y su sufrimiento son también de ellos. Con él afrontan la impotencia de ser hombres y mujeres del Imperio de las Cuatro Direcciones. Con él sufren el gran viento de destrucción que levantan los extranjeros.

Dos hombres se apoderan de sus brazos y le atan fuertemente al poste de cedro. Anamaya reconoce al hombre de piel negra, al amigo de Gabriel, que, ya la víspera, puso el collar en el cuello de Atahuallpa. Busca su mirada y solo lee en ella una infinita resignación.

—¿Dónde está el gobernador, mi amigo Pizarro? —pregunta Atahuallpa—. Quiero hablarle.

Fray Vicente Valverde, con un signo y un suspiro, pide al capitán que tenga la bondad de ir a buscar a don Francisco.

Entonces, unos gritos hacen callar brutalmente a la multitud. Volviéndose, Anamaya descubre que Gabriel atraviesa la hilera de soldados, arrastrando tras él a un indio.

—¿Dónde está el gobernador? —aúlla—. ¡Tengo su prueba! ¡Tengo la prueba que me ha pedido! El esclavo de Añades mintió, ¿me oís? ¡No hay ejército indio! ¡El inca es inocente!

—¿Qué queréis del gobernador? —responde Valverde, molesto, tras un momento de sorpresa.

—¡Fray Vicente, el inca es inocente!

—¿Inocente de qué?, ¿de ofender la voluntad de Dios? Seguro que no. Amigo mío, si queréis serle útil a esta criatura, deberíais orar por él más que vociferar como un loco.

Gabriel señala al hombre que tiembla a su lado.

—Fray Vicente —grita—, debo recordaros que vais a matar al inca no a causa de Dios, sino con el pretexto de que quiere aniquilarnos con sus ejércitos. Pues bien, el hombre que aquí veis mintió por orden de Añades. No hay un solo guerrero indio a cincuenta leguas a la redonda. ¿Os resulta esto indiferente?

El dominico guarda silencio.

—¡Por la sangre de Cristo, fray Vicente, respondedme!

Pero Valverde no tiene que responder. Un grito llama su atención.

—¡Señores! ¡Señores! ¡No encuentran a don Francisco en ninguna parte! Nadie sabe dónde está...

—Ya veis —murmura Valverde—, es inútil complicar las cosas.

Gabriel, atónito, se vuelve hacia Felipillo, que todavía traduce al inca sus palabras. Fugazmente, ve los labios de Anamaya, que murmuran también. Atahuallpa busca la mirada de Gabriel con cierto asombro. Nada más. Con un gesto de la mano, hace callar a Felipillo.

—Habría que decir al gobernador que sigo siendo su amigo y que confío mis hijos a su protección —dice.

Antes de que Gabriel pueda reaccionar, Valverde, levantando la cruz, se yergue entre ambos.

—¡Olvida a tus hijos, inca! —exclama—. ¡Olvida a tus mujeres! Piensa en Dios, piensa en el rostro de Dios y muere como cristiano.

—Mis hijos son pequeños, numerosos y muy pequeños —insiste Atahuallpa, que sigue buscando la mirada de Gabriel por encima del hombro del cura.

—Dios ha querido que mueras por los excesos que has cometido en este mundo. Debes arrepentirte de todo eso, y Dios te perdonará.

—Mis hijos son débiles, necesitan protección...

Gabriel percibe la voz de Atahuallpa, pero los brazos levantados del cura le ocultan su rostro. De pronto, los ojos de Anamaya se clavan en él, se posan en él como si pusiera las manos en su pecho.

—No temas, Único Señor, hablaré al gobernador de tus hijos —dice en quechua, con voz fuerte, por encima del sermón de Valverde.

Valverde se gira de pronto con las mejillas enrojecidas y la cruz amenazadora.

—¡Ya basta! ¡Callaos!

A su espalda, el rostro de Atahuallpa casi sonríe.

—¿Podré no ser quemado? —pregunta suavemente.

—La sentencia es que lo seas —gruñe Valverde en un suspiro—, salvo si mueres reconociendo la voluntad de Dios omnipotente.

—¿Por qué?

—Porque Dios te perdonará y tendrás su clemencia.

Los ojos de Atahuallpa abandonan los de Valverde. Por un instante, contempla la multitud como si quisiera incrustar cada rostro en su memoria.

—¡Pueblo del Tahuantinsuyu, voy a morir! —exclama bruscamente.

Un clamor brota de la muchedumbre, un grito más profundo que el de las trompas, un estruendo más ensordecedor que el de los tambores.

—¡Voy a abandonaros para reunirme por fin con mi Padre! Voy al Mundo de Abajo, a iniciar mi largo viaje. Regresaré a vosotros como regresé ya, una vez, en forma de serpiente. Los extranjeros dicen que no me quemarán si me hago cristiano, como ellos. Desean que me someta al poder de su Dios.

La multitud calla. El pecho de Atahuallpa se hincha a pesar de las ataduras que lo

aprisionan.

—Pueblo del Tahuantinsuyu, mi cuerpo no debe convertirse en cenizas para que pueda llevarme hasta mi Padre. Voy a hacer, pues, lo que dicen. Pero recordadlo: ¡soy el Hijo de Inti!

Hay de pronto tanto orgullo en estas últimas palabras que la multitud rompe en exclamaciones.

—¡Así es, Único Señor!

—¡Soy el Hijo del Sol!

—¡Así es, Único Señor!

Entonces, con indiferencia, entre gritos, vociferaciones, lágrimas y llamadas, Atahuallpa se deja bautizar por Valverde.

Anamaya cierra los párpados y recuerda. Recuerda el día en que ayudó al Único Señor a huir, cuando los guardias, estupefactos, encontraron en su calabozo una muda de serpiente. Recuerda la mañana de la gran matanza, cuando se dirigió a la muchedumbre con las mismas palabras, exactamente.

Las sombras del anochecer oscurecen ya el gran valle, mientras las cumbres de las montañas rojean. Se encienden, aquí y allá, unas antorchas. Gabriel querría avanzar, estrechar entre sus palmas el cuerpo de Anamaya. El indio al que ha empujado hasta allí le observa, pasmado. Le dice con una señal que desaparezca entre la multitud. Cuando levanta el rostro, descubre la mirada de Sebastián. A su pesar, y sin saber muy bien qué puede significar aquel signo, inclina la cabeza.

Con una extraña dulzura, Sebastián pone la correa de cuero alrededor del cuello del inca, e introduce sus dos extremos en el orificio del garrote. Es un tornillo de madera, semejante a los que rompen las nueces. Da una vuelta a la empuñadura y la correa penetra en la carne de Atahuallpa.

El rugido de la muchedumbre se hace ensordecedor; se confunde con el cielo.

Con un movimiento de muñeca, Sebastián vuelve a girar la empuñadura. La carne morena del Único Señor blanquea bajo la presión de la correa. Su glotis se agita mientras su boca se abre en silencio. Sus labios, tan bien dibujados, se tensan de dolor.

Anamaya ha levantado los párpados y mira fijamente los ojos ensangrentados de Atahuallpa como si quisiera fundirse en su última mirada. Mientras la muchedumbre sigue vociferando, Valverde salmodia con violencia.

—¡Más fuerte, Sebastián; más de prisa! —ordena Gabriel, y Anamaya apenas si puede oírlo.

El gran hombre negro, esta vez, parece girar el garrote con todo su cuerpo. Un chasquido desgarrar el tumulto. El espinazo del Único Señor se ha quebrado. Sus ojos se hunden en lo que nadie ve.

Gabriel advierte que Anamaya está ahora tan cerca de él que sus hombros y sus caderas se tocan. Siente el roce del dorso de su mano en la suya.

—No puedes luchar contra lo que debe ser, ni siquiera tú —murmura.

Los gemidos de las mujeres se lanzan hacia el cielo cada vez más oscuro. Los hombres desgarran sus ropas y se arañan el pecho. Las llamas de las antorchas enloquecen. Anamaya aprieta con sus dedos los de Gabriel.

—Todo está bien —dice.

Sebastián se ha sentado al pie del cadalso. Sus mejillas están secas, pero sus hombros tiemblan como si la fiebre fuera a llevárselo.

## CAJAMARCA, 26 DE JULIO DE 1533, POR LA NOCHE

Es una noche sin la luz de Quilla, la Madre Luna. El palacio del Único Señor Atahuallpa está sumido en una oscuridad que no cesará ya nunca. En todas partes, tanto en las estancias vastas como en las pequeñas, en los patios y en los trasteros, la noche resuena de gemidos. Todavía ayer, algunas esposas, concubinas y criadas soñaban con servir a los extranjeros. Se quejaban del inca, se recordaba su dureza, su indiferencia... Ahora, todo es solo dolor. Nunca correrá sangre bastante para tanta pena.

Anamaya se siente ardiendo y se detiene en la fuente del patio para zambullir sus manos en el agua clara. Las gotas se deslizan por su rostro sin proporcionarle frescor.

Inguill se acerca a ella y, sin decir palabra, se acurruca contra su pecho.

Anamaya se lo permite y la consuela. También ella, la niña de Cuzco, la protegida de Manco, llora la muerte de aquel cuyas órdenes y cuya crueldad fueron la causa de la muerte de su madre y sus hermanos.

Luego, dulcemente, Anamaya la aleja de ella. La contempla un instante en la oscuridad, con el pequeño rostro de pájaro bañado por las lágrimas.

—Déjame ahora —murmura con ternura—; tengo cosas que hacer...

Inguill se esfuma en la noche.

Anamaya se desliza en la vasta habitación de Atahuallpa. En el fondo de la estancia hay una sola antorcha encendida; aunque no ilumina, produce la atmósfera de una casa que se zambulle lentamente en el Otro Mundo.

Su pie choca con un objeto que produce un sonido metálico: es el collar que encadenaba, hace un rato, al inca. A tientas, puesto que su mirada se acostumbra poco a poco a la escasa luz, encuentra todo lo que rodeaba a Atahuallpa cuando estaba vivo y que conserva aún la marca de su calidez, de su poder desvanecido: la *tiana* de madera roja, la mesa de juncos trenzados, el tablero volcado...

—¡También tú has vuelto!

Un terrible miedo la atraviesa como un relámpago.

—¡Inti Palla!

La silueta de la joven brota de la sombra. Anamaya inicia un movimiento de retroceso y tropieza con el banco del inca.

—No tengas miedo...

No es la voz de la antigua Inti Palla, aquella en cuya amistad había creído y que la traicionaba con dulces palabras, tras las que se acurrucaban los celos.

—Toma mi mano, te lo ruego.

Inti Palla se muestra casi suplicante y, sin embargo, sus palabras parecen proceder de un mundo ya lejano. Tras una vacilación, Anamaya toma la mano tendida. Está

helada, pese a la suavidad y la humedad de la noche.

—Tengo tantos remordimientos por la noche. En el sueño o en vela, mi espíritu se agita en vano para escapar de ellos. Mi remordimiento es un *quipu*, cuyos nudos no pueden contarse ya...

Inti Palla suelta una risita, que se transforma en una tos y sacude su pecho.

—No soy nada y, sin embargo, he compartido el lecho del inca. Cuando estábamos juntas, tú y yo, en la Casa de las Vírgenes de Quito, yo no tenía otra voluntad. Obtuve lo que quería. Y luego, no sé ya cómo, las traiciones vinieron a poblar mi lecho más a menudo que el Único Señor. Las venganzas y las decepciones sucedieron a las traiciones...

La princesa se acerca a Anamaya. Su brazo y su hombro la rozan. Su piel está extrañamente seca y rugosa, como si todo el cuerpo de Inti Palla se preparara para el Otro Mundo.

—Tú veías muy bien esas traiciones. Yo tenía miedo de que me lo robaras, miedo de ser rechazada como las concubinas olvidadas que se reparten los soldados. ¡Yo, tan delicada!

De nuevo la risa, aunque sin alegría.

—Mi remordimiento, ya ves, no es por haber mentido, no es ni siquiera por haber traicionado a Atahuallpa con Felipillo. Lo que lamento eres tú, muchacha de los ojos azules. Te he amado y te he admirado más que ningún otro.

Anamaya se sobresalta de nuevo y retira su mano. Pero Inti Palla se agarra a ella, hasta clavar sus largas uñas en la palma.

—No quieres creerme, ¿verdad? Desconfías demasiado de mí. ¡No crees ya nada de lo que brota de mi boca!

—Te creo, Inti Palla...

—¡Me gustaría tanto! Anamaya, ningún otro instante de mi vida atormenta mi memoria más que el día en que llegaste al *acllahuasi*, el día en que, por primera vez, posaste tu mirada en mí. Tus extraños ojos eran tan hermosos, tan profundos, que los celos, en el mismo instante, me desgarraron el corazón. Poseías algo que yo no tendría nunca... Con el tiempo comprendí que tu mirada, en verdad, solo reclamaba amistad y fidelidad; una amistad para toda la vida. Pero mi orgullo, mi temor, me lo prohibieron en seguida. ¡Para toda la vida!... Ahora voy a morir. Esta misma noche voy a morir con ese remordimiento en el corazón.

—Eres mi amiga —susurra Anamaya.

Sus propias palabras la sorprenden. No mienten. Solo hacen que remonte una antiquísima, una lejanísima emoción, que, en ese instante, puede ofrecer a la princesa perdida.

En su mano, la de Inti Palla se ha quedado inmóvil. Le parece menos fría.

—Ya ves qué extraño es —dice, por fin, Inti Palla en voz más baja aún—; ahora ya no tengo miedo.

Ambas mujeres se abrazan en la habitación convertida en cárcel. Anamaya

advierde que el aliento de Inti Palla se apacigua. Su cuerpo se tiende con una voluntad nueva y fuerte.

—Quisiera que ahora me ayudaras —pide la princesa que fue tan hermosa.

—Sí —dice Anamaya.

Pizarro lleva la cabeza descubierta y un velo negro en el brazo, sobre el vestido negro. Levanta el cubilete de plata cuando entra Gabriel.

—¿Sabéis lo que estoy bebiendo?

Gabriel no responde. La cólera lo había abandonado junto a Anamaya, pero a medida que se acercaba al gobernador ha ido de nuevo apoderándose de él.

—Gracias, no tengo sed —dice secamente.

—¡Probadlo, hijo!

El tono del gobernador no admite réplica. Gabriel toma el cubilete que le tienden y moja en él sus labios, pero escupe de inmediato el líquido. Don Francisco asiente, sin la menor sonrisa, y toma de nuevo su cubilete.

—¡Vinagre! ¡Lo beberé toda la semana y, conmigo, el mastuerzo de Almagro y todos los demás!

—Don Francisco, si creéis que eso va... ¡De Soto!

De Soto entra en la estancia con pesados pasos. Lleva el sombrero aún en la cabeza y viene precediendo a algunos hombres. El capitán tiene el negro aspecto de los malos días. Sus ojos están cansados, y su barba tan enmarañada como polvorientas sus ropas. Antes incluso de que abra la boca, Gabriel sabe lo que va a decir.

—¡Nada! ¡Nada, don Francisco! Ni el culo de un soldado indio, ni una tropa, ni una columna. Ya os lo digo, a cien leguas a la redonda, en dirección al sur, nada. Las rutas están tan vacías de ejércitos del inca como la palma de mi mano... Las únicas armas que hemos visto son las azadas de piedra de los campesinos. Eso es: nada... ¡Nos han venido con cuentos!

Pizarro suspira. Con los párpados entornados, hace girar el vinagre en su cubilete.

—¡He sido engañado!

De Soto se vuelve hacia Gabriel y la fatiga le endurece la voz.

—¿Qué ocurre aquí? Me han dicho que el inca ha muerto. Cruzo la ciudad y oigo por todas partes gemidos que hielan la sangre.

Gabriel se estremece. Todos los músculos le duelen como si él mismo hubiera cabalgado en vano jornadas enteras.

—Le han dado garrote —murmura.

—¿Garrote? ¿Sin juicio?

—Con juicio.

—Pero si yo recorría las rutas...

La boca del capitán tiembla. Calla. Ha comprendido.

—De modo que Almagro ha ganado.

Su frente se inclina un instante y sacude la cabeza como si quisiera librarse de una mosca inoportuna.

—Gobernador —prosigue con lentitud y severidad—, cierto era que la presencia del inca hacía delicada la expedición hacia Cuzco, pero había otras soluciones, no solo esta ejecución... Lamento la muerte del señor indio. No es buena, ni para vos ni para nosotros.

«Y no lo sabes todo», piensa Gabriel, obsesionado por la imagen del collar de hierro.

Pizarro aguanta por un instante la mirada de De Soto. Luego llena su cubilete de vinagre y moja los labios sin parpadear.

—También yo la lamento, don Hernando.

Hay en la voz de Pizarro una solemnidad, una tristeza, que imponen respeto. De Soto lo contempla en silencio, buscando una mirada, esperando una palabra más, pero no llegan. Vuelve a ponerse el sombrero y sale ante sus hombres.

—Contadme —dice entonces don Francisco a Gabriel—. Contadme cómo ha muerto.

Están en una pequeña estancia de la parte trasera del palacio, rodeadas de montones de *unkus*, cuya variedad de formas, tejidos, materias y colores es inaudita. Hay allí lo bastante como para vestir a los Únicos Señores durante generaciones y generaciones.

No han encontrado cuerdas de pita en el trastero. Inti Palla ha robado una de esas largas bridas de cuero con las que los españoles atan sus caballos. Se la tiende a Anamaya, esbozando una sonrisa.

—El Único Señor Atahuallpa ha muerto con una correa semejante.

Anamaya desliza sus manos alrededor del cuello de Inti Palla. Anuda hábilmente la correa con un nudo sólido y corredizo. En la carne fina y flexible, cuyo color de miel incitaba el deseo de los hombres, forma como una especie de collar, casi hermoso.

Mira a la princesa. Inti Palla asiente con una pequeña inclinación de cabeza.

—Si se rompe —dice—, caeré en medio de las túnicas del inca y soñaré que soy la concubina de su noche postrera.

Dispone dos bancos, uno sobre el otro, y trepa ágilmente a la oscilante pila. Con habilidad, fija la cuerda a la viga principal de la fina estructura que sostiene el techo de bálago.

—Ahora, déjame sola.

Anamaya sale sin volverse.

Cuando llega al patio, oye el sordo choque de los bancos de madera al volcarse.

Ese es todo el ruido que hace Inti Palla al iniciar su viaje hacia el Mundo de



Abajo.

Anamaya no reduce la marcha y va a beber un poco de agua fresca en la fuente que sigue manando.

Esa noche, en el palacio de Atahuallpa, en las *canchas* de Cajamarca, en el *acllahuasi*, decenas de mujeres mueren así para seguir al inca.

Para respetar lo ordenado en la sentencia, ha sido preciso, de todos modos, encender una magra pira. Algunas llamas han lamido las vestiduras del inca muerto, han asado su carne y sus cabellos, para que pueda decirse, más tarde, que ha sido quemado.

La hediondez de ese simulacro flota aún en el aire de Cajamarca cuando Gabriel abandona el alojamiento del gobernador. El aire del valle es ya irrespirable, asfixiante, a causa de los gritos y los gemidos.

En el centro de la plaza se levanta todavía el poste de ejecución. Los despojos de Atahuallpa siguen atados a él, como un Cristo indio, mártir de la noche vestido por los lamentos de todo un pueblo. El sufrimiento que su muerte propaga no se extingue. Llega, como una lenta flecha, a lo más profundo de los corazones, los hiere y los destroza.

Con las mandíbulas prietas, Gabriel atraviesa la muchedumbre. Los rostros, tan a menudo impasibles, brillan de lágrimas. Varias veces durante la noche, los españoles, con los nervios de punta, han intentado despejar la plaza, pero ha resultado imposible. Los indios, hombres y mujeres, se han tendido en el polvoriento suelo, como cadáveres, indiferentes a las patadas o a los lanzazos, indiferentes al miedo o al sufrimiento, de modo que algunos se han dejado pisotear, han dejado que los cascos de los caballos les aplastaran la cabeza.

A lo lejos, respondiéndose en las colinas que rodean la ciudad y más lejos todavía, en las altas y lejanas montañas de lo que fue el palpitante corazón del Imperio de las Cuatro Direcciones, resuenan las trompas y los tambores, los torrentes, el trueno de la tempestad. En el cielo, las estrellas se mueven lentamente en su río de eternidad.

El aliento de los dioses incas atraviesa la noche.

Llegado al cadalso, Gabriel hace lo que nunca ha hecho aún por nadie, hasta este día. Se arrodilla y une las manos, en silencio, ante el cuerpo de Atahuallpa. Él, que se había prometido no volver a rezar desde su estancia en las mazmorras de la Inquisición, encuentra sin dificultad palabras y un fervor que le sorprende.

—Sabía que vendrías...

Solo es un susurro, pero reconoce en seguida la voz y el acento. No se vuelve. Con el corazón palpitante, los ojos cerrados, adivina la presencia de aquella a la que ama.

—Lo he intentado todo para que no le mataran —murmura.

El hedor cesa y respira su perfume. Ella está tan cerca que le rodea con sus brazos y le cierra la boca con leve mano.

—Lo sé.

—Yo tenía la prueba. De Soto ha vuelto... El gobernador está convencido ahora. Pero ya no sirve de nada. Es demasiado tarde.

Anamaya lo abraza dulcemente. Su pecho se estremece contra el brazo de Gabriel.

—No, ni demasiado pronto ni demasiado tarde. Ha sucedido a su tiempo. Ya te lo he dicho: todo está bien. El Único Señor está ahora donde debe estar. Has hecho lo que debías. Como uno de nuestros héroes, un guerrero viviendo en medio de los soldados de piedra...

—¿De piedra?

Ella inclina la cabeza, apacible, serena.

Están juntos en la noche. Sus alientos concuerdan.

Pese al horror que los rodea, a él le asombra la súbita violencia con que la desea. Algo turbado, siente que su miembro se tensa cuando los dedos de Anamaya se deslizan, finos, ágiles, bajo su camisa. En su hombro, recorren los contornos de la marca del puma.

—Hay cosas que debes saber —susurra—. Esta mancha en tu hombro. La que besé la primera noche...

La caricia es deliciosa; la suavidad le atraviesa de parte a parte.

—Lo recuerdo...

—Representa un animal de nuestras montañas, un animal poderoso y magnífico al que veneramos, pues lleva en sí la fuerza y la voluntad de nuestros antepasados.

—¿El puma?

—Sí, el poderoso señor puma. Cierta noche, hace de eso muchas estaciones ya, cuando yo era solo una muchacha temblorosa, el padre de Atahualpa, el inca Huayna Capac, me hizo llamar a su lado. Me confió secretos del pasado del Imperio, pero también de su futuro...

La voz de Anamaya es dulce, acariciadora como su mano y su boca. Gabriel se deja arrastrar sin esfuerzo ni asombro, mientras ella le cuenta cómo se convirtió en la *Coya Camaquen*, la esposa del Hermano-Doble de la momia del gran rey; cómo lo acompañó, lo perdió y, luego, lo volvió a encontrar en el corazón de la *huaca*, el laberinto de piedras sagradas.

—Allí, en la oscuridad y el terror, te vi por primera vez. Eras el puma de ojos de luz, aquel cuyas zarpas aterrorizan, aquel cuyo brinco atraviesa las montañas... Yo ignoraba si ibas a devorarme... Y escuché la voz de Huayna Capac, que me dijo:

«Confía en el puma...».

Gabriel no está seguro de comprender todas las palabras que pronuncia Anamaya. Atraviesan su espíritu sin detenerse, como pájaros nocturnos, y regresarán en sus sueños.

—Cuando te tuve ante mí, cuando vi el puma en tu hombro, supe que habías llegado hasta mí; de dónde venías, adonde regresarás...

Levanta los ojos hacia el cadáver de Atahuallpa.

—Hay una vida aquí, pero otras en otra parte, en varios mundos... Viajamos de este mundo al de Abajo y del Mundo de Abajo al Otro Mundo del cielo, el más hermoso y el más perfecto... Volvemos a él, nos transformamos...

—¿También tú, Anamaya, has hecho ese... viaje?

Ella no responde.

Vuelve sus ojos azules hacia los suyos, y su sonrisa los hace más grandes; sus ojos de lago, sus ojos de cielo, sus ojos de noche. Y él se sumerge en ellos, confiado, para iniciar un viaje del que ya sabe que no querrá regresar.

# Segunda parte

## CORDILLERA DE HUAYHUASH, 5 DE OCTUBRE DE 1533

—¡Cuidado!

El grito resuena justo por encima de Gabriel. Instintivamente, inclina la cabeza bajo el escudo que ha levantado con rapidez y crispera la mano en la brida de su caballo, acercándolo a la pared. Fragmentos de roca caen como una metralla en el barranco; algunos bloques enormes se desprenden con un silbido de bala. El choque de las piedras sobre las losas y las franjas de hierro de los escudos resuena como mazazos, mientras contienen la respiración. Algunos guijarros rebotan en la grupa de los caballos, que resoplan. Luego, silencio.

Casi con el mismo gesto, las largas siluetas de Candia y de Sebastián se incorporan. Como Gabriel, dejan caer sus escudos y levantan los ojos hacia lo alto de la pendiente. El desprendimiento ha debido de producirse justo por encima del resalte que les oculta aún el collado. Inquieto, Gabriel se vuelve hacia los portadores que los siguen, pero todos han sabido ponerse al abrigo y solo se han desgarrado algunos fardos.

—¡Maldita artillería! —masculla el Griego—. ¡Y sé lo que me digo!

Los ojos de Candia son brillantes. Los tres amigos piensan lo mismo: ¿el desprendimiento se ha debido al azar, o ha sido provocado por los guerreros de Quizquiz y Guaypar? A decir verdad, desde el lugar donde se hallan es imposible saberlo.

—Es el tercero desde esta mañana —observa Sebastián con una mueca irónica—. Si este no lo han provocado, es que tienen un dios que hace por ellos el trabajo...

Candia masculla un insulto, que se pierde en el vacío.

—En marcha —ordena Gabriel, golpeando con la brida la grupa de su bayo—. No vamos a helarnos aquí.

Tras ellos, la inmensa columna se estira y humea en toda la ladera de la montaña. Es como si todo un pueblo avanzara. Los cuatrocientos españoles conducidos por el gobernador, De Soto y don Diego de Almagro están hundidos, enterrados, por esa inmensa cohorte de miles de indios, esclavos o tropas aliadas de los cañaris, guerreros de la costa, servidores de pequeños señores locales unidos, de buen grado o por fuerza, al nuevo y fascinante poder de los extranjeros.

Pero el tiempo es violento, y el cielo bajo, frío y húmedo. La montaña muestra ante ellos sus altos picos y sus collados como otras tantas pruebas mortíferas. Parece elevarse cada vez más arriba, zambulléndose en las brumas y el aire helado. Un concierto de toses y gemidos, de gritos e imprecaciones, se mezcla con los espaciados chasquidos de los cascos.

Casi en mitad de la columna, un poco después del pelotón de jinetes que rodea al

gobernador Francisco Pizarro, va la litera de Chalcuchimac. De lejos, aun con aquella luz gris, es reconocible por la variedad de las plumas de colores que la decoran. Desde los primeros pasos matinales hasta el agotamiento vespertino, una prieta guardia de infantes españoles la rodea, relevada cada cinco horas. Las torturas han debilitado al general inca, pero la leyenda de su valor sigue siendo inmensa entre los guerreros indios. No hay día en que el gobernador y los suyos no teman un ataque para liberarlo.

En la resbaladiza y empinada ladera, la vía real que lleva a la capital traza sus curvas, cada vez más prietas. Los jinetes han echado pie a tierra desde hace mucho tiempo para aliviar a los caballos, que respiran de manera estentórea.

La bruma se desgarrá unas veces, o se hace, otras, más espesa al albur de invisibles ráfagas. En ocasiones, en las proximidades del collado, a Gabriel le deslumbra la dura luz del sol, mientras el azul del cielo se hace tan profundo como el de un océano.

El mundo que descubre no parece ya el de la tierra. Las laderas se hacen más suaves en un oleaje ágil y desnudo, lavadas por las lluvias y barridas por enloquecidos vientos. El polvo de las rocas cubre una hierba corta y amarilla, recocida por el hielo. Ni un solo arbusto crece, ni una planta, ni un árbol. Únicamente unas grandes rocas negras, semejantes a chancros, emergen, de vez en cuando, del suelo ocre y rojizo. Este mundo no pertenece ya a los hombres, y no hay que contar solo con la suerte para atravesarlo sin daños.

Aquí apenas se puede respirar. Cada paso parece más pesado, como si todo el oro fundido en Cajamarca se hubiera metido en las suelas de las botas.

La última noche ha sido para Gabriel una larga pesadilla. Se ha despertado veinte veces, helado pero sudando, con la boca abierta de par en par, convencido ya de que se estaba ahogando. Veinte veces ha soñado que caminaba por un país vacío de aire, y se ha incorporado bajo la manta con un gemido de bestia agónica. Y veinte veces, a su alrededor, ha oído gemir a sus compañeros, presas de un terror semejante.

Al despertar, casi no ha comido nada. En plena tarde se prohíbe pensar que no encontrará fuerzas para proseguir, que deberá quedarse al borde del camino. Ha contado sus pasos a centenas, luego a decenas y, ahora, solo los cuenta uno a uno, sorprendiéndose de ser capaz todavía de poner un pie ante otro.

Cuando su bayo resbala en una de las losas del camino, la brida le arrastra, y él pierde el equilibrio. Tiene que agarrarse al pomo de la silla para recuperar la firmeza de sus piernas.

Cada esfuerzo lo agota un poco más, pero le obliga, también, a salir de aquel sopor que, de vez en cuando, le domina como una droga.

Pese al pañuelo azul anudado ante su boca, su rostro comienza a helarse. No siente ya los dedos bajo el grueso cuero de los guantes. Sin embargo, una

transpiración helada le humedece la espalda. Las sienes resuenan con un estruendo que le nubla la vista. En su garganta han sembrado una pimienta de fuego.

Los consejos de Anamaya se agitan en lo que le queda de conciencia: «No te detengas; no te detengas aunque no puedas más. No descansarías, sino que te agotarías más de prisa aún. Cuando estés fatigado —añadió rozándole con sus dedos—, masca poco a poco lo que voy a darte...». Sí, se lo dio... ¿Por qué no lo habrá pensado antes? Con una incomprensible lentitud, sus dedos insensibles buscan y abren la bolsa tejida, la *chuspa*, cuya correa le puso ella al hombro. La escarcha se ha agarrado a la lana. Saca unas hojas verdes y se las mete en la boca sin darse tiempo para pensarlo. El sabor es soso, levemente acre, y está apunto de escupirlas de inmediato. Luego se abandona a la masticación. Lo invade cierta sensación de levedad, y su dolor de cabeza cesa.

Aquí y allá, el camino aparece flanqueado por un muro de más de treinta pies de altura, cuyas piedras están unidas con ese arte de la albañilería que ha aprendido a conocer y que es casi mágico. Su caballo vacila de nuevo, como si sintiera su propia aprensión. El precipicio parece, de pronto, peligrosamente cercano, y Gabriel gruñe a su pesar: «¿Por qué diablos construyeron un muro en pleno centro de ninguna parte?». Sin embargo, una especie de euforia le domina al afrontar así los elementos, y casi se siente indiferente a las ráfagas de granizo que le azotan el rostro.

Tras el muro viene una cerrada curva, y por encima se divisa, por fin, el collado. Gabriel se vuelve hacia la columna, que avanza a trancas y barrancas. Ve los caballos que resbalan y caen, los porteadores que penan, y esa lluvia helada que empapa los vestidos y muerde a los hombres hasta el hueso. La hilera es a veces interrumpida por un hombre enfermo, al que el agotamiento o las náuseas hacen caer en medio del camino.

—¿Lo has visto?

Gabriel ve aparecer, como un gesto fantasmal, la sonrisa de Sebastián. Levanta los ojos de nuevo hacia el collado. Dos enormes bloques oscuros señalan el paso, como una puerta tallada por gigantes. Asiente y sonrío a su vez. Cada ascenso es más largo que la bajada que lo precede y, al mismo tiempo, no puede contener una especie de absurda esperanza de que será el último.

Hace unas semanas, cuando salieron de Cajamarca, las tensiones entre los partidarios de Pizarro y los de Almagro eran muy vivas. El gobernador consideraba al mariscal responsable de una ejecución injusta, que podía conmover a la corona. Almagro lanzaba rayos y culebras contra la traición de los compromisos y el permanente robo del que eran víctimas, él y sus partidarios, en el reparto del oro... En las montañas que se elevan casi sin límites, ante los precipicios, las piedras que vuelan y la nieve que lo cubre todo, en la sorda inquietud que crece, ya no hay partidarios del uno o del otro, ya no hay ricos ni pobres, solo hombres que simplemente intentan sobrevivir.

Por una brecha de luz, Gabriel ve que el cielo se ilumina, que el blanco lechoso

que lo cubre se desgarran para dejar al descubierto un cielo azul claro, luminoso y apaciguador. Y en medio de aquella repentina luminosidad, divisa un pájaro negro, cuyas alas terminan en unas extremidades que parecen dedos. El cóndor planea y danza en el aire, lo que produce una impresión de poder y libertad sin límites. Es hermoso, y sin embargo, Gabriel no puede evitar la evocación del recuerdo del ataque en el puente de Huayllas, los portadores arrojados al suelo, su duelo con Hernando.

Olvida por un momento la fatiga y el frío.

Luego, tan repentinamente como se abrió, el cielo vuelve a cerrarse, y un viento gélido arrastra copos cada vez más densos. Solo fugazmente puede abrir los ojos para divisar la silueta colocada ante él, doblegada por el viento y el esfuerzo.

En el instante en que las fuerzas le abandonan y la soledad es extrema, se siente inexplicablemente invadido por una confianza que caldea sus miembros agotados y que deshace su miedo.

No cabe duda de que Anamaya está allí presente, justo a su lado.

En el collado, la tempestad cesa de manera brusca, como el viento, y el cielo se despeja poco a poco. Gabriel parpadea y resopla suavemente, con el rostro ardiendo, mientras los pocos españoles que han llegado antes beben, a largos tragos, de sus cantimploras.

Los indios han dejado sus cargas y se han acuclillado, con su habitual indiferencia. Uno de ellos levanta los ojos hacia Gabriel, que le dirige una sonrisa. El hombre descubre sus dientes verdes, señala con el dedo los de Gabriel y se echa a reír en silencio.

—Coca —dice con satisfacción—, coca.

A pocos pasos de allí, un joven partidario de Almagro, cuyo nombre Gabriel ignora, está sentado junto a una piedra. Con el rostro gris, hinchado, le desgarran los tos seca, y su respiración es irregular, sibilante. A veces se vuelve para escupir una especie de espuma rosada, que abre como unas flores rojas en la nieve.

—¿Qué tienes, camarada?

—Lo veo..., lo veo... —repite con un estertor que le desgarran la garganta.

—¿Qué ves?

El hombre no responde y toma su cabeza entre las manos. La aprieta como si quisiera romperla, presa de un dolor en exceso violento.

—Hay oro —dice el joven—, mucho oro, y ese jinete armado que lo guarda...

Sus palabras son interrumpidas por accesos de tos, y Gabriel se siente invadido por una profunda tristeza hacia ese joven desconocido que soñaba con aventuras y fortuna, y que, sin duda, está muriendo en este collado de un mal misterioso.

Se arrodilla junto a él y toma en las suyas su mano, intentando darle calor. Su piel está fría como la de un muerto.

Entonces, Gabriel le rodea con sus brazos. Pone la oreja en el pecho cubierto por



la empapada chaqueta. Es como si oyera un lago furioso agitándose en su cuerpo. A veces, la respiración se detiene brutalmente, pero, en su interior, aquel gorgoteo no cesa.

Aleja el rostro de él sin dejar de tocarlo.

—¿De dónde eres? —pregunta con una voz que intenta permanecer firme—. ¿Cómo se llama tu madre?

El joven tiene los ojos cerrados. Su cuerpo es agitado por unos sobresaltos que no puede ya controlar. Cuando escupe, parece sacudirse por completo.

Los hombres que llegan se mantienen alejados de él; solo Gabriel permanece a su lado.

Parece de pronto dormir, como si el sopor se hubiera apoderado de él y lo arrastrara. Sin embargo, Gabriel siente aún la vida palpitando en su muñeca.

—Extremadura —murmura, por fin, el muchacho. Su voz es tan baja que Gabriel debe inclinarse sobre él para oírlo—. María...

—Soy de la misma región que tú, y mi madre se llama igual que la tuya. No tengas miedo; estoy contigo.

La mano del hombre se aprieta, se crispa, y su rostro se deforma bajo un dolor que no deja nada indemne. Su cuerpo se levanta como si quisiera arrancarse de la tierra.

—Tengo calor —dice—. ¡Me asfixio! ¡Abre la ventana!

—Verás nuestra abrasada tierra mucho antes que yo, camarada, y el rostro de tu madre estará junto a ti como cuando eras niño.

La vida le abandona con un último estremecimiento. No está ya en paz ni en guerra. Ha visto, antes de pasar, el rostro de su madre o el del caballero que defendía el oro. Ha muerto.

Gabriel se levanta. La vida está en él, helada, sudorosa, lamentable. La vida, extraña frontera que no cruzan las cóleras, los miedos, las avideces...

Titubea hacia la masa de los hombres que han apartado los ojos, que han cerrado los oídos.

En el cielo que se llena súbitamente de crepúsculo, mientras la tempestad se aleja, ve primero un punto negro, y luego otro. Los cóndores vuelven a planear por encima del collado, siniestros y majestuosos.

Una de las grandes rocas negras, en el paso del collado, está hueca por detrás; la cavidad parece el ábside de una iglesia. Se recorta contra el cielo de un azul negruzco y, de pronto, el corazón de Gabriel da un salto: su forma coincide exactamente con la de la montaña que hay en el fondo, cuya nevada cima tiñe de oro el ocaso. Gabriel se vuelve hacia los pocos españoles que le rodean; tienen la cabeza gacha, los hombros caídos y murmuran lo que dice el cura. Bajo el cielo estrellado, en el frío que comienza a hacerse cortante, ante el muerto que han ocultado en seguida bajo una

manta para que los indios no lo vean, recuperan el camino de ese Dios al que no le han rezado mucho.

Gabriel no consigue perderse en la plegaria. La mirada enigmática del joven no deja de obsesionarle y siente una mano que tira de él desde el otro lado de la noche. No acaba de observar aquella roca, la montaña que está detrás; su mirada sigue los alineamientos de piedras que le rodean, vuelve a la mesa montada sobre dos bloques de piedra que está en el centro y donde se halla el sacerdote. Un altar en plena montaña...

Se aparta y da algunos pasos hacia atrás por la nieve que cruje. Al abandonar la protección natural de la roca, le envuelve de nuevo una leve y gélida brisa. No hay más luz que la de miles de estrellas brillando en el cielo y que no dejan de intrigarles; sean de Extremadura o de Castilla, de Galicia, o incluso de Grecia, todos los conquistadores nacieron bajo el mismo cielo. Este es distinto, como si un dios bromista se hubiera divertido arrojando estrellas en desorden. Sí, es en efecto otro mundo.

A su espalda oye el rumor de la plegaria y los indistintos responsos de sus compañeros. Pero de abajo, procedente de las vastas tiendas indias que se han montado en la plataforma natural situada bajo el collado, le llega una especie de zumbido musical, monótono y triste. No hay tambores o trompas; es simplemente el murmullo de las voces de los indios, que, agrupados por tribus, se cuentan sus historias y evocan a sus dioses.

De este modo, ignorándose, sin comprenderse, separados por la guerra, los españoles y los indios llegan a ser hombres semejantes en su miedo a la muerte y su admirado espanto ante el cielo.

En una tienda montada aparte, tras un montón de rocas y nieve, Gabriel escucha unos gritos. Se acerca. En la tienda, tres hombres resoplan y se alientan intentando cavar en el suelo helado a golpes de una especie de azadón, cuya extremidad, visiblemente de bronce y no de hierro, se tuerce contra la tierra helada.

—¡Herramienta de mierda! —gruñe Sebastián.

Divisa el rostro sudado de su amigo, y también el de Diego Méndez, un almagrista con cara de hurón, pero cuyo rostro se ha hinchado y cuyos ojos abultan hasta el punto de que uno de ellos está prácticamente cerrado tras una rendija. El extraño mal de las montañas elige indistintamente a los hombres para infligirles sus ataques y dejarlos vivos o muertos.

—Ven a sudar con nosotros —le llama Sebastián.

Gabriel se zambulle en la noche sin responder.

Las tiendas incas se agrupan en torno a la de Chalcuchimac y son reconocibles por las líneas de motivos geométricos que adornan las telas de algodón blanco.

Cuando se acerca, las voces disminuyen o callan. Los hombres y mujeres se envuelven en sus mantas, y sus ojos se apartan en cuanto busca sus miradas.

—No tienen miedo de ti.

Gabriel se vuelve. Protegida por una capa de lana negra y gris, Anamaya se ha puesto a su lado. Gabriel sonríe para sí en la oscuridad.

—Te buscaba...

—He temido por ti.

Sin fuego que los ilumine, Gabriel no puede adivinar la expresi3n del rostro de Anamaya; pero escucha la tierna preocupaci3n en su voz. Siente el cuerpo de ella muy cerca del suyo, y un estremecimiento que no es de frío le recorre. Debe apretar los dientes para no abandonarse a su deseo, para no besarla, abrazarla...

—Los soldados de Quizquiz están en la montaña —prosigue—, y Guaypar es uno de ellos...

— Guaypar?

El nombre del capitán inca pone ante sus ojos la imagen de un hombre de frente y nariz orgullosas, de mirada enclaustrada en el odio.

—Ahora os conocen —dice Anamaya— y saben que sois mortales... No tendrán ya la ingenuidad de la gran matanza... Est is en su terreno, y vuestros caballos resbalan; vuestras espadas os molestan mientras que sus piedras vuelan y golpean...

Gabriel guarda silencio. Desde hace días, la impotencia y la inquietud lo invaden, como a cada uno de los españoles.

A su alrededor, progresivamente, los indios reanudan sus conversaciones. Se siente rodeado por esta presencia, en la que cualquier hostilidad se ha adormecido; al menos, de momento. Adivina tras una tienda los fulgores de una hoguera; se agitan unas sombras. Se vuelve hacia Anamaya.

— Han encontrado le a?

No responde, y él no insiste. A veces, estos silencios lo intimidan. Caminan ambos hacia la roca donde, hace un rato, el cura ha dicho misa.

Pasa un grupo de españoles que ríen y bromean en torno a una especie de fort n cuadrado hecho de ba iles y de sacos. Han colgado cascabeles de los arneses de los caballos, para que den la alerta al primer movimiento sospechoso por la noche.

—El oro —suspira Gabriel.

—Lo protegen más que a sí mismos...

Gabriel hace un gesto de impotencia. Por haberse fugado con Anamaya, Pizarro le priv3 de bot n. Esta humillaci3n, finalmente, ha resultado una bendici3n, y se alegra de no tener nada y de no querer nada.

Se acercan a la roca negra, cuya sombra, ahora, se confunde por completo con la noche.

— Conoces este lugar? —pregunta Anamaya.

—No.

—Para nosotros, las montañas son dioses, como el Sol y la Luna, como los manantiales y los vientos, o también esas rocas cuya forma indica la presencia de una divinidad. Estos lugares fueron trabajados por la mano de nuestros antepasados para que los reconoci ramos. Desde entonces hacemos aquí sacrificios para agradecer a

los dioses su prodigalidad... Los llamamos *huacas*.

Brota una voz de las sombras.

—También el Dios cristiano recibió sacrificios... Pero retuvo la mano de Abraham sobre su hijo Isaac, doblegó la rígida nuca de los hombres y les envió a Cristo para redimir sus pecados...

La voz es dulce y no se reconocen en ella los vengativos acentos de fray Vicente Valverde. Instintivamente, Gabriel se yergue para proteger a Anamaya.

—No temas —dice el hombre de la voz dulce—; te conozco...

La silueta sale de la sombra de la roca y se acerca a ellos sin hacer ruido en la pisoteada nieve. El hombre levanta su diestra.

—¿Sabes de dónde vengo ahora? —le dice a Gabriel con una sonrisa.

Gabriel, desconcertado, mira los ojos de un azul grisáceo en el rostro lampiño, tan joven y tan viejo a la vez, del hombre, y esa mano que levanta por encima de él, sin amenaza, como para bendecirle; dos dedos —el mayor y el anular— están unidos. Unos recuerdos indistintos se agitan en él.

—¡Dios mío! —grita al fin.

—Ya ves cómo sabes volverte hacia Él cuando lo necesitas, amigo de Erasmo...

—¡Fray Bartolomé!

—Cuando pienso que hemos pasado dos meses juntos —dice Bartolomé, dirigiéndose a Anamaya— y que ese hombre lo había borrado todo de su memoria salvo un triste accidente natural...

La emoción atraviesa a Gabriel de parte a parte. No ha vuelto a pensar en aquella mazmorra desde hace mucho tiempo; no ha vuelto a evocar el recuerdo de su miedo a ser torturado, de su cólera y su humillación ante su padre..., ni —casi le avergüenza— el de doña Francisca.

—Era otra vida —dice Gabriel.

—Y sin embargo, es la misma.

Ambos hombres se miran en la noche, hasta que, con un mismo impulso, se abrazan.

—¿Desde cuándo te has unido a la expedición?

—Llegué a Cajamarca pocos días después de su partida.

—¿Y cómo es posible que no te haya visto hasta esta noche?

—¿Cómo, verdad?

—No te hagas el teólogo conmigo, como fray Bartolomé, respondiendo a las preguntas con otras preguntas.

—Cuando no hay respuesta para una pregunta, mejor es hacer otra pregunta, o guardar silencio...

—Silencio... Eso es lo que me aconsejaste hace ya muchos años... Y sigo sin saber si hubiese sido capaz de ello...

—Me parece capaz de muchas cosas —dice alegremente Bartolomé, lanzando una ojeada a Anamaya.

Ambos hombres y Anamaya han llegado a la tienda donde Sebastián y sus compañeros han cavado la tumba.

—Debo bendecir a ese infeliz —dice Bartolomé.

—¿Qué estás haciendo aquí, fray Bartolomé?

El monje no se inmuta, y sus ojos no se apartan, pero tarda en responder.

—El ministerio de Dios —dice finalmente con una sonrisa.

—Cuando no hay respuesta para una pregunta...

—¿No he respondido, acaso?

Bartolomé desaparece en la tienda.

Gabriel permanece unos instantes mirando la noche. Luego, Anamaya lo arrastra.

—No es un hombre como los demás —dice—. No es como tú, pero tampoco como los otros.

—También para mí es extraño, ¿sabes?...

—¿Es capaz de matarnos?

La mirada de Gabriel intenta adivinar las estrellas que resplandecen en el cielo, penetrar la noche en la que se ocultan los pájaros, cortar el frío...

—No lo creo —dice finalmente—, pero no lo sé.

## HATUN SAUSA, 11 DE OCTUBRE DE 1533

Al descubrir el campo a la luz gris del alba, todos los hombres han callado. Lo que la mano sembró generosamente aquí no es el delicado malva de la quinua ni el oro del maíz: es la muerte.

La batalla entre los partidarios de Huáscar y los de Atahualpa tuvo lugar hace semanas, pero los guerreros se han quedado donde cayeron: este con la cabeza en el barro; aquel con los ojos vueltos al cielo.

Gabriel advierte, sin embargo, en esta paz eterna una atroz impresión: es el hedor de los cuerpos que se descomponen, es el movimiento irresistible de la hierba que crece, es el hervor de los gusanos que se alimentan de las heridas, son los pájaros que han vaciado las órbitas de los ojos... En total, casi cuatro mil cadáveres llenan la llanura; extraña cosecha que la tierra absorberá, que el verdor cubrirá muy pronto.

Hace buen tiempo, y los hombres vomitan.

Gabriel aparta los ojos e intenta llenarse la mirada con el verde paisaje. Tras la dureza de los collados, de la nieve y del frío, el alba parece clemente y una promesa de calidez.

A la cabeza de la larga columna, el gobernador don Francisco Pizarro parece el único indiferente tanto a la carnicería como a la belleza. Detiene a menudo a los guías indios para observar un accidente del terreno y pedir una explicación. Mantiene a su lado, con grandes declaraciones de amistad, al *curaca* de la ciudad, un huanca de largos cabellos ceñidos por una corona de cuatro dedos de ancho. «Nos encargaremos de vosotros —dice con frecuencia—. Os libramos de los incas». Cuando se lo traducen, la mirada del hombre se ilumina y asiente con grandes movimientos de cabeza.

Pizarro ha pasado la noche en oración, como en los primeros tiempos de la conquista. Los veteranos de Cajamarca sienten que les aprieta el vientre una aprensión familiar, que los excita y los asusta.

—Vamos a pelear.

La ladera de la montaña domina la ciudad de Hatun Sausa. Es una hermosa ciudad inca, con su templo del Sol, su *acllahuasi*, su *ushnu* con la característica forma de pirámide en el centro de su vasta plaza, las *canchas* rodeadas de muros, los almacenes, las estrechas callejas... Es una hermosa ciudad situada en el fondo de un ancho valle, alargado junto a un río de amplio aspecto. Es una hermosa ciudad, pero arde.

Un poco más arriba, en la montaña, Pizarro se ha visto retrasado por las

dificultades que tiene para avanzar la litera de Chalcuchimac. Aunque el general no se muestra nunca, aunque se haya establecido que las heridas recibidas durante las torturas le impiden caminar, el gobernador está convencido de que dirige, en mayor o menor secreto, los movimientos de las tropas indias. Por eso, al acercarse la batalla, no quiere apartarse ni un palmo de él.

Frenando la impaciencia de su hermano Juan y la de Almagro, da a De Soto la orden de dirigirse con sus jinetes hacia la ciudad. Están lejos los tiempos en los que Gabriel tenía que suplicar para formar parte de las vanguardias: con un ademán, Pizarro le pide que siga a De Soto. «Por si las moscas, como siempre», se divierte Gabriel. Con un taconazo, lanza su bayo y se coloca entre la quincena de jinetes que van en fila de dos.

Al entrar en la ciudad, De Soto levanta la mano para detener el grupo. El grueso de las tropas indias se amontona al otro lado del río. Soldados de túnicas coloreadas, con antorchas en la mano, pegan fuego a los edificios principales, comenzando por los *collcas*, donde se almacenan las reservas de alimento.

—Están quemando los almacenes. ¡Hay que ir! —grita Diego de Agüero, uno de los caballeros más fogosos.

—Espacio —replica De Soto.

—Tenéis mucha prudencia, capitán De Soto —se extraña Gabriel.

De Soto sonríe.

—Obedezco las órdenes del gobernador: nada de batalla importante sin él.

—Todo arde, capitán. Dentro de dos horas, en esta ciudad no quedará ni una sola espiga de maíz, ni carne seca —gruñe un caballero.

—De Soto —prosigue Gabriel—, dejadme formar una patrulla con De Agüero y Candia...

—Y yo —dice un jinete situado detrás.

—Y él —repite Gabriel sin volverse—. Un galope bien dirigido podría rechazarlos sin que todo comience a arder.

De Soto reflexiona unos instantes.

—¡A fe mía, es responsabilidad vuestra! Permaneced vivos, amigos, mientras llegamos con refuerzos.

—No os preocupéis, capitán. Nosotros pondremos la mesa. ¡Intentad solo no perderos la cena!

Cruzan a trote el vado. Gabriel lleva su montura al galope hasta las casitas en forma de cono truncado donde el camino real se convierte en calleja. Una humareda espesa y acre se estanca ya entre las casas. En la entrada de la plaza, un indio con la túnica desgarrada y el rostro ennegrecido por el hollín levanta el brazo. Sin excesivo asombro ante su presencia, corre hacia los caballos.

—¡Lo queman todo! ¡Salvadnos! —grita en quechua.

Los huancas forman parte de esas tribus sometidas a la fuerza por los incas y que nunca han aceptado bien el dominio. Gabriel se vuelve hacia sus tres compañeros.

—¡Nos reciben como libertadores! —aúlla.

—Liberémoslos pronto, entonces —grita Candia, señalando el mayor de los edificios de la plaza, un *kallanka* a la que unos soldados incas se disponen a pegar fuego—. De lo contrario, todo se asará, ¡y nosotros también!

Gabriel, con los ojos enrojecidos por el humo, desenvaina la espada y acaricia el caballo, agitado por la acidez del calor. Allí, los soldados que salen del *kallanka* van armados con hachas, lanzas u hondas. Un oficial que los ha visto ladra una orden. Resuenan en la plaza los pesados sonos de una trompa, mientras que ya una veintena de guerreros se lanzan sobre los españoles sin el menor temor por los caballos.

Un salvaje aullido brota del pecho de Candia, un «¡Santiago!» que también podría ser un grito de bestia. Los cuatro, movidos por el mismo instinto, se inclinan a medias sobre el cuello de sus monturas y disponen la espada, cuya hoja brilla en la luz opalescente. Los caballos encuentran también la rabia en su carrera, como si respiraran mejor.

La primera carga atraviesa el grupo de los indios. Las espadas quiebran las lanzas, seccionan las correas de las hondas, destrozan las muñecas que sostienen mazas y hachas. Con el hombro abierto, el primer hombre cae rugiendo de dolor. Los demás se dispersan hacia las estrechas callejas. Gabriel los persigue, con Candia a su lado. A lo lejos, en la espesa humareda, De Agüero y su compañero emprenden la dirección del río.

—¡Cuidado, cuidado! —grita Candia.

Ante ellos, el paso entre las casas es demasiado estrecho para que ambos jinetes pasen de frente. Gabriel va el primero, tendido sobre el cuello de su caballo. Cruzado el paso, un hombre tropieza y cae pesadamente bajo los cascos del bayo.

Con asco, Gabriel percibe hasta en sus muslos el pateo. Una piedra de honda no acierta por poco las orejas del animal, y Gabriel descubre al hondero oculto en el umbral de una *cancha*. Cuando llega a la altura del hombre, espolea su caballo para que la punta de su espada le abra el pecho. Durante una fracción de segundo, se enfrenta a sus desorbitados ojos. Por su mejilla y sus labios resbalan las gotitas de sangre de su primer muerto.

Pronto, solo queda ante él un fugitivo, un hombre cuya rápida carrera parece no querer hacerse más lenta, un orejón con un pesado casco de oficial con plumas azules. Los enormes tapones de oro hincados en sus lóbulos se agitan sobre sus hombros a cada uno de sus brincos.

Con una ojeada, Gabriel comprende que intenta llegar al río. Al otro lado, el grueso de las tropas indias espera, sin moverse. Espolea al bayo hacia un lado para cortar el camino al oficial, pero este, en cuanto se siente alcanzado, se detiene. Bajo el polvo y el hollín, Gabriel le reconoce, estupefacto. Esa mirada llena de orgullo, esa nariz recta como la arista de una roca, no las ha olvidado nunca.

—¡Guaypar! —grita—. ¡Sé quién eres!

—¿Hablas nuestra lengua? —replica el otro rabiosamente—. ¿De qué te servirá



eso para matarme?

—A menudo he pensado en ti, Guaypar —sonríe Gabriel.

El rostro de Guaypar no demuestra emoción alguna, pero Gabriel se siente vacilar. Viendo frente a él ese hombre que quiso proteger a Anamaya durante la matanza de Cajamarca, siente un extraño peso en sus hombros, como si de pronto el hierro de su espada pesara terriblemente.

—Deberías matarme —dice Guaypar, percibiendo su duda.

Gabriel mantiene su caballo perfectamente inmóvil. Por encima del río flota la humareda. En la otra orilla, los combatientes, que han divisado a su capitán aislado, se apretujan y gritan. Otros rugidos llenan la aldea. Gabriel permanece inmóvil. Guaypar parece presa de su propia duda y tampoco mueve ni un párpado.

Entonces, a veinte pasos, con un rugido de fiera, se inflama un techo de bálago. Gabriel aparta por unos instantes la cabeza para ver las llamas que devoran el cielo. Y adivina más que ve el ágil brinco que da Guaypar para evitar el caballo, saltar sobre el talud de rala hierba que flanquea el río y arrojar todo el oro de su atavío a las aguas arremolinadas.

—Deberías haberme matado, pues ahora yo te mataré —grita antes de zambullirse también.

Gabriel encuentra, pase por donde pase, grupos de hombres, mujeres y niños que salen de las casas y de los *kallankas* con lloros y gritos de gratitud. Siente cierto malestar y lo expresa rechazándolos sin miramientos.

Algunos consiguen arrastrarlo hacia una *cancha* donde yace un soldado inca con la pierna rota y el hacha en la mano. Está rodeado por un grupo de jóvenes huancas, que lo insultan, pero no se atreven a acercarse aún. Un niño tira de la vaina de su espada.

—¡No tengo tiempo! —grita él.

Y se marcha al galope, atravesando la plaza. No ve ni el menor rastro de De Agüero ni de Candía. Se dirige hacia el puente. El recuerdo de Anamaya le atraviesa, pero lo rechaza para situarlo lejos, muy lejos, donde la sangre no corre.

Al otro lado del río se han reunido más de doscientos combatientes indios; a retaguardia, otros quince intentan inflamar la paja y las cuerdas del puente. De Agüero y Candía procuran, ya en vano, abrirse paso entre el grueso de la tropa para impedirselo.

De Agüero combate con valor, con amplios molinetes de su hoja, esquivando las piedras, parando los golpes de maza y utilizando con habilidad su caballo. Candía es más sobrio de movimientos, aunque igualmente eficaz. Sin embargo, lo que sorprende a Gabriel y le hiela mientras se reúne con sus dos compañeros son esos indios que les hacen frente: como los de Cajamarca, están también dispuestos a morir sin un grito, sin una protesta, para permitir que sus compañeros incendien el puente

impidiendo así el paso de los españoles.

Como para darse valor y apartar sus dudas, aúlla hasta romperse las cuerdas vocales y lanza el bayo al tumulto. Suena la risa de Candia, incongruente y reconfortante.

—¡Mucho tiempo has tardado! —suelta el gigante Griego.

Gabriel lanza sus golpes con tanta violencia, sajando los brazos, agujereando los pechos, desgarrando los rostros, que la fiebre de la muerte se apodera de él. Ninguna de las protecciones tradicionales de los incas es apta para resistir el acero que corta. Son diez, luego veinte, los que caen, casi impotentes. De vez en cuando, algunos mueren asfixiados por el peso de los combatientes que caen sobre ellos, otros se arrastran hacia el río, heridos, mutilados, y allí se ahogan. Pero sus compañeros vuelven al asalto blandiendo la maza, levantando el hacha con ojos enloquecidos.

En el tumulto, la mirada de Gabriel es atraída por un combatiente más vigoroso que los demás. Es más fuerte y alto, de aspecto más noble, y el desaliento no parece hacer nunca presa en él, mientras no cesa de arengar a sus compañeros. Varias veces le roza el acero de una espada o el casco de un caballo. Evita la muerte como si danzara. Y luego, con un ágil movimiento, salta sobre la grupa del caballo de Candia, agarra al Griego de un hombro mientras la otra mano busca el hacha para golpear las costillas del jinete. Arrancando un brinco al bayo, Gabriel se coloca tras ellos. Su brazo brota como un tiro de ballesta; siente en su palma cómo el acero chirría entre los tejidos coloreados y las carnes.

El combatiente inca lanza un grito y se yergue, apoyándose con todo su peso en la espada. Por un breve momento, parece que nada va a suceder. Las piernas del indio siguen ciñendo el caballo, y Gabriel cree que lo está aguantando con su acero. Y luego, el abrazo se deshace. Cae bajo los cascos de los caballos.

¡Caguen Dios! —gruñe Candia, frotándose las costillas—. ¡Bien venido seas, don Gabriel!

—El puente está jodido; arderá por las buenas —responde Gabriel, mostrando las llamas que se elevan.

Por otra parte, los indios retroceden y abandonan a sus espaldas los cadáveres y los heridos. El combate cesa como por arte de magia. De Agüero y su compañero se reúnen con ellos, con los ojos despavoridos, las botas y las calzas llenas de sangre. Descabalgan y levantan sus morriones. Los rostros están empapados de sudor, de sangre; tienen las mejillas y los labios tensos aún por el miedo.

—Señores —masculla Candia—, tengo una buena noticia: ¡estamos vivos!

De Soto y sus jinetes se les han unido; luego, hacia mediodía, lo hace Pizarro y el resto de la columna. En la ciudad, por todas partes, solo hay gritos de júbilo; pero los españoles no se demoran en la fiesta, pese a los presentes que les ofrecen.

Pizarro llega a orillas del río, con sus hermanos Gonzalo y Juan, el capitán De

Soto y Almagro.

—¿Cómo están las cosas, don Gabriel?

Gabriel señala el otro lado del río, donde unos seiscientos combatientes incas les hacen frente.

—Los hemos perseguido, don Francisco y, como veis, hemos desalentado a algunos. Pero han conseguido destruir el puente.

—¡Cobarde! ¡Miedoso!

El ladrido de desprecio ha salido de los labios de Gonzalo.

Gabriel se seca el sudor que brota aún de su frente. Se acerca mucho al diablo de los bucles castaños, con una maligna sonrisa en los labios, una sonrisa que ha brotado hace un rato, mientras mataba, y que sigue en él ahora como una cicatriz.

Gonzalo retrocede tres pasos.

—Ya sabemos cómo habéis combatido, cobarde, dejando huir a su jefe... —lanza de nuevo.

Gabriel está sorprendido. Vacila unos instantes antes de comprender que se trata de Guaypar.

—¡Ya basta, Gonzalo! —ordena Pizarro.

El tono cortante del gobernador no admite réplica. Gonzalo y Gabriel se desafían unos instantes, con la altivez y el odio deformando sus rasgos.

Don Francisco considera con frialdad el montón de las víctimas; luego, el río profundo y rápido que le separa del camino por donde han desaparecido los asaltantes de la aldea. Sin volverse, pide voluntarios para llevar a cabo una carga suplementaria.

—Hay que darles una lección —dice—. No les dejemos creer que pueden salir tan bien librados.

¿Por qué es Gabriel uno de los primeros en presentarse? Ni él mismo lo sabe. La rabia hace que su sangre palpite más de prisa. Apenas oye a los demás.

—¡Yo también! —dice Juan.

—¡Yo igualmente! —dice De Soto.

—¡Y yo! —gruñe Almagro, como si despertara de un largo sueño.

Pizarro sonrío. Los cuatro jinetes, seguidos por algunos hombres, bajan por la ribera hasta el río. Unos jóvenes huancas, entusiasmados ante la posibilidad de venganza, se arrojan con ellos a las heladas aguas, admirando a los caballos, que levantan los ollares por encima de los remolinos.

La corriente es fuerte. Deben describir un arco para no agotar sus monturas. Pero en la orilla opuesta la pendiente resulta escasa, fácil de subir. En cuanto llegan a la ruta, Almagro y los suyos espolean la cabalgadura hacia la montaña, para atacar por detrás, mientras Juan y un grupito flanquean el río. A Gabriel y a De Soto les corresponde correr directamente en persecución de los guerreros indios y empujarlos hacia la ribera.

Gabriel no siente ya fatiga alguna. El insulto de Gonzalo gira en su cerebro como un taladro. Sus muslos sujetan con fuerza el bayo, y su mano, que aprieta el pomo de la espada, se apoya en el muslo derecho, como si toda la realidad del mundo estuviera allí.

Surge ante ellos un primer grupo de combatientes. Parecen mover los brazos estúpidamente. Pero cuando De Soto grita un «¡cuidado!», una lluvia de piedras de honda cae a su alrededor. El bayo, golpeado en la paletilla, vacila y hace una espantada. Los guerreros indios se dispersan ya, tras haber comprendido que no debían permanecer agrupados.

Pero cien pasos más adelante, otros honderos toman posiciones y, esta vez, hacen llover sus piedras sobre el grupo de Juan Pizarro, que debe retroceder.

A Gabriel se le ocurre, entonces, una idea enloquecida. Lanza su caballo mientras otros guerreros, en una impecable hilera, recargan la honda. Con un aullido demente, galopa directamente hacia ellos. Solo dura el tiempo de un relámpago mientras los combatientes indios, fascinados, se quedan inmóviles.

—¡Santiago! ¡Santiago! —sigue gritando Gabriel.

La voluntad de la muerte galopa en sus venas; su espíritu ya solo es una hoguera de violencia. Cuando descubre los primeros rostros, las primeras bocas abiertas, se deja resbalar a un lado de la silla, con la mano izquierda agarrada al pomo. Una hacha de bronce vuela sobre él, pero no la ve. Solo mira las gargantas de los guerreros; solo siente el rítmico balanceo del bayo en sus riñones. Su brazo diestro es más duro que el bronce. Doblado a medias, mantiene la hoja de la espada inclinada hacia atrás. Y llega a ellos.

—¡Santiago!

El acero se hunde en las gargantas. ¡Una a una! A la velocidad del rayo, la hoja de Gabriel siega el aliento y la vida de doce hombres que ni siquiera pueden ya chillar.

Cuando, con un movimiento de riñones, se incorpora y hace girar su caballo, ve doce hombres que se derrumban, con los brazos y las piernas grotescamente agitados, inundando de sangre la hierba.

Le parece que un extraño silencio se hace en el valle. La luz blanca le aturde. Debe agarrarse a las crines del bayo para no caer de la silla. Allí, a su izquierda, aterrorizados, los indios huyen para refugiarse en los bosquecillos.

—Miedoso y cobarde —murmura, como si no comprendiera las palabras que salen de su boca.

Unos gritos brotan a su espalda. Almagro y los huancas inician el asalto contra los fugitivos. Gabriel se pasa una mano por el rostro.

De Soto se ha reunido con él.

Se observan. El capitán inclina la cabeza con un respeto en el que Gabriel cree adivinar una especie de terror. Tiran de la brida y giran al mismo tiempo, como hombres agotados.

Una hora más tarde, hay más de seiscientos cadáveres en la ribera del río. Del

batallón de Guaypar, solo quedan algunas siluetas que intentan, con frecuencia en vano, huir zambulléndose en la lodosa espuma.

## HATUN SAUSA, 15 DE OCTUBRE DE 1533

En el crepúsculo, los techos y los amazones de las casas de Hatun Sausa se consumen rojeando. El aire hiede a humo y al olor de la sangre. Todo el valle resuena con gritos y risas de victoria. A veces son risas de niños y mujeres, entrecortadas por una extraña música, un grave sonido de flauta en el que se mezclan los lacerantes cantos de muchachas y el interminable redoblar de los tambores.

Gabriel no ha tenido aún el valor de volver a cruzar el río y unirse a la fiesta. En la ribera, su caballo pasta la pisoteada hierba, entre los cadáveres de los guerreros incas que nadie ha levantado. De vez en cuando, algunos compañeros le llaman desde la otra orilla. De Soto en persona le grita algunas palabras. ¿Por qué no se une a ellos? ¿Está herido?

No, su sangre no corre fuera de las venas, pero está como envenenado por las imágenes de la carnicería. En la creciente oscuridad, ve su hoja penetrando en las carnes, cortando, perforando, matando.

No, no está herido, pero el asco le hincha el pecho con un dolor que no consigue apaciguar. Piensa en Anamaya. Quisiera que sus dulces labios se posaran en él, en sus ojos inflamados. Quisiera ceñirla con su brazo dolorido de tanto haberse levantado para golpear. Quisiera que ella le murmurara palabras de perdón y de amor.

Sin embargo, sabe que en este instante ni siquiera se atreverá a pronunciar su nombre. No soportaría que ella le mirara y le tocara.

Cuando es de noche, Gabriel llama, por fin, a su caballo y atraviesa el río. El agua helada burbujea contra sus botas y le hace bien. Cuando llega a la otra ribera, lanza su montura al trote. Evita las miradas e ignora los gritos exuberantes, roncós por la locura de la victoria y que le llaman de todos lados.

Llega a la plaza mayor de la ciudad cuando los compañeros de Almagro, en presencia del propio gobernador y del cacique de Hatun Sausa, extraen los tesoros del *kallanka*, que humea todavía.

Como cada vez, decenas de platos y cubiletes, máscaras y estatuillas de oro se amontonan. Pese al hollín del incendio, todo brilla bajo las antorchas. Los ojos de los españoles relucen más aún. Ríen y hacen saltar por los aires, con la punta de la espada, escudillas de oro deformadas por el calor y que los esclavos han conseguido salvar de aquel horno. A buena distancia, los indios del lugar los observan, intrigados.

El rostro de don Francisco Pizarro, en cambio, permanece imperturbable. Contempla cómo se amontona el oro como si no lo viera. Medio ocultos por su impecable barba, solo sus labios murmuran. Gabriel, sin ni siquiera oírlo, sabe que

está rezando a la Santísima Virgen. Don Francisco no abandona en ocasión alguna sus antiguas maneras. Ofrece a la Santísima Virgen y al niño Jesús la sangre, los muertos, el sufrimiento y el júbilo por el oro, sabiendo que así se purifica. Gabriel le envidia unos segundos.

Finalmente, don Francisco se vuelve y descubre a Gabriel muy cerca; ha descabalgado y sigue manteniendo en su puño crispado la brida del caballo.

—¡Ah!, estáis aquí... —dice con un brillo de ternura en los ojos.

Examina a Gabriel de los pies a la cabeza. Pasa revista a sus calzas empapadas y rotas, a su jubón manchado, cuya manga derecha está abierta y negra de sangre medio seca. Cuando llega al rostro corroído por las sombras, a las arañadas mejillas, a la atónita mirada, el afecto se esfuma y la diversión entorna los ojos del gobernador.

—¡En qué estado os halláis, joven! No está tan mal para un cobarde...

Gabriel no da por recibido el cumplido, ni el implícito desmentido de las palabras de Gonzalo. Temblando de frío y de fatiga, desvía la mirada hacia los hombres que amontonan objetos de oro en grandes cestos de mimbre traídos por unas mujeres indias.

Luego, de pronto, con un gesto, el gobernador indica al trompeta Alconchel.

—¡Toca a reunión!

Alconchel se lleva el instrumento a la boca. Los indios de la aldea, sorprendidos, retroceden un paso. Los que siguen a los españoles desde Cajamarca se burlan y explican de dónde sale el lamento que asciende y cubre el aire espeso y ruidoso del valle.

—¿Qué ocurre, don Francisco? —pregunta Gabriel.

—Esos a quienes habéis despanzurrado eran solo un destacamento. El grueso del ejército, con quince mil guerreros, se encuentra a seis leguas hacia el sur. Ahora que los hombres y los caballos han reposado, quiero que cincuenta jinetes salgan a perseguirlos.

Gabriel queda desconcertado.

—No hablo por vos, hijo. Ahora debéis descansar. Vuestra jornada ha finalizado... Divertíos, y aprovechaos de las viandas y de las mujeres que nuestros nuevos amigos nos ofrecen...

Pizarro lo toma en sus brazos y lo estrecha.

Una agria risita resuena a su espalda mientras ellos se separan con emoción.

—¡Bonito espectáculo!

Con el busto en exceso hinchado, abierto el jubón sobre una camisa sucia y desgarrada, hediendo a cerveza su aliento, Gonzalo Pizarro se ríe aún, lleno de altivez, fingiendo un saludo de ceremonia.

—Sin duda, hermano mío, estrecháis en vuestros brazos a un verdadero héroe.

—¡Y tú lo eres también, Gonzalo! —replica el gobernador, abriendo ostentosamente sus brazos—. Y si tu felicidad puede hallarse en un abrazo de tu gobernador, de muy buena gana te lo ofrezco.

Ignorando las manos tendidas, Gonzalo se vuelve hacia los jinetes que le rodean.

—¡Quitaos los sombreros, señores! —sigue burlándose—. Por haber destripado, por fin, a un puñado de indios, don Gabriel se ha convertido en uno de los nuestros. ¡Bien venido, bastardo!

El gobernador palidece ante el insulto. Sus rasgos se hielan con tanta dureza como si la afrenta le estuviese dirigida. Su mano izquierda agarra la muñeca de Gabriel y la retiene, mientras las palabras silban entre sus dientes, que apenas se abren.

—Gonzalo, llegará un día en que te envenenarás con tu propio veneno. ¡Y no es seguro que ese día yo lo lamente!

La sonrisa de suficiencia de Gonzalo desaparece al instante. Mira a don Francisco, estupefacto. Abre la boca para replicar, pero calla cuando Gabriel, soltándose del puño del gobernador, avanza un paso para mirarle de arriba abajo.

—Tenéis razón, don Gonzalo: los hay aquí que son bastardos, pero ninguno de ellos huele tanto a mierda como vos.

Cuando da media vuelta, Gabriel no oye ni una risita, solo las primeras órdenes de marcha. La voz de don Francisco es de nuevo tranquila, como si nada hubiera ocurrido.

Con un paso que desea hacer indiferente, con el cuerpo dolorido todavía por la violencia de la tarde, cruza la plaza. Solo un poco más tarde, cuando se dispone a ir a las tiendas que están fuera de la aldea, advierte que la litera de Chalcuchimac está custodiada por algunos guerreros. Media docena de nobles ancianos la siguen y rodean a Anamaya, cuyo aspecto es severo.

Por reflejo, Gabriel se mete en una minúscula calleja, que huele a agua corrompida. Por nada del mundo quisiera que ella le viese, con las calzas, el corazón y la mirada mancillados aún por la sangre de los indios que hoy ha matado.

Las antorchas fijadas al pie de la escalera del *ushnu* hacen que sus rasgos sean vacilantes e inciertos. Con un parpadeo, Chalcuchimac ordena que se acerquen las teas untadas en pez.

En silencio, sin que se oiga siquiera el roce de sus sandalias en las losas, una decena de muchachos se atarean. Como no hay soportes de piedra en los muros más cercanos, se quedan inmóviles en torno a los poderosos señores, llevando las antorchas en sus manos.

Ahora, Anamaya ve mejor su rostro.

Formando una suerte de círculos alrededor de un brasero donde humean hojas de coca, son nueve. Cuatro ancianos agotados por el viaje, dos poderosos señores de Cuzco, un gobernador de región nombrado por Atahuallpa, Chalcuchimac y ella, la *Coya Camaquen*.

El general Chalcuchimac es el más impresionante. Ni una sola arruga en su rostro



revela los sufrimientos que soporta desde hace semanas. No puede caminar, ni siquiera llevarse el alimento a la boca. Las extremidades de su cuerpo, abrasadas durante las torturas que sufrió en Cajamarca, están aún en carne viva. Por mucho que las mujeres que le cuidan unten con unguento las llagas cada noche y cada mañana, cambien los lienzos que las cubren, las profundas heridas no dejan de supurar y hacerse más hondas, como si pretendieran devorar todo el cuerpo del poderoso guerrero.

Sin embargo, sentado en una estera, con la espalda apoyada en el asiento de una litera, envuelto en una gran manta que solo deja su rostro al descubierto, a Anamaya le parece más robusto y decidido que cualquiera de los hombres presentes. Él ha deseado que la reunión se produjese ahora, mientras los extranjeros festejan y banquetean en los recintos intactos de la ciudad para celebrar su victoria y reírse de los muertos que se corrompen en el río.

La mirada de Chalcuchimac recorre uno a uno los rostros graves y silenciosos. Se queda inmóvil, penetrante, en el de Anamaya. A la luz de las antorchas, el blanco de sus ojos se tiñe de rojo. Por un instante, ella cree tener de nuevo ante sí la mirada de Atahualpa. Pero las pupilas de Chalcuchimac se apartan.

—Avanzamos como niños con los ojos vendados —estalla su voz—. No tenemos ya ni valor ni discernimiento. Los extranjeros quieren entrar en la ciudad sagrada, y les tomamos de la mano para conducirlos. Sin embargo, sabemos lo que desean hacer allí. Mirad a vuestro alrededor: desvalijarán los recintos de los clanes, tomarán el oro de los templos. No obstante, poderosos señores, cuando veo vuestro aspecto y escucho vuestras palabras, me parece que eso os es indiferente. ¡Que la suerte de todo el Imperio os es indiferente!

Uno de los más ancianos señores levanta la mano para interrumpirle.

—Actúas y piensas siempre como guerrero, Chalcuchimac, —lanza con voz agria—. Solo conoces las palabras de la fuerza. Eso te fue útil mientras el poder de Inti estaba contigo. Hoy eres débil y estás sometido a la voluntad de los extranjeros; solo hablas el lenguaje de la derrota. ¡Mira lo que ha ocurrido! Centenares de tus bravos guerreros han muerto a manos de los extranjeros, y solo un puñado han combatido. Te guste o no, sus caballos dan a su brazo un poder que tú no tienes...

—¡Chalcuchimac, escucha el júbilo de los habitantes de Hatun Sausa! —chilla otro anciano, lleno de cólera—. ¿Los oyes cantar y bailar? Tus soldados habían venido a quemar este valle para que los extranjeros solo encontraran en su camino cenizas y humo. Escucha qué felices son ahora los habitantes de esta provincia, mientras los extranjeros vacían las reservas incas y toman a las mujeres como si les pertenecieran. ¿Eso es lo que quieres, por todas partes, en el Imperio de las Cuatro Direcciones?

—¡Ya basta! —ordena con voz calmada el más poderoso de los señores de Cuzco—. Es inútil pelearse.

El silencio les envuelve a todos por un instante, aunque inmediatamente se rompe

por los gritos y las risas procedentes de las tiendas que rodean la ciudad, a orillas del río.

El poderoso de Cuzco es un hombre gordo, de pómulos muy altos, y tiene la piel tan cobriza que su rostro se parece a ciertas cerámicas pintadas. Ante su mirada, Chalcuchimac permanece impasible. Sus tapones de oro se apoyan en sus hombros y relucen... No ha parpadeado bajo los ataques, y su mandíbula parece ahora tan ancha como la de una fiera.

—Chalcuchimac revela parte de la verdad —prosigue el poderoso de Cuzco—. Yo, Tisoc Inca, soy de su opinión cuando dice que avanzamos como niños con los ojos vendados. Es hora ya de designar un Único Señor. Es hora de que Inti vuelva a tener un hijo entre nosotros.

Anamaya ve cómo se inclinan los rostros de los ancianos. Chalcuchimac sonrío, despectivo.

—Supongo que el poderoso Tisoc desea que se designe a uno de sus hermanos de clan.

—La cólera te domina inútilmente, Chalcuchimac. Quien sea designado debe tener el apoyo de nuestro Padre el Sol y de los antepasados del Otro Mundo. Es todo lo que pido.

—Me extrañaría que no pensaras en nadie —dice Chalcuchimac con una mueca.

—¿Cómo vamos a designar un Único Señor si no tenemos sacerdote ni adivino para decirnos la voluntad de Inti y de Quilla? —pregunta un anciano que, hasta ahora, había callado—. ¿Cómo vamos a elegirlo cuando el Único Señor Atahualpa, antes de morir, no transmitió la *mascapaicha* real a ninguno de sus hijos?

—No tenía por qué hacerlo —replica secamente Chalcuchimac—. Todos sabemos que el hijo preferido de Atahualpa es Atoe Xopa. Él debe llevar en la frente las dos plumas de *curingá*, como su padre.

De nuevo, las palabras de Chalcuchimac sumen a los demás en un plomizo silencio. Las miradas se vuelven hacia Anamaya. Ella sabe lo que esperan, pero prefiere que todas las palabras y los ocultos pensamientos de los poderosos se viertan y se enfrenten antes de decir lo que habrá que decir.

—Atoe Xopa es solo un niño —advierte el poderoso de Cuzco—. Por añadidura, vive ahora en la capital del norte, muy lejos de aquí y de los extranjeros. ¿Cómo podría hacer oír su voluntad?

—¡Tisoc, no has comprendido lo que las palabras de Chalcuchimac no dicen! —se burla uno de los ancianos—. Tienes razón: el hijo preferido de Atahualpa es solo un niño. Vive lejos, en el norte, y nadie conoce aquí su rostro. Nunca ha entrado en Cuzco. ¡Pero eso es, precisamente, lo que le gusta al general Chalcuchimac!

—Si le nombramos —remacha otro—, solo será una frágil sombra bajo la influencia de Chalcuchimac. Él será el verdadero dueño del Imperio, aunque no sea hijo de Inti.

Todos los rostros se han vuelto hacia Chalcuchimac. Afronta las acusaciones sin

que se mueva uno solo de los músculos de su rostro. Anamaya no puede dejar de admirar esa fuerza y esa calma. La tensión es, sin embargo, tan grande que ve temblar las manos de los viejos poderosos.

—He oído lo que Chalcuchimac le ha dicho al *Machu Kapitu* de los extranjeros a través de los que hablan su lenguaje. Les ha ofrecido, por sí solo y sin nuestro consentimiento, que Atoe Xopa sea nuestro Único Señor —dice el de mayor edad, levantando sus manos de retorcidos dedos.

—¿Es cierto, Chalcuchimac?

Extrañamente, antes de responder a Tisoc Inca, el viejo guerrero vuelve su mirada hacia Anamaya. Posa los ojos en los suyos, por mucho tiempo y con fuerza, como si quisiera ver más allá de ella. Luego se yergue y sonrío.

—Sí —dice.

Un gruñido de cólera escapa de las bocas de los poderosos, pero Chalcuchimac parece ahora dirigirse solo a Tisoc Inca.

—Pero ¿qué os pasa a todos? ¿Sois como Atahualpa, que creía que los extranjeros iban a tomar el oro que les ofrecía y que se marcharían muy pronto? ¡Atahualpa se ha ido, y ninguno de nosotros sabe si ha podido reunirse con su Padre en el Otro Mundo!

De nuevo, un gruñido hace vibrar los pechos. Entonces, con un gesto de furor, Chalcuchimac aparta la manta que le cubre. Todos ven las manos que tiende. Ya no tienen piel; en ellas brilla la sangre negruzca. En sus pies y sus piernas, la carne forma jirones recocidos, desgarrados, que se ahogan en humores amarillentos.

—¿Por qué creéis, pues, que he aceptado esto? —pregunta Chalcuchimac con un rugido—. Mi carne abrasada apesta el aire del Imperio de las Cuatro Direcciones. Mi dolor sube hasta lo negro del cielo para que Inti, por la mañana, lo encuentre en su camino. Y Él no quiere que yo me cure para que cada uno de nuestros guerreros respire ese olor y sepa que nunca me prosternaré ante los extranjeros. ¡Tisoc! ¡No son dulces ni buenos! ¡Devoran el oro, y su vientre no tiene fondo! Tisoc Inca, ¿no comprendes que cuando lleguen a Cuzco lo tomarán todo sin dar nada a cambio? Tomarán tu recinto, tus mujeres, tus hijos, tus servidores... ¡Tomarán, tomarán siempre, pues están aquí para tomar! Yo, Chalcuchimac, os lo digo: es preciso matarlos mientras sean poco numerosos.

—En ese caso, ¿por qué designar a un niño sin experiencia? —gruñe un anciano.

La sonrisa de Chalcuchimac es semejante a la de un demonio del Mundo de Abajo, y Anamaya no puede contener un estremecimiento.

—Porque los extranjeros creerán que son dueños del Único Señor. Le dirán: ¡haz esto, haz aquello! Nosotros les sonreiremos, les daremos oro. Pero mientras, yo seré libre. Podré conducir a nuestros guerreros a una gran batalla, donde morirán todos.

—¿Como hoy? —se ríe, sarcástico, Tisoc.

—¡Sois viles! —grita Chalcuchimac, blandiendo sus manos a causa de la ira—. ¡Inti os hará cenizas!

—¡Inti no te escucha, Chalcuchimac! —replica secamente Tisoc—. Olvidas que quien tiene hambre acaba siempre muriendo o saciándose. Tu elección no es prudente ni juiciosa. Todos sabemos a quién debemos designar como Único Señor: a Manco, hijo de Huayna Capac, poderoso del clan de Arriba. Es el más prudente y el más fuerte de los que siguen con vida. Con él tendremos la paz y la unidad del Imperio...

El gruñido disgustado de Chalcuchimac es casi una risa. Se vuelve hacia Anamaya. Su mirada es tan dura que rompería la piedra de una honda.

—¿Tú has insinuado esta opción, *Coya Camaquen*? ¡Qué silenciosa estás! ¡Más parlanchina te mostrabas junto a Atahuallpa!

—¡Chalcuchimac! —lanza uno de los ancianos—. ¿Cómo te atreves a burlarte de la *Coya Camaquen*?

Chalcuchimac hace una mueca porque sus manos heridas han rozado su ropa y sacude la cabeza.

—¡No! No, poderoso anciano, no me burlo —dice en voz más baja—. Sé quién es la *Coya Camaquen*...

—Chalcuchimac —prosigue Tisoc Inca con voz conciliadora—, la discusión no tiene objetivo. El tiempo nos acucia a elegir un Único Señor. Aquí no hay adivino ni servidor de Inti que nos permitan conocer los oráculos. La *Coya Camaquen* puede. Ella supo designar al Único Señor Atahuallpa antes de que el cometa viviese en el cielo de Quito. Siempre confió en ella para todas las decisiones que tomó, lo sabes. Sabemos todos que compartió sus últimas palabras del Mundo de aquí con ella, como había hecho su padre Huayna Capac, en Quito...

—¡Sí! —aprueba ruidosamente un anciano—. Eso es lo que hay que hacer.

—¡Acepta, Chalcuchimac! Que la *Coya Camaquen* designe al Único Señor; que elija entre Manco y Atoe Xopa.

La mirada de Chalcuchimac no se ha apartado de Anamaya. Por primera vez, ve en ella el temor, la duda, y casi un brillo de amistad. Resopla, de pronto, como un fuelle y cierra los párpados.

—Bueno, ¿cuál es tu palabra, poderosa Anamaya? —pregunta.

El corazón de Anamaya palpita con tanta fuerza que ahoga sus palabras. Conoce el peso de lo que va a decir. Todos sus músculos, sus huesos, se vuelven duros como la piedra. Pero las frases suben a su garganta y cruzan su boca como libres, lo mismo que ocurrió en otras ocasiones. Aunque las pronuncie ella, proceden de mucho más allá de su boca.

—La noche antes de la gran matanza de Cajamarca, el Único Señor Huayna Capac vino a verme desde el Otro Mundo. Tenía la apariencia de un niño. Me dijo: «Lo que es viejo se rompe, lo que es demasiado grande se rompe, lo que es demasiado fuerte no tiene ya fuerza... Eso es el gran *pachacuti*. El mundo se encoge y recomienza. Todo ha cambiado...».

Un murmullo de asombro la envuelve. Nadie piensa en dudar de su palabra: es como si, por su boca, el mismo Huayna Capac estuviera hablando. Ella ve los rostros

tenso, que parecen acoger sus palabras como brasas.

—El Único Señor Huayna Capac añadió: «Cuida de mi hijo al que salvaste de la serpiente, pues es el primer nudo de los cordones del futuro...». Hace mucho tiempo, cuando era todavía una muchacha sin saber ni experiencia, asistí a la ceremonia en la que el poderoso Manco se convirtió en un hombre. Aquel día ganó la carrera. Pero, mientras corría, un áspid se atravesó en su camino para morderle al pasar. Lo vi justo a tiempo. Pude hacer que la serpiente se fuera, y Manco sigue viviendo.

El silencio es absoluto. Ya no hay, ahora, clamores en la llanura; no hay risas ni cantos en la noche.

—De modo, *Coya Camaquen*, que eliges a Manco —murmura Chalcuchimac.

—Poderoso Chalcuchimac —responde Anamaya con una audacia que la sorprende a ella misma—, no es mi elección: hace ya mucho tiempo que los antepasados del Otro Mundo designaron a Manco. Pero permíteme decirte que es noble y recto. Es justo y no es un cobarde, lo sabes. Sabrá reunir todas las partes del Imperio sin someterse a los extranjeros como un niño. Y para hacer la guerra que deseas, si debe producirse, primero necesitamos la paz. Es preciso vendar las llagas de la guerra entre hermanos que tanto debilitó al Único Señor Atahualpa. Sí, Chalcuchimac, eres un gran guerrero; pero hoy, la guerra tiene la forma de la paz. Solo ella nos permitirá ser fuertes cuando llegue el momento, si Inti y Quilla lo quieren...

—¡Tiene razón! ¡Bien dicho! —aprueban dos de los ancianos.

—Chalcuchimac —dice Tisoc—, aquí todos compartimos la opinión de la *Coya Camaquen*. Confiamos en ella. Mañana, con las primeras luces del día, partirá al encuentro de Manco para comunicarle nuestra elección...

Con los párpados entornados, Chalcuchimac contempla por unos instantes sus heridas. Luego levanta su rostro para enfrentarse a Tisoc con la boca acerba.

—¿Qué pasaría si yo no compartiese la opinión de la *Coya Camaquen*? —pregunta.

Tisoc no responde. El silencio es atravesado por los fatigados alientos de esos señores que solo obtienen ya las fuerzas de los labios y la memoria de una muchacha. Anamaya mira a Chalcuchimac con admiración y pesadumbre.

—¿Qué pasaría? —pregunta de nuevo Chalcuchimac en voz más baja y amenazadora.

Anamaya mira a Tisoc unos instantes, pero no aguarda su aprobación.

—Nada, poderoso Chalcuchimac; no pasaría nada. Partiré mañana —responde, por fin, con una terrible dulzura.

Los ojos de Chalcuchimac se hunden en los suyos. Por primera vez, lee en ellos un sentimiento que no es cólera ni rebeldía: la resignación.

Y una tristeza infinita.

El alba nace bajo una densa bruma, que tiñe de humedad las rocas y las telas de las tiendas. El aire huele aún a cenizas enfriadas. No hay ya ruido, salvo el continuo rumor del río y, a veces, el grito de un pájaro.

Envuelto en su larga capa de montar, Gabriel está sentado en un tronco, algo apartado del campamento de los señores incas. Por la noche ha despertado a menudo de su mal sueño, enfrentándose aún con el combate de la víspera, como si no terminara nunca. El corazón le palpitaba con el deseo brutal, violento, de correr hasta la tienda de Anamaya. Se ha imaginado tomándola en sus brazos, ahogándose en sus caricias y su vientre para borrar su ardiente memoria en un placer de amor que no acabara nunca. No se ha atrevido.

Tampoco se atreve a reunirse con ella ahora, cuando se dispone a partir.

Don Francisco le ha avisado: los señores incas han elegido un nuevo rey. «Con mi autorización —ha dicho Pizarro sin más precisiones. Y ha añadido—: Han designado a su sacerdotisa para ir a avisar al elegido, y he autorizado que abandone la columna». Al decir la palabra *sacerdotisa*, los negros ojos de Pizarro se han clavado, como un relámpago, en los de Gabriel, que los ha apartado, casi con vergüenza.

Ahora, en este amanecer húmedo y silencioso, muy cerca del río, unos porteadores indios preparan la litera de la *Coya Camaquen*. Algo apartados, al mando de un joven oficial, unos diez guerreros que formarán la escolta esperan. Pero Gabriel solo tiene ojos para el grupo reunido entre las tiendas de los señores.

Allí, ante los ancianos que la saludan con respeto, Anamaya está resplandeciente, envuelta en una capa de vicuña con motivos entrelazados, azules, púrpuras y de un amarillo vivo. Una especie de diadema de oro que sujeta tres plumas amarillas ciñe su frente. Sus muñecas están cubiertas de placas de oro. Lleva en la mano un tallo de maíz, de oro también.

Nunca Gabriel la había visto con tan imponente atavío. Le parece, en verdad, una extraña, la princesa de un mundo que le es aún tan lejano, tan inaccesible, que siente unos tontos celos.

—¿Vas a despedirte, al menos? —pregunta a su lado una voz que le hace dar un respingo.

—¡Fray Bartolomé!

El rostro extrañamente pálido de fray Bartolomé sonrío. Hay una especie de ternura en sus ojos grises. Tiende su mano de dedos unidos en dirección a Anamaya, precisamente cuando los ancianos se inclinan ante ella.

—Sé qué significa para ti esa mujer, mi Gabriel. Ninguna indiscreción por mi parte: todo se sabe, todo se murmura en la columna. Florecen tanto las mentiras como las verdades, pero basta un poco de luz para distinguir unas de otras...

Gabriel vacila un momento antes de responder.

—No sé juzgar si se trata de uno de esos momentos en los que más vale guardar

silencio, fray Bartolomé, según tus propias recomendaciones. ¿Qué te parece?

—*Mihi secretum meum*, ¿no es cierto? Haz lo que te plazca, amigo mío. Pero no me impedirás que lea en tus ojos las respuestas que tus labios no me dan.

Gabriel inclina suavemente la cabeza, y sus ojos contemplan la escena, a lo lejos. Flanqueada por soldados indios y tres de los señores, seguida por un puñado de siervas, Anamaya se acerca a la litera. Gabriel sabe que lo ha visto ya.

—Dicen que es una princesa distinta a las otras —observa Bartolomé, mirando a Gabriel.

Gabriel se alegra por primera vez y contiene una sonrisa de soslayo. Es más agradable ceder a la inteligencia que a la maldad.

—Tiene dones por los que es temida y amada por los indios —responde—. El difunto rey Huayna Capac le confió, al parecer, secretos de los que, según creen, depende su suerte.

Gabriel se interrumpe, vacila.

—Tal vez para ti, Bartolomé, eso pueda parecer diabólico...

El sacerdote sonríe.

—No me siento inclinado a ver el diablo por todas partes, Gabriel. En cambio, sé ver la belleza cuando se me impone. ¿Y acaso no es siempre la belleza obra de Dios?

Gabriel siente un auténtico gozo al recuperar la sutil y amistosa habilidad del monje, y es como si su sonrisa hubiera atraído la atención de Anamaya. Ella solo está, ya, a pocas varas de la litera. Su paso se vuelve vacilante, pero su camino está tan bien trazado como el de una ceremonia. Un viejo señor indica con un gesto la litera, los portadores, la escolta...

La mano de Bartolomé se posa en el brazo de Gabriel.

—Permíteme que te lo pregunte de nuevo: ¿por qué no vas a desearle buen viaje?

—Ayer —responde con voz sorda—, ayer maté a muchos hombres, a muchos indios.

—¿Y temes que te lo reproche?

—No lo sé. Pero tengo el extraño recuerdo de que tenía deseos de matarlos, de que me complacía incluso...

Bartolomé suelta una ligera risa.

—De eso tendrías que hablar conmigo, no con ella.

Los ojos grises de fray Bartolomé se apartan del rostro de Gabriel para observar el cortejo indio. Calla unos instantes, tiempo bastante para ver a Anamaya ocupando el asiento de la litera. Cuando vuelve a hablar, su voz es viva y clara.

—Ayer, Gabriel Montelúcar y Flores, cumpliste con tu deber. Te has convertido en un héroe para tus compañeros, y muchos, esta mañana, te admiran. Es probable que te importe un pimiento, pues tienes un gran orgullo y te parecen algo salvajes. No importa. Si para ti cuenta, dite que las vidas que tomaste las has devuelto ya a Dios... Por lo que se refiere al amor que está en tu corazón, no cuentes conmigo para llamarlo un pecado...

La sorpresa de Gabriel es tan grande que se vuelve para buscar la mirada del sacerdote.

—¿Y tú me lo dices, fray Bartolomé? ¡Esta mujer ni siquiera está bautizada! Escuchando a fray Vicente Valverde...

Bartolomé le interrumpe con impaciencia.

—Y si me escuchas a mí, el pecado es ignorar la fuerza del amor. El apóstol Pablo no dice otra cosa y san Agustín...

—¡Pero hablan del amor a Dios!

—¡Y ahora ese espíritu fuerte le da a la teología! ¿Pretendes enseñarme a mí la fuerza del amor divino? Pues yo te digo que hay una chispa divina en tu amor...

Las últimas palabras de Bartolomé son casi ahogadas por el son de la trompa de bronce que anuncia la marcha del cortejo.

—¡Vamos! ¡Apresúrate! —insiste fray Bartolomé.

Y Gabriel, como aliviado del peso que le abrumaba desde la víspera, aparta a soldados y señores para ir hacia aquella a la que ama.

La litera está ya a la salida del pueblo cuando Gabriel se acerca. Los soldados indios le miran con cierta sorpresa cuando les corta el paso. Con una palabra, Anamaya hace que los portadores se detengan.

Cuando abandona la litera para acercarse a él, un estremecimiento recorre la nuca de Gabriel. Nunca ha visto tanta nobleza y tanta dulzura en la misma persona. Ella le arrastra, apartándole un poco. Él advierte que ninguno de los portadores, de los soldados o de las siervas se atreve a posar en ellos los ojos.

—Soy feliz porque has venido —dice Anamaya. Deja correr un breve silencio y añade—: He tenido miedo de que no vinieras. No quería partir sin ver tu rostro junto a mí.

Levanta la mano y la acerca a sus labios como para tocarlos, pero cuando él quiere besarla hace un leve movimiento de retroceso. Sin embargo, la sonrisa no ha abandonado su rostro.

—No es posible —dice con dulzura—. No aquí, no ahora...

Con un nudo en la garganta, incapaz de encontrar las palabras en su hirviente corazón, Gabriel es presa del temblor. Le parece intolerable no tener su cuerpo junto al suyo antes de separarse.

Anamaya se acerca un paso más y están ya lo bastante cerca el uno de la otra para que sus cuerpos se rocen sin tocarse. Cuando él abre los párpados, encuentra los ojos azules de Anamaya mirando y hurgando en el fondo de su alma.

—Sé lo que es la guerra —murmura—. También nosotros matamos a nuestros enemigos.

—Voy a echarte en falta —dice, por fin, Gabriel—. No pasa hora alguna sin que te eche de menos.



—Pronto habrá paz. Hemos designado un nuevo inca. Es como un hermano para mí; es prudente. Sabrá hacer la paz con vuestro gobernador.

Allí, el cortejo sigue inmóvil. Ni un hombre ni una mujer ha hecho gesto alguno. Gabriel piensa en Guaypar, con quien se enfrentó en el combate de la víspera y al que dejó huir.

—La paz no ha llegado aún. Sé prudente.

—Tú eres el que debe ser prudente... —dice ella.

Le observa, de pronto, con tanta intensidad, casi inquietud, que se siente turbado.

—Has hecho un largo camino para encontrarme. No quiero perderte. Has introducido en mí una debilidad, una grieta que se ha vuelto barranco, y tengo más miedo por ti del que nunca tuve por mí.

Dice estas palabras sin mirarle, y aunque su voz sea sorda y firme y su rostro se muestre impasible, siente que la emoción la hace casi temblar a su vez.

Él es incapaz de hablar.

Adelanta la mano hacia la suya, y esta vez ella se lo permite, e incluso se apoya contra él en un impulso que hace casi que sus cuerpos se golpeen. Aprieta su mano hasta hacerle daño, le araña, le estruja, y en ese único abrazo tal vez haya más abandono del que nunca le ha dado durante el amor.

En la bruma que pasa ante sus ojos, sorprende unas miradas clavadas en ellos y recuerda sus palabras: «No aquí, no ahora...». Él se separa primero, con el corazón ardiendo y la espalda helada. Permanecen un poco uno junto al otro, con la tierra vacilando bajo sus pies. No pueden moverse ni hablar. Un aroma a flores pasa por el aire, y Gabriel se refugia en él, cerrando los ojos.

Ella da un primer paso para regresar al cortejo. Se detiene. Se vuelve.

—Ten mucho cuidado —dice él con la voz quebrada.

Ella abre la boca para hablar, pero cambia de opinión. Él permanece colgado de sus labios, de sus ojos.

—Te amo...

Y sin darle tiempo para comprender que, por primera vez, ha pronunciado estas palabras para él, ella corre a reunirse con el cortejo.

## VALLE DEL APURÍMAC, 30 DE OCTUBRE DE 1533

Es un hombre pequeño. Unos tapones de madera cuelgan de sus orejas y lleva la túnica de los gobernadores de puente. Cuando la litera está aún en los hombros de los portadores, se pone de rodillas en las losas de la vía e inclina el busto. El oficial de los guardias, con la maza en la mano, le observa, circunspecto.

—Sé bien venida al valle del Apurímac, *Coya Camaquen*. ¡Es un honor para mí hacer que pases el río!

Anamaya esboza una sonrisa. Parece que el hombre la teme. No pasa día, desde que salió de Hatun Sausa, sin que descubra hasta qué punto su renombre y su cortejo impresionan tanto a los modestos habitantes de las aldeas como a los funcionarios del Imperio.

El gobernador del puente, por su parte, tiene razones para sentirse inquieto. A doscientos pasos por debajo de ellos, el Apurímac hace rugir unas aguas furiosas entre enormes rocas. Su retumbar resuena en el valle, que se abre ampliamente hacia el sur. Pero donde deberían colgar las cuerdas de un puente, solo se ve el vacío.

—Levántate —ordena Anamaya— y explícame por qué ha desaparecido el puente.

—Hace ya diez noches, *Coya Camaquen*, unos soldados vinieron a quemarlo. Quise impedirlo y ordené a mis guardias que los rechazaran. Pero éramos solo diez mientras que el pelotón del general Quizquiz tenía más de cien hombres.

—¿Quizquiz? —se sorprende Anamaya.—Sí, *Coya Camaquen*. Así se presentaron: soldados del gran general del Único Señor Atahuallpa.

—¿Dijeron por qué lo quemaban?

—Para impedir a los extranjeros ladrones de oro llegar a Cuzco.

El hombrecillo extiende su brazo hacia el sur del valle.

—Se dice que en la montaña hay tropas por todas partes, hasta Cuzco —añade.

—¿Cómo se cruza el río ahora? —pregunta Anamaya en un tono seco para terminar con la chachara que siente venir.

La pregunta parece encantar al hombre. Se inclina de nuevo en un impulso de respeto.

—Un mensajero anunció tu llegada hace tres días ya, *Coya Camaquen*. Hemos preparado, pues, lo necesario. Unas balsas...

—¿Balsas?

—Sí, *Coya Camaquen*. Pero no aquí; en el paso ordinario por el puente, las corrientes son demasiado fuertes y peligrosas. Hay un lugar más propicio a poca distancia de este lugar. Si me lo permites, te conduciré allí.

—*Coya Camaquen* —interviene el joven oficial de la escolta—, no es prudente

apartarse de la vía real. ¡Podría ser una trampa!

—Como estás viendo, oficial —replica Anamaya—, la vía real no existe por encima del río. Y yo debo proseguir mi camino a pesar de todo. ¡Procura, pues, protegerme!

Necesitan casi una hora de marcha por un sendero a veces difícil y en pendiente para llegar a un súbito apaciguamiento del curso del río.

Brotando entre dos laderas boscosas, el Apurímac se vuelve, de pronto, más lento y más regular. Dibuja una ancha curva entre campos, atravesando un breve valle. Pero en el otro extremo se quiebra de nuevo en una oleada de espuma contra una alta roca gris, que anuncia una nueva sucesión de rápidos. Allí, el río se vuelve más cómodo, se ensancha. Sin embargo, acercándose a la orilla, basta con una mirada para comprender que la corriente es apenas menos peligrosa que aguas abajo.

—Ya veis —explica el gobernador del puente—, las balsas deben ser echadas al agua en aquel punto de allí. Es preciso dejarse arrastrar por la corriente y alcanzar la otra orilla antes de la gran roca.

—¿Dónde están las balsas? —pregunta Anamaya.

—Al abrigo, en aquel bosque de allí, *Coya Camaquen*. No queríamos que los soldados las descubrieran y las destruyeran antes de tu llegada.

—¿Habéis cruzado el río ya? —pregunta el oficial con aire suspicaz.

—¡Una vez! —responde con amplia sonrisa el gobernador del puente—. Ida y vuelta.

—Muy bien; esta será la segunda —dice ella tranquilamente.

El hombrecillo, halagado por su aliento, se atarea vigorosamente en los siguientes instantes. Sus ayudantes sacan del lindero del bosque dos pesadas balsas de troncos y unas pértigas. Con la ayuda de otros troncos más pequeños, las hacen cruzar, hábilmente, los campos hasta el Apurímac, donde echan al agua la más ancha.

Una decena de hombres la retienen con unas cuerdas mientras otros seis depositan en ella la litera de la que ha descendido Anamaya. Una vez el sitial de varales ha sido correctamente arrimado, los ayudantes del gobernador del puente se prosternan y aguardan, para levantarse, que la *Coya Camaquen* haya ocupado su lugar en la balsa. Entonces, provistos de largas pértigas, mantienen la estabilidad tanto como les es posible.

La corriente es tan fuerte que Anamaya siente vacilar la litera. Los troncos, atados entre sí con cierto juego, se mueven de un modo impresionante.

Mientras a los hombres les cuesta cada vez más mantener la balsa junto a la orilla, un súbito debate se envenena entre el oficial de la escolta y el gobernador del puente.

—Debo acompañar a la *Coya Camaquen* con cinco soldados, por lo menos —gruñe el oficial.

—¡Imposible! La carga sería demasiado pesada para la balsa, oficial. No

podríamos ya dirigirla con seguridad. Dos hombres como máximo. Mirad: los troncos se hunden ya...

—¡Habéis hecho un mal trabajo!

—La litera es más pesada de lo previsto. Y, además, está la segunda balsa. Vuestros soldados podrán seguir en ella a la *Coya Camaquen*...

—¡Basta ya! —interviene Anamaya—. Oficial, venid a esta balsa con el gobernador del puente. Si su balsa está mal construida, sufrirá las consecuencias como nosotros.

En verdad, en cuanto la embarcación es arrastrada por la corriente, Anamaya comprende la preocupación de los hombres que intentan dirigirla. Además de su bamboleo, que sigue aumentando, toma una gran velocidad al llegar al centro del río. El poder de las aguas parece que va a prevalecer, en pocos segundos, sobre la fuerza de los hombres que hunden sus pértigas con pasmosa rapidez.

De pronto, uno de ellos grita. Aparece un inesperado remolino muy hondo. Los seis hombres pasan al mismo lado de la balsa para empujar hacia la derecha. Pero todo va demasiado de prisa. El choque levanta por primera vez a Anamaya. Los troncos saltan y rascan la roca cubierta por el agua. La litera se levanta de nuevo y se inclina hacia un lado. El oficial de la escolta se tiende de un brinco en el varal para retenerla. Anamaya se agarra a los montantes del asiento, con el busto doblado para contrarrestar su inclinación.

La litera vuelve a caer pesadamente, pero entonces, una de las patas corta, de pronto, una de las ataduras, debilitada ya por el choque. El tronco central de la balsa, que se ha desatado, se hunde peligrosamente, mientras toda la balsa comienza a girar sobre sí misma.

Allí, a lo lejos, la roca gris que anuncia los rápidos y que tan alejada parecía se acerca ahora a enloquecida velocidad. Entonces, el gobernador del puente lanza una especie de ladrido, y luego otro. Con una coordinación perfecta, los seis hombres de las pértigas empujan juntos.

Aquello parece un baile. Las pértigas se levantan, se hunden, se doblan y se deslizan; se levantan de nuevo, se hunden y se doblan. El sudor brota en las nuca, pero la balsa se estabiliza; más aún, se aparta del centro de la corriente. Los ladridos continúan, y las pértigas se doblan tanto que parece que van a romperse. Pero por fin, cuando el rugido de los rápidos corre ya por el aire como una amenaza inminente, la balsa reduce su velocidad y comienza a deslizarse hacia la ribera.

El gobernador del puente sonrío. Se vuelve hacia Anamaya y la saluda. Cada uno de los hombres advierte que la *Coya Camaquen* no ha dicho ni una palabra, no ha lanzado un grito de espanto durante el peligro.

Sonríe a su vez, sorprendida por la suavidad del contacto de los troncos con la orilla.

Mientras la litera es depositada en la hierba, observa a los hombres, sintiendo el frescor del aire y ese placer reciente, tan extraño aún: las miradas que se posan en ella

están llenas de admiración y de un nuevo respeto.

—¿Estamos lejos de Rimac Tambo? —pregunta al gobernador del puente.

—A menos de una jornada de marcha. Si quieres hacernos el honor de aceptar nuestra hospitalidad para esta noche...

Anamaya no le deja terminar.

—Te lo agradezco. Le hablaré al señor Manco de tu eficacia. Pero debemos estar esta noche en Rimac Tambo.

El rugido del río asciende como un aliento apaciguador. En el crepúsculo, las laderas de las montañas, alrededor de la aldea, parecen pétalos protectores. Frente a la *cancha* se abre, hacia el este, un profundo y estrecho valle. En la noche que se acerca, empapada aún de bruma translúcida, sigue estando extrañamente pálida.

Hoy, Anamaya sabe adonde conduce este valle: a la ciudad sagrada, cuyo nombre nadie debe pronunciar nunca: ¡Picchu!

Nada ha cambiado en Rimac Tambo. Es una sensación extraña.

Hace años, en un crepúsculo muy parecido, ella estaba ahí. Los hermosos muros que sostienen la explanada de las ceremonias, de perfectas juntas, tenían la misma calma apaciguadora de este anochecer. Las vivas laderas que ciñen el valle, semejantes a triángulos y rectángulos engastados en el suelo, hacían ya pensar en los dibujos geométricos de los tejidos diariamente realizados por las vírgenes de los *acllahuasis*. Ya tenían esa misma fuerza, un poco inquietante.

Solo Anamaya era distinta. No era más que una muchacha inquieta, a la que el sabio Villa Oma procuraba dar atención y seguridad en sí misma. Aquí mismo, ante su gran estupor, en un crepúsculo semejante a este, se les había aparecido en el fondo mismo del valle prohibido el cometa que designaba al Único Señor Atahuallpa.

A Anamaya le basta con cerrar los párpados para volverlo a ver.

Una bola de fuego, de un amarillo pálido, semejante a un sol nocturno, trepaba por el negro horizonte entre las primeras estrellas. Detrás flotaba su inmensa cola, agitada por el viento del Otro Mundo.

Le basta con buscar en sus recuerdos para oír de nuevo la voz del sabio: «Abandona tu miedo, *Coya Camaquen*. Deja que tu espíritu te conduzca. Recuerda tu viaje por la piedra de los antepasados. Abandona el miedo...».

El ulular de un pájaro la estremece y vuelve a abrir los párpados, sobresaltada.

A su alrededor, la explanada está desierta. Tiene un poco de frío. Su capa de ceremonia no es lo bastante cálida para estas montañas. A pesar de todo, se obliga a llevarla desde hace dos días para recibir al Único Señor Manco, cuando por fin llegue. Pero, al acercarse la noche, unos temblores le hielan la nuca y los riñones. De nuevo brota un ulular, más cerca del río; luego, otro, detrás del tambo.

La noche cae de prisa. El valle parece de pronto más sombrío y amenazador. Las losas de la vía real, recta en la empinada pendiente que cierra el valle por el sur,

aparecen entre bosquecillos. Forman una extraña imagen, como si la montaña estuviera cortada por una línea clara, fría, dura.

Anamaya contiene el temblor, que, esta vez, se debe más a la inquietud que al frescor del crepúsculo.

Varios campesinos de Rimac Tambo han confirmado las afirmaciones del gobernador del puente. Por las montañas de los alrededores merodean centenares de soldados, que desvalijan las *canchas* y enturbian las aldeas. Sus oficiales se niegan a someterse a las órdenes de paz con los extranjeros lanzadas por los poderosos señores. Algunos afirman que solo actúan de acuerdo con la voluntad del general Chalcuchimac, que no aceptará nunca que los extranjeros lleguen a Cuzco. Mientras Manco tarda en reunirse con ella, Anamaya teme saber que ha caído en manos de esas hordas guerreras.

«¿Será siempre así, pues? ¿Violencia, odio y luchas fratricidas a pesar de la voluntad de los antepasados, en un tiempo tan grave y tan turbulento?».

En verdad, este valle de tan calma apariencia tiene hasta en su tierra tanta memoria de dramas que se vuelve amenazador. Anamaya recuerda en exceso la matanza de los ancianos que acompañaban el cuerpo seco del Único Señor Huayna Capac, que se produjo aquí mismo.

De nuevo, los pájaros chirrían en el bosque que se oscurece. En la creciente oscuridad, el rumor del río se hace más lacerante y misterioso. Anamaya se ciñe más la capa en torno a sus hombros helados, pero se niega a entrar en la *cancha*, como si su paciencia pudiera proteger a Manco en el camino que le lleva hasta ella.

No se ha movido desde el crepúsculo. Ahora es noche cerrada. Han puesto a su lado un brasero, en el que puede calentarse las manos y el rostro. El tiempo pasa lentamente mientras ella sigue el ascenso de las estrellas.

De vez en cuando, unos gritos a modo de ladridos resuenan en la oscuridad de la montaña. Aunque aguza el oído, solo en el último momento oye el roce de unos pasos en la hierba. No tiene tiempo de volverse antes de que una mano ancha y fuerte le tape la boca, impidiéndole lanzar un grito. Un cuerpo se aprieta contra ella y la levanta como una muñeca.

—¡Manco!

—¡Ah! —murmura Manco, soltándola—. ¡Me has reconocido demasiado pronto!

Están frente a frente. La emoción brilla en su mirada. Anamaya olvida el saludo oficial que se había prometido hacer viendo a Manco. El hombre que está ante ella irradia fuerza y distinción. Siente una gran felicidad al volver a verle, al medir el paso del tiempo en su rostro desde su primer encuentro, en Tumbamba. También él parece turbado frente a ella. Da un paso atrás para admirarla mejor.

—Casi ha caído la noche, pero brillas como una estrella, hermana —dice él con dulzura.

—Soy feliz al volver a verte, Manco. Muy feliz también al ver que...

Tropieza en la palabra y se interrumpe. Querría decirle que ha adquirido la belleza y la prestancia adecuadas a un Único Señor; que tiene, en el dibujo de sus labios y en el fulgor de sus ojos, la decisión y la seguridad de un Hijo del Sol. Pero no se atreve. Como un relámpago, la atraviesa la conmoción de su amor por Gabriel. El *pachacuti* no solo derriba el mundo, sino también su corazón. En su turbación, no quisiera que Manco se confundiese y entendiera sus palabras como una voluntad de seducción.

—Soy feliz de que hayas llegado aquí sin tropiezos —acaba diciendo.

—Sí, tropas de Quizquiz y de Guaypar merodean un poco por todas partes. Pero esa gente del norte no conoce la montaña tan bien como yo —sonríe con una pizca de desprecio antes de añadir tiernamente—: ¿Cómo es posible que no hayas tenido miedo y me hayas reconocido tan pronto? ¿Está la *Coya Camaquen* tan llena ya de poderes que tiene ojos en la espalda?

—¡Te aguardo desde hace horas! Temía por ti. Espiaba los ruidos de la noche, esperándote... —se interrumpe con una sonrisa, y luego añade—: Y tú me habías sorprendido ya así, del mismo modo y en el mismo lugar.

Ríen juntos, felices y turbados a la vez. Un estremecimiento hace temblar, de nuevo, los hombros de Anamaya.

—Ven —dice Manco—, vayamos al tambo. Estaremos mejor para hablar, y tengo hambre.

La llegada del poderoso Manco ha creado gran agitación en el interior de los edificios. Los pocos señores que le han acompañado se han instalado en una sala común, con el oficial de la escolta de Anamaya. Las siervas corren por las estancias para alimentar los braseros, preparar la comida, servir *chicha*, llevar mantas y antorchas.

Cuando penetran en la estancia reservada a Manco, en cuanto el tapiz de la puerta cae, Anamaya se hinca de rodillas. Se prosterna dos veces.

—¡Anamaya! —exclama Manco, desconcertado.

—Único Señor Manco...

—¡Anamaya! ¿Por qué me llamas así? —le interrumpe Manco, inclinándose hacia ella—. Somos hermano y hermana...

Anamaya sacude la cabeza sin posar en él los ojos.

—Muy pronto ya no lo seremos: los poderosos se han reunido. Te han designado para ser su Único Señor.

Manco se incorpora. Sus labios se han endurecido.

—Ha llegado la hora —sigue murmurando Anamaya.

Manco la observa unos instantes. La toma por los hombros y la obliga a levantarse. La mira directamente a los ojos.

—Recuerdo la primera vez que vi tus ojos. ¡Éramos unos niños! Aquel día, el

azul de tus ojos me llegó de lleno al corazón. Incluso Paullu, mi amado hermano, estaba algo celoso.

El corazón de Anamaya se turba de nuevo, como cada vez que evoca sus sentimientos hacia ella. Aprieta los labios para que él no vaya más lejos. Manco, aliviándola, no demuestra que ha visto su turbación. Deja pasar un silencio con una sonrisa soñadora.

—Añoro a Paullu —suspira dulcemente—. Hace meses que está a orillas del Titicaca. Solo le gusta estar allí...

La mirada de Manco se hace más firme y reanuda el hilo de su pensamiento.

—Recuerdo también la última vez que nos vimos, Anamaya, hermana mía. Aquella horrible noche de la gran matanza de Cajamarca me obsesionó durante días y días.

—Aquella noche, poderoso Manco, te avisé de que el Único Señor Atahuallpa iría hacia su fin en este Mundo de aquí y que, muy pronto, deberías ocupar su lugar. La hora ha llegado.

—Sí. Tus palabras permanecieron en mí. No lo he olvidado, como no olvido que, desde siempre, trazas tú mi camino hacia el Mundo de mis antepasados.

—No soy yo —protesta Anamaya—. Solo soy la boca que habla por ellos. Solo soy la esposa del Hermano-Doble de tu padre Huayna Capac. Él te designa. Él pone el futuro del Imperio de las Cuatro Direcciones en tus manos.

—Debo comprender, Anamaya, lo que ocurrió aquella noche... Tantas cosas se dijeron: que los extranjeros eran dioses que escupían fuego y formaban un todo con sus animales... En Cuzco corre el rumor de que el Sol se ha apagado desde que pusieron sus manos en mi hermano Atahuallpa.

Anamaya mide sus palabras.

—No conozco el sentido de todo lo que sucede en el Imperio, Manco. Tu padre no viene ya a guiarme. Mis sueños están llenos de silencio. Pero vivo junto a los extranjeros desde hace lunas y lunas, y puedo asegurarte que no proceden del Otro Mundo. ¡Son solo hombres!, hombres ávidos de oro. No escupen fuego ni poseen mayores poderes que nosotros. Sus armas son, sencillamente, más poderosas que las nuestras.

Manco inclina la cabeza, libera los hombros de Anamaya y va a sentarse en la gruesa yacija, en el fondo de la sala.

—Ven junto a mí —pide.

—Único Señor...

—¡No!, todavía no. ¡No lo soy aún! Ven. No tengas miedo. Solo necesito sentir tu calor junto al mío, hermanita. ¡Cómo antaño!

Anamaya se le acerca, vacilando un poco. Manco levanta la mano para que ella pose sus dedos en la palma. Cierra él los suyos con dulzura.

—Sigue hablándome de los extranjeros —pide—. Ayúdame a comprenderles. ¿Debemos detestarlos a todos, o podemos respetar a algunos, amarlos como humanos



de nuestro mundo?

Desconcertada, siente que su corazón palpita con fuerza. ¿Sabrá lo de Gabriel? Pero no. La mirada de Manco es solo de preocupación, curiosa.

—No son buenos para nosotros —dice con sinceridad—. Casi todos... Son extraños y difíciles de comprender. Aman su propia fuerza como si fuera una diosa. Hablan de cierto modo y hacen las cosas de otro. Casi todos...

—¿Te dan miedo?

Anamaya no responde en seguida.

—No —reconoce por fin—; no. Pero ellos tienen miedo. Eso les hace crueles y arteros.

—¿No será algo vergonzoso hacer la paz con ellos?

—Pienso que la paz con ellos es necesaria de momento, como lo es por todas partes en el Tahuantinsuyu. Ha habido demasiada sangre y demasiados muertos.

Todos los clanes y todas las familias sufren, pero nadie conoce ya las razones. Hay que recuperar el aliento antes de dar un salto hacia lo que nos espera.

Manco suspira e inclina la cabeza.

—Chalcuchimac se opuso a mi designación.

No es una pregunta, sino una afirmación. Una vez más, Anamaya admira la nueva madurez de aquel que será, que es ya, el inca de todos los incas.

—Sí.

—¿Cómo pudiste convencer a los demás de que me designaran?

—Todos los poderosos señores de Cuzco, con Tisoc a la cabeza, se opusieron a Chalcuchimac. Yo solo mencioné las palabras de tu padre cuando vino a verme la noche antes de la gran matanza. Eso bastó.

Manco inclina la cabeza, aprobador.

—Diríase que no soy el único que aprecia tus poderes, muchacha. Pero debemos ser prudentes. Desconfío de Chalcuchimac. Sé que sigue dirigiendo a sus soldados en la montaña. Hará cualquier cosa para impedir que la cinta real sea colocada en mi frente. Y unos *chaskis* me contaron que Guaypar se preparaba para atacar a los extranjeros.

Anamaya palidece, pero no dice ni una palabra.

Manco no la mira. Tiene los ojos perdidos en la noche, en la meditación de su destino.

—Quieren la guerra. Quieren la guerra contra los extranjeros, y contra nosotros, los de Cuzco. Les gusta la guerra y no creen que la paz sea un buen alimento para el Imperio. Anamaya, debes avisar a los extranjeros de esta amenaza. Si las fuerzas de Chalcuchimac la emprenden con ellos lo harán, sobre todo, para alcanzarme a mí. Esperan desencadenar la cólera de los extranjeros contra todos nosotros e impedir que me convierta en el Único Señor.

Anamaya no responde. Sabe que Manco tiene razón. Pero sabe también, sin que pueda explicarlo, que ni Chalcuchimac ni Guaypar podrán impedir que Manco se

coloque la *mascapaicha* en la frente.

Manco la observa con atención. Su mirada es tan intensa que Anamaya la siente, pesada, en sus mejillas, en sus labios, en su frente, como si se tratara de una verdadera caricia. La mano de Manco se levanta; sus dedos rozan el cuello de Anamaya.

—Es tan grande mi gozo al estar cerca de ti —murmura—. Es tan grande mi gozo al respirar el perfume de tu presencia. Te he echado mucho de menos, hermana Anamaya. Ninguna mujer, puedo asegurártelo, es tan bella y fuerte como tú.

Ella sonríe e inclina cortésmente la cabeza.

—También te he echado de menos, hermano Manco... Pero sabía que iba a llegar el día en que podría inclinarme ante ti y llamarte mi Único Señor... ¿Dónde está el Hermano-Doble de oro? —pregunta como para no responder a la invitación que implica la caricia.

—¡Cuidadosamente oculto en Cuzco, *Coya Camaquen!* —replica con cierta sequedad Manco.

—También lo echo de menos —murmura Anamaya sin mostrar que ha advertido su mal humor—. Sería muy feliz estando junto a él. Desde la gran matanza, el Único Señor Huayna Capac no me ha llevado al Otro Mundo.

—Eres una cumplida mujer ahora —dice Manco con voz melancólica—. Tal vez no siga siendo posible que seas la esposa del Hermano-Doble. Si lo deseas, grande podrá ser tu lugar junto a mí.

Anamaya hunde sus ojos en la mirada de Manco y lee en ella tanto deseo como auténtica ternura. Toma la mano del joven príncipe y la lleva a sus labios.

—Hermano Manco —susurra—, bien sabes que las cosas no deben ocurrir así. Mañana, cuando te marches al alba, serás el Único Señor. Mañana, solo tú podrás impedir que el Imperio de las Cuatro Direcciones se rompa. Nadie podrá rozarte ni mirarte, ni siquiera yo, pues tu Padre el Sol no lo querrá. Es la ley. Tendrás que observar la ley para que el Imperio sea fuerte y esté unido. Así tendrás el apoyo de tu Padre el Sol. Sin embargo, sabes que siempre, siempre podrás contar conmigo, suceda lo que suceda.

Manco escruta su rostro. Cierta dureza pasa por sus ojos, tal vez incluso un poco de cólera. Sin embargo, se lleva a su vez la mano de Anamaya a sus labios y besa sus dedos.

—Cuéntame, hermanita. Cuéntame todo lo que has visto durante estos últimos meses. Cuéntame la muerte de Atahuallpa y qué clase de hombre es el *Machu Kapitu* de los extranjeros. Sigue contándome, hasta que tu boca esté seca y mis oídos cansados, pues quiero y debo comprender.

VILCACONGA, 8 DE NOVIEMBRE DE 1533

El indio observa a Gabriel con una contenida sonrisa, tan curiosa como asustada. Repite lentamente su respuesta para que el extranjero pueda comprenderle mejor.

—Sí, estuvo aquí hace tres días. Yo la vi.

—¿La *Coya Camaquen*?

—Solo soy un *hatunruna*, y un campesino no sabe los nombres de las princesas incas.

—¿Cómo puedes estar seguro, entonces, de que era ella?

—Los ojos. Has dicho que tenía los ojos color de cielo. Nunca había visto a otra princesa con ojos como aquellos.

Gabriel asiente con la cabeza. Esboza una sonrisa y se contiene para no decir que tampoco él había visto nunca princesa con semejante mirada.

Amanece. Las abruptas laderas de las montañas que rodean el pueblo de Rimac Tambo están veladas por una ligera bruma que se levanta, ya, en jirones transparentes. Las laderas y las crestas forman una bella y engañosa imagen de pétalos protectores.

Gabriel las recorre con una breve mirada de decepción, que se ahoga en el rugido del río. Tal vez Anamaya no esté muy lejos; tal vez esté en algún lugar de la selva. Los anteriores días, mientras cabalgaba junto a De Soto por la ruta real, esperó en vano ver la litera regresando de su embajada; de modo que en su decepción se mezcla la inquietud. ¿Le habrá sucedido alguna desgracia? A menos que no haya proseguido su camino hasta Cuzco. Pero eso no estaba previsto.

—Estaba aquí con un poderoso de Cuzco —sigue diciendo el hombre como si percibiera los pensamientos de Gabriel.

—¿Sabes en qué dirección se marchó?

El hombre no tiene tiempo de responder.

—¿Buenas o malas noticias? —le sobresalta una voz.

De Soto sonrío amistosamente. Gabriel advierte que se ha puesto la chaqueta de algodón acolchada por encima del jubón. Su mano izquierda, que descansa en la empuñadura de la espada, también está protegida por el grueso guante de cuero cubierto de placas de metal que le gusta llevar a De Soto en los combates.

Gabriel responde con una mueca.

—De momento, ni lo uno ni lo otro.

Se vuelve de nuevo hacia el indio y señala las montañas de alrededor.

—¿Sabes si hay guerreros en la selva? —pregunta.

El hombre vacila. La intrusión de De Soto con el atavío guerrero lo ha impresionado.

—¿Soldados del norte, de los que desvalijan, destruyen vuestros puentes y vuestras aldeas? —insiste Gabriel.

El indio se decide. Con sus dedos de hombre de la tierra, señala las abruptas laderas, hacia el sur.

—Hace dos noches, justo antes de que llegais, había muchas hogueras allí arriba. Pero desde entonces, nada.

De Soto no necesita que Gabriel se lo traduzca.

—Claro que están por allí —masculla—. Deben de llevarnos unos días de adelanto para destruir los últimos puentes antes de la capital.

Por un instante, ambos hombres miran aún en la dirección indicada por el indio. A menos de una legua de la aldea, la ruta real se encarama por una ladera como las que no han afrontado nunca aún. El camino no está ya empedrado y es tan pendiente que, bajo la bruma que se levanta en el corazón del bosque, su claro trazado parece vertical.

—Esa pendiente va a ser dura para nosotros, pero más aún para los caballos —observa Gabriel—, tanto más cuanto no han descansado del trajín que hemos llevado estos últimos días. Tal vez haríamos mejor esperando aquí al gobernador.

Con el rostro sombrío, De Soto sacude la cabeza.

—No me gusta este valle. No me gusta este río. No me gusta todo esto —dice.

Con su índice desnudo, De Soto señala la extraña y estrecha garganta que se abre hacia el este, frente a los poderosos edificios incas. Mientras que por todas partes la bruma se deshace y deja entrever el azul del cielo, allí permanece densa, inmóvil, amenazadora. Sus translúcidas volutas le dan, aquí y allá, el aspecto de un animal monstruoso pero vivo.

—En toda la jornada de ayer —añade De Soto—, la niebla no abandonó esta garganta. Diríase que no lleva a parte alguna, o que conduce directamente al diablo.

Gabriel no contiene una sonrisa divertida.

—No os sabía supersticioso hasta el punto de temer, incluso, las formas de la naturaleza, don Hernando.

—Un efecto del clima, sin duda... ¡Hacéis mal burlándoos, don Gabriel! Contemplad la disposición del lugar. Estos malditos indios son capaces de permanecer ocultos en este valle brumoso durante días y días para caernos encima cuando menos lo esperemos.

—Es un riesgo a cambio de otro. Trepano por esta ladera estaremos a su merced. Los caballos no nos serán de ayuda alguna, muy al contrario.

—Entonces, hay que hacerlo pronto. Será mucho peor si esperamos al mal tiempo. Mirad el cielo. La jornada será magnífica, cálida y sana.

—A fe mía —murmura Gabriel, a quien la serenidad del cielo no convence—, vos sois el capitán.

—¡Hola, amigo! —exclama De Soto, burlón, tomando del brazo a Gabriel—. Os he conocido más entusiasta ante la aventura. ¿Acaso, como nuestro querido don

Francisco, sospecháis que deseo llegar a Cuzco demasiado pronto?

—Lo sospecho, sí —replica Gabriel en el mismo tono—. ¡Y creo que esta vez, efectivamente, mi sospecha se acerca a la verdad, De Soto! Pero no me importa. Es esta ladera la que no me gusta.

—Y a mí, os lo aseguro, no me gusta este valle.

—Entonces, uno de los dos se equivoca —sonríe Gabriel.

—¡No, amigo mío! Rogad, más bien, para que nos equivoquemos los dos.

Cuando se dirigen hacia los edificios donde se agitan los españoles, el indio llama a Gabriel. Señala una montaña que domina el valle, hacia el norte.

—Señor extranjero —dice—, la princesa de ojos de cielo se fue a esa montaña hace dos días.

Los sesenta jinetes no necesitan mucho tiempo para ensillar los caballos, ponerse las cotas de algodón acolchado e incluso, algunos de ellos, las cotas de malla. De hecho, la jornada es demasiado hermosa para que puedan temer la lluvia.

Los tres arcabuces están cargados con pólvora bien seca y puestos en un caballo sin jinete. Los jinetes que tienen escudos los han colgado de las sillas. Las cuerdas de las pequeñas ballestas de cranequín fueron engrasadas la víspera y cambiadas las que mostraban más debilidad. Algunas han sido tensadas ya, con la manivela sobre la cremallera y el lance al alcance de la mano en el carcaj de silla. Lo que más dura es la designación de una docena de hombres para que custodien el oro de Rimac Tambo hasta la llegada del gobernador. Finalmente, como nadie quiere obligarse a ello, De Soto designa a un puñado de hombres sin caballo y a los dos jinetes más jóvenes. Con él irán Gabriel y los buenos jinetes, comenzando por Rodrigo Orgóñez y, sobre todo, uno de los más valerosos de todos ellos, el orgulloso Hernando de Toro. Con el rostro lleno de cólera y decepción, los demás escuchan, un poco antes de mediodía, la orden de partida. El sol es pesado como un fuego de forja. Golpea los morriones tanto como se refleja.

El inicio del ascenso se hace con placer y entusiasmo. Dos o tres veces, De Soto se dirige a sus compañeros para calmarlos y que no fuercen en exceso a los animales. Pero en seguida lo comprende. La tierra del camino reemplaza las losas. Resbala, demasiado crasa o demasiado polvorienta, eso depende, ¡pero siempre demasiado empinada! Los caballos, de vez en cuando, parecen tan pesados que ni siquiera pueden soportarse a ellos mismos. Otras, solo avanzan a brincos, como cabras, fatigándose muy de prisa.

A una cuarta parte de la cuesta, el camino se estrecha entre arbustos, mientras que la selva, en cambio, se va espaciando. La sombra se hace más rara, y el calor, más terrible. Tanto los hombres como los caballos tienen la boca abierta, la lengua pastosa y la respiración jadeante. De Soto da la orden de avanzar solo en grupos de cuatro.

Gabriel y sus dos compañeros se apartan del camino. Las botas resbalan en la

hierba y deben agarrarse a las tupidas ramas de las moreras y los algodonereros silvestres, pero los animales se sienten más cómodos y sufren menos.

Todos se desabrochan las cotas acolchadas, bajo las que se asfixian. Se sueltan los cinturones y se desabotonan las camisas. Los ojos parpadean, pues el sol se hace muy fuerte. Las manos están húmedas sobre las bridas de los caballos. No se oye ni una sola palabra, pero no hay silencio. El roce de las botas, el golpeteo de los cascos, los jadeos, resuenan en el aire cristalino. Los corazones palpitan con fuerza en los pechos oprimidos. Se abultan las venas en los cuellos y las sienas. Encías y quebradas muelas aparecen entre las barbas y ponen rictus de cadáveres en los rostros deformados por el esfuerzo.

Ya nadie piensa en los indios, sino solo en las varas de montaña que quedan por trepar, una a una, y que no dejan de levantarse ante ellos.

A media tarde, apenas han recorrido la mitad de la ladera. El calor les asfixia de verdad. No hay en el cielo ni una sola nube. Bajo los cascos, los rostros chorrean, manchados de tierra, marcados por el esfuerzo. Las ballestas han sido colgadas, hace ya mucho tiempo, de las sillas de los caballos, que no pueden más tampoco. Sus belfos y sus lomos están llenos de espuma; las correas de cuero se han humedecido por completo. Algunas bestias ponen los ojos en blanco, rugiendo continuamente, como si cada respiración desgarrara sus pulmones.

La ladera es tan vertiginosa que tienen una vista de pájaro. Por debajo, el estrecho valle de Rimac Tambo no es mayor que un mantel. Si no fuera por el constante rugido y los remolinos de espuma que aparecen en algunos lugares, podría creerse que el río, de un gris azulado, está inmóvil, como una serpiente dormida.

Por fin, De Soto, que desde el pie de la pendiente no ha dejado de ir en cabeza, lanza una orden. Todos levantan el rostro y descubren una especie de rellano de hierba que forma, a media ladera, un extraño balcón.

—Media hora de descanso —grita el capitán.

—¡Una hora! —reclama un hombre de nariz tan enorme que parece hecha con un pepino—. No solo deben resoplar los caballos...

—Entonces, pídele a un caballo que te resople en el culo, Soytina, ¡así avanzarás más de prisa! —replica con un jadeo De Soto—. Media hora solo. Haced que beban los animales y dadles el maíz que hemos acarreado hasta aquí. ¡Mejor estará en su vientre que en sus lomos!

Los hombres se dejan caer sobre sus nalgas y se quitan los morriones, insoportables ya. Tras unos instantes de atontamiento, se rocían la cabeza con las cantimploras antes de humedecer los temblorosos ollares de los caballos.

Gabriel permanece de pie para controlar mejor su respiración. Pese a que los espasmos recorren su pecho, el bayo aguanta. Gabriel le da de beber lentamente, susurrándole palabras apaciguadoras. Con las orejas inmóviles, el bayo atiende

demasiado a sus dolores para escucharle. Sin embargo, el frescor del agua y la caricia de Gabriel hacen su efecto.

Cuando su caballo se apacigua, Gabriel registra maquinalmente la bolsa de tejido ofrecida por Anamaya y que ya no le abandona. Toma unas hojas de coca y se las lleva a la boca. Se forma el jugo espeso y soso, mientras De Soto y Hernando de Toro se unen a él. Viéndole mascar su bola de coca, De Soto frunce el ceño, pero se limita a observar con una sonrisa fatigada.

—Una hora más y habré tenido razón. Lo más duro está hecho.

Gabriel entorna los ojos mirando a lo alto de la pendiente. A excepción del camino, es ya solo un canchal vagamente cubierto de vegetación.

—Yo diría que queda una legua —jadea—, toda una legua de ladera tan pendiente como si subiéramos al cielo con una escala de Jacob.

—Hermosa imagen —murmura De Soto con un suspiro.

—Los caballos no suben por las escalas —advierte Hernando de Toro.

—Eso es lo que quería decir —replica Gabriel, acariciando el cuello del bayo.

Con un corto ademán, De Soto señala la pendiente.

—Lo que me molesta —dice— es que ahora nos vemos obligados a permanecer en el camino. Si lanzamos los caballos hacia los lados, se romperán las patas en las rocas.

—Sin duda —aprueba Hernando de Toro—; pero eso nos protege también. ¡Ningún hombre podría correr por semejante ladera sin romperse el cuello!

Gabriel no dice nada. Advierte perfectamente, en ambos hombres, el deseo de tranquilizarse. Los tres, durante un largo momento, observan la ladera como si esperaran que se disolviera ante sus ojos.

—No se ve nada —masculla De Soto—, ni una cabeza ni una de sus jodidas llamas.

Hernando de Toro se seca el rostro con su guante.

—Al llegar arriba, habrá que ser prudentes.

—Yo iré delante —dice De Soto—. En grupos de cuatro, separados cinco codos. Vosotros dos, Gabriel y tú, Hernando, cerraréis la marcha.

Reanudan el ascenso cuando De Soto da la orden. De cuatro en cuatro, tirando de sus monturas por la brida más que conduciéndolas.

A cada paso, las botas cuestan más de levantar. Ya ninguno lleva cota de malla.

El sol se ha inclinado, y las sombras se alargan ante ellos. Se ven en el camino penosas siluetas vacilantes. El escaso descanso se esfuma de prisa. En unos pocos minutos están de nuevo empapados y jadeando. Y entonces ocurre.

El clamor es tan inmenso que parece que el cielo se desgarrar.

Levantán todos los ojos hacia lo alto de la pendiente. Y se quedan inmóviles, petrificados. El terror les muerde los riñones.

—¡Caguen Dios! —murmura Hernando de Toro.

Los guerreros indios cubren la cima de la montaña, hombro con hombro. Es imposible decir cuántos son. «Más de dos mil», calcula Gabriel con un nudo en la garganta.

Más de dos mil guerreros aúllan, rugen y golpean sus escudos al enloquecido ritmo de los tambores de guerra; más de dos mil guerreros patalean y blanden hachas y mazas, y hacen girar las hondas; más de dos mil guerreros forman una franja furiosamente coloreada en la verde cresta de la montaña, como un chorro de veneno dispuesto a llevárselos.

—¡Caguen Dios! —repite Hernando de Toro.

—¡En línea, en línea! —ordena De Soto, ya con la espada en la mano.

—¡A caballo! —clama una voz.

Allí arriba siguen aullando, pero la línea se ha deshecho. Las primeras oleadas de guerreros brincan por la ladera. Pese a lo que Hernando de Toro creía, hay hombres que saben correr por aquel peñascal del diablo.

—¡Cuidado con las piedras! ¡Cuidado con las piedras! —grita una voz.

Gabriel advierte que es la suya. A su alrededor, todo es pánico. Los hombres, todos a la vez, abrochan sus cotas acolchadas, intentan cabalgar aprovechando un estrecho rellano pedregoso, desenvainan las espadas, procuran desenganchar los morriones de los escudos, meter sus brazos por las correas de los escudos, tensar de nuevo las ballestas, fijar los lances. Pero nada funciona.

—¡Los arcabuces! —grita una voz—. ¡Por la Virgen, los arcabuces!

Pero no, no están al alcance; están fijados en una montura, por detrás de De Soto, que azota como un demente su propio caballo. El clamor de los indios no cesa, cada vez más agudo, frenético. Los caballos tienen miedo. Resbalan y patalean. Es imposible cabalgar. Los hombres tropiezan, caen de rodillas, sin aire ya en el pecho, con los ojos inyectados en sangre.

—¡Cabalgad, joder, cabalgad! —grita una voz que, a causa del estruendo, Gabriel no puede identificar.

Pero los que han montado no consiguen ya lanzar sus caballos por la pendiente. Los indios se extienden por los peñascales, tan ágiles como fieras, y aquello es de una terrible belleza. Son tan numerosos, sus filas son tan prietas, tan llenas de colorido, que parecen un inmenso tejido que se despliega desde lo alto de la montaña.

—¡Cuidado con las piedras! ¡Cuidado con las piedras!

Como otros, Gabriel coloca su escudo en el cuello de su caballo, y hace bien. Con un zumbido que hace temblar el aire, centenares de piedras caen sobre ellos. Martillean los escudos, las hierbas, las cotas, las piernas, los pechos de los caballos, las nuca, los rostros. Es un horror. Gritos y gemidos brotan a lo largo de toda la columna. Las bestias resoplan, huyen por los canchales, se asustan e intentan bajar.

—Retenedlos —gritan juntos Gabriel y Hernando de Toro.

Por el rabillo del ojo, Gabriel ve a De Soto y a Ortiz, delante de todo, viéndoselas



ya con los indios, cortando y golpeando, mientras el acero de las espadas echa chispas en contacto con las hachas de bronce.

Luego, durante largos minutos, todo es confusión. Los guerreros indios llegan a centenares y centenares a su alrededor, sin dejar de emitir sus demenciales gritos de guerra; lanzan piedras, jabalinas, flechas, y hieren a los hombres y los caballos. No se atreven aún con el cuerpo a cuerpo. Danzan ante los hombres, trabados por su herramienta; ante los caballos, enloquecidos de miedo. Hacen horribles muecas, se lanzan de un brinco hacia adelante, sueltan golpes de maza o de hacha que cortan el cuero de los escudos, destrozan las rodelas, y luego retroceden en seguida, evitando el silbido de las espadas. ¡Y vuelven a aullar!

—Hacia arriba, hacia arriba —gruñe Gabriel, empujando a Hernando de Toro.

Pero la mitad de los hombres no cabalgan aún. Se empujan por el estrecho camino, molestándose unos a otros, incapaces de defenderse con eficacia.

Y de pronto, un espantoso relincho, y luego otro, acallan el estruendo. Un foso lleno de estacas afiladas y cubierto de ramas se ha hundido bajo el caballo de Marquina. Las puntas atraviesan el cuello y las costillas del animal; el espinazo se desgarran en llagas escarlatas. Con los ojos desorbitados por la visión de la muerte, se debate, aumentando sus sufrimientos, derramando sangre como fuente. Indemne, Marquina consigue salir del foso, ayudado por Soytina, y arrastrarse por el camino. Pero no son lo bastante rápidos. Salta media docena de indios. El hacha se hunde profundamente en la espalda del infante y su nariz estalla bajo un mazazo, transformando de pronto su rostro en una papilla de sangre, de carnes aplastadas y cartílagos destrozados. Por lo que se refiere a Marquina, que sigue en tierra, son tres los que se lanzan contra él. De un solo golpe le aplastan tan bien el cráneo que se abre en dos. Atónitos, los españoles ven a los indios arrojando el cuerpo del jinete al peñascal y rugiendo de júbilo ante su cerebro, que se derrama sobre las piedras.

El inmenso clamor ha vibrado en el aire como una bandada de pájaros negros.

—¡Deteneos! —ordena Anamaya a los porteadores de su litera.

Desde la víspera, tras haberse separado de Manco, que regresa a Cuzco por apartados caminos, siguen los senderos de cresta para evitar, también ellos, las tropas de Guaypar y Quizquiz.

El clamor continúa, violento, terrible. Parece lograr que tiemble, incluso, el follaje de los árboles.

El oficial de la escolta se vuelve hacia Anamaya.

—Es el grito de guerra —dice.

Todos escuchan, con las manos prietas. El clamor continúa.

Anamaya apenas respira. Su vientre se convierte en un nudo más duro que la piedra.

—Son numerosos —advierte el oficial.

Ella no necesita cerrar los ojos para imaginarlo.

No debería temer el sufrimiento de los extranjeros, pero no hace más que temerlo.

—Están en Rimac Tambo —murmura.

—Sí —asiente el oficial—. Los extranjeros deben de intentar cruzar el collado de Vilcaconga. Es un buen lugar para una emboscada. A Quizquiz le gusta el paraje.

El clamor, que parecía disminuir, vuelve a levantarse, más agudo, más feroz. Anamaya imagina los innumerables guerreros bajando por los canchales, por la ladera tan pendiente que los propios porteadores de la litera se ayudan a veces con cuerdas para franquearla.

No quiere pensar en él. Sin embargo, desde el primer momento ha recordado las palabras de Manco, el frío que se apoderó de ella. Gabriel está en peligro.

Lo siente; todo su cuerpo lo siente. Sabe que él está allí, en pleno combate.

Quiere tranquilizarse. Pero el amor que siente por él se convierte en un dolor que le atiranta los riñones y le destroza el pecho.

Los gritos no dejan de resonar en la selva y en el aire frío de la cresta.

Anamaya tiembla. Casi sin darse cuenta, murmura una plegaria.

—¡Oh, Inti! ¡Oh, poderoso del Otro Mundo! ¡Oh, Sol, Padre de los antepasados! ¡Oh, Quilla, Madre mía! ¡No quebréis el brinco del puma! ¡Oh, Único Señor que me designaste, no me abandones en el camino adonde me condujiste! ¡Oh, vosotros que decidís el día, vosotros que decidís la noche, no os lo llevéis al Mundo de Abajo dejándome sola!

Con gran esfuerzo se sobrepone y ve que todos a su alrededor, porteadores y soldados, la observan con asombro. Pero todos bajan los ojos ante su mirada.

Entre los aullidos que perforan el aire, ruge el trueno. Anamaya reconoce el arma de fuego de los extranjeros. Otro chasquido sobresalta a los porteadores. Apenas se ha dispersado el eco de las explosiones, el clamor de los guerreros se reanuda con mayor rabia y potencia.

—Demos media vuelta. Quiero bajar en seguida hasta Rimac Tambo —ordena con una voz sin entonaciones.

¿Cuánto tiempo hace que combaten? Gabriel ya no lo sabe. Sus sombras son largas y están llenas de sangre.

El tumulto no cesa; los aullidos de los indios no cesan; las piedras, los golpes y las flechas no cesan. Los flancos de los caballos brillan de sangre. Solo habían ascendido media legua cuando las ballestas han sido descargadas a quemarropa, matando a veces dos indios con la misma saeta. Pero los guerreros incas, en vez de intimidarse, se han enfurecido más aún. Al parecer, conocen ya estas máquinas. Saben que se necesita tiempo para recargarlas, y caen sobre los jinetes desmontados con gritos de espanto.

Tras haberle hecho cruzar el foso de las estacas, Gabriel libera su bayo,

golpeándolo con dureza en la grupa. Dando furiosos saltos, mordiendo a su paso, el caballo se abre solo un camino hacia lo alto de la ladera. Junto a Gabriel, un grupo de indios se agarra a la cola de un caballo para sujetarlo y hacer caer al jinete. Con un grito de furor, Gabriel se lanza y corta limpiamente una mano y la cola. El indio herido cae hacia atrás, gimiendo de dolor. Gabriel ve claramente el miedo en las miradas. Para un golpe de hacha con su daga y su espada cruzadas, y con una patada en el vientre rechaza a su asaltante, que cae por la pendiente.

—¡De Soto está arriba! ¡Ha llegado! —grita por encima de él Hernando de Toro.

Querría decir algo más, pero la carga de un grupo de indios los obliga a estar atentos.

Gabriel y él defienden un paso junto al foso de las estacas, para que los retrasados puedan pasar. Saltando a derecha y a izquierda, con la respiración cada vez más jadeante, rechazan las hachas y las mazas, sin que nunca consigan contraatacar.

Hernando de Toro lanza un grito de dolor. Gabriel le ve vacilar con una punta de jabalina en el muslo. Se lanza hacia su compañero, haciendo molinetes con la larga espada para que tenga tiempo de arrancar la madera de sus carnes.

—¡Sube —grita Gabriel—, sube! ¡Yo te protejo!

Su voz es ahogada por el estruendo de los arcabuces. Dos disparos.

Pero los únicos indios alcanzados por las balas están a diez pasos de De Soto. Quedan centenares a lo largo de la pendiente, tan numerosos que se derriban y se pisotean ellos mismos.

Y es como si la pólvora provocara su locura.

La retaguardia de la columna avanza solo paso a paso. Los últimos caballos no pueden más. Hernando de Toro ya solo trepa arrastrándose por el suelo y agarrándose a las rocas y a las ramas de los arbustos, mientras Gabriel, en el flanco derecho, mantiene a distancia a los indios, golpeando los brazos y los pechos. La sangre zumba en sus sienes y enturbia su vista. Su espada comienza a resultar tan pesada que sus golpes encuentran más vacío que carnes. Un cansancio sin nombre se apodera de él, como si se arrastrara, también, a cuatro patas. El hedor del miedo y la sangre le asfixia. Apenas se da cuenta de que un indio da un formidable salto y cae, con los pies juntos, sobre Hernando de Toro.

El combate es breve. Toro lanza su daga en un último esfuerzo, precisamente cuando la maza en forma de estrella penetra en su mejilla y le quiebra la mandíbula. Hernando de Toro, con los ojos desorbitados, puede ver al guerrero indio levantando su arma y lanzándole la muerte a la frente.

Sin ni siquiera pensarlo, Gabriel gira con el busto inclinado hacia adelante. Su hoja horizontal corta el aire lleno de sangre. La punta metálica secciona la nuca del indio. Pero la espada, con la violencia del golpe, se le ha escapado de las manos.

Extrañamente, el miedo lo abandona. El tiempo parece hacerse más lento.

Su agotamiento y su hartazgo de sangre son absolutos.

Se incorpora lentamente, con la daga colgando de su brazo. En pleno tumulto

divisa las miradas de los guerreros del Imperio de las Cuatro Direcciones. No son ya los rostros resignados de aquellos a quienes mataron en Cajamarca, o también en Hatun Sausa. Son combatientes que han recuperado su perdido orgullo.

Como si llegara de muy lejos, oye el grito de De Soto, que lo llama. Pero la piedra de honda va más de prisa aún que su nombre. Oye todavía el sordo choque contra su morrión y se zambulle en la nada.

Es casi de noche cuando la litera de Anamaya llega al rugido del Apurímac.

Gritos y redoble de tambores se escuchan aún en lo alto de la ladera de Vilcacongá. Algunos guerreros heridos llegan hasta el río. Los hay en tal mal estado —con los brazos seccionados, o el pecho y la espalda cortados— que se derrumban en las riberas y mueren en contacto con el agua helada.

A petición de Anamaya, el oficial de la escolta ha enviado por delante a dos de sus soldados para recabar noticias. Cuando los dos hombres hincan la rodilla ante su litera, a pesar de la penumbra del crepúsculo, Anamaya lee en sus rostros que las noticias son terribles.

—¡Hablad! —ordena secamente.

—Dos mil guerreros del ejército del general Quizquiz, dirigidos por el capitán Guaypar, aguardaban a los extranjeros en la cima de la montaña. Les han dejado llegar muy arriba para que se fatigaran, ellos y sus animales, y no pudieran desplazarse tan rápidamente como suelen hacerlo.

El soldado calla, con los ojos bajos y la nuca inclinada. Anamaya adivina que no se ha dicho lo más importante.

—Continúa —pide.

—Cinco extranjeros han muerto a manos de los soldados, *Coya Camaquen*, y muchos están heridos. Dos de sus grandes llamas han muerto también.

Debe hacer un esfuerzo para que no se advierta su miedo.

—¿Y ahora? —pregunta con cierta lentitud.

—Los extranjeros están en lo alto del collado. Han encontrado un refugio y han hecho que sus caballos descansan. Los guerreros de Guaypar han dejado de atacarlos; pero mañana, al amanecer, los capitanes darán la orden de atacar con flechas de fuego para asustar a los caballos.

Arriba, en la ladera, resuenan ya con más fuerza los tambores y los cantos de guerra nocturnos. Anamaya piensa por unos instantes en Guaypar. Ciertamente está allí, con su rabia y su locura de muerte, y con su cumplido conocimiento de la guerra y de los extranjeros. Les impedirá dormir, e incluso tomarse el menor descanso durante la noche. Y a los primeros fulgores del alba, será un juego de niños terminar con Gabriel y sus compañeros.

Encuentra la mirada del oficial de la escolta. Lee su turbación y adivina fácilmente la razón. Por primera vez, guerreros del Imperio matan extranjeros y están

a punto de vencer en una verdadera batalla. Quisiera alegrarse también, pero no se atreve a hacerlo ante ella.

Anamaya abandona su litera y, con una señal, lleva aparte al joven oficial. A orillas del río hay ahora hogueras y se ven campesinos que llevan comida a los guerreros heridos, que llegan aún en pequeños grupos. Muchos parecen haberse roto solo algún miembro el brazo o la pierna, al caer en los canchales.

—Oficial —dice Anamaya—, sabes que he hablado con el Único Señor Manco. Ante esa mera evocación, el hombre dobla la nuca e inclina el busto.

—Lo sé, *Coya Camaquen*.

—Desea la paz en todo el Imperio, y la paz con los extranjeros. Quienes están guerreando allí, en el collado, le desobedecen.

El oficial calla.

—El Único Señor quiere que ayudemos a los extranjeros para que puedan llegar a Cuzco, donde desea acogerlos y mostrarles su poder —dice con voz clara—. Si es necesario, nosotros mismos tendremos que combatir a los felones. Solo hay un Único Señor y todos debemos obedecerle. ¿Comprendes mi voluntad, oficial?

El oficial calla por unos instantes. Luego se incorpora poco a poco.

—Sí, *Coya Camaquen*. Haré lo que me ordenes.

—Te lo agradezco y lo recordaré.

En la mirada del oficial hay un poco de tristeza.

—Me han dicho que una tropa de extranjeros a caballo no está muy lejos, en el camino del otro lado del río —dice en voz muy baja.

Anamaya debe hacer un esfuerzo por contener un gesto de alegría.

—¡Entonces, manda a tus hombres a su encuentro! —ordena—. ¡Qué crucen el río en seguida! Deben estar aquí antes del alba.

Cuando Gabriel recupera el conocimiento, sabe que ha caído de verdad la noche. Sabe que el infierno del dolor se ha alojado en su cabeza. Una fina llovizna cae sobre su rostro con bienvenida dulzura.

—¡Un mal golpe! ¡Malo de verdad! —murmura De Soto, incorporándose con los dedos pegajosos de sangre.

Gabriel, más que verlos, adivina a los hombres que le rodean. El propio rostro de De Soto está devorado por las móviles sombras.

—No os mováis, amigo Gabriel —sigue diciendo De Soto, cuya voz está enronquecida de tanto gritar—. Nos encargaremos de vos y vamos a salir de esta.

Gabriel lo duda. Quisiera sonreír y decir una palabra a De Soto. Conocer por lo menos el número de muertos, saber si el capitán puede aún defenderse con los hombres válidos y salvar a los heridos; a otros que no sean él, pues, al parecer, para él se ha terminado. Se acostumbra extrañamente a la idea, que no le asusta. No, muy al contrario: la muerte es un pensamiento que lo apacigua.

Pero ni un sonido sale de sus labios, salvo un lento estertor que ni siquiera escucha. Lo extraño es, también, que no le duele la cabeza, pero su brazo izquierdo le hace sufrir violentamente.

No recuerda muy bien lo que ha ocurrido tras la muerte de Hernando de Toro. Ha salido de su inconsciencia mientras le arrastraban hacia lo alto de la pendiente, en plena carga de los indios. Así se ha atrancado, tontamente, su brazo en unas rocas y ha estado a punto de rompérselo.

Sin embargo, lo sabe: el dolor está en su brazo, pero la muerte le devora ya la cabeza. Ha perdido tanta sangre que una pegajosa costra le cubre el rostro. Le han envuelto el cráneo con la manta de un caballo muerto. Pero nada le funciona normalmente ya: ni los miembros, ni la vista, ni el oído, ni la palabra.

Ve muy bien que es de noche, pero ignora si la noche en el mundo es el inicio de la suya.

Se pregunta si el combate ha terminado.

Se pregunta si los indios siguen aullando.

Cree oír nuevos gritos y algo parecido a un son de trompetas. Piensa que está entrando en el dominio de los muertos y se pregunta si es Dios el que hace sonar esas trompetas. Piensa que es como un barco, frágil y fino, arrastrado por una corriente inmensa.

Sin embargo, el son de las trompetas es espantoso, insoportable. Solo tiene un deseo: hundirse más aún en la oscuridad y la liberación de la muerte.

Luego, ya solo siente el afortunado sopor que se lo lleva, y se abandona a él.

## VILCACONGA, NOCHE DEL 8 AL 9 DE NOVIEMBRE DE 1533

No se detienen para recuperar el aliento. Poco importa que indios y españoles hayan caminado sin descanso para llegar a Rimac Tambo; poco importa la noche, el tiempo que se estropea y la pegajosa humedad que empapa los vestidos y los ciñe a la piel.

Mientras avanza por la subida, Anamaya se siente invadida por el recuerdo de la terrible emboscada que, aquí mismo y algunos años antes, había costado la vida a los poderosos ancianos, valerosos servidores de Huayna Capac y víctimas de la locura de Huáscar. A medida que descubre las primeras huellas del combate, las armas rotas, los heridos que gimen, los cadáveres con los miembros abiertos, le parece que las atrocidades se repiten y se corresponden.

Cuando llegan al foso de las estacas puntiagudas donde yacen los cadáveres de un caballo y dos hombres blancos con la cara aplastada por las mazas de piedra, los gritos de cólera de los extranjeros le hacen temer que se vuelvan contra ella; pero Almagro arenga ya a sus hombres y les ordena seguir.

—¡Ya nada podemos hacer por esos! Lleguemos hasta la cresta. De Soto debe de esperarnos arriba, y esos jodidos cabrones de indios querrán, sin duda, reanudar el combate.

Cercanos, en la montaña, resuenan los gritos de triunfo y los apagados cantos, el redoblar de los tambores y las trompas de los victoriosos soldados de Guaypar. Anamaya sabe que los incas no combaten de noche. Sin embargo, con un jefe como Guaypar, todo es posible.

¿Quién sabe si, embriagado por este primer éxito, no sueña en una matanza final que desaliente a los extranjeros?

Tras ella, percibe los gruñidos jadeantes de los soldados españoles que sufren, tirando de sus caballos, para avanzar por los peñascales de la ladera.

De vez en cuando cierra los ojos, prosiguiendo el ascenso como si solo la condujera la presencia de Gabriel, el violento deseo de reunirse con él arriba, de tocarlo, de asegurarse que está, en efecto, vivo.

Cuando llegan a la cresta, el estruendo de los guerreros de Guaypar cesa. Tal vez se alejan, advertidos ya de la presencia de refuerzos españoles. Los caballos están tan cansados que no levantan la cabeza hacia los recién llegados. Pero los soldados de De Soto corren a su encuentro, lanzando gritos de júbilo. Alejándose de los abrazos, Anamaya adivina más que ve sombras reunidas, apretadas unas contra otras en el extremo del rellano y que no se mueven. Negras en plena noche, no parecen pertenecer a este Mundo de aquí, ni al Otro Mundo.

Los que quedan del grupo del capitán De Soto no han encendido fuego para evitar ser un blanco demasiado fácil en plena noche. Un caballo yace de lado; dos hombres

agotados, tendidos en la tierra lodosa, se incorporan e intentan, penosamente, ponerse de pie. Más allá, un débil gemido atraviesa la noche. Almagro corre al lado del capitán.

—¡De Soto!

De Soto apenas se vuelve. Con la boca cansada, saluda solo con un signo. La parte alta de su desgarrada cota de malla y sus calzas acartonadas por la sangre cuajada dan testimonio del furor del combate. Pero, sobre todo, la cólera y la pena ponen una helada máscara en su rostro.

—¿Cuántos de los nuestros? —pregunta Almagro.

—Cinco, que yo sepa —suspira De Soto—. Marquina, Soyntina, Hernando de Toro, Ruiz y Rodas. Pero el sexto no pasará la noche, si no ha partido ya...

—¿Quién?

—Gabriel.

—¿Montelúcar y Flores? —concreta Almagro esbozando una sonrisa—. ¿El protegido de Francisco?

De Soto asiente, pero da un respingo cuando Anamaya lo agarra del brazo.

—¿Dónde está?

—¿Qué estáis haciendo aquí? —gruñe De Soto, soltándose.

—Su escolta nos ha avisado del ataque —dice Almagro.

—Por favor —insiste Anamaya—, ¿dónde está?

Con un movimiento del mentón, De Soto le indica el grupo de sombras que ha entrevisto hace un momento.

—Con los demás heridos; allí.

Corre. Ante la sorpresa de los indios de su escolta, la *Coya Camaquen* corre sin detenerse hasta los cuerpos tendidos que gimen y parecen desear fundirse en la noche.

Ninguno de los españoles que vendan a los heridos protesta cuando ella les aparta y se arrodilla ante Gabriel. Una manta le cubre hasta el cuello. Tiene otra enrollada bajo su cabeza, envuelta en jirones de camisa. Muestra una extraña palidez, pero la mancha de sangre, a un costado, parece por ello más grande y terrible. Sus labios se entreabren en una imperceptible respiración; la fiebre agita sus párpados. Cuando los dedos de Anamaya rozan sus mejillas, se humedecen de un sudor helado. Ella respira con fuerza, buscando la calma en su interior y negándose a ceder al miedo. Sin embargo, cuando una mano se posa con dulzura en su hombro, da un respingo y grita de espanto.

—Dejadme hacer...

Reconoce aquella voz suave antes de encontrar la mirada gris de Bartolomé.

—Yo me encargaré de él —dice.

—¿Qué vais a hacer? —pregunta ella en voz baja.

—Mi deber: ayudarle a llegar, como cristiano, al otro mundo...

Anamaya le mira agitando la cabeza. Levanta sus manos y lo rechaza.



—Si es para eso, ocupaos de otra cosa y dejadme con él.

No hay sequedad alguna en su voz, sino solo una firmeza que cierra la boca de Bartolomé. La ve inclinándose hacia el rostro de Gabriel; se acerca mucho a él y le murmura al oído. Oye un extraño susurro, en el que se mezclan el quechua y el castellano. Luego, ella desliza las manos bajo la manta y las posa en el pecho del herido. Lenta, regularmente, frota su tórax en el emplazamiento del corazón.

—Encended una hoguera a cada lado. Traed otras mantas y también barro liso...  
—pide en español sin levantar la cabeza.

No se preocupa de que la oigan o la obedezcan. Repite la orden en quechua, y los soldados de su escolta, que se mantienen al margen, la miran tan incrédulos como los españoles.

—¡Haced lo que dice! —ordena Bartolomé.

Un instante más tarde, cuando las primeras llamas vacilan entre las ramas, acude De Soto.

—¿Estáis locos? He dicho que nada de fuego —dice.

Anamaya ha desnudado el torso de Gabriel y lo frota con el fino barro.

—La batalla ha terminado, señor De Soto —le responde sin abandonar el movimiento—. No seréis ya atacados, ni esta noche ni mañana. ¿No habéis oído que los tambores de guerra han callado?

Y, sin esperar respuesta, sigue dando órdenes en quechua antes de tenderse sobre Gabriel, como si se dispusiera a un abrazo de amor. Corriendo, los indios traen mantas con las que los cubren hasta hacerlos desaparecer.

La estupefacción de De Soto ahoga su cólera. Bartolomé levanta su mano de extraños dedos.

—Tiene razón, capitán De Soto —dice—. Dejémosla hacer, os lo ruego...

Muy pronto, dos grandes hogueras arden a su lado e inundan de luz el rellano, arrebatando a las sombras los rostros atónitos y agotados.

Bajo las mantas, Anamaya no deja de acariciar el cuerpo inerte de Gabriel. Sopla sobre su carne desnuda como si quisiera atizar en ella las brasas de la vida. Suelta de su cinturón la bolsa de la coca, la masca con avidez y hace correr el zumo entre los ardientes labios de su amante. Y siempre, siempre, frota su pecho, obligando a su corazón a latir. Finalmente, cuando los ruidos del campamento hace mucho tiempo ya que se han calmado, percibe un débil estertor en la garganta de Gabriel. Luego, muy pronto, los espasmos sacuden su vientre.

Le obliga de nuevo a tragar jugo de coca. La respiración de Gabriel se hace más pesada, más ronca y profunda. Su corazón golpea los huesos de su pecho. Anamaya deposita allí sus labios; luego, sus inflamadas mejillas. Una alegría tímida y terrible la invade, como si la vida entera renaciera en ella tanto como en él.

## RIMAC TAMBO, 10 DE NOVIEMBRE DE 1533

En el umbral de la tienda, fray Bartolomé detiene sus pasos. Los ve entre los faldones de la tela levantada.

En el fondo de la tienda, en una cama hecha de alfombras amontonadas, Gabriel está despierto, con el rostro lavado y la cabeza ceñida por una especie de turbante azul. Tiene los ojos muy abiertos y besa la mano de su hermosa amiga, la joven india que tiene fama de ser una princesa influyente entre los incas. ¡Y una especie de hechicera!

Por una fracción de segundo, vacila entre seguir su camino o dar marcha atrás. Dándose cuenta de que no han advertido su presencia, no hace ni una cosa ni la otra, entregándose solo al agudo pecado de la curiosidad.

Una sonrisa nace en los labios de fray Bartolomé. ¡Sin duda, la joven india es una hechicera! Lo que le vio hacer, con sus propios ojos, dos noches atrás le valdría la hoguera en España.

Ahora, ambos amantes se besan con dulzura. La ternura los une como una aureola de luz. Fray Bartolomé vacila de nuevo, pero su curiosidad es más fuerte.

La ve, a ella, desprendiéndose con suavidad del beso. Deja el brazo herido de Gabriel a un lado y le acaricia la mejilla con una risita. Por un breve segundo, se parece a todas las muchachas enamoradas del universo.

Sin embargo, un instante más tarde, cuando se incorpora, se ha convertido de nuevo en la princesa de gestos mesurados, de una severidad casi excesiva para su belleza. Y lo ve.

Gabriel sigue la mirada de su amante y lo descubre a su vez.

Fray Bartolomé da un paso y los saluda sin mayor turbación.

—Pues bien, me parece que ese Lázaro ha resucitado mucho —ironiza.

Su risa se pierde en el vacío. De todos modos, la mirada de la joven princesa le impresiona. Sin parpadear, le dirige un breve signo con la cabeza.

—No me temáis —le dice.

Le mira con un rostro sin expresión. Él es quien siente un extraño malestar, como si ella consiguiera ver muy hondo en él, hasta esos meandros que preferiría olvidar. Por fin, cree descubrir el fulgor de una sonrisa en el azul suntuoso de su mirada, pero es tan fugaz que no está seguro de haberlo visto.

La princesa dirige unas rápidas palabras en quechua a Gabriel. Con un breve movimiento de muñecas, ciñe la sedosa manta a sus hombros y sale de la tienda con una elegancia que impresionaría incluso a la reina de España.

Bartolomé la sigue con la mirada, y oye, a su espalda, la sorda voz de Gabriel.

—No te confundas, fray Bartolomé. Anamaya te aprecia, pero desconfía de todos

los españoles.

—¡Harías mal quejándote de ella!

—¿Por qué lo dices?

—Si hubieras visto cómo me apartó de ti... Cierto es que, como los demás, yo te veía muerto, mientras que ella te veía muy vivo...

Hay una especie de ligera alegría en el monje que intriga a Gabriel, cuyo cuerpo y espíritu están aún llenos de bruma. Esboza una cansada sonrisa mientras el monje prosigue.

—Algo es seguro: te salvó la vida; puedo dar testimonio de ello.

Bartolomé contempla por unos momentos los oscuros párpados que Gabriel ha cerrado.

Sin abrir la boca, Gabriel sonrío.

—Cuéntamelo —dice después—. Ella no ha querido decirme nada, y yo únicamente recuerdo aquel frío... —Le recorre un temblor al evocarlo—. Y luego, aquellos ojos clavados en los míos cuando recuperé el conocimiento.

—Todo el mundo, salvo Dios, te creía ya muerto. ¡Y el capitán De Soto el primero! —asegura fray Bartolomé—. Carecías de reacción. No se advertía tu aliento. De Soto me pidió que te administrara la extremaunción. Estaba a punto de hacerlo cuando ella llegó hasta ti.

Gabriel imagina la escena y no retiene una sonrisa.

—¿Sabes lo que hizo? —prosigue fray Bartolomé—. Hasta la mañana, te mantuvo muy apretado a ella y rodeado de llamas, para calentarte. ¡Ah!, debo reconocer que aquello tenía buen aspecto y que podía impresionar...

Gabriel deja volar su imaginación. La emoción le pone un nudo en la garganta. Cuando vuelve a abrir los párpados, oculta su turbación con ironía.

—¿Y dejaste que lo hiciera?

Fray Bartolomé asiente. Sus dos dedos, extrañamente pegados, resbalan de la sien al mentón en un gesto pensativo.

—Sí. Era extraño y muy poco decente, lo admito. Pero en la agitación que os rodeaba en aquella noche que seguía a tantos sufrimientos, aquello parecía casi... normal. Sin embargo, amigo Gabriel, mejor será que quienes no presenciaron el espectáculo no sepan nada de él. ¿Me comprendes?

Gabriel no reacciona. Siente el dulce calor en su cuerpo y piensa que ha sido necesario estar muy cerca de la muerte para que Anamaya se abandonara por completo a él. «Y pensar que apenas estaba allí para aprovecharlo...». El pensamiento le arranca una sonrisa que parece una mueca.

Fray Bartolomé sacude la cabeza.

—Al día siguiente —añade—, cuando te instalaron en esta tienda, la princesa cubrió tus llagas con una arcilla tomada de las orillas del río. Luego te obligó a beber una gran cantidad de tisana que habían preparado según sus instrucciones.

—¿Eso es todo? —se sorprende Gabriel.

—Eso es todo. Y es, justamente, mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Que luego sanaste.

Fray Bartolomé lo dice en un tono que incomoda de pronto a Gabriel.

—Es cierto —prosigue Bartolomé—, has delirado un poco, pero con mucha alegría. Al parecer te creías una especie de fiera. Era difícil comprenderte, pues, curiosamente, hablabas la lengua de tu hermosa amiga y no el castellano. Como sabes, estoy aprendiéndola, pero apenas poseo unos rudimentos...

—Debía de ser una decocción para aliviar el dolor —asegura Gabriel—. Los indios de por aquí son muy sabios en el uso de las plantas, y Anamaya..., quiero decir la princesa, conoce sus secretos. Es algo corriente en este país.

—Sin duda. Pero lo más extraño, ya ves, es que la herida de tu cabeza dejó de supurar y de sangrar en seguida. Puedes comprobarlo tú mismo; está cicatrizando ya, como la de tu brazo.

Hay en el tono de fray Bartolomé una dulzura que hace estremecerse a Gabriel. Le recuerda unas muy lejanas entrevistas. Le recuerda aquel modo insidioso de sonreír para mejor tender una trampa y que solo pertenece a la raza de los curas.

—¿Adónde quieres llegar? —pregunta.

—La hermosa princesa me hace reflexionar mucho —dice con seriedad Bartolomé—. ¿No se afirma, acaso, que posee dones que impresionan incluso al más poderoso señor inca?

Gabriel se incorpora con el rostro endurecido, sin ningún rastro de amistad ya; toda su antigua desconfianza ha despertado.

—Si piensas en no sé qué brujería, te diré en seguida que estás errando el camino, fray Bartolomé. ¡Anamaya no es un diablo disfrazado de mujer!

—¿Lo he dicho, acaso?

—Prefiero que ni siquiera lo pienses.

—Te equivocas, amigo mío.

Fray Bartolomé parece sinceramente sorprendido; incluso su risa suena con franqueza. Posa la mano deformada en el hombro de Gabriel.

—¿Qué tienes en la cabeza, Gabriel? ¿Crees que le deseo algún daño a tu amiga? ¿O me reprochas que te ayudara a ver claro en tu corazón cuando en él reinaba la confusión?

Gabriel aparta con una mueca desdeñosa la alusión del sacerdote.

—Nunca he visto a un hombre de la Iglesia que soporte por mucho tiempo lo que no comprende.

—¡No! —protesta Bartolomé, que se yergue de pronto—. No, estás equivocándote y no me conoces, Gabriel. No vine a este país para crear dolor, sino para apaciguarlo, si es posible. ¡Debes creerme!

—Ya veremos —replica secamente Gabriel, dejándose caer en la yacija.

—Cristo es mi testigo. Lo que más me importa, amigo mío, es precisamente

aprender lo que no parece comprensible.

Gabriel lo contempla mientras sale de la tienda.

Cierra los ojos, agotado. A pesar de la hostilidad que reina aún en él, recuerda que sin ese extraño monje de desconcertante bondad, tal vez no se habría despedido de Anamaya y no habría recibido la caricia de aquel «te amo», que permanece en él y que quizá lo ha salvado...

Es demasiado tarde ya para llamarle.

Entonces se duerme con la sonrisa en los labios.

## RIMAC TAMBO, 13 DE NOVIEMBRE DE 1533

—Id en paz —dice Valverde.

En la vasta explanada del tambo, los hombres de armas han oído misa con excepcional recogimiento. No había ninguno de los murmullos o gruñidos habituales, sino solo los relinchos de un caballo y el rugido del Apurímac cincuenta pies más abajo.

Pese a la invitación del sacerdote, no se mueven.

En el centro de la explanada, los cuerpos cubiertos con un sudario han sido depositados en un estrado montado a toda prisa, y las miradas están clavadas en ellos como si no consiguieran desprenderse.

A Gabriel le molesta la rigidez de su brazo en cabestrillo. No se ha puesto la cota de malla, como los demás, sino su habitual pechera de algodón recubierto de cuero, bautizada ahora con su sangre.

Desde el alba, incluso los más fieles de sus aliados indios clavan la mirada en el suelo cuando se cruzan con un español. Por lo que se refiere a los nobles que acompañan a Chalcuchimac, parece que se hayan desvanecido en las montañas; ni siquiera el general ha salido de su litera.

Don Francisco Pizarro atraviesa las hileras para colocarse en el centro, justo ante los cuerpos, junto a Valverde. Se ha puesto su armadura completa, de la que solo emerge su fina cabeza de paja. Antes de hablar, les mira, y uno a uno, los hombres levantan los ojos hacia su jefe. De nuevo pasa por ellos esa fiebre que algunos han conocido ya, la noche anterior a la batalla de Cajamarca, cuando no había ni infantes ni jinetes, ni ricos ni pobres...

—Estáis apenados —dice con voz firme— y estáis encolerizados...

Se vuelve hacia los cadáveres velados por los paños y los señala.

—Eran nuestros amigos y eran soldados valientes; no quiero que olvidéis sus nombres: Juan Alonso de Rodas, Gaspar de Marquina, Francisco Martín Soyntina, Miguel Ruiz, Hernando de Toro...

Martillea cada uno de los nombres con fuerza, como si enumerara nombres de santos.

—Habían venido del País Vasco, de Sevilla, de nuestra querida Extremadura... Tenían la tez clara o morena; algunos sabían escribir y otros solo sabían combatir; algunos montaban a caballo y otros iban a pie... Murieron víctimas de la traición, pero murieron como hombres...

Gabriel lanza una ojeada al rostro de Hernando de Soto. Está impasible.

—Sé —prosigue Pizarro— que algunos de vosotros os preguntáis por qué. Voy a decíroslo.

Con un amplio gesto que hace sonar su armadura, Pizarro señala la ladera de Vilcaconga. Su mano permanece dirigida a la cresta y más allá, como si buscara el horizonte.

—Recuerdo —dice casi riendo— a quienes dudaban de que encontráramos el país del oro. Yo, hijos míos, yo lo sabía... Pues bien, henos aquí a las puertas de la capital del país del oro. ¿Me oís bien?

Sus ojos brillan como si fueran pepitas y los ojos de los hombres comienzan a brillar con los suyos. La voz de Pizarro desciende de nuevo, al mismo tiempo que su mirada vuelve a dirigirse hacia los cuerpos sin vida.

—Pero ¿creéis que por el oro, ¡por todo el oro de la capital del país del oro!, puedo olvidar ni un solo instante a quienes mataron a esos hombres, a esos valientes de la tierra de España? ¡No! ¡No!

Los gritos brotan de todas partes, y Gabriel adivina el espíritu de venganza, que ruge con más fuerza que el río.

—Conservad caliente ese recuerdo, queridísimos hijos —insiste con ardor el gobernador—. Guardadlo en lo más cálido de vuestro corazón y sabed que algún día habrá que hacerlo brillar en la hoja de vuestra espada.

Al subir de nuevo por la ladera de la colina de Vilcaconga, Gabriel tiene la extraña sensación de que los fantasmas merodean aún entre los matorrales, por detrás de las rocas, en el lecho del torrente... Ojo avizor, cree ver, a cada instante, que surgen miles de combatientes, oye los gritos de llamada, el terror de los caballos. Pese a su lento paso y a la tranquilidad que reina en el aire, suda a grandes gotas.

Ha querido caminar a la cabeza, pero su paso es pesado sobre las piedras resbaladizas y unas punzadas en el brazo le hacen sufrir.

—¿Vuestra gracia se fatiga?

—Vuestra gracia ha estado a punto de que le agujerearan el cuerpo y la cabeza para salvar tu culo de negro... —replica Gabriel sin volverse.

De un ágil movimiento, con una carcajada, Sebastián está junto a su amigo.

—Mi señor, apretaba el paso para alcanzaros..., pero se dice que De Soto tenía tanta prisa por llegar a Cuzco que...

—¿Qué significa eso?

Gabriel señala el estoque que, con incongruente balanceo, cuelga del costado de Sebastián, cuyo multicolor atavío sigue siendo muy espectacular.

—¿Nunca has visto una espada, caballero?

—¿De dónde la has sacado?

—Me fue entregada, de un modo absolutamente oficial, por don Diego de Almagro, como agradecimiento por mis pasados servicios y promesa de obediencia a Dios, a mi rey y al propio don Diego de Almagro —recita Sebastián como un escolar.

—¿En qué orden? —susurra Gabriel.

—El primero que lo pide tiene mi servicio.

—¿Y puede saberse cómo piensas utilizarla?

—¡Ah, quién sabe!

Sebastián hace un gesto de impotencia e ignorancia. El aire se ha oscurecido a pesar del cielo claro, casi blanco. Avanzan por entre un denso monte bajo, a cuyo extremo adivinan la cresta de la colina.

—Yo esperaba que me dieras algunas lecciones —dice Sebastián con una especie de timidez.

Gabriel lo contempla, soñador.

—Deseas absolutamente que te maten, ¿no es cierto?

—¿Yo? Estás diciendo tonterías, escolar. Además, obedezco a mi hoja...

—¿Qué dice?

—Mi dama es mi ley.

—Hermosa promesa...

—Fíjate bien en que no dio suerte a su anterior propietario...

—¿Cómo se llamaba?

—Miguel Ruiz.

Ambos hombres se sumen en el silencio. Ruiz era uno de los compañeros de Gabriel que cayeron en el ataque de Vilcaconga; una verdadera basura, tal vez, pero una basura que duerme bajo tierra. Y era hijo de un gentilhombre de Sevilla y de su esclava negra...

Al salir del oquedal, la luz del sol les deslumbra, y Gabriel descubre la cresta de la colina.

Siete siluetas negras se recortan claramente en ella.

En toda la mañana, Anamaya no ha abandonado los aledaños de la litera de Chalcuchimac. Ha invitado a Inguill a instalarse en la suya, y ella camina junto al general inca, a pesar de la hostilidad de los soldados españoles, que le han encadenado de nuevo, y a pesar del temor y del hedor a muerte que le rodea.

Se inclina hacia la cortina de fina lana de alpaca, cuyos motivos representan un escaqueado negro y blanco sobre fondo rojo.

—¿Chalcuchimac?

—Te escucho.

Anamaya sonrío. La voz ruda, inflexible, del guerrero inca tiene para ella inflexiones particulares.

—He oído a los extranjeros esta mañana y había en sus voces odio hacia ti. Te hacen responsable de lo que ocurrió.

—No te preocupes por mí.

—Si quieres huir, este es el momento...

Se oye una sombría risa a través de la cortina.



—Si hubiese querido huir, haría mucho tiempo que lo habría hecho ya.

Gracias a la estrechez del camino, Anamaya ha conseguido aislarse de los soldados españoles, obligados a caminar por delante y por detrás de la litera.

—No tienen prueba alguna, y solo yo puedo convencer a Quizquiz y a Guaypar de que depongan las armas...

Anamaya siente el pánico en su corazón.

—Sabes muy bien que no necesitan pruebas. Además, designé a Manco, y tú no...

—No lo designaste tú, extraña muchacha, sino el gran Huayna Capac... Hoy haréis la paz con los extranjeros, pero mañana...

Las últimas palabras del general mueren en un susurro. El camino se ensancha y ya los soldados españoles se acercan a ella, amenazadores.

—Mañana estallará la guerra de los incas y de todos los indios contra los extranjeros, y tú la dirigirás...

Un soldado español empuja a Anamaya.

—Pero ¿qué maquinaciones y traiciones estáis preparando aún?

Ella lo mira, despectiva, y ni siquiera responde. En su corazón, mientras se aleja, se extiende la turbación provocada por las palabras de Chalcuchimac. Ve la guerra, el fuego, la sangre.

Y en medio de su turbación, ve el rostro de Gabriel y el de Manco, tan próximos que casi se tocan, frente contra frente, boca contra boca, mientras los rubios bucles del uno se mezclan con la negra cabellera del otro.

«De modo que es él», se dice Gabriel viendo al joven inca envuelto en su manto de algodón amarillo, un paso por delante de los demás, con el rostro altivo y tímido a la vez.

Con el tiempo, Gabriel ha aprendido a distinguir las fisonomías que, en los primeros momentos, le parecían todas semejantes; un poco como esas figuras de llamas, que, casi idénticas, se fundieron a millares con el tesoro de Cajamarca.

Recuerda los ojos inyectados en sangre de Atahuallpa, la orgullosa mirada de Guaypar, el rostro-montaña de Chalcuchimac. Pero lo que ve en la cara de ese joven es distinto.

Hay en ella nobleza, sufrimiento y fuerza, la de una juventud que ha vivido ya mil vidas, que ha conocido muertes en la edad de los juegos infantiles.

El grupito de incas contempla a los españoles que llegan, uno a uno, a la cresta, sin temor aparente y, en cualquier caso, sin moverse. Gabriel, sin esperar a Pizarro y a los intérpretes, se acerca el primero. El joven noble se dirige a él.

—Soy Manco Inca Capac —dice con voz firme—, soy hijo del inca Huayna Capac y he sido designado por los poderosos señores para ser el inca del Imperio de las Cuatro Direcciones...

—Lo sé —dice Gabriel en quechua.

Manco no manifiesta señal alguna de asombro. Mira a Gabriel con intensidad.

—¿Está lejos vuestro *Machu Kapitu*? —pregunta por fin.

—Llegaré pronto.

Los ojos de Gabriel descubren el paisaje que se contempla desde la cima. Tras las empinadas laderas del valle del Apurímac, el paisaje se ensancha y se suaviza en una vasta meseta, donde se redondean las colinas. A lo lejos, en las laderas, se ven las agrupadas casas de Jaquijaguana; luego, un collado.

El último collado. Y, más allá, la ciudad del oro...

Regresa hacia los incas que miran a los hombres y los caballos que invaden la cima de la colina. Detrás de Manco se encuentran cinco nobles de la misma edad, aproximadamente, con sus discos de oro en las orejas. Algo apartado se halla un indio más bajo, de más edad, con la piel más oscura que los demás. Lleva un extraño gorro cuadrado sobre sus largos cabellos, que le llegan a los hombros. Al revés que los demás, no mira hacia los españoles, sino hacia las montañas.

Don Francisco llega al mismo tiempo que sus hermanos, seguido por Almagro, De Soto, Candia y los principales capitanes españoles.

El gobernador toma las manos de Manco en las suyas y le prodiga declaraciones de amistad. Una tímida sonrisa ilumina el rostro del joven inca, que se deja acoger sin manifestar mayor emoción.

—Yo y los de Cuzco —dice Manco— tuvimos que sufrir los crímenes y la venganza de los que llegaron del norte para reinar sobre nosotros contra la voluntad de mi padre Huayna Capac...

—Lo sé muy bien —dice Pizarro con sencillez—, y por eso he cruzado estas montañas hostiles, para venir a ayudarte...

—Son los mismos, y no los míos, que atacaron a tu ejército. Por nuestra parte, queremos la paz.

La sonrisa de Pizarro se hace más amplia.

—Somos hermanos, pues, porque no he llegado hasta ti para hacer la guerra o arrebatarte bienes.

—Lo que yo llamo paz —dice Manco sin bajar los ojos— es reinar en nuestra casa, de buen grado con los extranjeros que nos visitan.

—Tenemos, pues, la misma idea de la paz. Ten la seguridad de que te ayudaré, a ti y a los tuyos, a regresar en paz a tu capital, sin seguir sufriendo los crímenes de los del norte.

Ambos hombres se sonríen.

—Quiero decir —prosigue Manco— que los ejércitos del general Quizquiz y del capitán Guaypar se acercan a Cuzco con todos sus guerreros, y piensan incendiarlo para que no encuentres tesoro alguno ni nada para alimentar a tus hombres.

—No permitiremos que lo hagan. Y haremos que cesen las traiciones de aquel al que acogimos y recibimos como amigo y que, desde entonces, no deja de destruirnos

con sus mensajes secretos y las órdenes que hace transmitir; me refiero a Chalcuchimac, ese perro.

La palabra *perro* brota con violencia de la boca de Pizarro y silba como una flecha. Se interrumpe y contempla a Manco, esperando una reacción.

Manco calla.

—¿No crees que es hora ya de que ese perro muera?

Manco sigue sin responder. Sus ojos se apartan de los de Pizarro y se clavan en el inicio del camino. La litera de Anamaya se acerca llevada por ocho portadores y se detiene. Anamaya desciende de ella.

—La *Coya Camaquen* debe venir con nosotros —anuncia con autoridad Manco—. No debe separarse de nosotros hasta Cuzco.

Pizarro se vuelve hacia Gabriel, y luego asiente con un amplio movimiento de cabeza.

—A fe mía, amigo, si esta es tu voluntad, que así sea...

Gabriel pierde el aliento. Intenta encontrar la mirada de Anamaya cuando pasa por su lado. Pero ella parece querer ignorarle. Busca, entonces, la de Manco. En sus negras pupilas lee, con asombro, un desafío, pero también una especie de respeto.

## JAQUIJAGUANA, 13 DE NOVIEMBRE DE 1533, POR LA NOCHE

Sentado en el patio de la *cancha* con los ojos perdidos en el brasero que unos jóvenes indios alimentan, Manco no consigue decidirse ir a dormir. Anamaya se ha quedado a su lado, sola con el indio de cabellos largos cuyo nombre ella conoce ahora: Katari. Advierte la turbación de Manco: parece imposible acostumbrarse a los ruidos que hacen los extranjeros, a la sonoridad de sus voces, a la violencia de sus risas y sus gritos...

En la humedad de la noche, Anamaya se arrebujaba en su *lliclla* demasiado fina. Siente que las certidumbres se esfuman. Recuerda a Manco frente a Gabriel, tan próximos y tan lejanos, procedentes de dos mundos opuestos y, sin embargo, reunidos en la extraña casa de su corazón. Se reprocha, fugazmente, no haberle hablado de Gabriel. Pero ¿qué puede decirle? ¿Cómo puede explicárselo? Hubo un tiempo en que las visiones se le presentaban con claridad y de un modo evidente. Pero ahora ya no ve, y es preciso caminar, con los ojos cerrados, por el camino que se abre ante ella. «Confía en el puma». Son palabras lejanas ahora y cuyo sentido vuelve a ser misterioso. «Mañana estallará la guerra, y tú la dirigirás». No veía el rostro de Chalcuchimac y parecía hablarle ya desde el Mundo de Abajo. Muchas palabras viven en ella y adquieren poder.

Su mirada se dirige a Katari.

Manco se lo ha presentado, en pocas palabras, como hijo de un gran guerrero kolla, que, educado por su tío materno, creció en el respeto y el conocimiento de las antiguas divinidades antes de aprender a esculpir la piedra. «Por muy lejos que recuerde —le ha dicho Manco—, Katari siempre ha estado junto a mí para protegerme y mostrarme la presencia de los dioses».

Su rostro es aplanado, sus pómulos sobresalientes, sus ojos se alargan en dos rendijas prolongadas por dos arrugas que cruzan su cara como dos hilos más claros en su piel oscura. Y están sus largos cabellos, que caen libremente hasta sus hombros.

—Es hora —dice Katari sin mirar a Manco.

El joven inca se levanta de un brinco y hace una señal a la sorprendida Anamaya.

Todo duerme ahora a su alrededor y los únicos soldados españoles que velan son los asignados a la guardia de Chalcuchimac. Los tres jóvenes salen de la *cancha* y se deslizan silenciosamente por las callejas estrechas de la pequeña ciudad colgada a la ladera de la colina.

Pronto están solos en la noche, frente a las estrellas, bajo la luna casi llena que dispensa su dulce claridad blanca.

Katari va por delante, con paso seguro. Muy pronto desaparecen las últimas casas y llegan a una especie de explanada natural, delimitada por cuatro grandes rocas

negras.

Manco retiene por el brazo a Anamaya para dejar que Katari, unos pasos por delante, se aísle. El kolla se libra de su capa y se sienta encima. Permanece algún tiempo inmóvil, con la cabeza algo inclinada a la derecha, zambulléndose en la noche y en la recuperada calma.

Luego saca una pieza de tejido y la extiende ante él. Sus manos van y vienen por el tejido, orientando sus esquinas cuidadosamente con la alineación de las rocas que les rodean.

Anamaya ve, de pronto, como un relámpago que atravesara la noche, la dirección del alineamiento así formado: tras ellos, más cerca de la ciudad prohibida, está la cima del Salcantay, cuyas nieves brillan con un fulgor gris plateado bajo la luna. Ante ellos, en línea recta, más allá del collado, mucho más lejos que la ciudad del puma, está la formidable masa del Willkanota.

Silenciosas, ambas montañas se yerguen en la noche. Los dos *apus* velan sobre Cuzco, acurrucada en una oquedad del valle, en alguna parte ante ellos, en el centro de esta línea.

Sin decir una palabra, los tres indios sienten hasta en su cuerpo esta presencia sagrada que Katari, sencillamente, ha despertado al orientar su tejido.

Saca ahora su *chuspa* y vacía la mitad en el centro del tejido. Toma las tres hojas más hermosas, las dispone en abanico entre sus dedos, se las lleva a la boca y sopla encima, volviéndose hacia los *apus* que invoca murmurando, antes de dejarlas en una de las esquinas del tejido.

Repite la operación con cada una de las esquinas.

Cuando ha terminado, Manco se acerca, elige a su vez tres hojas y sopla encima, volviéndose cada vez en la dirección de los *apus*, antes de comenzar a mascarlas.

Katari hace lo mismo, en el mismo momento.

Ambos hombres tienen los ojos entornados. Sin una palabra, sin una mirada, reina entre ellos la perfecta unidad de movimiento e intención. Anamaya permanece inmóvil, apacible bajo la luz de su Madre Luna, Quilla. Solo se le pide su presencia.

Manco toma entonces, con las dos manos, un puñado de hojas, las levanta un palmo por encima del tejido y las deja caer como una lluvia. Katari se inclina sobre las hojas y, con un gesto discreto, señala a Anamaya.

Ella mira el tejido: la hoja más grande está dirigida hacia ella.

Manco reúne las hojas y vuelve a empezar. Tres veces hace resbalar las hojas en sus manos, tres veces las levanta por encima del tejido y tres veces las deja caer como una lluvia.

Tres veces, la hoja mayor se separa de las demás y su punta señala a Anamaya.

No hay ruido alguno en esta noche, solo el roce de los dedos en las hojas y el tejido y, a veces, el aleteo de un pájaro que pasa en la ligera brisa.

Anamaya se siente leve, libre. Por esta noche, no es ya la que debe comprender sus visiones, descifrar las palabras. Es, sencillamente, aquella a la que señalan las

hojas de coca, la que protege y la que dirige. La que abre el camino.

Manco saca de su *chuspa* una piedra negra de basalto, pulida y dura como una piedra de honda. La pone en las poderosas manos de Katari, que cierra las palmas como si quisiera calentar la piedra.

Cuando las abre, Anamaya se pregunta si se equivoca al ver la piedra más brillante, como si hubiera adquirido las cualidades de la luna que fulgura sobre sus cabezas.

Katari levanta con suavidad las manos, con la ofrenda de la piedra en medio. Sus brazos llegan a la altura de su hombro, y la piedra se levanta, sola, recta, antes de quedar suspendida en el cielo.

El tiempo se detiene.

Y, en aquel preciso instante, un rugido desgarrar la noche.

Con un solo impulso de cólera, fray Vicente Valverde se ha precipitado en medio de la explanada. Se detiene un momento ante el tejido, luego lo pisotea y, haciéndolo una bola con sus manos, lo tira a lo lejos.

—¡Paganismo! —escupe entre dientes—, espíritu de idolatría...

Los dos muchachos permanecen inmóviles durante un momento. Cuando se vuelven hacia Anamaya, los ojos de Manco están redondeados por la sorpresa; los de Katari, casi cerrados como los de un gato.

Antes de que ella haya tenido tiempo de responder, ve llegar a Gabriel con Bartolomé, el joven sacerdote con dos dedos unidos.

—Fray Vicente —dice Bartolomé en un tono apaciguador.

—Adivinación, sacrificios...

—No oigo los gritos de los niños degollados —dice Bartolomé con imperceptible ironía—. Fray Vicente, calmaos; os lo ruego.

Anamaya siente la autoridad en la suave voz del joven, pero está aún bajo la impresión de la llegada del dominico y, luego, la aparición de Gabriel.

—Se ha dado la alerta hace un rato —dice Gabriel con voz monocorde—. Habíais desaparecido... El gobernador ha dado orden de buscaros.

—Estábamos...

Anamaya se interrumpe. Una historia más que no puede explicarle, todavía no. Los *apus*, las hojas de coca, la piedra que detiene el tiempo... El silencio se instala entre ambos, y la angustia del muchacho la conmueve. Algún día, muy pronto...

Bartolomé se ha acercado a Katari. El contraste entre el monje de ojos grises y el joven sabio de largos cabellos no puede ser más evidente. Sin embargo, de sus aspectos tan distintos se desprende una misma serenidad, una misma luz.

—Aprenderemos a conocer vuestras costumbres —dice Bartolomé con voz suave—. Y os guiaremos al conocimiento del Dios omnipotente, por el amor y no por la espada...

Katari escucha sus palabras sin comprenderlas, pero sonrío.

Bartolomé se vuelve hacia Valverde.

—Fray Vicente, comprendo vuestro celo y creed que me siento tan vinculado como vos a los progresos de la verdadera fe, pero...

—... pero os interesáis demasiado por lo que llamáis sus costumbres.

—Conocer mejor para guiar mejor, hermano mío.

De pronto, Valverde calla, tal vez molesto por el acceso de violencia que se ha apoderado de él. A pesar de los gritos que resuenan en la noche, a pesar de los soldados que se acercan, vuelve la calma.

Gabriel se dirige a Manco con el corazón alborotado.

—Por tu propia seguridad, no es prudente que te alejes así...

Aunque haya hablado en quechua, Manco no le responde directamente. Se vuelve hacia Anamaya.

—Dile que los *apus* que velan por mí bastan para mi seguridad y que no necesito soldados extranjeros.

—¿Creía que nos necesitabais para expulsar a Quizquiz y Guaypar? —interviene Gabriel sin aguardar—. ¿No es lo que le has dicho a nuestro gobernador?

—Dile que las noches son nuestras.

Anamaya siente que las palabras de ambos hombres los lanzan el uno contra el otro, instintiva y violentamente. Son como dos felinos que se desafían, cada uno de ellos joven y poderoso, tan seguro de su victoria, tan lleno de cólera.

—Regresamos, Gabriel. Te lo ruego, dile al gobernador que no queríamos crear tanta turbación. Que cada cual concluya apaciblemente su noche.

Gabriel la mira, y su mirada está llena de una muda súplica que la apena. Luego arrastra hacia la ciudad a Valverde, Bartolomé y los soldados que se habían quedado atrás.

Ahora está sola con Katari y Manco, inmersos en el silencio que ha vuelto a instalarse. Pero no recupera la paz, la maravillosa paz que ha descendido hasta ella cuando ha sentido el alineamiento de las cimas, cuando la piedra se ha levantado de las palmas de Katari.

Manco rompe el silencio.

—¿Quién es ese? —pregunta.

Y ella no consigue responderle.

## JAQUIJAGUANA, 14 DE NOVIEMBRE DE 1533

En el centro de la plaza de la ciudad, los españoles, al alba, han dado orden de levantar un poste. No ha sido necesario azotar a los esclavos indios para que trajeran los haces de leña necesarios para la pira.

Casi todos llevan en el corazón una venganza contra Chalcuchimac, a quien hacen responsable de las exacciones de los soldados del ejército del norte. Se alegran ya del espectáculo. La carga de leña les parece muy ligera, y amontonan, con sordas bromas, la leña y la paja. Escrutan el cielo, temiendo que una lluvia violenta ahogue las llamas.

Pero no hay nube alguna en el cielo claro.

Los principales capitanes españoles, De Soto, Almagro, Juan y Gonzalo, rodean a Francisco Pizarro en una estancia oscura, iluminada por una sola antorcha. Aquí, se dice, estaba el palacio de un antepasado. Ellos ven solo una vieja casa triste y sombría custodiada por una anciana que tiembla. Cada una de las habitaciones tiene excavadas hornacinas, vacías ahora de cualquier riqueza.

—¿Qué dirá Manco Inca? —pregunta De Soto.

—Está de acuerdo; nos lo pide —dice Almagro con seguridad.

Pizarro inclina la cabeza en señal de aprobación de las palabras del Tuerto.

—Si nos las pidiera, tendríamos tantas pruebas como fuesen necesarias: los mensajes que enviaba, las joyas que utilizaba para remitir las informaciones, con sus cordones también...

—Los *quipus* —dice Gabriel.

Pizarro le mira de arriba abajo. Gonzalo y Juan le contemplan y se echan a reír apagadamente.

—Los *quipus*, los *puquis* —canturrea Gonzalo—. Lo dice un amigo del inca; hay que escucharlo.

Pizarro levanta una mano autoritaria hacia sus jóvenes hermanos.

—Los *quipus*, por favor, hermanos míos. Sabemos también que Chalcuchimac les reveló que nuestros caballos eran mortales y nosotros también, mientras que el grueso de sus tropas nos llamaba dioses sin nunca habernos visto... Sin ese traidor, Hernando de Toro y los demás estarían aún entre nosotros.

—Pero ¿Manco? —insiste De Soto.

—Le odia desde lo más profundo de su corazón. Solo su orgullo le impide pedirnos que lo quememos. Y, además, no tenemos elección...

No hay en la voz de Pizarro ninguna de las dudas, ninguna de las vacilaciones que



rodearon la muerte de Atahualpa, cuyo remordimiento, sin duda, le corroe a veces por la noche, cuando está orando ante la Virgen. Ni siquiera se vuelve hacia Gabriel antes de dirigirse a Valverde.

—¡Intenta convertirlo, pero no le dediques demasiado tiempo!

—De todos modos... —protesta el sacerdote.

—¡De prisa!, te digo. Y te recuerdo que le quemaría aunque reconociese a nuestro Dios. Después del mal que nos ha hecho, fray Vicente, a ese perro no van a darle las once. Y además, sé que para sus creencias no hay peor maldición que acabar quemado... Quiero que adviertan que la maldición cae sobre él por nuestra mano.

Bartolomé ha desaparecido como si lo que va a suceder esta mañana no fuera cosa suya. Gabriel no siente ya nada de la fuerte intimidad que les unió, en Hatun Sausa, cuando le empujó hacia Anamaya. La simpatía que le une a él se mezcla con un indistinto temor.

—Vamos, caballeros —dice Pizarro—. Solo una llama nos separa de las riquezas de Cuzco. Siento que estáis impacientes por cumplir con vuestro deber de españoles y cristianos.

Hay una especie de sombría alegría en la voz del gobernador, cuya cruel ironía les impide reír de buena gana. «Qué bien los conoce —piensa Gabriel—, y cómo alienta su avidez, aunque la desprecie...». Almagro, De Soto, Juan, Gonzalo y los demás le siguen hasta salir de la casa, la única gran mansión de piedra de la ciudad, donde ha establecido sus cuarteles para pasar la noche.

Durante la espera, la multitud de indios se ha ido agrupando, poco a poco, en la plaza, pero los españoles ni siquiera tienen que levantar la espada para abrirse camino hasta el *ushnu*.

Justo cuando llegan ante los peldaños de la pirámide, se vuelven para ver llegar al general encadenado. El gobernador se ha negado a que usara su litera, para que todos los indios —sean incas del norte o de Cuzco, aliados o rebeldes— vean el estado del general y la venganza que los extranjeros han obtenido de él.

Camina con extremada lentitud, con todo el cuerpo recorrido por dolores que arrancarían gemidos a cualquiera. Mantiene ante él sus manos abrasadas, en carne viva, que ninguna de las más sabias decocciones de hojas que le han aplicado puede curar ni aliviar siquiera.

Pero su rostro sigue cerrado, y hay en sus ojos una infinita altivez. Sus labios están prietos y forman una línea recta, que indica su inflexible voluntad.

Chalcuchimac va hacia la muerte tensado por su negativa.

Pizarro no le dice ni una palabra, y él no le mira; no mira a ninguno de ellos, como si no existieran.

Es preciso auparlo para que suba los peldaños hasta el poste y atarle allí sólidamente, para que no caiga al suelo de agotamiento.

Solo Valverde sube tras él y pronuncia, con voz ahogada, algunas palabras sobre Dios, el infierno y el paraíso. Chalcuchimac apenas da tiempo a Felipillo para

traducirlo.

—Os maldigo y os desprecio, a vosotros y a vuestra religión; no conozco vuestros dioses extranjeros y nunca los reconoceré.

La fuerza de su voz contrasta con la debilidad de su cuerpo.

—¡Dejemos eso ya, Valverde! —grita Pizarro—, y acabemos de una vez.

Las antorchas se acercan a la leña y ascienden las primeras llamas por las piernas y el torso del general.

—¡Quemadme —grita—, como me habéis quemado ya, pero no vais a matarme! No mataréis a nuestros dioses, a Viracocha, que hizo todas las cosas, y a Huanacauri. ¡No me quemaréis, como tampoco podríais quemar a Inti!

Ha desaparecido casi por completo entre las llamas, con un infernal crepitar, pero parece que su voz sobreviva a su cuerpo, que se desprenda de él y se eleve.

—¡Quizquiz! ¡Guaypar! ¡Todos vosotros, generales incas, capitanes y soldados! ¡Venid a vengarme y destruid a los traidores! ¡Venid a destruir a estos extranjeros hediondos y ávidos!

Tras una señal de Pizarro, los esclavos añaden leña para que las llamas suban hasta el cielo. El rebufo es tan fuerte que la voz del general rebelde desaparece por fin, engullida por las llamas.

El fuego se refleja en los ojos fascinados y silenciosos de miles de indios. No hay manifestación de júbilo, ni tampoco los gritos y gemidos que rodearon la muerte de Atahualpa; solo asombro, una especie de pasmo ante esa furiosa batalla de dioses.

Cuando las llamas se hacen más tranquilas y comienzan a descender, un último grito escapa del corazón de la pira, invade el cielo y golpea todos los pechos, fuerte como una pedrada de honda: «¡No!».

Cuando el eco de esta última negativa se extingue, la pira se desmorona de pronto; solo unas llamitas lamen aún los pies del cuerpo atrozmente abrasado, negro de carbón, pero cuyos ojos, milagrosamente, han permanecido abiertos y se clavan, con vivida intensidad, en un punto situado más allá de sus verdugos, más allá de la muchedumbre silenciosa, más allá de la ciudad y las montañas.

Allí.

Precisamente, cuando el general inca muere, el cielo se oscurece de pronto y las primeras gotas comienzan a caer.

Desde entonces llueve sin cesar. Es una lluvia fría, que se infiltra en el interior de las cotas de malla y en las calzas, que hiela hasta los huesos. Por el cielo gris plomizo pasan continuamente unas nubes negras, portadoras de más lluvia.

El fondo del llano es un pantano en cuyo centro los incas han construido una calzada elevada, flanqueada por dos muros como parapetos. El inmenso cortejo se alarga por más de una legua, en el inicio de la última subida que lleva al collado desde el que se divisa Cuzco.

Los rumores de ataque o incendio han recorrido las filas indias y españolas, y los nombres de Quizquiz y de Guaypar están en todos los labios. El miedo hace caer a los portadores incluso los jinetes expertos, trabados por la pesadez de sus armaduras, sienten el nerviosismo de sus caballos, que han pasado la noche ensillados y embridados.

A la cabeza del cortejo va la litera de Manco. Extrañamente ha heredado la de Chalcuchimac, haciéndola despojar de todos los signos que indicaban su pertenencia al general inca.

Está coronada por una pieza de tejido amarillo —el mismo amarillo dorado de la capa con que los españoles le descubrieron—, que flota en la fría brisa como una extraña oriflama.

El grupo de los hermanos Pizarro y los demás grandes capitanes va inmediatamente detrás. Gabriel cabalga junto a don Francisco, con la mirada perdida en las montañas que les rodean, en busca de una presencia hostil.

—Muy melancólico me parecís, hijo mío —dice de pronto Pizarro.

No es una pregunta; más bien es una afirmación.

—¿Es a causa de esa muchacha? ¿Cómo la llaman? ¿Coya qué sé yo?

—Coya Camaquen.

—Hermosa moza, a fe mía... ¡Os comprendo, muchacho!

Pizarro deja que se haga el silencio y, una vez más, a Gabriel le sorprende la intuición de ese hombre que demuestra una atroz indiferencia ante las mayores crueldades y se muestra capaz de una sensibilidad súbita y profunda.

—Sí, os comprendo. Y, por lo tanto, no puedo deciros lo que diría a uno cualquiera de nuestros compañeros: si no tenéis a esa, tomaréis cualquier otra...

Gabriel se pone rígido.

—Despacio, don Gabriel —murmura don Francisco a media voz, mirándolo con fijeza—. Las mujeres son las mujeres, y no estamos aquí por ellas.

Señala con los ojos la litera de Manco, pocos pasos por delante.

—Lo habéis oído como yo: ese la quiere para sí. No comprendo las razones, pues la creía casada con el sol, o con la luna o con el gran cóndor... Pero ahora la reclama. Y la reclama un amigo. ¿Me comprendéis?

Gabriel inclina la cabeza. Para su desgracia comprende siempre a Pizarro y alaba su inteligencia.

Le necesito. Le necesitamos. Es un rebelde, pero un rebelde que ha sufrido. Necesitamos descansar de la guerra, tomar la medida de este país. Para ello debemos convertirlo en nuestro amigo... por tanto tiempo como sea posible. ¿Seguís comprendiéndome?

Lentamente, la calzada se ha empinado, y amplios peldaños les conducen al collado. Ha dejado de llover; solo las pesadas nubes siguen jugando en el cielo. Pese a que ahora están ya acostumbrados a la altura, sienten que su respiración se acelera con cada esfuerzo.

—No se si os comprendo, don Francisco —gruñe, por fin, Gabriel—. Tocáis ahí un tema en el que no estoy seguro de tener el espíritu muy abierto.

—Y el orgullo picajoso, ¡claro está! —dice Pizarro con una sonrisa maliciosa.

—Le debo la vida, no lo olvidéis. Y esta segunda vida, aunque eso pueda sorprenderos, no es fruto del orgullo, sino del amor... Ella debe decidir entre él o yo.

La barba del gobernador le apunta a ahora y sus palabras silban como dardos.

—De ningún modo, Gabriel Montelúcar y Flores. No será ella ni seréis vos, sino yo. No olvidéis el juramento que me hicisteis, ni lo que me debéis. No contéis tampoco con mi mansedumbre para permitir os echar por los suelos todo lo que he construido en este país.

Sin responder, con un brusco movimiento que apuñala su hombro herido, Gabriel, con grandes taconazos, lanza su bayo a un galope que le aleja de Pizarro. La cólera le abrasa los riñones. Con más dureza de lo debido, espolea su montura, adelanta la columna, de la que brotan hacia él unas asombradas miradas, y vuela hacia el collado.

Cuando llega, con el corazón palpitante de furor, la mirada nublada, descabalga y se quita el morrión y lo lanza hacia delante. Y solo entonces, siguiendo con los ojos su abollado casco, descubre el valle.

La impresión es tan intensa que cree abrir los ojos ante un mundo nuevo.

Primero ve el cielo que se ha vuelto perfectamente azul, limpio, casi transparente.

Ve la cuna de apacibles montañas que rodean el paisaje y, a lo lejos un poderoso macizo nevado.

Ve el ancho valle sembrado de cultivos, cuyas terrazas se escalonan en una disposición perfecta.

Y luego la ve, a ella, la ciudad.

Esperaba, según las descripciones de Moguer y de Bueno, un amontonamiento de oro. Pero bajo el sol, que no ha tenido tiempo aún de calentar la tierra húmeda, es más bien un magnífico bajel de plata y de oro lo que ve posado en el corazón del valle.

Bajo la luz, los muros de los templos, de los palacios, de las casas, brillan con sutiles irisaciones; en ellas juega el sol, y crea un tesoro a cielo abierto. Es un tesoro de colores, del que se quisiera tomar a manos llenas. En el fondo del valle ve los dos hilos esmeralda de los ríos que atraviesan la ciudad.

Su corazón se estremece con una increíble alegría y siente ganas de palmear. No ha oído que, uno a uno, los primeros del cortejo se han unido a él y admiran, a su lado, el espectáculo.

—¡*Najay, tucuyquin Hatun Cuzco*<sup>[1]</sup>! ¡Ahora la ves! —dice una voz dulce a su oído.

No se vuelve, pero siente su aliento caldeándole el cuello, más suave que la brisa demasiado fresca aún.

—¿Sabes cómo la llaman?

Él agita la cabeza.

—La ciudad del puma —dice Anamaya—. La ciudad nacida del puma... La ciudad donde tú y yo debemos encontrar el camino del futuro.

Y en el fulgor del sol, en los torbellinos de la brisa, la dulzura de estas palabras le hace a Gabriel el efecto de una promesa que barre las dudas, los misterios y las amenazas.

# Tercera parte

CUZCO, 15 DE NOVIEMBRE DE 1533

Mientras atraviesan los maizales, ya verdes, los españoles descubren a su izquierda la redondez de una colina.

Pero, poco a poco, la colina se transforma en una verdadera fortaleza. Aun a lo lejos, sus murallas parecen gigantescas, pues levantan un precipicio tan vertiginoso como el de un acantilado natural. Al este, al oeste y al sur hay tres torres —dos cuadradas y una redonda— más macizas que las que se construyen en Castilla.

Extrañamente, el silencio las envuelve, apenas turbado por el chasquido de las armas, el golpeteo de las herraduras sobre las losas del camino y el chirriar de las correas de cuero. No se dice ni una palabra. Los caballos, nerviosos tras la fuerte pendiente, tiemblan buscando caricias.

Al pie de la pendiente, frente a las terrazas escrupulosamente cuidadas, las calles rectilíneas de la ciudad están invadidas de hombres y mujeres, cuyas multicolores vestiduras brillan con los primeros fulgores del día. Unas hogueras humean en los recintos de flores. En una plaza muy grande, rodeada de *canchas* y espléndidos edificios, se forman grupos inmóviles. Los rostros están vueltos hacia la columna de los españoles. Brilla el oro en las paredes. Brilla el oro en los vestidos de los señores que ven acercarse a los extranjeros. Más lejos, en el valle, una ciudad de tiendas prolonga la ciudad de piedra. También allí, miles de ojos están vueltos hacia las terrazas sagradas por las que bajan los nuevos dueños del Imperio.

Pizarro ha tomado la cabeza. Su negra mirada registra esta espléndida ciudad como si quisiera devorar cada parcela. A su lado, sus hermanos, el tuerto Almagro y los principales capitanes no se atreven a decir ni una palabra.

No hay ningún soldado indio.

—¡Don Gabriel! —llama Pizarro.

Juan y Gonzalo se vuelven al unísono. Ignorando sus celosas miradas, Gabriel, con un chasquido de lengua, hace que su bayo se acerque a la negra montura del gobernador.

—¿Don Francisco?

—Quedaos a mi lado. Quiero que respiréis a pleno pulmón el perfume de nuestra gloria.

La voz de Pizarro es tan baja que resulta casi inaudible. Dirige una despectiva mirada hacia Almagro y su séquito.

—Estos no estaban en Tumbes ni en Cajamarca. Solo están aquí para atiborrarse de oro. Vos, no; vos sois como yo, lo sé. Quedaos a mi lado, hijo, y aprovechad este día: ¡es nuestro!

La ruta está ahora flanqueada por las primeras casas. Su base es de piedra y los

muros han sido levantados con ladrillos de barro cocidos al sol. Desde lo alto de sus monturas dominan los techos de bálago, de aguda pendiente.

Los indios de la ciudad los rodean, ahora, a decenas. Parecen salir de todas partes y no manifiestan un evidente temor. La variedad de sus rostros y atavíos y la sonoridad de sus lenguas sorprenden a Gabriel.

Pizarro ordena que se detengan.

—¡Id a buscar al inca! —dice—. Quiero que nos abra el camino.

Gabriel remonta al trote corto la vanguardia española, indiferente a las asombradas preguntas de sus compañeros. A lo lejos siente la mirada de Manco clavada en él. Su litera es de un lujo fabuloso: el interior está sembrado por una lluvia de estrellas hechas de piedras preciosas, con un sol de oro y una luna de plata. El banco de madera noble en el que se ha aposentado está provisto de almohadones de coloreadas plumas de loros capturados en los confines de la jungla. El propio joven inca, envuelto en un vasto manto de algodón amarillo bordado con miríadas de hilos de oro, aparta el rostro y finge no verlo.

En la siguiente litera, Anamaya, arrebuja en su *lliclla* blanca de cinturón rojo, esboza una sonrisa en su dirección. Pero Gabriel la siente tan lejana, tan altiva, que él mismo dudaría de haber tenido a esa mujer en sus brazos. Entonces, solapada, una duda le asalta de nuevo.

Rígidamente, saluda al inca, y su voz nada tiene de amistosa.

—Señor inca, el gobernador Pizarro te pide que le hagas el honor de ponerte a la cabeza del cortejo.

Manco contempla a Gabriel como si pudiera leer en su alma. Con un signo, ordena a Anamaya que se reúna con él. Intercambian algunas palabras, tan rápidas y en voz tan baja que Gabriel no las comprende. Y ella trepa ya hasta los pies del inca con una sumisión que, una vez más, vierte el gélido fuego de los celos en las venas de Gabriel.

Molesto, hace que su caballo dé la vuelta. Llevándolo al paso, con la brida tensa, la espalda tan rígida como puede, conduce la litera real hasta la cabeza del cortejo.

Sin embargo, cuando se acercan, un clamor inmenso brota de la muchedumbre, que reconoce a su Único Señor. Es como si de pronto la ciudad y el cielo se convirtieran en un solo sonido, una sola vibración.

—¡Único Señor Manco! ¡Único Señor Manco!

El clamor se convierte en ola y resaca. Por muchos que tengan, los españoles sienten que los pelos de sus brazos y su pecho se erizan. El aire del valle, por un instante, se vuelve tan palpable como una piedra ardiente.

Don Francisco Pizarro sonrío. Una inmensa y rara sonrisa abre su barba blanca y su rostro demacrado. Tan brillantes como si fueran presa de la fiebre, sus ojos se levantan hacia el cielo, desde donde le contemplan, lo sabe, la Virgen y el niño Jesús, su eterna hada buena. Su excitación es tan fuerte que se pone de pie sobre los estribos y agarra el hombro de Gabriel, que se ha puesto de nuevo a su lado, bota contra bota.



—¡Único Señor Manco! ¡Único Señor Manco! —sigue aullando la muchedumbre.

Don Francisco gira sobre su silla, para que cada uno de los españoles pueda oírle bien.

—Escuchad ese clamor, señores —grita—. Aclaman a su jefe, pero, sin saberlo, nos festejan a nosotros. ¡Llenaos los oídos, señores: nunca lo olvidaréis!

Gabriel se estremece. Ante él, casi al alcance de la mano, Anamaya se mantiene de pie junto a Manco. Su belleza es tan resplandeciente que él olvida los gritos. Cuando ella vuelve la cabeza para buscar su mirada, él dice que sí, que el gobernador tiene razón: nunca podrá olvidar ese momento.

En torno al joven inca, son miles y miles los que doblan el busto. De lo alto de la litera, Anamaya descubre ese extraño espectáculo. Las terrazas de los cultivos sagrados, las calles y las plazas se transforman, de pronto, en una marquetería de cuerpos y cabezas. La ciudad de Cuzco, el Ombligo del Mundo, no es más que un tejido de hombres y mujeres, semejante a un *unku* gigantesco con un motivo nunca realizado aún. Y de ese tapiz humano, cuyos rostros y ojos no distingue, brota un incesante rugido.

—¡Único Señor Manco! ¡Único Señor Manco!

—¿Me llaman a la guerra o a la paz? —pregunta Manco con una voz sin entonación.

—Te llaman a ser su señor.

—¿Me ayudarás?

Anamaya suelta la carcajada.

—No eres ya el niño que tenía miedo del vacío y las serpientes...

—Sí. ¿Me ayudarás?

Anamaya aparta su mirada de la muchedumbre y lo contempla, sorprendida. Manco tiene razón: su rostro es aún el de un niño, y la muchedumbre le impresiona tanto que, en vez de mostrar su alegría, aprieta los labios para impedir que tiemblen.

—Estás entrando en tu casa, Manco, en esta ciudad de Cuzco, donde solo conociste, durante lunas y lunas, la huida y el miedo. ¿Eres hoy su señor y no te alegras?

—No lo sé, Anamaya. Mi corazón querría gritar y mi corazón querría llorar. Y no consigo olvidar que mi hermano Paullu está lejos de mí...

—Emerges del caos, señor, y reina aún algo de caos en ti.

La mirada de Manco se apacigua.

—Te haré descubrir Cuzco —dice—, los palacios de mis antepasados...

—He vivido en ellos.

Manco se sorprende.

—Creía que nunca habías vivido aquí.

—Perdóname, señor, tienes razón... Pero las piedras de tu capital son tan sagradas que algunas fueron llevadas a Tumbamba, donde crecí en el *acllahuasi*, con las muchachas que me hablaban del Ombligo del Imperio... Y aquella noche, aquella noche terrible cuando tu padre Huayna Capac partió, me llevó por todas partes de sus palacios...

—¿No fue mi padre quién me designó a ti?

La mano de Manco se posa en la de Anamaya, que se estremece, imperceptiblemente. El joven inca lo siente y retira su mano sin decir palabra.

La calle por la que penetran en la ciudad flanquea un río cuyas límpidas aguas bajan entre muros de perfecta albañilería. Aunque las vías sean amplias, solo pueden avanzar de dos en fondo, a través de una muchedumbre que ruge como mil redobles de tambor, a lo largo de los palacios de piedra.

Cuando los indios descubren la litera del inca, levantan las palmas al cielo en signo de veneración y de ofrenda.

Poco a poco, el miedo abandona a Gabriel, y su tristeza por estar separado de Anamaya, su sentimiento de lo desconocido. Tal vez no experimente la embriaguez que domina al impávido Pizarro, pero es arrastrado por ese fervor, por esa fe que se dirige al nuevo inca al mismo tiempo que a aquellos que le rodean y le protegen. Son ahora centenares a su alrededor, apretujándose pero evitando, cuidadosamente, tocarlo. Ni una palabra, solo murmullos y el rumor de los pasos.

—¿Sueñas, amigo?

Bartolomé ha aparecido de no se sabe dónde y camina junto a su caballo. Posa la mano de dedos deformados en su muslo y levanta hasta él unos ojos risueños.

—Creo que has recorrido un buen camino. ¡Qué lejos queda tu calabozo de Sevilla...!

—¡Desengáñate! Aquí está siempre muy cerca.

Como cada vez que le habla, Gabriel experimenta una curiosa mezcla de sentimientos ante Bartolomé. Una poderosa intimidación los aproxima, un impulso casi irresistible le llevaría a confiarle todos los tormentos de su alma y, sin embargo, una voz secreta le dice que desconfíe.

Desembocan en la vasta plaza, cuyo suelo, en vez de la piedra que enlosa las calles, es de una arena fina, donde crujen los cascos de los caballos. En el centro se levanta una elegante fuente en forma de piedra redonda, de la que brotan unos arroyuelos que llegan hasta el río que corta la plaza en dos.

A un lado del río —el que acaban de atravesar— no existe casi ninguna construcción, apenas un muro cuya edificación acaba de comenzar. Pero en el otro se abren las fachadas de palacios como no han visto otros semejantes en todo el Imperio. Uno de ellos parece hecho de un mármol con vetas rojas, blancas y verdes; una torre maciza y redonda, cubierta por un alto techo cónico, oculta en parte su amplio portal

cubierto de placas de plata y otros metales preciosos...

Bajo el formidable dintel, sentado en un trono extraordinariamente cincelado, un señor de avanzadísima edad observa sin moverse la irrupción de los españoles. Su actitud es de una nobleza y una impasibilidad que les intimidan. Una decena de mujeres, todas vestidas de blanco, se atarean suavemente a su alrededor, en un baile de conmovedora gracia. Dos de ellas le abanicán con coloreadas plumas; otras dos alimentan un brasero que arde a sus pies.

Se desprende de la escena una impresión de inaudito poderío, y el paso de los cascos de acero y de los caballos es un detalle que en nada afecta al orden del universo.

La muchedumbre se derrama sin una palabra por la plaza, procurando permanecer a los lados.

—¡Dios mío!

Gabriel ha oído la exclamación que escapa de los labios de Bartolomé. Se vuelve hacia él.

—¿Qué pasa?

—¿No lo ves? —dice Bartolomé, dirigiendo su mano hacia el trono donde se sienta el anciano.

El sudor brota de la frente de Gabriel, corre por su rostro y le enturbia la vista. Toda la escena le llega a través de una niebla. Solo ve a un señor de perfecta inmovilidad, rodeado de abnegados servidores.

—Está muerto —dice Bartolomé.

—¿Muerto?

—Es una momia.

CUZCO, 15 DE NOVIEMBRE DE 1533

Es una modesta *cancha*, que se halla algo alejada del camino del sur, el que lleva hacia el Collasuyu, en el barrio denominado Pumachupan, la Cola del Puma, a un tiro de piedra del templo del Sol. Cuando se celebra una ceremonia en el Intipampa, se oye la voz de los sacerdotes, el sonido de las trompas, de los tambores y de los cantos.

Anamaya entra tímidamente en el patio cerrado por un sencillo aparejo que no lleva decoración alguna. Las estancias que rodean la *cancha* están silenciosas y sumidas en la oscuridad.

No obstante, es aquí, está segura de ello. Un rugido la sobresalta y apenas contiene el grito en su garganta.

Atado a una viga por una cuerda de fibra de pita, un puma le hace frente. Controlando a duras penas los latidos de su corazón, clava los ojos en los suyos.

El felino da unos pasos sin apartar la mirada. Más allá de su miedo, ella experimenta una sensación familiar.

—¿De modo, princesa —dice a su espalda una voz burlona—, que olvidamos a los amigos?

En los muros que rodean el templo del Sol, un friso de placas de oro de un palmo de altura y un dedo de grosor se ha engastado en la piedra. El gordo Pedro Martín de Moguer se lo enseña a Pizarro con un orgullo de propietario.

—¡Formaba parte del botín que enviamos a Cajamarca, don Francisco!

—¡Pues al parecer no te obedecieron por completo, Pedro!

—En este país, el oro cae del cielo y crece de la tierra... ¡Apenas lo habíamos quitado de estos muros cuando volvían a traerlo!

Fue Moguer quien descubrió Cuzco con Martín Bueno, unos meses antes, y él organizó los primeros transportes de tesoros desde la capital hasta la cámara del rescate en el palacio de Atahuallpa, en Cajamarca. Desde que llegaron, desplaza su cuerpo con una alegría infantil, haciéndoles a todos los honores de la visita.

Los soldados se han quedado al borde de la explanada que flanquea el muro norte del templo, detenidos por una extraña ceremonia.

Un sacerdote indio que lleva una larga túnica de flecos sale por la única abertura del muro. Transporta en las manos una estatua cubierta por una funda de lana. Gabriel sorprende su aguda mirada, sus finos labios, por cuyas comisuras corre el jugo verde de la coca. Al sacerdote le siguen dos guardianes que llevan una lanza en la mano y, al costado, una maza y una hacha de oro. Dos muchachos con librea amarilla van

delante de ellos, con abanicos, para apartar la menor brizna de polvo de una plaza que, sin embargo, parece de una limpieza absoluta.

Cuando los indios descubren a los españoles, hacen por un instante ademán de retroceder, pero luego, con la misma dignidad que han puesto en su salida, penetran de nuevo en el recinto del templo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Pizarro.

—Creo que interrumpimos su ceremonia —dice Gabriel.

Una carcajada suena a sus espaldas.

—Fijaos cómo nos lo dice —se ríe, sarcástico, el joven Gonzalo—. ¡Diríase que entra en Santiago durante la misa de Pascua!

—¿Has entrado alguna vez? —pregunta Pizarro, volviéndose hacia Moguer, mientras Gabriel, sin responder, lanza a Gonzalo una mirada de desprecio.

—Sí.

Pizarro se vuelve.

—Vayamos a ver —dice—. Juan y Gonzalo conmigo, con Moguer y Gabriel. Y también vos, don Diego —añade precipitadamente, advirtiendo la negra mirada de Almagro.

—También yo voy —dice una voz suave.

La silueta de Bartolomé se ha deslizado entre dos caballos, y Pizarro asiente sin decir palabra. El malestar de Gabriel aparece de nuevo ante la idea del secreto poder que parece ejercer el monje y que pone en sus manos tanto al obispo Valverde como al gobernador.

Justo detrás de la amplia abertura trapezoidal, los dos servidores del sacerdote permanecen con sus lanzas cruzadas, impidiendo el paso. Sus armas nada tienen de considerable, pero los españoles vacilan por un instante.

Gabriel descubre una especie de claustro, en cuyo centro se yergue una piedra en forma de banco, envuelto en una funda de oro. El sacerdote coloca allí la estatua.

Luego los descubre y, con paso lento, amenazador, se dirige hacia ellos.

—Me sorprende cada vez que se levanta el sol —dice el enano—, y veo que no estoy muerto.

Anamaya no deja ya de sonreír.

—Te he echado de menos, amigo mío.

—¡Y yo a ti, princesa, y yo a ti! ¿Recuerdas el día en que el abominable sacerdote me abandonó en la montaña?

—Y tú gemías «¡princesa!, ¡princesa!», con voz lastimera.

—Yo podía muy bien morir, y te era indiferente.

—Confiaba en ti; eso es todo.

Anamaya contempla la estancia donde se han refugiado. Pobre en su exterior, en realidad está cómodamente instalada, con sus esteras y sus mullidas mantas de pluma

o de lana. En los muros se han excavado hornacinas, donde se alinean delicadas figuras de animales de piedra, pumas, cóndores, serpientes...

—No estás mal instalado para ser un miserable... ¡Guardián de puma es una ocupación que no desea ningún inca con buena salud! ¿Cómo llegaste a ocupar tan alto cargo?

El enano viste una de sus largas túnicas rojas; le llega hasta los pies y los flecos barren el suelo. No consigue estarse quieto y no deja de efectuar extraños pasos de danza en torno a Anamaya.

—¿No te dijeron nada?

—Que estabas vivo...

El enano se queda inmóvil.

—Vivo es un modo de hablar... —dice con una risita—. Cuando entramos en la ciudad con el cuerpo seco de mi dueño Huayna Capac, estaba tan corroído por el terror que me puse en cabeza del cortejo y gritaba, danzando: «¡Heme aquí, soy Chimbu, el hijo del gran Huayna Capac! ¡Paso, paso!». Pero de nada sirvió: los poderosos del lugar me echaron mano para hacerme pedazos. «Hombre mezquino y vil —gritaban—. Cómo el Sol ha podido arrebatarnos a nuestro señor y padre, que tanto amor sentía por nosotros y tanto bien nos hacía, para darnos en su lugar un ser vil como tú...». Y me insultaban, me escupían, me daban tantos golpes como podían, pese a mis armas y a mis súplicas. Por fortuna para mí, los del cortejo salieron en mi defensa y consiguieron que fuese puesto junto a los demás prisioneros...

Al evocar ese recuerdo, el rostro del enano se ensombrece.

—¿Conoces la prisión de Sanca Cancha?

—No.

—Es una visión directamente salida de la pesadilla del Mundo de Abajo. Por lo demás, es un subterráneo recorrido por dédalos, sembrado de puertas y recodos. Sus muros están empedrados con puntiagudos sílex, y sobre todo...

—¿Sobre todo?

—No hay guardias en esa prisión; solo tigres, leones, osos, culebras y serpientes de todas clases... Nos dejaron tres días allí. Tres días de aullidos y terror, tres días de llanto, tres días tan cerca de la muerte que era como si estuviéramos muertos ya... Pero sobrevivimos.

—Y os liberaron.

El enano inclina la cabeza.

—De todas esas espantosas costumbres, es la única de la que puedo alegrarme. He muerto muchas veces en mi vida, pero esta vida me es más cara que todas las demás...

Durante todo el relato del enano, Anamaya ha permanecido inmóvil, fascinada, compartiendo su terrible viaje.

—¿Y luego? —murmura.

—Les seguí los pasos a los dos hermanos, Manco y Paullu, y les presté algunos

servicios; eso es todo.

—¿Servicios?

—Sí —dice el enano con cómica vanidad—, servicios. Oculté a Manco aquí mismo, antes de que pudiera abandonar la ciudad. Y también arriesgué mi miserable vida para llevar mensajes a Paullu cuando estaba prisionero...

—¿Paullu, en prisión?

—No fue por sus hechos de armas, ¡tranquilízate!, sino porque se había acercado a una de las concubinas favoritas de Huáscar... Cuando los del norte llegaron, afirmó hábilmente que había sido perseguido por sus simpatías hacia ellos. Le liberaron con desconfianza, pero tuvo la prudencia de no esperar a que cambiaran de opinión y se marchó, para que le olvidaran por algún tiempo, hacia el lago Titicaca...

Anamaya permanece pensativa. Recuerda a los dos jóvenes a quienes ayudó durante el *huarachiku*. Hoy, uno es el Único Señor mientras que el otro ha huido.

—Manco me habló de ti con afecto. Él me indicó el camino de tu casa.

—También él me da miedo. ¿Quién sabe en qué va a convertirse ahora que es el Único Señor?

—No te preocupes, amigo mío. ¿Acaso has olvidado que debíamos velar el uno por el otro?

—Si lo había olvidado, princesa, un importante personaje se encargó de recordármelo sin cesar con la mirada...

—¿Quién?

El enano va a plantarse ante Anamaya y levanta hacia ella sus redondos ojos.

—No me digas que no lo sabes, princesa.

—Me llamo Villa Oma —dice el personaje de rostro largo como una hoja— y soy el sumo sacerdote de Coricancha, el templo del Sol creado por nuestro antepasado Manco Capac y donde no se admite a ningún extraño...

Gabriel traduce para Pizarro, que hace un gesto apaciguador.

—Decidle que hemos venido a protegerlos, a él y a los suyos, de los crímenes de los del norte...

—Y decidle también —añade Gonzalo, amenazador— que hemos venido a descubrirles el verdadero Dios y a hacer que cesen sus prácticas paganas.

—Para eso, amigo mío, dejaréis que actúen los hombres de Dios.

La voz de Bartolomé impone provisionalmente silencio al joven Pizarro, y Gabriel no puede retener una sonrisa mientras le traduce al sacerdote las palabras del gobernador.

El sacerdote no se apacigua en absoluto, y con su largo cuerpo flaco y los brazos abiertos como un Cristo indio, sigue cerrándoles el paso.

—¿Cómo os atrevéis a entrar aquí, cuando quien desea hacerlo debe, primero, ayunar todo un año y penetrar en el templo descalzo y con una carga en los hombros?

Gabriel traduce, y Gonzalo se carcajea.

—Dile al emplumado que hemos ayunado mucho más y que nuestros hombros van cargados, muy cargados... Por lo que a descalzarse se refiere...

Mientras el grupo de españoles se echa a reír, Gonzalo se quita una de las botas y la agita ante los ojos del sacerdote.

—Ya veis, fray Bartolomé, sentimos el mayor respeto por las costumbres de esos...

Un guijarro cae de la bota y vuelve a ponérsela con muecas que arrancan más risas de la concurrencia.

—... bárbaros. Y aunque dejemos para los hombres de Dios las cosas de Dios, las cosas de los hombres las tratamos... como hombres.

Con un revés de su brazo, aparta al sacerdote y entra en el templo.

El pequeño grupo de españoles le sigue hasta el centro del claustro. Se adivinan algunos reflejos por las aberturas de los edificios distribuidos alrededor. Una orla de placas de oro corre por lo alto, como un friso, alrededor del patio formando como una corona de oro.

En los muros se han excavado cuatro hornacinas que parecen tabernáculos, tallados con molduras de extremada finura y cuyo interior está cubierto por una capa de oro. En las esquinas se han engastado piedras preciosas, piedras finas, esmeraldas, turquesas.

—Hemos oído —insiste Pizarro— el rumor de las amenazas que pesan sobre los palacios y los templos, y nosotros mismos hemos sido testigos, en otras ciudades, de las destrucciones de que son capaces sus enemigos. Por nuestra parte, estamos aquí en son de paz.

Gabriel está fascinado por el rostro impassible de Pizarro y traduce con cierta torpeza. El sacerdote Villa Oma lo mira con severidad, con un leve desprecio incluso.

Primero los contempla en silencio, y luego sus palabras resuenan en el claustro.

—No os creo.

Los ojos de Pizarro ni siquiera parpadean mientras Gabriel le traduce las palabras del sacerdote. Sonríe.

—Nos ganaremos tu confianza. Entretanto, y para asegurar tu protección y la de los bienes de este templo, efectuaremos un reconocimiento. ¿Don Diego?

El único ojo de Almagro brilla con todas las riquezas que se ocultan en el recinto.

—Cuento con tu autoridad para que compartas conmigo el cuidado de que ninguna pieza de este templo pueda escapar al quinto real.

Almagro responde con un gruñido. El grupito de españoles se dirige hacia la puerta del edificio que está frente a ellos, mientras el sacerdote Villa Oma, que se ha quedado detrás, se pone los brazos ante el rostro.

Moguer ha corrido por delante con el alegre aspecto de un propietario que va a enseñar su palacio.

—Vais a ver —repite, distribuyendo guiños de complicidad y algunos codazos—,



vais a ver...

—A menos que seamos ciegos —masculla Pizarro en sus narices—, es muy probable, en efecto, que veamos, Moguer.

Los españoles se ríen, y Moguer con ellos.

Cuando penetran en la estancia, es como si el sol saliera por segunda vez. Sus rayos dan en el muro del fondo, en cuyo centro brilla un enorme sol de oro.

—No conocen al Dios cristiano —dice sapientemente Moguer—, pero de todos modos han encontrado a Júpiter.

Pizarro le mira sorprendido.

—Gracias por tus luces, Moguer —dice—. Pero ten cuidado de que no descubran a un hombre como tú: podrían sentirse tentados a conservarlo como ídolo.

Los jóvenes Pizarro sueltan una ahogada risita.

A cada lado del sol, sentadas en sus tronos con una dignidad de seres vivos, se ven algunas momias semejantes a las que han descubierto, hace un rato, en la plaza. Llevan una túnica de fina lana incrustada de pepitas de oro y piedras preciosas, y en la frente la diadema real y las plumas de colores. De sus orejas cuelgan los discos de oro. Solo a una de ellas le falta la punta de la nariz, una rareza que provoca de nuevo la enloquecida risa de los dos jóvenes hermanos Pizarro.

De estancia en estancia dan, así, la vuelta al patio. Descubren una sala de plata consagrada a la luna (donde Moguer debe contenerse para no invocar a Venus), y luego un edificio con los muros cubiertos por las acostumbradas placas de oro, pero también con un arco iris, cuyos colores van de una pared a la otra.

Han iniciado la visita con una especie de excitada animación, como una pandilla de muchachos que han salido a beber y a buscar mozas. En cada edificio, el silencio se hace algo más pesado.

Cuando han visitado ya seis estancias y vuelven a salir al patio, el sumo sacerdote y su séquito han desaparecido. Moguer no invoca ya a los dioses de los romanos, el ojo de Almagro se ha vuelto extrañamente soñador y los hermanos menores del gobernador se han calmado provisionalmente.

Por un paso que se abre al este, descubren que el recinto del templo supera con mucho lo que habían imaginado. Los edificios y las cámaras se suceden; albergan servidores que ocultan el rostro cuando los ven aparecer y provisiones bastantes para aguantar semanas de asedio.

Gabriel siente un peso en el corazón al ver a esas bellezas y sentir las ávidas miradas de sus compañeros, al advertir que las manos de ellos se crispan con el deseo de tocar, de tomar, de gozar...

—Cuando llegamos corría una historia... —dice de pronto Moguer.

—¿Cuál? —pregunta Pizarro, impaciente.

Pero Moguer no le responde. Y ninguno de ellos piensa en pedirle que cuente esa historia.

Han entrado en el jardín de oro.

—En cuanto corrió el rumor de que los extranjeros se acercaban, Manco me hizo venir de Yucay, donde yo residía por aquel entonces. Sus hombres me llevaron a su lado, a Chinchero. Cuando vi que estábamos solos, en las terrazas situadas por debajo de los *collicas*, con el abominable sacerdote, creí que se habían reconciliado a mis espaldas y que iban a tener una de sus sangrientas ideas...

—¿Manco y Villa Oma? —se extraña Anamaya.

—¿Verdad? —dice el enano—. De momento no tuve tiempo para pensar que los tiempos cambiaban. Estaba demasiado ocupado en proteger mi pobre piel. Por fortuna para mí, tenían otra cosa en la cabeza...

Anamaya sonríe ante la irresistible mezcla de terror y comicidad que se oculta en el corazón de los relatos del enano.

—Tú sigues ahí para contármelo, en efecto.

—¡Búrlate, princesa!

Suspira.

—Querían que me ocupase de tu noble esposo, el Hermano-Doble...

—¡Tú!

La exclamación ha brotado de la boca de Anamaya sin que haya tenido tiempo de contenerla.

—Eso les dije, pero no me escucharon. Me dijeron que, con su rapacidad, los extranjeros iban a tomar todo el oro posible y que eso les era indiferente, que había tanta cantidad que ni siquiera océanos de extranjeros podrían ver el fin... Pero el Hermano-Doble, que estaba en Coricancha, no debía sentir sus impías manos...

Anamaya es presa de una emoción que la conmueve y hace correr por todos sus miembros una ola de calor y de miedo.

—¿Está aquí?

El enano la mira con seriedad.

—¿Crees que tendría yo la imprudencia, incluso protegido por un puma feroz que solo conoce mi mano, de mantenerlo en mi casa?

—No lo sé.

—Iremos por la noche. Te espera.

Todo es de oro en el jardín: las hierbas y las flores, los árboles y los animales, pequeños o grandes, domésticos o salvajes. Por el suelo reptan lagartos y serpientes de oro y, en los aires, colgados de invisibles hilos, hay pájaros y mariposas de oro.

Un espacio imita un maizal, y otro, un campo de uno de esos granos que han encontrado ya y que los indios llaman quinua. Hay llamas de oro, y fuentes de oro de las que brota un agua de plata. Las legumbres, los árboles frutales, son de oro o de plata, e incluso los haces de leña están representados en oro.

Pizarro se queda boquiabierto.

—No toquéis nada —articula tan solo, con la boca seca.

—La historia decía —prosigue, por fin, Moguer— que existe una estatua toda de oro, realizada a imagen exacta de una de esas momias que hemos visto, y que es más hermosa y mayor que todas las estatuas que hemos podido ver...

—¿De qué tamaño? —pregunta Almagro.

—Aproximadamente, del tamaño de un hombre, me dijeron.

—¿Y su peso?

—Varios centenares de libras, sin duda.

Nadie piensa ya en burlarse de Moguer. Cada cual traduce silenciosamente a pesos la imagen soñada de la estatua que la leyenda, sin duda alguna, hará mayor a cada relato.

—¿Dónde está? —pregunta Almagro.

Moguer hace un signo de ignorancia.

—Hay que encontrarla —dice Gonzalo.

Juan, con la boca seca y los ojos brillantes, asiente.

Sin comprender por qué, Gabriel se siente llevado por el recuerdo hasta la noche de la muerte de Atahualpa, aquella en la que se quedó con Anamaya a los pies del poste donde estaba aún atado el depuesto inca, aquella en la que Anamaya le contó...

—¿Tiene algún nombre tu estatua? —pregunta.

—Eso lo recuerdo —dice orgulosamente Moguer—. Es un nombre extraño, que me tradujeron como Hermano-Doble.

Gonzalo lanza a Gabriel una mirada de soslayo.

Al salir del jardín, mientras sus compañeros tienen los ojos y el corazón llenos de un mundo enteramente de oro, un mundo perteneciente a los más enloquecidos cuentos que su imaginación les haya sugerido nunca, Gabriel recuerda las palabras de Anamaya y se convence de que nunca deben cruzar la barrera de sus labios.

Le dijo que era la esposa del Hermano-Doble.

En la confusión de su espíritu ignora lo que eso significa para los incas, pero sabe ahora lo que querría decir para los suyos.

## CUZCO, 15 DE NOVIEMBRE DE 1533, POR LA NOCHE

La ciudad de Cuzco no duerme.

La ciudad de Cuzco nunca duerme.

La actividad necesaria para la vida del Imperio no conoce allí interrupción: la de las muchachas que tejen en el *acllahuasi*; la de los orfebres, los escultores y los sacerdotes; la de las *panacas*, que no dejan de velar al servicio de los soberanos difuntos, de alimentarlos y festejarlos, de recoger las palabras que pronuncian, y que, llegadas de Abajo, siguen influyendo en la marcha del mundo.

En Sacsayhuaman, en las torres cuadradas, los soldados se relevan para las guardias. Y en la torre redonda de Moyocmarka, están preparados, como siempre, para la visita del inca.

Hay muchos susurros esta noche, tanto en las casas sencillas como en los palacios, y las aguas del Huatanay arrastran secretos que dan miedo.

En sus palacios, las momias duermen con los ojos abiertos.

Las momias saben lo que los vivos ignoran.

El enano corre ante Anamaya y la guía por las estrechas callejas, resbaladizas a causa de la llovizna que cae y cuya humedad penetra a través de su *anaco*.

A cada ruido sospechoso se detiene o la arrastra hasta el abrigo de una abertura trapezoidal en una pared. Le hace atravesar un puente sobre el Huatanay y la precede por callejas tan oscuras que ella cree estar en una grieta en medio de una *huaca*. Al iniciar el camino, Anamaya ha intentado imaginar en qué parte del cuerpo del puma se hallaba. Ahora sabe que van subiendo y, de vez en cuando, distingue las luces que brillan arriba, en las torres de Sacsayhuaman; se dirigen hacia la cabeza.

Finalmente, tras una empinada pendiente, sin aliento, descubre una vasta explanada cubierta de la misma arena que el Aucaypata. En el fondo, adosada a la colina, se ve la hilera regular de las hornacinas del muro de un palacio. Frente a ella, las luces que brillan en la ciudad y en las laderas de las montañas, las antorchas y las hogueras.

—¿Dónde estamos? —pregunta al enano.

—En Colcampata, princesa.

Esa mera palabra hace vibrar su corazón. Es uno de los mayores barrios de Cuzco, situado justo por debajo de Sacsayhuaman, aquel donde Chima Panaca, el linaje de Manco Capac, venera la memoria del fundador de la dinastía inca.

—¿Y ahora?

El enano no responde. La toma de la mano y la lleva hacia el muro del palacio.

Las hornacinas están vacías; sin duda, las estatuas de oro que las adornaban fueron tomadas como fácil botín por los extranjeros en su primera visita. Allí donde se visitaba el elegante friso de placas de oro solo se ve ya la mutilación de los orificios de las fijaciones. Y sin embargo, en la noche húmeda y negra, el lugar no ha perdido un ápice de su potencia. La pendiente de los muros produce una impresión de majestad acentuada por el perfecto corte de las piedras.

Siguen el muro y vuelven la esquina. El palacio parece penetrar aquí en la colina, mientras, al abrigo de las luces de la ciudad, la sombra prevalece de pronto. Siguen la pared, fundiéndose con la piedra negra y deslizándose en cada una de las aberturas.

En la tercera, el enano se pega al fondo y se apoya con todo su peso. Lenta, silenciosamente, el muro gira.

El velo que cubría los ojos de Anamaya se desgarró.

En la gran plaza, don Francisco Pizarro ha dado ya las órdenes: para él, el palacio situado al norte, a lo largo del río, y cuya pieza principal es tan grande que podría acoger fácilmente a sesenta jinetes para jugar «a cañas»; para sus hermanos Gonzalo y Juan, el palacio vecino. Al otro lado de la plaza, un palacio cuyos muros están adornados con serpientes de piedra albergará a De Soto.

—Montaremos las tiendas —dice el gobernador.

Gabriel lo mira, desconcertado, señalando los edificios.

—Quiero que todos permanezcamos ojo avizor y no quiero desorden alguno. No quiero a nadie dentro de las casas si no he dado la orden. Quiero paz con el muchacho.

—¿El muchacho?

—Manco. El inca. Quiero su confianza para nuestra tranquilidad. Almagro, De Soto, mis hermanos... tendrán todo lo que quieran. Pero ninguno comprende que estamos aquí para quedarnos y que ahora llega, para nosotros, el momento de mayor peligro. Si nos relajamos, si les permito lanzarse al pillaje, estaremos muertos. Mañana veré al joven. Montaré con él una expedición contra el ejército del norte.

Los ojos de Pizarro brillan, y Gabriel siente en el gobernador esa mezcla de calma y de excitación que es su marca en los momentos difíciles. Da sus órdenes a los capitanes, y Gabriel ve, muy pronto, un bosquecillo de tiendas que se levantan en la plaza.

—¿Y luego? —pregunta.

Pizarro le mira con una sonrisa burlona.

—No me hagáis preguntas cuyas respuestas no os gustaría oír.

Gabriel se dispone a alejarse, pero Pizarro lo retiene posando su mano fina y seca en el hombro.

—Debo hablarte de algo —dice.

El paso es lo bastante ancho como para avanzar sin molestias en la penumbra. Se accede a él tras una escalera de altos peldaños, donde debe procurarse que cada zancada no le arrastre a uno al vacío, que la creciente oscuridad hace terrible.

—Se dice que Tupac Inca Yupanqui hizo excavar este túnel a través de la colina, hasta la fortaleza de Sacsayhuaman, que estaba entonces construyéndose.

La voz del enano llega a Anamaya apagada por la bruma húmeda, cuyas gotitas, en suspensión en el aire, le humedecen el rostro.

El camino hace un recodo y, a poca distancia, percibe una luz pálida, que vacila a través de una cortina. El enano ha precedido a Anamaya hasta aquí, pero ahora se aparta para que sea la primera en entrar en la estancia.

Es una habitación redonda, sin hornacina alguna, con los muros de un pobre aparejo, en los que solo está sujeta una antorcha. No hay nada en el suelo: ni esteras ni mantas.

Solo hay un simple banco, cuya madera nada tiene de valioso y no ha sido objeto de labrado alguno.

En el banco está sentado el Hermano-Doble.

Un estremecimiento la recorre de los pies a la cabeza y debe cerrar los ojos para no perder el equilibrio. Tiende hacia él las manos, sin tocarlo; abre sus brazos y deja que un murmullo fluya entre sus labios.

Cuando abre de nuevo los ojos, el enano ha desaparecido y la estancia está sumida en la oscuridad.

Pero es una negrura que no alberga espanto alguno, una sombra en cuyo corazón el cuerpo de oro del Hermano-Doble brilla como un sol nocturno, apaciguador, eterno.

Le parece que en los muros se dibujan figuras familiares... Tal vez, los animales del bosque; tal vez, ejércitos que se enfrentan, piedras de honda que vuelan como relámpagos, hachas que se levantan y golpean.

Poco a poco, también esta agitación se calma, al igual que los latidos de su corazón, y una paz maravillosa la invade, la hace más pesada, la obliga a resbalar hasta el suelo, hasta los pies de aquel a quien debe seguir y proteger a lo largo de todo su recorrido por la superficie del Mundo.

—Estás aquí.

¿Es una voz lo que ha resonado bajo la bóveda? ¿Es el susurro que escapa de sus propios labios? No importa; por fin oye a aquel por quien se creía abandonada.

—Eres más fuerte que la paz, más fuerte que la propia guerra. Eres más antigua que el inca y has cruzado desiertos y aguas para venir a mí. Todo lo que es tuyo procede de la noche.

El silencio se instala, y ella no siente ya frío ni calor, humedad ni sequía. Está en el corazón del universo, maravillosamente bien, al encuentro de todos los mundos.

—Mis palabras son de siempre. Nada puedes olvidar.

La voz se desliza hasta ella por el aire y a través de la piedra, muy baja a veces y,

otras, sonora como una caracola marina. Pero es solo un murmullo cuando pronuncia las palabras que ella aguarda sin atreverse a reconocerlo.

—Ten confianza en el puma.

No tiene tiempo para gozar del bienestar que la domina y la relaja hasta el extremo de cada uno de sus miembros. La luz regresa y la deslumbra.

Grita.

—¿Cuál queréis? —pregunta Pizarro a Gabriel, señalando un palacio cuyos poderosos muros se alinean en la plaza.

—Ninguno. Quiero mi tienda.

Pizarro ríe suavemente.

—Siempre me sorprenderéis, hijo. Dios os expulsó de España y no habéis venido por el oro...

—Creía que deseaba lo mismo que vos, don Francisco...

—Solo Dios y la Santísima Virgen saben lo que quiero. Incluso yo, a veces, me lo pregunto...

El ruido de sus botas resuena en las losas. Hay un llanto de niño en la noche y la dulzura del hilillo de agua que los separa.

—¿Queríais pedirme algo, don Francisco?

—¿Algo?

El gobernador parece emerger de un sueño.

—¡Ah, sí, hijo!, algo..., algo importante...

Gabriel contiene la respiración.

—No es un misterio que habéis metido a esa moza en vuestra cama, a la moza de los ojos azules. No os lo reprocho; fijaos bien, incluso a un viejo como yo se le calientan las sangres con estas indias...

El corazón de Gabriel palpita a grandes golpes y su boca se ha secado de pronto. Pizarro finge no advertir su turbación.

—Por una razón que ignoro, el muchacho parece darle una gran importancia. No sé lo que quiere hacer de ella; tal vez convertirla en una de sus esposas, o en su concubina real, o en la nueva sacerdotisa de su culto... No me gustan esas diablerías, ya me conocéis, pero como dice el Eclesiastés, hay un tiempo para todo. En resumen...

Pizarro se interrumpe para lanzar una rápida ojeada a un Gabriel que no consigue dominar sus temblores.

—En resumen, hijo mío, me parece que, de entre todas las mujeres, vos no habéis elegido la buena.

—Es la que amo, don Francisco.

Las palabras han brotado de la boca de Gabriel y lamenta enseguida haberlas pronunciado. Amar..., ¿qué puede significar eso para el gobernador?

—¿Habéis amado ya alguna vez para emplear con tanta ligereza esa palabra?

—No había amado, don Francisco, y por esta razón comprendo ahora su sentido...

—Se trata, pues, de un asunto serio...

No hay burla alguna en la voz del gobernador, más bien una especie de inesperada tristeza.

—Y sin embargo, eso tiene que acabar, Gabriel... o, en todo caso, ser de tan gran prudencia que no me cree preocupación alguna con el muchacho. ¿Me comprendéis?

Gabriel no responde. Siente la mano de Pizarro que le agarra el brazo y aprieta, aprieta hasta hacerle daño.

—¿Me comprendéis, hijo?

—Lo intento.

—Pues intentadlo bien. Y para haceros olvidar esta contrariedad...

Brota la risa sarcástica de Gabriel.

—¿Me habéis encontrado otra mujer?

—¡Mucho mejor que eso, hijo! Una misión.

—¿Cuál?

—Encontradme esa estatua, ese Hermano-Doble del que tanto caso hacen. Me gustaría mucho verlo.

Gabriel espera que el gobernador no haya advertido la súbita palidez que se ha apoderado de su rostro.

La antorcha ilumina el rostro de Manco.

Se acerca a Anamaya y la mira en silencio.

A Anamaya le cuesta recuperar el aliento y se siente desgarrada por una cólera que intenta, desesperadamente, rechazar.

—Tu padre estaba hablándome —dice con sencillez.

—Lo siento mucho.

Hay tanta sinceridad, tanta simplicidad en esta frase, que Anamaya se deja enternecer.

—Había permanecido silencioso todas estas lunas... desde la noche de la gran matanza. Había una soledad en mí...

—¿Has vuelto a encontrarlo?

—Nunca me abandonó. Yo debo protegerlo. A veces tengo la impresión de que solo me habla para recordarme lo que me ha dicho ya, como si fuera aún una niña a quien le enseñan las lecciones en el *acllahuasi*.

—¿Te habla de mí?

La voz de Manco es de una conmovedora ingenuidad. Es, también él, un niño que pide ser tranquilizado.

—Ya te lo dije: te designó hace mucho tiempo como el primer nudo de los



tiempos futuros. Nada de lo que se consume ahora es nuevo: todo está en el orden del universo tal como me lo transmitió tu padre. No debes tener miedo. Debes avanzar con decisión, dejándote guiar por tu fuerza y la del Sol, como en el día del *huarachiku*.

—No puedo evitar tener miedo.

—Tu miedo no es nada. No tiene realidad. Tu padre no me habló de tu miedo, y yo nada dije de él a los poderosos cuando te designaron. ¿Tenía miedo tu padre? ¿Y antes, Tupac Inca Yupanqui? ¿Y Pachacutec? Tal vez...

—¿Y Manco Capac?

El nombre del fundador de la dinastía deja silenciosa a Anamaya. Sabe hasta qué punto Manco se inspira en él.

—Ven —dice él.

Ella ofrece sus palmas abiertas al Hermano-Doble antes de abandonarlo.

—Debo regresar con la *chicha* y el maíz, la coca...

—El enano lo ha alimentado y le ha dado de beber regularmente. Pero tienes razón; te necesita.

Abandonan rápidamente el pasaje. Manco hace girar el muro con facilidad, empujando sencillamente con ambas manos. Se encuentran en una noche más oscura tal vez que las tinieblas que acaban de abandonar.

En la explanada de Colcampata, Manco toma a Anamaya del brazo. La lleva hasta el borde del parapeto de piedras que domina la ciudad y el valle. La noche, casi negra, es desgarrada a veces por la luz de la luna y las estrellas, que dejan adivinar las poderosas cimas, los *apus*.

—Manco Capac, mi antepasado, llegó con Mama Occlo por esta montaña, el Huanacauri. Habían hecho un largo camino desde los orígenes, las aguas del lago Titicaca, el lugar donde el dios Viracocha hizo que todo surgiera de las profundidades. Vio este valle, rico, profundo, fértil...

Manco se interrumpe, y se vuelve hacia Anamaya.

—Tienes razón. Tal vez tuviera miedo, pero eso importa muy poco. Tenía muchas razones para vivir en el temor: el agotamiento del viaje, la certeza de su destino, que él era el único en ver, la propia duda, ese enemigo terrible que te corroe por dentro y te deja agotado antes de haber combatido. La leyenda no dice cuáles de esos miedos tuvo que superar Manco Capac para apoderarse de su hocino de oro, su *taclla*, y hendir esta tierra por primera vez. La leyenda no lo dice, pero algo, sin embargo...

A veces, las negras nubes se desgarran y dejan aparecer el esplendor de un jirón del gran río estrellado. Entonces, por un relampagueante momento, las luces del cielo concuerdan con las de la tierra, y el mundo es perfecto. Luego, una ráfaga de viento húmedo lleva a cabo su obra, y la noche vuelve a cerrarse, hostil, inquietante.

—La historia dice que estaba con Mama Occlo. La historia dice que fundó su Imperio con la ayuda de una mujer...

Súbitamente, por fin, el sentido de las palabras de Manco llega a Anamaya. Ella

se reprocha la lentitud de su comprensión.

—Te he acompañado tanto como he podido, Manco, y seguiré haciéndolo, lo sabes muy bien.

—No te hablo de eso.

—¿Quieres una esposa más? Eso no es posible: no soy de sangre real. ¿Quieres otra concubina en tu lecho? Las hay a decenas y puedo asegurarte que mi arte en ese campo es muy pobre...

—Ya lo sé, Anamaya; me lo has dicho y no quiero mentirte con hermosas palabras. Sin embargo, creo que no hablarías de ese modo si...

—¿Sí?

Hay desafío en la voz de Anamaya. Manco lo acepta con una entonación baja, sibilante.

—... si tu corazón no fuera ya de otro hombre.

El silencio nocturno se apodera de ellos. Anamaya respira dulcemente, procurando apartar el miedo que la ha dominado al escuchar la violencia contenida en las palabras de aquel que fue un muchacho al que protegió, pero que es también el Único Señor.

—Es cierto —dice por fin—. Amo a uno de ellos.

—¿A un extranjero?

—Sí.

Hace tiempo ya que la mano de Manco ha soltado su brazo. Sin embargo, siente como si estuviera en su propio aliento; su respiración se hace pesada. Su perfil de ave de presa se recorta en la noche, dispuesta a saltar, a arañar...

—Su llegada me fue anunciada hace mucho tiempo por tu padre...

—¡Ah!

El rugido de rabia ha escapado de la garganta de Manco y su mano golpea con violencia el parapeto.

—¡Manco!

La indignación hace vibrar la voz de Anamaya.

—Sabes que soy incapaz de mentir. ¿Crees que podría tener la impía audacia de invocar el nombre de tu padre Huayna Capac para disimular no sé qué vergonzosos amores?

—No. Es simplemente...

La cólera de Manco ha pasado tan de prisa como una tormenta. Ya solo queda una tristeza infinita y conmovedora.

—Tu padre me había dicho que aguardara la llegada del puma. Y ese hombre es el puma.

—Es un extranjero. Un extranjero no puede ser el puma.

—Tan extraño es para mí como para ti, Manco. Y sin embargo, así es. En mi corazón lo he probado todo para que fuera de otro modo. Y cada vez que me alejaba, la voz de tu padre resonaba ordenándome que tuviera confianza en el puma.

Manco no responde.

—Hay generosidad en él, Manco, y bondad... Le has visto; habla ya nuestra lengua. No es como los demás, no le gusta el oro... Y además, lo sé, he sido testigo de ello, quiere sinceramente ayudarnos...

Manco deja que el silencio absorba en la humedad la lista de las buenas cualidades de Gabriel. Anamaya se siente algo estúpida, y calla.

—¿Y ahora? —pregunta Manco.

—¿Ahora?

—Sí, ahora que la alianza del inca es indigna de ti y prefieres un puma salido de no sé dónde...

—Tu cólera no es mejor que tu miedo, Manco. Tal vez sea peor.

—Le hablo a menudo, ¿sabes?, como a una enemiga familiar, y le pido que me deje en paz. Como un niño, creí que convertirme en el Único Señor me curaría... Sé ahora que no es así.

Su risa, sin alegría alguna, restalla en la noche.

—No puedes pertenecerle —dice.

—Lo sé.

—Eres la esposa del Hermano-Doble, la *Coya Camaquen*, y no puedes ser la mujer de ningún otro, sea puma o cóndor, extranjero o inca...

—Lo sé, Manco. No he pedido mi destino, pero lo acepto.

A su pesar, su voz se ha quebrado con las últimas palabras. El rostro de su madre, su rostro caído y que no dice ya ninguna de aquellas palabras de infinita ternura que le caldeaban el corazón, se ha inclinado fugazmente sobre ella y la ha hecho temblar con toda la fuerza de su antiguo sufrimiento. Se sobrepone con orgullo.

—Yo estaba junto a tu padre y nunca le falté a Atahualpa. Te salvé de la serpiente y por mi voz te convertirás en el inca... ¿Necesitas nuevas pruebas de mi fidelidad?

—Confío en ti, Anamaya —dice Manco, apaciguador—. No dudo de ti y sé el camino que has hecho. Te estoy agradecido y todos conmigo. Además, te necesitamos para los tiempos que se anuncian...

—Lo que es debe ser.

—Lo que es debe ser.

La voz de Manco es el eco de la de Anamaya, y el orden ha vuelto al universo. Pero él adelanta la mano para ponerla de nuevo en su brazo, como ha hecho ya tantas veces, e interrumpe el gesto. Pone un nombre a su dolor: lo que es debe ser, pero lo que no es, no debe ser y no será, y eso es muy cruel.

## CUZCO, A FINALES DE NOVIEMBRE DE 1533

La única puerta del *acllahuasi* da a la plaza Aucaypata. Sus edificios se apiñan entre los del Hatun Cancha, donde los españoles comienzan a establecer sus cuarteles, y los del palacio del Amaru Cancha, que ha sido concedido por el gobernador Pizarro al capitán De Soto.

Al llegar los extranjeros, los veinte porteros que custodiaban la Casa de las Vírgenes huyeron. Solo quedó uno, por fidelidad o incapacidad: es ciego.

—Puedes dejarme pasar, anciano —le dice Anamaya—. ¡No soy un barbudo que haya venido a fecundar a una virgen o a una esposa del Sol!

El viejo gruñe.

—No deberías bromear con esas cosas. El día en que esto ocurra...

—¡Estarás tú aquí para defendernos!

Con un gesto de cansancio e impotencia, sus ojos en blanco se vuelven hacia el sol, al que ya no ve.

Anamaya toma por la calleja a lo largo de la que se distribuyen los edificios del *acllahuasi*; primero, los talleres, y luego, los almacenes llenos de *piruas*, esas grandes jarras donde se conservan todas las producciones necesarias para el inca. Después llega al patio, donde cada mañana se venera el ídolo del Sol. La calleja lleva a los alojamientos de las sirvientas, unas *acllas* ordinarias, que en su mayoría se han reunido ya con sus familias, y en un extremo, los de las esposas del Sol, donde nadie debe entrar so pena de muerte.

Anamaya es en el *acllahuasi* de Cuzco como una especie de reina, y ni siquiera Curi Ocllo, la *Coya* de Manco, se atrevería a disputarle su autoridad. Las mujeres que se quedaron, esas sacerdotisas que han consagrado su vida al culto de las divinidades, sienten que están amenazadas, que todos los palacios y los templos alrededor de la plaza han sido tomados por los extranjeros. Han llegado rumores sobre violaciones cometidas en todas las ciudades por las que han pasado, y se vuelven hacia ella con una irrazonable esperanza, porque su mirada azul apacigua, porque siempre tiene una palabra amable, dulce, para esas muchachas aterrorizadas y sus siervas.

Justo antes de los aposentos de las esposas del Sol, tiene su propia estancia, donde nadie entra si ella no le invita. Es una habitación desnuda, a excepción de la estera y de una manta de lana, y la única hornacina practicada en la pared es una serpiente de piedra.

Cuando cruza la cortina, la reciben unos sollozos.

—¡Inguill!

La muchacha está hecha un ovillo al pie de la estera y ni siquiera se mueve cuando ella entra. Anamaya nunca la había visto tan apenada.

—¡Inguill, dime qué te sucede!

Levanta su pequeño rostro deshecho hacia Anamaya.

—¿De qué sirve que le haya obedecido? ¿De qué sirve que haya atravesado las montañas, que haya escapado a los soldados que querían violarme y destrozarme? ¿De qué sirve que me hayas recogido?

—Inguill, si no me explicas lo que te sucede, te dejaré aquí llorando sola tus desgracias.

—¡No me tomará consigo!

—¿Manco?

—Me lo prometió hace mucho tiempo, pero no lo hará. Me desprecia más aún que a la última de sus concubinas...

—¿Por qué pierdes así la razón?

—No me ha hablado ni una sola vez desde que entramos en Cuzco...

—Pero se marchó al día siguiente, con los jinetes del capitán De Soto, para perseguir a los ejércitos del norte, a los que tanto te persiguieron a ti.

—Lo esperaba, Anamaya; lo esperaba tanto...

—Escúchame...

Anamaya no puede decirle a Inguill que hace sufrir a Manco del mismo modo que él la hace sufrir... Pero puede decirle que este mundo está recorrido por extraños sentimientos, que nunca se sabe si amar y ser amado es un destino feliz o desgraciado. Le habla del puma, de Gabriel, y los ojos de Inguill brillan de asombro y de placer después de las lágrimas.

—¡Un extranjero!

Pero no lo dice con temor y desprecio, como los hombres... La hace hablar al modo de una mujer; le pregunta si sus manos son suaves y qué sabor tienen sus labios. Anamaya deja que las palabras rueden deliciosamente por su boca, que hablen de su ternura y de las lágrimas que le llenan los ojos y que ella debe ocultarle cuando está en sus brazos y en su vientre.

—Pero, bueno, no debo volver a verle —concluye con súbita sequedad.

—¿Por qué?

—Manco me lo ha ordenado. Quiere que me reserve para mi marido, el Hermano-Doble, y para la supervivencia del Imperio...

Inguill guarda silencio. Su instinto de mujer se detiene ante los misterios del destino de los incas.

—Le hablaré de ti a Manco —dice finalmente Anamaya—. No te dejaré sola, amiga mía.

Inguill se acurruca en sus brazos.

—Los demás te quieren porque ves y oyes secretos que no comprenden, pero yo te quiero porque eres buena.

Anamaya apenas la escucha. Hablar de Gabriel —compartir por fin su secreto con alguien, sin retenerse— ha sido delicioso. Pero en cuanto las palabras brotan de su

boca, ella querría volver a decirlas, y su dolor es mayor que antes. Obedecer a Manco es una prueba que no se vuelve más fácil a cada jornada; muy al contrario. Es una prueba que no tiene sentido alguno y no desemboca en nada.

Ella quisiera que no hubiese palabra alguna; solo él, simplemente allí, con sus ojos y su sonrisa, con ese modo de desearla en silencio y avanzar hacia ella, confiado, imperioso y magnífico.

La primera vez que Bartolomé detuvo a Katari, en la explanada vacía y gris del Cusipata, al alba, el joven kolla esbozó un ademán de espanto. Miró al extranjero con su túnica negra ceñida por una cuerda blanca, su cráneo sin cabello alguno, su mano con dos dedos juntos... Y luego hundió su mirada negra en los ojos grises del monje y ya no le soltó, hasta que una sonrisa iluminó su rostro, una sonrisa en la que no había ninguna maldad, ninguna violencia, ni ningún temor. Era la sonrisa de un hombre que se descubre extrañamente semejante a otro hombre...

Katari agitó sus largos cabellos negros y señaló las torres y los poderosos muros de Sacsayhuaman, por encima de ellos. Luego, su brazo giró sobre toda la ciudad, en su cuna de campos y terrazas, se deslizó por las laderas de las montañas que les rodeaban hasta los primeros rayos del sol que se levantaban, allí, al este, en la dirección del lejano e invisible océano.

Ambos hombres comenzaron a caminar juntos.

Desde entonces, casi no hay día en que no se encuentren y ambos compartan paseos que les llevan a los rincones más lejanos de la ciudad, o a las montañas, por encima de Cuzco, donde están las piedras sagradas, las fuentes y los dioses...

Han salido en silencio para intercambiar unas palabras y tienen la impresión de que el lenguaje del uno penetra el lenguaje del otro, aunque no podría ser comprendido por un tercero. A menudo, a Katari le asombra ver cómo el monje saca de su túnica un tejido uniforme y una especie de pincel, parecido al de los alfareros, para trazar algunos signos. Pero no pregunta nada. Respira el aire. Se deja llevar como el viento. Le muestra los peldaños que descienden, al revés, hacia las profundidades de la tierra. Le oye pronunciar el nombre de Dios.

Hoy, la tempestad les expulsa antes de lo que habían previsto, y Bartolomé lo arrastra a la sencilla casa donde se ha instalado, en Cantupata, el barrio donde las flores abren sus corolas con una riqueza que conmueve su corazón más que todo el oro del mundo.

Katari mira con curiosidad los pocos muebles ya instalados: la mesa, las cuatro sillas, los anaqueles donde hay algunos volúmenes. Se queda con los ojos clavados en el crucifijo. Bartolomé no explica nada, no predica. Toma una silla y le invita a sentarse. Katari le mira con una vaga inquietud; entonces, con suave mano, le aprieta en el hombro y le hace sentarse. Katari tiene la impresión de flotar por encima de la tierra; no está tendido, ni agachado, ni de pie..., ni en ninguna posición conocida por

el hombre.

El monje saca un pedazo de tejido blanco y lo pone ante él, con otro pincel. Moja el pincel en una especie de pequeño recipiente, que contiene un líquido negro, y sacude una o dos gotas antes de trazar unos signos sobre su tejido blanco. Katari le contempla, pasmado. Luego, Bartolomé sopla sobre el tejido y se lo tiende con una sonrisa.

—Mira —dice— y haz como yo.

Tiende su pincel a Katari y el joven lo moja torpemente en la botellita. Intenta trazar los signos sobre el tejido, pero no logra nada bueno; solo manchas que provocan la hilaridad de Bartolomé. Él le lanza una mirada colérica, pero el monje toma pacientemente su mano y lo guía.

—Está bien —dice finalmente.

Katari mira lo que ha trazado. Esa especie de dibujo no representa nada, y es solo una torpe copia del de Bartolomé. Levanta hacia el monje dos ojos interrogadores.

—Amigo —dice este, mostrándole los signos.

Varias veces, la mirada de Katari va del rostro de Bartolomé a los signos trazados en el tejido.

Con la punta de sus dedos pegados, Bartolomé subraya cada una de las letras.

—AMIGO. ¡Amigo! —repite pacientemente.

Y, con una sonrisa, se pone la mano en el pecho y, luego, en el de Katari.

—Tú y yo: ¡amigos!

El rostro de Katari se ilumina de pronto.

—¡Amigo! —repite, asintiendo con la cabeza.

## CUZCO, 4 DE DICIEMBRE DE 1533, POR LA NOCHE

El enano ha esperado a que la negra noche envuelva la ciudad para atreverse a salir a las calles. Cuando oye el martilleo de los cascos de un caballo, se hunde en la abertura de una puerta o, sencillamente, se acurruca contra una pared. No sigue por el Huatanay, que le llevaría directamente a la plaza Aucaypata; toma unas apartadas callejas y se detiene con frecuencia para volverse y escuchar.

Cuando llega a la plaza, permanece largo rato inmóvil en la sombra, frente a la aldea de tiendas que sigue albergando a los soldados españoles. ¿Por qué le ha dicho que sí a Anamaya? ¿Por qué arriesga su vida una vez más? Suspira y avanza algunos pasos. Ella le ha indicado la tienda como la que está más cerca del Amaru Cancha. «Habla quechua —ha añadido—, y le he contado nuestra amistad. Cuando te vea, sabrá en seguida que yo te envío».

Los soldados con quienes se cruza apenas se fijan en él, y si le miran, se dan un codazo o sueltan una carcajada. A medida que va acercándose a la tienda, siente que le fallan las piernas. Cuando va a cruzar la colgadura de la entrada, una voz resuena muy cerca de sus orejas y rueda por el interior de la tienda.

Reina allí un clima extraño. El espectáculo de esos hombres medio desnudos, con el cuerpo cubierto de vello negro o rojizo, es terrorífico también. El enano ve armas que son más largas que él y los caparzones de metal que les hacen invulnerables. Incapaz de pronunciar una sola palabra —que de todos modos no comprenderían—, dirige sus ojos de uno a otro, intentando poner la mayor distancia entre ellos y esperando, también, el milagro de que aparezca el que busca.

Pero, con gritos y gestos, los extranjeros se acercan a él, y retrocede agitando los brazos. Cuando quiere salir de la tienda, se enreda en la tela y cae al suelo. Las carcajadas suenan de nuevo y piensa, con cierta ridiculez, que esta vez ningún gran Huayna Capac estará ahí para protegerle.

—¿Qué estás haciendo aquí?

El extranjero que ha entrado en la tienda le ha dado una patada sin querer. Tiene el pelo claro y la mirada clara también; tiene menos aspecto de bestia salvaje que los demás... Lo levanta con una especial dulzura.

—¿Te llamas... Gabriel?

Él le mira, desconcertado; luego, sus ojos se iluminan. Murmura unas palabras a los demás, que ríen sarcásticos. Le sigue por entre las tiendas sin una palabra más, hasta la Cassana. Cuando han tomado la calleja que lleva hacia Colcampata, lo agarra del cuello.

—¿Vas a decirme, por fin, adonde me llevas? —le gruñe al oído.

—No, no puedo... Sencillamente, tienes que seguirme.



Gabriel lo suelta con un impulso de mal humor, pero sigue sin adivinar las sombras a sus espaldas.

El enano pone sus manos en la pared, y Gabriel se siente, de pronto, muy solo e imprudente. Si ha caído en una trampa, lo ha hecho de buen humor, sin reflexionar.

¿Qué le ha hecho decidirse? Una antigua historia de amistad con un hombre muy pequeño que le contó Anamaya en Cajamarca. Y la extraña manera que ha tenido de pronunciar su nombre: ¿Ga-briel?

El paso está sumido en una oscuridad completa. Llama en vano y se vuelve para poner las manos en el muro que se le escapa. El vértigo se apodera de su cabeza; un antiquísimo miedo se aposenta en sus tripas. El violento latir de su corazón resuena en sus sienes y debe morderse los labios para no gritar.

Avanza a tientas, y sus pies no se sienten tranquilos por la lisura del suelo, que tiene la misma consistencia arenosa del de la gran plaza. Sus manos frotan la dura piedra de las paredes. Sin ir mucho más de prisa, avanza ahora con menos desconcierto.

De pronto, sus manos ya solo encuentran el vacío. Le parece que allá lejos, por encima de su cabeza, le llega una luz gris, una luz que no ilumina nada. Se queda inmóvil, pero todo su cuerpo gira y tiene una sensación de caída que le arrastra al fondo de un agujero.

Cuando las manos se posan en sus hombros, hace un violento movimiento de retroceso y está a punto de perder el equilibrio.

—Aquí estás —dice la dulce voz de aquella a la que ama.

La agarra con una violencia de la que no se creía capaz, mucho mayor que el miedo que ha estado a punto de dominarlo... Sus manos se pegan a su cuerpo, y una especie de gruñido escapa de su garganta, como si fuera un animal herido.

Es extraño tener ganas de amarla y de hacerle daño al mismo tiempo, de cubrirla de besos y de golpearla hasta hacerla gemir, gritar tal vez.

Pero, puesto que él se cree el dueño, ella le arrastra hasta el suelo, hacia una estera sembrada de mantas de lana muy suave, y esa suavidad lo lleva a más deseo y más rabia. La quiere con una fuerza que nunca ha tenido, con un impudor terrible y sin límites.

Hace resbalar la túnica por sus hombros y siente que se abandona, también ella, sin más contención ni ataduras, como si los días de separación que han vivido derribaran todas las barreras. Su piel es cálida, palpitante, y vibra con cada caricia.

Le parece que la excitación del deseo está en cada parte de su cuerpo, que nada se le escapa y que si ella besa su cuello, si sus pechos se tocan, si su rodilla se abre camino entre los muslos de ella, tendrá que gritar para expresar toda la tensión que hay en él, y tal vez también, un poco, la cólera porque ella le haya abandonado sin noticias todos esos días, como si le rehuyera incluso.

El vientre de ella ondula contra el suyo, con furor también, con un frenesí de abstinencia. Él piensa en esas serpientes de las que es amiga, y se deja rodear deliciosamente, arrastrar, cediendo a su potencia. Cuando penetra en ella, siente que su respiración se corta, que un largo silencio la domina y la deja casi inerte, antes de que, con mucha suavidad, se reanude, insidioso, irresistible, el ondulante movimiento de su cuerpo.

La oscuridad es tan profunda que sigue sin ver los rasgos de su rostro, y esta ignorancia aumenta su excitación. ¿Qué hombre no ha soñado en una extraña, de poderes algo maléficos talvez, y que le arrastre a unos amores nocturnos y prohibidos? Sabe muy bien que es ella, pero la perspectiva de que se haya vuelto una extraña para él lo lleva a una furia que teme no poder ya controlar.

—Pon tus manos alrededor de mi cuello —dice ella.

Está a punto de rechazarla por la sorpresa, pero está tan profundamente en ella que la muchacha domina fácilmente ese impulso. Permanece, a su vez, unos instantes inmóvil. Luego, sus manos, dóciles de pronto, obedientes, abandonan los finos muslos de largos músculos, la combada y exigente espalda, los lomos con movimientos de danza. Acarician su cuello, y luego se unen dedo tras dedo formando un collar. Siente que su carne palpita como un pájaro frágil, mientras los movimientos de su cuerpo se aceleran hasta el frenesí. Aprieta hasta que siente que la asfixia —pero su cuerpo sigue agitándose, sobre el suyo, como un mar de olas—, y en ese instante afloja su presión y suelta toda su cólera, y se derrama en ella mientras las lágrimas empiezan a brotar de sus ojos.

Anamaya pone sobre ambos una manta y apoya la cabeza en su cuello. Él no puede ya dejar de llorar, y ella lame su rostro con pequeños lengüetazos, como una gata. La calma vuelve a él, pese a tantas preguntas sin respuesta aún.

—No quería hacerte daño —dice él. Y luego, tras una pausa, añade—: Quería hacerte daño.

—Te estaba pidiendo las dos cosas: que no me hicieras daño, pero que me lo hicieras.

—¿Y?

—Sabes bien ambas cosas.

Ríen con abandono, casi con alivio.

—Es un mundo extraño —dice ella—. Una puerta que se abre como una grieta en medio de una *huaca* y una zambullida hasta el corazón de la tierra, y cuando está más oscuro, brota una luz y te deslumbra. Cuando vuelves a salir, estás vivo de nuevo; pero has cambiado, te has transformado. Algún día te llevaré.

—¿No es lo que acabas de hacer?

—No has visto nada aún.

Él silba entre dientes, y ella vuelve a reír.

—¿Dónde estamos?

—¿Eres acaso como los demás extranjeros, que no soportan los misterios y

quieren conocerlo todo, poseerlo todo?

—Tú parece conocer muy bien a esos extranjeros.

—Tú me lo has enseñado. Estamos en el único lugar de Cuzco donde podemos encontrarnos hoy sin el riesgo de que los tuyos o los míos nos hagan daño.

—Manco, ¿no es cierto?

—Manco no te hará daño. Pero me necesita a su lado y no debo hacer oídos sordos a las palabras de mi padre.

—¿Tu padre? Creía que...

—Mi padre Huayna Capac...

—Anamaya, no comprendo nada. Creía que estabas casada con ese rey...

—Casada con el Hermano-Doble, sí.

—¿Dónde está?

La siente ponerse rígida, escapar al cerco de sus brazos.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué me preguntas dónde está?

—Para protegerte de la avidez de los míos. Los jóvenes hermanos Pizarro, Dios los maldiga, se enteraron de la existencia de esa estatua de oro, y les parece ahora el más hermoso premio que pueda desearse en Cuzco, tal vez porque nadie la ha visto nunca... Y el colmo es que el gobernador me ha encargado que la encuentre.

—¿Y qué harías si la encontraras?

—Lo mismo que los demás, claro: ¡me apoderaría de ella, la haría fundir en hermosos lingotes y sería rico! ¿No es mi codicia lo que te sedujo?

—Dime lo que harías, seriamente.

—Te ayudaría a esconderla para escapar a su avidez, pues si yo la encuentro, sin duda también ellos lo lograrán.

Anamaya escapa y sus brazos, que se extienden para asirla, solo hallan el vacío. Su voz resuena en vano. Está desnudo. Tiene frío.

Luego, la luz de una antorcha ilumina débilmente la estancia donde se encuentra. Es redonda como un baptisterio, y sus ojos solo ven, primero, unas sombras que danzan: ella está desnuda también y su cuerpo flexible sigue atrayéndolo; en el centro, colocada sobre un zócalo, hay una estatua cuyo oro lanza brillos rojizos bajo el fuego de la antorcha. Está sentado en su trono, en la posición en que Gabriel ha visto a las momias. Es absolutamente perfecto, salvo su nariz, a la que le falta un pedazo.

Gabriel se estremece, pero no es ya el frío. Apenas han tenido tiempo de salir de los juegos del amor, de gozar de ese delicioso abandono que se les ha negado tanto tiempo...

—¿No es una falta grave, tanto entre los tuyos como entre los míos, no obedecer las órdenes recibidas?

—Sí. Pero cuando la obediencia es solo el pretexto para la codicia de algunos, es preferible, incluso, lo que llaman traición.

—Tal vez estés poniendo palabras muy nobles tras un simple sentimiento...

—Es ese mismo sentimiento lo que pone nobleza en mí.

—Correrás grandes peligros, Gabriel.

—Esconde esta estatua, esta misma noche.

—No debemos permanecer más tiempo juntos. Debes confiar en mí, sean cuales sean las pruebas; tal vez, los signos contrarios. Debes confiar en mí sin verme, incluso contra lo que parece evidente a veces...

—¿Qué quiere decir eso?

La voz de Anamaya se aleja ya cuando él quisiera tocarla por última vez, dejar en su brazo sus huellas, sentir la fugaz caricia de sus labios.

—Confía en mí como yo he confiado en ti. Estaré allí, Gabriel, cuando sea necesario. Cierra los ojos.

Él obedece, crispando todo su cuerpo para no escuchar el instinto que le atraviesa. Llevársela. Desafiar a Pizarro, a Manco, a los hermanos... Pero su voz le persigue en un dulce eco: «Confía en mí como yo he confiado en ti».

Cuando abre por fin los ojos, solo ve la mirada de rana del enano. Ni siquiera se vuelve hacia el Hermano-Doble de oro mientras se meten por el pasaje. Se siente vacío y débil.

Cuando sale a la noche, se dirige a la terraza de Colcampata. Busca las estrellas y ve las sombras negras en la Vía Láctea, allí donde cierta noche, tras la muerte de Atahualpa, ella le mostró los animales que se ocultaban en la luz: el perro, la llama, el cóndor...

De pronto, en medio de la confusión celestial, ve con una claridad que supera lo natural a un felino que lo mira, con las patas levantadas y las fauces abiertas.

El puma.

Camina sin temor hacia la plaza.

## TEMPLO DE POQUEKANCHA, 20 DE DICIEMBRE DE 1533

En la humedad de la niebla que juega con sus siluetas, a Anamaya le cuesta a veces distinguir las dos sombras que la preceden, las tan distintas sombras de Villa Oma y de Katari. La bruma alarga desmesuradamente el enteco cuerpo del sabio, mientras que parece aplastar la masa ya compacta del joven kolla.

No dicen palabra alguna.

Están solo a poca distancia de Cuzco, pero el tiempo es tan malo que igual podrían estar perdidos en la montaña, en el corazón de la más salvaje cordillera. El sabio los guía por un estrecho sendero, flanqueado, a uno y otro lado, por un pequeño murete, hacia el templo donde Manco se retiró hace tres días para realizar el ayuno ritual antes de recibir la *mascapaicha*.

Al volverse ven las casas, la ciudad y todo el valle como devorados por la bruma. Sin embargo, los juegos de luz atraviesan el cielo y mandan a su encuentro sombras de rocas, de animales, de guerreros, de las que el viento, que a veces se levanta en fuertes ráfagas, hace brotar indistintos gritos.

¿Qué quiere Viracocha?

Finalmente, la masa del templo se dibuja ante ellos, con su vasta explanada y sus bloques regulares, cuya perfección se acerca a la del Coricancha. Está rodeado de terrazas de maíz, en bancales cuya anchura corresponde exactamente a la anchura de los muros.

Cuando Villa Oma se presenta a los guardias que velan en la única entrada practicada en el muro, Anamaya se vuelve y se deja conmover por la armonía del lugar. Majestuoso y casi desapareciendo, la imagen de su mundo nunca ha estado tan cerca de la del Otro Mundo...

La niebla pesa también en el patio del templo. Parece ascender del cielo, sembrado de lentejuelas de plata leves como plumas de colibrí, y ahoga el chapoteo regular de la fuente de donde brota una sapiente red de regueros.

Manco está solo en la entrada de la habitación.

Al día siguiente se pondrá la vestidura del inca, con un *unku* de ceremonia que cien vírgenes han tejido, en el *acllahuasi*, para que cada una de sus fibras resplandezca de oro y de color, con un collar hecho de miles de *chaquiras*, con el *llautu* y el *curinginga*, los pesados tapones de oro, el pectoral... Pero de momento solo lleva un sencillo *unku* blanco, con sandalias de paja, y está sentado en su *tiana*, con los ojos vueltos hacia el cielo opalescente.

Anamaya, Katari y Villa Oma se colocan ante él, silenciosamente, con la cabeza algo inclinada. Sus ojos abandonan el cielo y se posan en ellos. Esboza una sonrisa que no aligera sus tensos rasgos.

—Diríase que el Hijo del Sol está en plena niebla —dice Katari.

Anamaya se sorprende, y Villa Oma está a punto de atragantarse. Hay un instante de silencio y, luego, la risa se apodera de Manco, una risa que le sacude por completo y le hace toser. El rostro de Katari se ilumina, y Anamaya se abandona también, mientras el sabio de la boca verde permanece impassible, severo, desaprobador.

—El Hijo del Sol en plena niebla... Solo a ti, Katari, puedo perdonar esta impiedad. ¿No es cierto, sabio Villa Oma?

El sacerdote no responde, pero su desaprobación es palpable.

Anamaya le ha encontrado más silencioso y sombrío que nunca, como si una cólera profunda trabajara sus entrañas.

—Venid conmigo —dice Manco.

Los lleva a una de las estancias que rodean el patio. A diferencia de lo que ha ocurrido en muchos templos, este no ha sido desvalijado aún, y no solo su friso de oro corre por lo alto del muro, justo por debajo del fino armazón que sostiene el techo de *ichu*, sino que hay también gruesas placas de oro, en las que, con una sola línea de punzón, se han dibujado figuras de animales. También en las hornacinas los ídolos están aún presentes, estatuas de los dioses cuyos ojos de piedras preciosas —turquesas y esmeraldas— les miran desde todos los rincones de la sala.

Y, sobre todo, están las pinturas.

Anamaya se queda sin aliento. Están en paneles de madera distribuidos por los muros de la estancia. Sin haberlos visto nunca, reconoce en un abrir y cerrar de ojos los más célebres episodios de la historia de los incas: la fundación de Cuzco por Manco Capac, la construcción del Coricancha por Pachacutec, la batalla contra los chancas... Está fascinada, y sus ojos no pueden detenerse en una sola escena. Todo es tan presente, tan poderoso, los colores son tan vivos, los personajes tan próximos a este mundo que es posible preguntarse si el pintor no estará allí, en alguna parte, oculto entre ellos.

Incluso Villa Oma parece impresionado por la solemnidad del lugar. Toda la leyenda del mundo inca ha sido pintada aquí, con imágenes sencillas y fuertes, más fuertes que las palabras, más duraderas que el viento y el estruendo de las armas. De pronto recibe como un golpe en el pecho.

En una de las pinturas descubre el rostro indescifrable, agrietado como una vieja madera, del gran Huayna Capac, con la fulgurante claridad de una visión. Está tendido en una estera, con el cuerpo oculto por las mantas de lana y de pluma que le protegen del frío que le domina. Y a su lado, con el rostro medio oculto en la sombra, una niña mira, con sus ojos azules, tímidos y aterrorizados, mientras la mano del viejo rey se ha posado en ella.

Manco observa a Anamaya, cuyos ojos se llenan de lágrimas. Ella no puede ignorar el papel que ha desempeñado en el Imperio desde la muerte de Huayna Capac. Pero nada mejor que esta pintura puede hacer que sienta hasta qué punto ha entrado, ahora, en su leyenda.

—Mañana —dice lentamente Manco— será un gran día para los incas...

Los ojos de Anamaya abandonan la pintura y se clavan en el noble rostro de su amigo, en su perfil de águila, en sus ojos sombríos, que vibran con una energía vital sin límites.

—Sin embargo, el mañana —prosigue con la misma solemnidad— está preñado de peligros. El ayuno me ha liberado de muchas preocupaciones inútiles, pero no ha disipado todas las confusiones. Os necesito para ver claro.

Su mirada se dirige a Villa Oma, que no parpadea, y luego, a Katari, iluminado por una imperceptible sonrisa.

Se detiene, por fin, en Anamaya y no se aparta ya de ella.

A pocos días de la Navidad, don Francisco Pizarro da por fin la orden de que se desmonten las tiendas de la plaza y los hombres vuelvan a sus cuarteles. Gabriel se aloja con él —y no en el otro lado de la plaza, con la gran mayoría de los hombres— en el palacio de la Cassana. Está solo en una habitación de modestas dimensiones, alegrándose del único lujo que se le ofrece: una abertura que da al exterior, un pequeño trapecio de luz que no ha sido, como los demás, cubierto con papel aceitado. De ese modo puede contemplar, a cualquier hora, el espectáculo de la calle, el río coloreado de hombres, que coincide con el curso del Huatanay.

—¿Gabriel?

En la penumbra adivina la silueta de Bartolomé, y apenas contiene la inquietud sin causa que le oprime.

—¿Bueno?

El monje se acerca a él, le sonrío sin hablar, le roza. Se aposta ante la ventana y mira, a su vez, el movimiento de la calle.

—Espera —dice con ligereza.

—¿Qué espera?

—Lo que esperan los hombres. Paz, alimento, los muslos de una mujer... y los nuestros, oro, plata, y toda esa clase de cosas.

—Es cierto. El gobernador ha prometido que el reparto comenzaría inmediatamente después de la coronación.

—Lo dices sin alegría.

—Ya sabes que el oro me resulta indiferente, y la plata, y toda esa clase de cosas...

Bartolomé lo contempla con curiosidad.

—Entonces, solo puedes estar aquí por una razón.

—¿Cuál?

—La misma que yo: la mayor gloria de Dios.

Algo vibra en los ojos de Bartolomé y hace que ambos hombres suelten una carcajada.

—A fe mía, hermano, dadas las circunstancias en las que nos conocimos, me parece muy caritativo que me supongas cierto celo religioso.

—¿Me equivoco?

Gabriel contiene la ironía; hace una mueca.

—Eso es cosa tuya. ¿Has venido para pedirme ayuda en la preparación de la misa?

—No, amigo. Bien sabes que, para eso, el reverendo padre Valverde es irremplazable en su oficio. Ha dedicado ya el palacio que le atribuyó el gobernador a Nuestra Señora de la Concepción, tras haber expulsado de él a no sé cuántos demonios, que huyeron aullando solo con verlo.

—¿Estará edificada la iglesia en Navidad?

—Sin duda, no. Pero solo porque no creemos lo bastante en los milagros...

—¿Tú no pensarás que yo puedo hacer uno, verdad?

—Quisiera que dejaras de sentirte receloso, Gabriel, y confiaras en mí. Estás en un mal paso y puedo ayudarte. Ven.

Ambos hombres atraviesan el vasto patio, donde unos soldados con armadura patrullan día y noche. Aquí, en el propio seno del palacio del gobernador, terminan los tesoros arrancados de los palacios y los templos, bajo la supervisión del tesorero, a la espera de ser fundidos, de que se sustraiga el quinto real y sean, por fin, repartidos.

Salen a la plaza, que, con la desaparición de la ciudad de tiendas, ha recuperado su aspecto normal, y Bartolomé lleva a Gabriel hacia la fuente central. Tras la espesa niebla del alba, el cielo se ha abierto y un cálido sol les ilumina.

—Te vieron —dice Bartolomé.

—¿No puedes hablarme en cristiano para que lo comprenda?

Bartolomé levanta sus dos dedos unidos en una señal apaciguadora.

—Hace unos días fuiste conducido de noche, por uno de los suyos, hasta uno de sus templos. Luego, perdóname la expresión, *desapareciste por una pared* para reaparecer horas más tarde.

—¿Y qué? —desafía Gabriel.

Bartolomé hace una pausa.

—Puedes responderme como quieras, pero no estoy seguro de que respondas del mismo modo al gobernador.

Gabriel palidece.

—Creo tener una idea precisa de con quién te viste aquella noche y, créeme, no puedo condenarte, pienses lo que pienses.

Gabriel escruta la frente lampiña del monje y sus ojos grises para encontrar la trampa. Solo ve arrugas de una sincera preocupación.

—Tu problema es que los hermanos Pizarro piensan de otro modo. Y tu problema es, también, que están convenciendo al gobernador de que tienen razón.

—¿Y qué piensan esos dos perros?



—Piensan que has encontrado la famosa estatua de oro que el gobernador te ordenó buscar, y que la has puesto a buen recaudo para asegurarte solo el beneficio.

Gabriel siente que el suelo cede bajo sus pies. Bartolomé clava en los suyos sus ojos grises.

—En nombre de Dios, ¿es mi cristiano lo bastante claro para ti, ahora?

La discusión es larga, áspera, difícil. Con frecuencia son Manco y Villa Oma quienes se oponen, ante la mirada de Katari. Anamaya mira el panel que representa la muerte de Huayna Capac con la extraña sensación de sumirse en sus propios recuerdos.

—Tenemos que hacer la guerra ahora —martillea Villa Oma—. No debemos cometer de nuevo el error de tu hermano Atahuallpa. Hay que destruirlos cuando aún podemos hacerlo. Debemos reunir tropas en todos los pueblos. Llamar a tu hermano Paullu; tal vez, incluso, entenderse con Quizquiz y Guaypar...

Manco ruge.

—A esos dos los perseguiría hasta el Otro Mundo si fuera necesario... Ya los he perseguido y puesto en fuga...

—¡Con la ayuda de los extranjeros! ¿Crees en sus falsas sonrisas, en sus buenas palabras? ¿Realmente crees lo que te dicen para adormecerte, que vas a reinar bajo su rey, hacer que vivan tus dioses bajo su Dios? Les servirás como un esclavo...

—¡Villa Oma!

—Vas demasiado lejos, sabio —interviene Anamaya.

—No acuso a Manco de ser un cobarde —se encoleriza Villa Oma—, digo simplemente que conocemos a los extranjeros, sabemos que solo quieren despojarnos, tomar nuestra plata después de nuestro oro, nuestras esmeraldas después de nuestras turquesas, y destruir nuestros templos... ¿Qué más necesitamos? ¿Cuánto tiempo debemos esperar para preparar la revuelta?

—No estamos listos, sabio Villa Oma —dice simplemente Anamaya, cerrando la boca con un gesto a Manco—. Eso es todo.

El sabio contempla a la muchacha a la que enseñó, hace muchas lunas, los ritos del mundo inca. Una triste sonrisa se enciende en su rostro gris, surcado por las arrugas.

—Mucho has cambiado, joven Anamaya.

—He escuchado —dice ella— y he aprendido. Conozco a los extranjeros —aparta la mirada de Manco al decirlo— y conozco sus intenciones. Pero el mensaje de nuestro padre Huayna Capac es que Manco debe reinar... Su reinado comenzará como el reinado de la serpiente, que se desliza entre las piedras, se esfuma entre las hojas, y no como el del cóndor, que es dueño de los cielos.

Manco se vuelve hacia Katari.

—¿Qué te parece?

El joven agita sus largos cabellos.

—Anamaya tiene razón.

—¿Y tú, Villa Oma?

El sabio no responde, pero inclina imperceptiblemente la cabeza, admitiendo la derrota; al menos, de momento.

—¿Está en lugar seguro el Hermano-Doble?

La pregunta de Manco brota como una acusación.

—Ha abandonado Colcampata y Cuzco, y se dirige hacia una nueva morada secreta —dice sencillamente Anamaya.

—¿También esta le será designada al extranjero?

Anamaya no se pregunta cómo lo sabe, pero la vergüenza la hace palidecer.

—No.

Katari y Villa Oma permanecen silenciosos. El sabio tiene la mirada severa, despectiva, de los días malos. Anamaya siente que una bocanada de rebeldía nace en ella, pero Katari interviene a tiempo.

—Te equivocas, Manco.

El joven inca vacila por unos instantes. Su confianza en Katari es infinita, pero en él se agitan unos confusos sentimientos.

—La *Coya Camaquen* siempre ha servido al Imperio —dice Villa Oma.

Las palabras se han dicho con la habitual rudeza del sabio, pero Anamaya siente que hacen efecto. Manco le toca el hombro con un movimiento furtivo.

—Te necesito, Anamaya. El Imperio de las Cuatro Direcciones te necesita.

Su voz es tan tímida de pronto, que Anamaya se conmueve. Vuelve a ver al adolescente paralizado ante la serpiente y a quien tuvo que abrir el camino.

—Todo está dispuesto para la *capa cocha*.

Anamaya se hiela y levanta los ojos hacia el sabio, que acaba de silbar esas palabras entre sus labios verdes.

—¡Es imposible! —exclama, volviéndose hacia Manco, que permanece impasible.

—¿Imposible? —ríe, sarcástico, el sabio—. De todas las direcciones del Imperio llegan ya los hijos de las más nobles familias para recibir el honor de ser sacrificados a la gloria del Hijo del Sol.

—Los extranjeros nunca lo aceptarán —declara con sequedad Anamaya.

—¡Los extranjeros!

Ahora le toca a Villa Oma poner a Manco por testigo, pero el joven inca sigue sin manifestar signo alguno.

—¿Quiénes son los extranjeros —gruñe Villa Oma— para cambiar las tradiciones que han reinado entre los incas desde la fundación del Imperio? ¿Quiénes son para dictarnos sus leyes y sus dioses?

Anamaya mira al sabio y, en lugar de su cólera, inexplicablemente siente una soberana calma.

—Te equivocas, sabio.

Durante todo el altercado entre la muchacha y el sacerdote, Katari no ha abierto la boca, no se ha movido más que Manco; pero, al decir las últimas palabras, acaba de ponerse sencillamente del lado de Anamaya. Sus largos cabellos barren los hombros de la *Coya Camaquen*.

Villa Oma escupe de desprecio.

—¿Bueno, Manco?

Anamaya ha puesto toda la suavidad posible en su voz, pero no ha podido contener un temblor. La imagen ha pasado ante sus ojos como un relámpago, la de la niña salvada por el cóndor, hace ya muchas lunas, en la cima de la montaña que domina la ciudad secreta.

Manco aparta los ojos.

—Los extranjeros no deben ver nada —dice—. Pero...

—¿Pero?

—Pero mi reinado no puede empezar sin la *capa cocha*.

Anamaya no responde. Intenta mirarlo, pero él aparta obstinadamente el rostro. Contiene las palabras de despecho y asco que acuden a su boca.

La expresión *capa cocha* resuena en su cabeza como un eco terrible enviado a una estrecha cuna de montañas.

Mientras abandonan el templo bajo un cielo por fin azul, el eco no ha dejado de resonar en ella.

La gran sala de la Cassana está llena de gente: los caciques locales, con sus túnicas de colores y sus discos de oro en las orejas, y no lejos vagabundean unos soldados, algunos con ganas de obtener una ventaja, de fomentar una traición, y otros buscando informaciones para el sabio Villa Oma o para Manco. Algunos quieren ambas cosas a la vez, y Gabriel, al atravesar esa multitud, recuerda como un relámpago el patio de Toledo, aquel nudo de ambiciones y mediocridades. Naturaleza humana...

—¿Bueno, hijo mío?

En vísperas de su triunfo (pues es la coronación del inca pero, también, la victoria de Pizarro), el gobernador parece relajarse por fin. No se pone ya la armadura ni la cota de malla, ni un chaleco carmesí ha aparecido —¡increíble audacia!— en su eterno atavío negro. Incluso la gorguera blanca tiene aspecto primaveral, y las plumas en el sombrero se agitan como si pertenecieran todavía a un pájaro.

Don Francisco se aparta del grupito que le rodea, donde Gabriel descubre en seguida la mirada hostil de los hermanos y las sonrisas de De Soto y de Pedro de Candia, para acercarse a él.

—No os he visto mucho estos últimos tiempos.

—Don Francisco, debo hablaros.

—Eso creo, en efecto.

El rostro amistoso y paternal no ha cambiado, pero Gabriel adivina el matiz de la amenaza en su voz. Agradece silenciosamente a Bartolomé que le haya avisado. Pizarro toma a Gabriel del brazo y lo lleva hacia el grupo, a pesar de su reticencia.

—Gabriel quiere hablarnos —dice en tono satisfecho.

—He dicho que quería hablar con vos.

—¿Qué significa eso? ¿Los oídos de mis hermanos son demasiado tiernos? ¿Demasiado anchos los del capitán De Soto?

Gabriel no se engaña; las frases, bajo su barniz agradable, prometen una severa lección. De Soto levanta una mano apaciguadora y se inclina antes de desaparecer sin decir palabra y dar media vuelta. Candia quiere hacer otro tanto, pero con una mirada Gabriel le pide al amigo que se quede a su lado.

—Solo los traidores y los ladrones se andan con semejantes misterios —silba Gonzalo.

Gabriel se ruboriza bajo el insulto y lleva la mano al pomo de su espada.

—Callaos, Gonzalo. Si no fuerais el hermano del gobernador, os habría hecho comer ya vuestros bucles de angelote del diablo.

—¡Os conozco, bastardo! Mi hermano Hernando me habló de vos y os dije que desconfiarais...

Gabriel lanza a don Francisco una mirada de soslayo. La palabra bastardo no le ha hecho ni siquiera parpadear. Tiene el mismo aspecto de estar gozando curiosamente de la situación. A su alrededor han cesado las conversaciones y se ha formado un círculo. A la espera del enfrentamiento, se desnudan los colmillos. Gabriel divisa el rostro de Sebastián, que le mira con amistad y una pizca de inquietud.

—Voy a daros un correctivo, mocososo, y no tendré con vos la clemencia que tuve con él...

—Lo sé todo de vos, majadero. Tendré vuestra espada y vuestros cojones. Tendré la estatua de oro que habéis guardado para vos. Y luego tendré la mujer de ojos azules; le abriré los muslos para enseñarle qué es un caballero de verdad.

Sin aguardar a que termine la frase, Gabriel se lanza sobre Gonzalo. De un solo puñetazo le parte la ceja, de la que brota un hilillo de sangre.

—¡Basta!

La orden de Pizarro restalla, pero Gonzalo quiere combatir tanto como Gabriel, y son necesarios dos o tres hombres y su hermano Juan para sujetarlo. Nada hay ya de primavera en la negra mirada de Pizarro cuando se vuelve hacia Gabriel.

Gabriel siente su respiración como una forja en su pecho. Desafía con la mirada al gobernador, su señor.

—Don Gabriel, ¿dejaréis algún día de hacer niñerías? Tenéis en vuestras manos toda la felicidad: mi amistad, mi confianza y el respeto de quienes os han visto combatir. ¿Por qué os empeñáis en perderlo todo? —gruñe Pizarro—. ¿Qué importan las riñas de un hombre al que ni siquiera estimo, aunque se trate de mi hermano?

¿Acaso yo, el gobernador, le busco querrela por sus baboseos?

Con un seco movimiento, Gabriel se suelta y mira a Gonzalo, que se limpia como puede la sangre que mana de su ceja.

—Tenéis razón, señor. ¡Es inútil tanto baboseo! Seguidme, puesto que tanto queréis saber dónde guardo mi tesoro.

Cuando da un paso, todos hacen ademán de seguirlo. Se detiene, señalando con el dedo a los hermanos del gobernador.

—¡No, vosotros no! Don Francisco, Candia y Sebastián, ni uno más.

Da media vuelta sin esperar que asientan o le contradigan. Pizarro no demuestra asombro alguno. Ignora las furiosas protestas de sus hermanos y, dirigiéndole un guiño a Candia, le sigue los pasos a Gabriel...

Cae la noche.

No se han dicho ni una sola palabra Pizarro y Gabriel desde que tomaron el camino de Colcampata; han entrado solos en el pasaje.

En la explanada esperan Sebastián y Pedro de Candia, que guardan también silencio.

—¿Bueno? —dice el Griego.

Primero, Sebastián no responde.

—Espero —dice luego.

El Griego masca un pedazo de mecha y acaba escupiéndolo.

Cuando Pizarro y Gabriel salen por fin del pasaje, los dos gigantes —el negro y el blanco— se vuelven hacia ellos con una pregunta en los ojos. Los rostros de Gabriel y de Pizarro son impenetrables. Candia es el primero que no puede contener su impaciencia.

—¿Bueno, Gabriel?

Gabriel le indica a Pizarro.

—No hay nada —dice el gobernador—. Solo unos peldaños imposibles que dan a un pasaje tabicado, algunas ratas y serpientes.

—¿Y la estatua?

—No hay estatua.

Los dos amigos retienen el suspiro de alivio que les nace en el pecho.

—Dejadnos —dice Pizarro.

Candia y Sebastián se alejan. El silencio entre el gobernador y su protegido sigue sin romperse. Gabriel extravía su mirada por las lejanas montañas, doradas por el ocaso.

—No os reprocho que me hayáis desobedecido al verla —dice con dulzura Pizarro.

Gabriel se vuelve hacia él sin contestar.

—Tal vez ni siquiera os reproche que me mintáis sobre esa estatua. Castigo a los ladrones que agarro, pero sé muy bien que si hubiera apartado a los ladrones y los mentirosos de mi ejército, me habría marchado solo...

Se interrumpe con una risita seca.

—Tal vez ni yo mismo habría partido.

Pasa una sonrisa por el rostro de Gabriel.

—A fin de cuentas, no os reprocho nada. Solo estoy un poco apenado. No me gusta nadie en este ejército, lo sabéis. Es decir, me gustan cuando los veo juntos, cuando les hablo, cuando combaten, cuando oigo sus voces unidas en la oración. Pero los individuos...

Pasa por sus labios un silbido despectivo.

—Ladrones y mentirosos, hipócritas, borrachos, criminales, todos o casi todos, y mis hermanos los primeros. ¿Creéis acaso que no lo sé?

Gabriel inclina la cabeza.

—Pero a vos —dice Pizarro con cierta pasión, aunque sin mirarlo— os reconocí, os elegí y os... adopté.

La palabra casi sobresalta a Gabriel, que sigue sin abrir la boca. Pero en el fondo de sus tripas, la bola de hostilidad acumulada comienza a fundirse.

—Y que me mintáis, que me ocultéis algo, eso me..., eso me...

Mueve sus manos finas y blancas como para dibujar en el aire la palabra que no encuentra.

—¡Mirad, don Francisco!

Con cierto retraso, los ojos de Pizarro siguen la dirección indicada por el brazo de Gabriel.

—¡Y aquí! ¡Y allá!

El brazo de Gabriel se mueve como la aguja enloquecida de una brújula. Lo que los dos hombres descubren en el crepúsculo son columnas enteras, que, llegando de todas direcciones a la vez, convergen lentamente hacia Cuzco, dibujando en todo el espacio de las montañas y el valle una especie de inmensa rosa de los vientos humana.

—¿Qué es eso? —pregunta, estupefacto, el gobernador—. ¿Un ejército? Nunca se había visto un ejército avanzando en ese orden...

—Ni con perros, llamas, mujeres, niños...

—¿Qué es, entonces?

Gabriel deja que su hombro toque el de Pizarro.

—Es asombroso, don Francisco.

Los dos hombres se sumen de nuevo en el silencio, roto finalmente por Pizarro.

—Habéis encontrado la palabra, hijo —dice con su voz de bajo—. Que vos me ocultéis algo es también asombroso.

## CUZCO, 25 DE DICIEMBRE DE 1533

El profundo sonido de las trompas llena todo el valle. Nadie sabe si unos invisibles músicos se responden de ladera en ladera, o si, sencillamente, el eco de las montañas no acaba de repetirse. A cada tenue nota, acunada por el movimiento de los portadores, Anamaya se deja dominar por la emoción, alegre y grave, de la fiesta.

Al salir del Coricancha, Villa Oma se ha estremecido de placer cuando Manco le ha ordenado ocupar el lugar de honor, justo detrás de él y junto a la litera del cuerpo seco de su padre Huayna Capac.

Por la mañana, Anamaya le ha susurrado a Manco la idea: que la presencia de su padre en el Otro Mundo y la del gran sabio Villa Oma, el fiel de Atahuallpa, demuestren que la coronación del decimotercer inca no representa la victoria de un clan sobre otro.

Anamaya recuerda, casi divertida, el rostro de Villa Oma cuando ella ha insinuado la idea. Por el tiempo de un aleteo, el rostro del sabio ha estado a punto de caer en el furor: ¡cómo se atrevía, una vez más, a hablar como si dirigiera el Imperio! Luego, la verdad ha golpeado su frente, y sus ojos se han clavado en los suyos con un modesto respeto: «La *Coya Camaquen* tiene razón», ha admitido sencillamente, aceptando una vez más (¡demasiadas veces ya!) que por mucho que se hubiera convertido en la segunda persona del Imperio, la sombra de esta extraña mujer tenía más peso que él en las decisiones del Único Señor.

Anamaya incluso ha conseguido que a su lado, en la procesión, el sitio permanezca vacío: ahí debería estar el Hermano-Doble, pero el frenesí de los extranjeros y su falta de escrúpulos hacen imposible seguir la tradición. En cuanto terminara la coronación serían capaces de apoderarse del Hermano-Doble y mandarlo a que lo fundieran en el palacio del gobernador.

Con solo pensarlo, siente su corazón en un puño y, más que nunca, la aceptación de su destino le da serenidad.

En el lento ascenso desde el Coricancha hacia la plaza Aucaypata, la multitud se hace más densa y la procesión va más despacio. Anamaya oye los cantos y las danzas, pero también, y sobre todo cada vez más, el clamor de la muchedumbre que reconoce al inca. ¿A Manco? ¿A su padre? Sin vanidad, Anamaya se siente orgullosa de que, por una vez, la primera desde hace lunas y lunas, la pasión de casi todas las tribus indias pueda volverse hacia una sola y misma dirección.

La guerra que Quizquiz y Guaypar se empeñan en hacer en el norte parece pertenecer a otro tiempo, a un tiempo que se aleja y se contrae, a otro mundo. Curiosamente, el rostro de Guaypar aparece a menudo en sus sueños y está siempre sobre ella, impasible y severo, con ese aire de amenaza y desafío, esa cólera que vibra

en sus ojos; pero, con el tiempo, los rasgos se hacen más difusos y a veces se borran, como el agua hace desaparecer los trazos en la arena.

Anamaya siente en su cuerpo, a modo de una caricia, el desenfreno de los tambores, el movimiento que arrastra a la muchedumbre como una ola que rompe en todo el valle.

Luego, su frente se oscurece de pronto y debe cerrar los ojos bajo el choque de dolor que taladra su cráneo.

Gabriel.

En las ricas colgaduras de color que la protegen, en los almohadones de plumas, en la concha marina de su litera que flota, llevada por el océano de los hombres, no encuentra ya belleza, ni paz, ni forma alguna de esperanza; solo una agitación que la llena de una inquieta fiebre.

—Gabriel.

Murmura su nombre; lo repite en voz cada vez más alta.

Y en el momento en que la procesión desemboca en la plaza Aucaypata, entre un estruendo donde es imposible distinguir los gritos, los cantos, los tambores y las trompas, aúlla su nombre con toda la potencia de su pecho.

Mientras ha durado la misa, Gabriel no ha apartado los ojos de Bartolomé, que oficia junto al obispo Valverde. Aunque abra el libro santo para él, aunque le tienda el cáliz, por muy profundas que sean su discreción y su humildad, no es posible dejar de observar su autoridad en la tranquila precisión de sus gestos tanto como en la luz que emana de sus ojos grises.

Hay una curiosa mezcla de recogimiento y excitación en la gran sala de la Cassana, transformada de momento en nave de iglesia. En los preparativos, Gabriel ha visto a unos soldados que llevaban dos llamas de oro: cubiertas con una tabla, y luego con un púdico mantel blanco, hacen un altar muy presentable. El bachiller de ideas libres no puede impedirle pensar, con una sonrisa, que el becerro de oro se pasea también por el fin del mundo.

Se han reunido todos los españoles, pero también muchos indios, aquellos que se han convertido ya, por miedo o por oportunismo, y los que han acudido, por una especie de curiosidad, para ver de cerca a qué dioses deben su fuerza los extranjeros.

En el fondo de la gran estancia, en la línea del improvisado altar, las primeras puertas y los primeros cerrojos de Cuzco se han fabricado para guardar la estancia del tesoro. Tras el oro, más oro y plata... En los muros se han encendido decenas de antorchas, que dan la imagen de la iluminación de una catedral de España. A la derecha del altar, la única imagen religiosa del lugar es una Virgen pintada sobre madera, la misma que Pizarro tenía ya en Cajamarca y que le sigue por todas partes.

Los ojos de los hombres brillan también. Se sienten felices cantando salmos, cuyas palabras murmuran entre labios, sin comprender ni un ápice. Y ruegan con un



fervor único que Dios les conceda una buena, una gran parte de esos jodidos tesoros que resbalan entre sus manos desde hace tantos días para que el gobernador —¡paz para su grandeza!— siga diciendo: «Mañana, mañana...». Pues bien, mañana comienza hoy.

Alonso dice que sus merecimientos son mayores que los de Diego, y Cristóbal, el jinete, piensa que su parte debería ser el doble que la de Pedro, el infante. Sin embargo, por muy agarrados que estén a la codicia, al pasar por sus rostros iluminados por las llamas de las antorchas y el deseo, Gabriel comprende lo que Pizarro quiso decir al hablar de su admiración por ellos. Brutales y groseros, no cabe duda, pero llenos de valor, infatigables, animados por una fe de niños.

Cuando Valverde da la bendición final, la mirada de Gabriel busca a Pizarro. Toda la muchedumbre mira al obispo, pero don Francisco, en cambio, tiene los ojos clavados en la Virgen. Sin ver sus labios, Gabriel sabe que, una vez más, reza y le da gracias.

En aquel instante siente los ojos grises de Bartolomé posados en los suyos y se turba como si le hubieran cogido en falta, contento ante el pretexto de la oleada que se lleva a sus compañeros hacia la salida.

Con Pizarro a la cabeza, salen del palacio en alegre desorden, españoles e indios, hidalgos y yanaconas, ricos y pobres. Hendiendo la muchedumbre diez, cien veces más numerosa que ha venido a recibir al inca, se dirigen hacia el centro de la plaza. Gabriel se encuentra, sin haberlo querido, pocos pasos por detrás de don Francisco, apretado entre Candia y Sebastián.

El sol es magnífico, y el cielo de un azul puro, intenso y profundo. Todos ven a Manco con los atavíos del inca, sentado en su *tiana*, esperando al gobernador como un rey espera a un vasallo, y ven el conjunto de momias que han vuelto en su pedestal de oro, y ven al sacerdote Villa Oma y su larga silueta rígida y hostil, y ven los braseros que comienzan a humear y las jarras de *chicha*.

Gabriel ve todo eso, pero sus ojos deslumbrados siguen con obstinación una mariposa blanca extraviada en la ceremonia y que comienza a volar por encima de las cabezas de los poderosos antes de meterse en una espiral de humo.

Busca a Anamaya, pero no la encuentra.

—¿Recuerda vuestra gracia?

No necesita volverse para reconocer la voz. No necesita responder para dejar que afluyan los recuerdos. Siente en su boca el sabor agrio y delicioso de un bol de mal vino, ve el cartel La Jarra Libre y dos gigantes sentados a la mesa que aguardaban una aventura que llegó y los arrastró, a todos, más lejos de lo que nunca habían soñado.

De pronto siente una poderosa mano que busca la suya y la toma. Es la de Sebastián. Quisiera encontrar su mirada, pero el gigante negro se obstina en clavar los ojos enfrente, en el grupo de los señores incas.

Todo lo que consigue captar es una sonrisa oblicua, amistosa, cálida, mientras esa

mano machaca la suya.

La mirada de Bartolomé abarca en un solo movimiento a toda la asamblea de nobles incas: a Manco, claro está, en su *tiana* de oro, descansando sobre almohadones, con los pies tendidos sobre preciosos tejidos, pero también al sacerdote de largo rostro, cuyo banco es de plata, y a todos los caciques que se han colocado cada vez más abajo, en siales de estaño, luego de madera, luego de bambú y, por fin, de paja.

No puede evitar sentirse impresionado por la belleza que rezuma ese orden del mundo, sujeto a una armonía de colores y metales preciosos, y por la nobleza y la altivez de los rostros.

Justo ante él, Pizarro, con su traje de terciopelo de seda y la espada de ceremonia al costado, casi le parece alguien con el grosero aspecto de un funcionario de provincias. Se ha metido en unas ropas demasiado estrechas para él, y la gorguera de encaje blanco apenas disimula la delgadez de su cuello.

Sin embargo, nada de incierto hay en el tono de su voz cuando se dirige a Manco.

—Poderoso señor, hemos llegado hasta ti como amigos, conducidos por el verdadero Dios...

Mientras Felipillo traduce, Bartolomé busca entre los rostros indios el de su nuevo amigo. No lo ve, y la ausencia le provoca una sensación desagradable en su estómago.

—... Y como es ley entre nosotros, vais ahora a escuchar la lectura del requerimiento. Te pedimos que digas si lo has comprendido y lo aceptas, tú y los nobles de tu Consejo. Tras ello, seremos amigos para siempre y tendrás nuestra protección contra todos tus enemigos.

Manco inclina imperceptiblemente la cabeza en señal de comprensión, y Pizarro dirige un ademán a su secretario, Pedro Sancho de la Hoz.

Pedro es conocido entre los españoles por su voz agria y sin potencia. Es un misterio y un tema de chanzas, entre ellos, que Pizarro le haya elegido para leer las proclamas. ¿Para asegurarse de que nadie las oiga? ¿Para que los indios emprendan la huida antes de que termine la lectura? Las palabras son como piedras pesadas y majestuosas, pero la voz que las soporta las convierte en una especie de pequeños guijarros ridículos.

—De parte del emperador y rey don Carlos y de doña Juana, su madre, reyes de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca...

A cada nuevo nombre, la voz de Pedro intenta en vano hincharse, cargarse con todas esas provincias, con todos esos países...

—... condes de Rosellón y de Cerdeña, marqués de Oristán y de Gotia, archiduques de Austria, duques de Borgoña y de Brabante, condes de Flandes y del

Tirol, a vos, soberano de la gente bárbara del Perú, y a vuestros súbditos, os notificamos y os hacemos saber lo mejor que podemos que Dios Nuestro Señor, único y eterno, creó el cielo y la tierra.

La voz de Pedro no tiene mayor solemnidad que la de Felipillo, desagradable y ronca.

Bartolomé es presa de un deseo que le turba, pero al que le es difícil resistirse.

Tiene ganas de reír.

—... a causa de la gran multitud de generaciones aparecidas en los más de cinco mil años pasados desde que el mundo fue creado, ha sido necesario que algunos hombres vayan por un lado y otros por el otro, y que se dividan en numerosísimos reinos y provincias. De entre toda esta gente, Dios Nuestro Señor encargó a uno de ellos, que fue llamado san Pedro, que fuese el señor de todos los hombres del mundo...

Cuando los ojos de Bartolomé encuentran, por fin, los de Katari, advierte que el indio le observa, desde hace algún tiempo ya, con la sonrisa en los labios. No hay en ello burla, más bien una interrogación, un modo de preguntar: «Ya me dirás tú qué significan esas extrañas palabras...».

—Por consiguiente, y lo mejor que podemos, os rogamos y os invitamos a que comprendáis bien lo que acabamos de decir...

Interminable, el requerimiento se prolonga, y las expresiones *fe católica*, *maliciosos retrasos* y *majestades*, y la promesa de ayuda de Dios, rebotan en los muros de los palacios y corren con el agua de la fuente.

Varias veces, casi molesto, la mirada de Bartolomé se aparta de la de Katari. Pero cuando regresa, los ojos del indio siguen clavados en él, amistosos y llenos de duda.

—... pero si no lo hicieseis, os certificamos que, con la ayuda de Dios, os afrontaremos poderosamente y os haremos la guerra por todas partes. Os someteremos al yugo y a la obediencia de la Iglesia y de sus majestades; nos apoderaremos de vuestras personas, de vuestras mujeres y de vuestros hijos, y los convertiremos en esclavos; los venderemos como tales; tomaremos vuestros bienes y os causaremos todo el mal y todos los perjuicios que podamos, como a vasallos que no obedecen, que no quieren aceptar a su señor, se le resisten y se le oponen. Declaramos con fuerza que las muertes y los daños que de ello resultaran serían culpa vuestra y no de sus majestades, ni nuestra, ni de los caballeros que están con nosotros.

Durante la traducción, Bartolomé ve que el rostro de Katari se ensombrece y que su expresión cambia, hasta quedar llena de una profunda incredulidad. Cuando quiere, a su vez, mandarle un signo de amistad que limite la extremada violencia que se desprende de estas palabras, no encuentra ya la mirada de su amigo.

Pizarro se acerca a Manco y se inclina hacia él como para besarle, pero el inca no se mueve de su banco.

Mientras el abanderado tiende por dos veces el estandarte real, las trompetas

comienzan a sonar.

Manco se levanta por fin.

«No está aquí».

Mientras dura la ceremonia, Gabriel se siente perdido en la inmensa plaza, perdido entre los suyos, perdido ante los rostros impenetrables de los indios, mientras en sus oídos zumban las palabras del requerimiento.

Ella no está ahí, y es todo lo que puede pensar, sentir, ver, escuchar.

Su último abrazo es, en él, una especie de quemadura que no se extingue, un sufrimiento que no cesa, un deseo que le hace lamentar no haber sido más violento aún, más violento que lo que ella pedía, más violento que su miedo... ¿Violento? Se sorprende y se corrige: dulce más bien, de una infinita dulzura, con caricias por todo el cuerpo y esas pequeñas palabras que no tienen sentido alguno y que son, sin embargo, el mayor precio del amor.

A veces sopla la brisa y hace volar los faldones de las túnicas, los suntuosos adornos de plumas, los amplios abanicos...

A veces resuena una trompa en el valle...

A veces, un rayo de luz se posa en el ídolo del Sol que ha sido descubierto por el sacerdote Villa Oma, en el centro de la plaza, justo al lado de la fuente.

A veces cree sorprender un movimiento en la impasibilidad de las momias, que, una a una, majestuosas en sus sitiales de oro, rodeada cada una de ellas por una multitud y muchas riquezas, llegaron a la plaza, como si todo el pasado pudiera presidir el presente.

Pero Gabriel solo sabe una cosa: aquella a la que ama no está allí y su soledad es extrema, su sangre hierve de impotencia. Mira a Manco con una especie de frío odio, murmurando silenciosamente palabras de provocación y de desprecio, insultándole, retándolo a atroces duelos. Pero Manco no le mira, como no mira a Pedro Sancho de la Hoz en su declamación, como no mira a Felipillo: sus ojos no se apartan de Pizarro.

Cuando Manco se levanta, y Anamaya aparece por fin tras él, su boca se abre como para gritar y debe morderse los labios para no hacerlo.

Pizarro da un abrazo a cada uno de los señores incas, y un rumor, gritos y cantos comienzan a brotar de todas partes, de cada rincón de la plaza, y de las calles, y de los palacios, y de todo el valle, de las montañas y tal vez más allá.

Es una alegría, una alegría absurda, una esperanza de no se sabe qué, pero el temblor que se ha apoderado del cuerpo de Gabriel también está lleno de alegría y esperanza, aunque los celos actúen aún en sus miembros como un poderoso veneno.

La tierra entera se pone en movimiento para una fiesta que debe durar noches, días; una fiesta que debe tragarse todos los miedos y todas las guerras.

¿A quién coronan? ¿Quién triunfa?

¿Qué importa eso?

Todo comienza a danzar.

Gabriel y Anamaya están inmóviles, frente a frente, solos y juntos. No saben nada, pero su amor, en cambio, lo sabe todo.

## CUZCO, ENERO DE 1534

Las noches se siguen y se parecen. Están llenas de gritos y cantos, de borracheras y festines. En la Aucaypata, como en las demás plazas de la ciudad, como en los palacios y las *canchas* más alejadas, las jarras de *chicha* se vacían y vuelven a llenarse en un incesante baile, y las hogueras arden de la mañana a la noche: alimentan a los vivos y a los muertos. A fuerza de ver a las momias saliendo de los templos y los palacios, y dirigiéndose a la plaza, sentadas en sus sitiales de oro, rodeadas, asistidas, se acaba escuchando el murmullo de sus voces, el eco de su antiguo poder.

Incluso Gabriel las oye.

Las momias hablan de la leyenda del Imperio, de combates furiosos, de dioses que se muestran, de enemigos vencidos; hablan del Sol y del Rayo, de la soledad de las montañas, donde el aire es raro y solo el cóndor se muestra. Desde el día de la coronación, no ha vuelto a ver a Anamaya y arrastra en esta fiesta perpetua una frustración que se convierte en mala bilis y le agria el humor.

En la Cassana, los conciliábulos entre el gobernador, sus hermanos, De Soto y Almagro apestan el aire de la mañana a la noche. En realidad no importa, pues no es ya bienvenido. Desde el asunto de la estatua desaparecida, el propio don Francisco le evita con tenacidad. Su traición lo convierte en un paria, por así decirlo, muy feliz: no tiene ningunas ganas de compartir los ridículos festejos. Pero le es necesario ocupar sus jornadas para, por lo menos, no sumirse en la desesperación a la que le arroja la ausencia de Anamaya. Entonces, va y viene, recorre esa ciudad tan extraña, reservando su sonrisa para los niños y las ancianas, como el extranjero que es, incluso para sus propios amigos.

—¡Gabriel!

La voz le sobresalta y se lleva instintivamente la mano al costado.

—¡Hola!

—Caramba, amigo, sé que te enseñé bien el arte del ataque y de la finta, pero no quiero sufrir sus consecuencias, salvo si es absolutamente necesario.

En vez de dos sombras amenazadoras, Gabriel ve por fin las siluetas inmensas, pero amistosas, de Pedro y Sebastián.

—Perdonadme, amigos míos, intentaba...

—... evitarnos. ¡Por la Virgen, si solo haces eso!

El Griego le riñe amistosamente, pero ni siquiera su amplia sonrisa y su benevolencia le caldean.

—Hemos buscado un remedio para tu languidez —prosigue Sebastián— y creemos haberlo encontrado...

Pese a su mal humor, Gabriel no puede contener por completo su curiosidad.  
—¿Y qué es ese poderoso antídoto? ¿Simiente de cóndor? ¿Cagarrutas de llama?  
—¡Mucho mejor que eso! Vamos, deja de refunfuñar y síguenos...  
Tras una vacilación, Gabriel les sigue los pasos.

La *cancha* está en penumbra y se oyen las voces de las mujeres que escapan de las estancias como cantos de pájaros.

Gabriel inicia un movimiento de retroceso, pero sus dos amigos le empujan, palmeándole la espalda, y él, como entumecido, les deja hacer.

La estancia donde penetran es calurosa. No hay —como en los interiores incas— mueble alguno; solo se ve una profusión de tapices, esteras, mantas de lana y de plumas multicolores. Hay, sobre todo, tres muchachas que callan cuando ellos entran, pero cuyas florecientes sonrisas dicen que han conocido ya a sus dos compañeros y que no temen conocerle a él.

Van vestidas con túnicas coloreadas, que cubren unas jóvenes y prometedoras formas. Sus piernas, descubiertas hasta las rodillas, dejan ver los fulgores de esa piel de miel que tanto gusta a los españoles.

—Estamos en campaña —dice Sebastián con fingida solemnidad— contra la barbarie que, en nuestras filas, empuja al vulgo a forzar a las muchachas... Tras haber oído que el requerimiento ha sido favorablemente acogido por el inca y los suyos, hemos emprendido un movimiento que pretende enseñar a la población local la verdadera galantería del caballero...

Gabriel no puede evitar una sonrisa. Viendo cómo se atarean las muchachas a su alrededor, la enseñanza ha dado precoces frutos. Unas manos dulces se posan en sus hombros, invitándolo a sentarse con sus amigos en una de las esteras cuyas mantas prometen una deliciosa blandura.

—Yo no... —comienza débilmente.

—Tú no dices nada y nos dejas hacer —suelta Pedro.

De hecho, es muy agradable dejar hacer. ¿Por qué querer agotarse en una lucha incesante y vana con un destino contrario? Reina en la estancia un suave calor, las muchachas se agitan a su alrededor en una danza bien acompañada, sirviéndoles bebidas en cubiletes de oro y murmurando para sí que los extranjeros son muy apuestos y firmes, mirándose y riendo como todas las muchachas del mundo, con sorprendente libertad.

—No quiero ser impío —comenta Candía, persignándose—, y que el reverendo Valverde me perdone, pero encuentro que el paganismo tiene cosas buenas.

—Eso, amigo mío, lo sabía yo desde el nacimiento —responde Sebastián.

—Sí, pero años entre nosotros, el servicio de don Diego de Almagro, el bautismo, una espada... Todo eso cambia a un hombre... Mira a esas muchachas. ¿No parece que ningún tipo de mala lectura de libros sagrados podría incitarlas a resistírsenos?

—Diría más aún, mi querido Pedro; yo diría que han leído otro tipo de libros en los que se decía que iban a encontrarnos y conocernos...

Gabriel les escucha sonriendo a su pesar. La fatiga, la decepción, la leve embriaguez que le domina, todo le arrastra hacia un mundo donde abandonarse en brazos de una muchacha que sonría. Es la única filosofía, la única esperanza que vale.

Las hábiles manos deshacen ya los jubones y las camisas de sus dos amigos, que quedan con el torso desnudo. Divisa la poderosa musculatura de Sebastián y la de Pedro de Candía, más fina pero también imponente. Luego siente un par de ojos negros clavados en él, unos ojos jóvenes, inocentes, interrogadores, pero preñados de una promesa que no deja lugar a duda alguna.

—Eres bonita —dice en quechua.

La muchacha no manifiesta sorpresa alguna al oírle hablar su lengua. Solo su mirada se hace más intensa, más acariciadora, y sus labios entreabiertos permiten descubrir una hilera de dientes blancos y delicadamente cincelados, dientes que tanto pueden mordisquear como morder.

Se desliza, agachada, por la estera hasta tocarle, pero se detiene, sin que él haya esbozado un solo gesto, al alcance de la mano, a un aliento del beso. Él respira un aroma de árboles y flores, y cierra los ojos para absorber mejor el perfume, para dejarlo penetrar en su cuerpo e irrigarle.

El crepitar de un pedazo de leña que chasquea en el fuego, una risa ahogada: solo se escucha el silencio de los placeres, lleno de paz y de abandono. La mano de la muchacha toca su frente, baja a lo largo de la arista de su nariz, donde se detiene en una imperceptible herida de una antigua pelea, se demora en sus labios... Él permanece con los ojos cerrados, y sus labios, a pesar del deseo que crece en él, no la besan. Su respiración se acelera y le parece que su pecho y su cuerpo entero se amplían brutalmente cuando ella desabrocha su camisa y posa sus manos en la piel, que se calienta, que arde, que exige... «Dios mío —se dice con asombro—, cómo la deseo...». Pero le turba que, en medio de sus sensaciones del abandono a su instinto, se haya deslizado una palabra, un pensamiento. Intenta expulsar este pensamiento como lo haría con una mosca, pero, por el contrario, se instala y resuena, reclama otro. «Anamaya, Anamaya, huyes de mí, pero no huyes de mí; escapas de mí, pero no escaparás de mí...». Mientras ella desnuda sus hombros, y cuando él se siente, se sabe y tal vez incluso se desea duro y tenso de deseo, abre los ojos.

Ve la estancia en una mirada que es un arco iris, a sus dos amigos perdidos ya en un oleaje de caricias y, continuamente, la mirada clavada en él de la muchacha, de ojos entornados ahora, como si le observara a través de persianas. Él sujeta sus manos, y ella le deja hacer. Siempre esa ausencia de asombro, siempre ese abandono... «Sea lo que sea lo que quieras, lo tendrás; sea lo que sea...». Esta libertad y este poder le hacen sonreír y le parecen violentamente irrisorios.

La levanta de la estera y la yergue ante sí. Las manos de él pasan por los cabellos de ella, que ronronea como un gato, y cierra, a su vez, los ojos. Se pone de pie, se



ajusta la camisa sobre sus hombros y la apoya contra él.

Se balancea.

Danza una música silenciosa que le lleva de la violencia del deseo a la ternura, dulcemente, sin forzarla más de lo que ella le ha forzado a él. «Te deseo —murmura para sí mismo—, pero no te deseo tanto que no quiera esperarla a ella... ¡Oh, qué terrible es esta espera! Pero, gracias a ti, sé también que nada hay más dulce que esperarla...».

Lentamente, su cuerpo se relaja y, cuando la aleja, ella le sonrío.

—Eres bonita —repite, y sus ojos terminan la frase que ha interrumpido—, eres bonita pero...

Con la mano le manda un beso que ella recibe con la misma mirada sin asombro, y abandona la estancia, atraviesa la *cancha* y sale a la calle, donde respira, a pleno pulmón, el aire de los Andes.

Y en ese instante comienzan a llover los golpes.

Por un momento, su cuerpo se niega a sentir algo más que el calor de la estancia que acaba de abandonar, el roce de las caricias, la intensidad del deseo y esa dulce, esa maravillosa ligereza que se había apoderado de él. Luego, puñetazo tras puñetazo, la violencia lo conmueve y su impotencia le llena los ojos de rabia y de lágrimas.

Son cuatro. Dos le agarran por detrás y se limitan a sujetarlo, a pesar de sus furiosos esfuerzos por liberarse, y dos le golpean con los puños, con los pies, regular y metódicamente.

No hay palabras, solo sus jadeos y sus gruñidos, y ese ruido extraño que tarda un poco en identificar: es el estertor que asciende ya de su pecho, el estertor de su debilidad, del inútil agotamiento de sus esfuerzos por escaparse o por escapar del sufrimiento de la paliza que recibe.

La noche protege el rostro de sus asaltantes, que, por añadidura, han tomado la precaución de cubrirse la nariz y la boca con pañuelos; solo intermitentemente percibe un torbellino de ojos negros.

En el cansancio que lo domina, una niebla rojiza pasa ante sus ojos: es la sangre caliente que mana de su cabeza y le ciega, mezclándose con sus lágrimas, con su sudor, con sus mocos... Algo imbécil y vital, desde el fondo de su vientre, le impulsa a no desvanecerse, a seguir combatiendo... ¿Combatiendo? Unos movimientos desordenados, algunos gestos tan eficaces como los de una rana y, sin embargo, una resistencia que les hace encarnizarse más aún.

Jirones de frases, recuerdos de lógica atraviesan su cerebro. «Si quisieran matarme...». Si quisieran matarlo, estaría ya muerto, con la cabeza reventada y su espada a cuatro pasos de él.

Así, sin dejar de combatir incluso cuando ya no se mueve, se desvanece. Le parece percibir, flotando por encima de su rostro a modo de un ángel del mal, los

rasgos encantadores y sonrientes, los rizos castaños, sabiamente peinados, de Gonzalo.

¿Realmente la visión precede a la pérdida del conocimiento? ¿O es la primera imagen de la pesadilla que se lo lleva?

Yace como un borracho en medio de la calleja.

Pero lo que brota de la comisura de sus labios y corre hacia el arroyo es sangre.

## CUZCO, ENERO DE 1534

—Pobre amigo mío...

La mirada que Pizarro posa en él es una mezcla de ironía y de tristeza, de desprecio y de compasión. Gabriel siente que ni una sola parte de su cuerpo ha sido respetada, pero no ha tenido aún el valor, desde que consiguió arrastrarse hasta el palacio de la Cassana, de mirarse en un espejo.

—¿Habéis visto a Juan de Balboa?

—No os preocupéis por mí, don Francisco, no necesito un cirujano...

—No podría deciros qué es lo que más necesitáis, hijo... ¿Consejos? No os faltarían si los escucharais...

El gobernador procura que su habitación sea siempre igual pase por donde pase, se aloje en un palacio o en una tienda: un camastro estrecho, una mesa y dos sillas, y un retrato de su querida Santa Virgen. Indica a Gabriel, con un ademán, que se siente, pero el joven solo puede permanecer de pie, medio deslomado por el dolor.

—Entonces, puesto que vos no escucháis, escucharé yo.

—Ni siquiera me habéis preguntado, don Francisco, quién me ha puesto en este estado.

—¿Acaso necesito preguntároslo?

Una vaga sonrisa, desprovista de ironía, ilumina el flaco rostro del gobernador.

—No necesitáis preguntármelo, y por una razón muy sencilla, porque lo sabéis muy bien.

—¿Por ventura estáis acusándome?

—¿Acusaros, don Francisco?... A fe mía, no sé cómo llamar a lo que os reprocho...

—Dímelo, eso os evitará el trabajo de llamarlo.

—Vuestros hermanos, don Francisco; vuestros hermanos...

Con solo pronunciar su nombre, Gabriel ha palidecido. «Sucia ralea de hermanos de mierda...».

—¿Qué pasa con mis hermanos? —pregunta apaciblemente Pizarro, que finge ignorar la cólera de Gabriel.

—No satisfechos con ser unos ladrones y no tener más humanidad que los cerdos, don Francisco, no satisfechos con ser el deshonor de vuestro nombre por su cobardía, su codicia, su hipocresía...

Gabriel casi se atraganta en su letanía, y Pizarro levanta su negro guante para interrumpirlo.

—No sigáis hablando, joven. Ni una sola palabra más.

Ambos hombres se desafían con la mirada. Gabriel está temblando.

—Voy a perdonaros —dice lentamente Pizarro con una voz sin entonaciones—. Os han dado un severo correctivo y es la humillación lo que os hace hablar...

—La humillación me permite deciros una verdad que todo el mundo murmura y que todo el mundo os oculta.

Pizarro suelta una risa seca.

—¿Creéis que no los conozco? ¿Creéis que no sé por qué están conmigo y lo que esperan? ¿Creéis que llegué a Cuzco cegado por los vínculos de sangre?

—Hace ya mucho tiempo que ignoro lo que creo, don Francisco —dice Gabriel con una amargura que le supera.

—Eso es, muchacho, eso es: ignoráis dónde estáis desde que visteis a esa joven sacerdotisa de ojos azules, desde que os entregasteis a qué sé yo qué manejos con esa estatua de oro... Vuestras emociones os sirven de razón, y luego insultáis a mis hermanos.

A su pesar, Gabriel encaja el golpe. Pizarro pone el dedo en un lugar donde sabe que no todo está claro. Sin embargo, como ha ocurrido con frecuencia, recupera entonces la lucidez, como en pleno campo de batalla.

—Admito que tenéis razón, don Francisco. Pero en vuestra razón, e incluso en mi confusión, seguís estando equivocado...

—Explicadme eso.

—Pensáis que vuestros hermanos son un mal necesario pero limitado, que los dirigís sin problemas, como hacéis con don Diego de Almagro y con todos los hombres que os han seguido. Sois superior a esos hombres. Tenéis más resistencia, más valor; buscáis algo más alto y más alejado que el oro. Pensáis y vuestra mano no tiembla: vos sois un jefe, y ellos los perros que muerden. En todo eso tenéis razón. Pero no veis que esos hombres, vuestros hermanos, don Diego, están dispuestos a volverse contra vos y solo aguardan un momento de debilidad para hacerlo...

—¿Mis hermanos?

—Vuestros hermanos no os golpearán; pero os harán tanto daño que será como si os estuvieran dando unos puñetazos, que, comparados con los que yo recibí, parecerán caricias de mujeres.

Por una vez, el rostro de Pizarro muestra un leve asombro, una especie de difusa perplejidad que no está en sus costumbres. Reina el silencio, y ambos hombres no dejan de mirarse. Pasa por él toda una larga historia, y ese vínculo afectivo que los une, muy a su pesar, diríase a veces.

Don Francisco abre finalmente los brazos.

—A fin de cuentas, resulta que me queréis.

—Sin duda, don Francisco.

El rostro del gobernador se ilumina.

—Sin duda... ¡Eso sí que es de escolar! Bah, no tiene importancia. Voy a ayudaros, hijo.

—¿Ayudarme?

—¡A salvaros, incluso!

Gabriel escucha al gobernador sin volver a interrumpirlo. Al hilo de sus palabras, se siente deshecho, más apaleado que por los golpes.

Y cuando sale titubeando del palacio de la Cassana, la luz le ciega y camina a tientas hacia la fuente.

Cuando la lluvia comienza a caer, se queda solo.

Pasa el día.

No se mueve.

La humedad, el frío, el calor que vuelve, los dolores cambiantes..., pero solo le afectan, en verdad, esas palabras que resuenan en su memoria.

Se acerca el crepúsculo.

Pasan algunos camaradas, y le contemplan con piedad o burla. Algunos le llaman. Él ignora los murmullos. Permanece con los ojos obstinadamente fijos en lo alto: las montañas, la fortaleza, cuya sombra, que se pone con el sol, sigue con la mirada.

Se zambulle, aún inmóvil, en el frescor de la noche.

Una antorcha se acerca a él e ilumina su rostro. Levanta la mano para que no le deslumbre.

—¿Quién lo hace por mi bien? —suelta con una risita sarcástica.

—Yo.

—¿También tú, como el otro, quieres salvarme?

Bartolomé no responde. Le toma suavemente del brazo y tira de él. Gabriel no se resiste; desde ayer solo ha hecho eso, resistir: resistir los negros ojos de la muchacha, resistir los golpes, resistir las palabras del gobernador. Está harto de pelearse con todos y con todo el mundo.

Atraviesan con lentos pasos la plaza de la Cassana y, como si condujera a un enfermo, Bartolomé lo lleva hasta su habitación.

Una mala vela los ilumina, permitiendo que sus reflejos de un pálido amarillo dancen en sus rostros. Gabriel se tiende con infinitas precauciones y conteniendo los gemidos que brotan de su cuerpo dolorido. Bartolomé se sienta en la cama y posa la mano con los dos dedos unidos en su pecho. Gabriel le deja hacer. Cuando su respiración se ha apaciguado, Bartolomé abre finalmente la boca.

—¿Qué pasa? —pregunta.

La pesadumbre asfixia, de pronto, a Gabriel, y le oprime por todas partes. Quisiera hablar, pero no lo consigue, y toda su soledad, su impotencia, su cólera, todo se apretuja entre su corazón y sus labios. Le parece que solo es un torrente de incoherentes sollozos.

Bartolomé le deja llorar sin decir palabra. Solo su mano le apacigua, y también posa sus ojos grises en él, amistosos e inquietos.

—¡Qué guerrero estoy hecho! —dice finalmente Gabriel.

—¿Acaso los guerreros no derraman lágrimas?

—Hablas bien, hermano...

Bartolomé se limita a sonreír.

—Ha dicho que debía seguirle. Ha dicho que pronto abandonaría Cuzco para fundar la capital del reino y que me necesitaba. Ha dicho que si me quedaba en Cuzco moriría y que, muerto, no sería ya útil para nadie. Ha dicho que, si me quedaba en Cuzco, ella moriría porque sus hermanos no retrocederían ante nada para satisfacer su venganza... Ha dicho que me lo ordenaba. Ha dicho que algún día volveríamos...

—¿Qué vas a hacer?

—¡Qué divertido eres, hermano! Le obedeceré, claro, porque tiene razón, porque ha encontrado palabras detestables y acertadas. Sabe muy bien que no me dan miedo sus malditos hermanos, pero sabe también que temo más por ella que por mi vida.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Gabriel levanta hacia Bartolomé una mirada asombrada.

—¿Por mí? Nada. ¿Qué quieres hacer por mí?

—Lo que me pidas...

—¡Solo eso! Hermano, el Señor te ha dado acceso a sus más impenetrables caminos...

—Tú pídemelo...

Bartolomé sigue sonriendo. Gabriel sueña en voz alta.

—Quisiera..., quisiera...

—Lo intentaré —dice Bartolomé.

Gabriel abre la boca pasmado.

—¿Cómo...?

—¿No es eso lo que quieres? Lo intentaré, créeme.

El monje se levanta y desaparece con la vela antes de que Gabriel haya tenido tiempo de decir nada.

## KENKO, ENERO DE 1534

Gabriel no sabe cuánto tiempo lleva siguiendo al enano.

A veces se siente presa de una especie de somnolencia e ignora si anda o si el camino corre bajo sus pasos, como una cinta sobre la que se deslizara, tirado por una mano invisible.

Al principio, su espíritu no dejaba de imaginar hipótesis. ¿Colcampata, la fortaleza? Pero luego las casas han desaparecido, los muros se han hecho escasos, ha dejado a sus espaldas las torres de Sacsayhuaman. Esa dirección noreste que ha estimado al partir no tiene ya tanta importancia. Adelantando los brazos, tiene la extraña sensación de estar nadando entre estrellas. La noche es grande, ancha, infinita; devora la tierra.

Sus heridas le dejan en paz; sus dolores se han adormecido. «¡Qué cosa más rara es el hombre! —filosofa mientras cojea—: desesperado por la mañana, y con el corazón libre, casi despreocupado, por poco que la noche le abra sus promesas».

Ni siquiera la certeza de la partida le parece ya tan cruel: mañana, más tarde... La verdad se halla en alguna parte, en el corazón de esta oscuridad, y no en las amenazas del gobernador.

Ignora en qué lugar, pero, elevándose por encima de Cuzco, tiene la sensación de haber cambiado de tierra. Es el aire más rarificado, es la ausencia de árboles y la piedra que aumenta en las colinas que van redondeándose, es la noche líquida... Es un viajero del espacio y del tiempo, y le parece comprender la presencia de los dioses.

El enano no ha abierto la boca; no ha respondido a sus aproximaciones. El enano es, quizá, el primer habitante de ese otro mundo al que se dirige.

Cuando abandona, de pronto, el camino, Gabriel le sigue sin vacilar hacia un afloramiento rocoso, cuya extensión solo descubre en el último momento: es una especie de anfiteatro natural. Las numerosas hornacinas excavadas a su alrededor recuerdan las de los templos y los más bellos palacios. Cuando se da la vuelta, el enano ha desaparecido.

En el centro hay una roca a la que se acerca y ante la que se detiene. No sabe qué representa, pero siente palpitar toda su potencia.

—Una mano de hombre pasó por la piedra, pero nació un Dios.

—Creí que no volvería a verte —dice simplemente Gabriel.

Le responde una risa.

—Todavía no me ves. Sígueme...

Adondequiera que mire, Gabriel solo ve, en efecto, una sombra danzarina que le lleva por un camino de suave pendiente hacia una gruta excavada en la colina.

—Anamaya...

Vacila en la entrada de la gruta, a la que se accede por unos anchos peldaños de piedra.

Baja algunos escalones y se queda inmóvil en la oscuridad, más negra que la noche. Sus manos buscan a tientas algún obstáculo; solo encuentran un aire húmedo y frío que sube de las entrañas de la tierra. Su nariz olisquea un perfume de hierbas quemadas, un olor dulzón que le atrae y le repele a la vez.

Al dar unos pasos, tropieza y cae pesadamente. Su grito de dolor resuena en la gruta.

—¡Anamaya!

El sonido mate de su voz reverbera. No hay más respuesta que su llamada, que rebota, en vano, de una pared a otra.

—¡Anamaya!

—Ven...

El susurro está muy cerca y, desaparecido su miedo, se deja guiar. Paso a paso, se dirige hacia ella, adivinando su sonrisa y sus ojos, que brillan en la noche. Ella le toma por las muñecas y posa sus manos en una mesa de piedra a modo de altar.

—Te dije que estaría ahí...

—Hace ya tanto tiempo...

—Te dije que confiaras en mí...

Las manos de Anamaya se posan en las suyas y ascienden dulcemente por sus brazos, sus hombros, su cuello —por las partes donde está herido—, sin hacerle daño. Sin embargo, se pone rígido.

—No tengas miedo...

Cierra los ojos y la deja pasearse por su cuerpo y aliviarle como una brisa, como un riachuelo. Siente una impresión de deliciosa pesadez, una calidez en cuyo corazón le basta con zambullirse. Su respiración se calma, y su cuerpo se distiende.

—El hombre de los ojos grises encontró a Katari y le dijo que me necesitabas...

—¿Bartolomé?

—No conocía su nombre. Katari y él se ven a menudo y se enseñan sus conocimientos...

Gabriel hace un gesto de impaciencia.

—He recibido la orden de partir, Anamaya.

—Lo sé.

La tranquilidad de la voz de Anamaya deja estupefacto a Gabriel, que busca la verdad en sus ojos.

—Demasiados peligros te amenazan aquí. Debes alejarte...

—¿Manco?

—Te dije que Manco no te haría daño. Te estoy hablando de los tuyos, bien lo sabes.

—¿Hay otros peligros que yo no conozca?



—Siempre hay peligros que no se conocen —sonríe Anamaya—. Quien cree lo contrario es muy ignorante.

—O muy sabio.

Él adivina su sonrisa.

—O muy sabio, sí. Pero, de todos modos, debes partir.

Gabriel escucha el silencio y respira el extraño olor que llena el aire.

—¿Dónde estamos?

—En una *huaca*, uno de nuestros lugares sagrados. Los hay a cientos en los alrededores de Cuzco, dispuestos de acuerdo con unas líneas que forman como una rueda cuyo centro es nuestra capital. Algunos albergan tesoros de los que los tuyos se apoderarán fácilmente; otros son tan secretos que nunca los encontraréis.

—¿Es un lugar de sacrificios?

Percibe la vacilación, la reticencia de Anamaya.

—Se han hecho sacrificios, sí.

De pronto, como si la certeza le golpeará, Gabriel comprende la naturaleza del olor que se le agarra a la garganta. Es la carne abrasada, la sangre derramada... Un estremecimiento helado le recorre el espinazo.

Advirtiendo su turbación, Anamaya le arrastra.

—Ven, salgamos.

El aire libre le sienta bien y, tras la oscuridad de la gruta, tiene la sensación de estar en pleno día bajo la luz de las estrellas. Llegan a lo alto de la *huaca* por una escalera de piedra.

—Se anuncian tiempos difíciles —dice ella.

—¿Y debo desaparecer por los tiempos difíciles?

—Está esa paz, esa paz llena de mentiras y falsedades...

—¿Estás hablando de Manco? ¿De los tuyos?

—Hablo de todos, Gabriel...

—¿Y por eso debo desaparecer? Respóndeme.

Hay una involuntaria dureza en su voz, y un poco de angustia en la de Anamaya cuando responde.

—No, no. ¡Porque debes vivir! ¡Vivir es lo primero!

De una a otra frase, Gabriel ha vuelto a serenarse. No obstante, la ternura de los sentimientos no basta para calmar la inquietud que brota de sus entrañas como un manantial negro.

En la cima de la colina, zigzaguea un curioso arroyo tallado en la propia piedra. Algunas figuras grabadas aparecen en la roca y, en medio de ninguna parte, se levantan dos protuberancias de piedra, redondas como mojones de amarre.

Gabriel mira a Anamaya con aire interrogativo. Ella se limita a sonreírle y a abrazarlo.

Se tienden sobre la piedra.

Gabriel no siente su dolor.

—Dime —comienza—, dime por qué...

La fina mano de Anamaya le cierra la boca.

—Mira el cielo —dice—, mira las estrellas... Y deja de preguntarte por qué.

Viaja con ella.

Olvida todo lo que ignora, todas sus preguntas y todas sus dudas. Salta como el puma, vuela como el cóndor, cruza el cielo como el relámpago. Y durante todo ese tiempo, tiene en la mano la de ella. No se han dicho palabra alguna.

Ella le levanta y se acurruca contra él.

Le preña la emoción porque ella le permite sentir también su debilidad y, sin una palabra aún, siente la pesadumbre por su partida, su inquietud tal vez, tan humana y tan sencilla.

Cuando se separa de él, le mira largo rato, y Gabriel puede leer en su mirada todo lo que quiere; ve pasar toda su historia, lo que sabe de ella, lo que adivina, lo que ella calla en lo más profundo de su corazón.

—Mira —dice ella finalmente.

Bajo la luna, la luz traza un dibujo alrededor de las dos piedras redondas que son ahora como dos ojos amarillos brillando en la noche. La oscuridad delimita la figura de un felino, tranquila y amenazadora.

El puma.

Él no pide ya nada.

Cuando las primeras luces del alba aparecen, hace ya mucho tiempo que ella ha desaparecido.

Los ojos del puma vuelven a ser dos piedras redondas en lo alto de una colina.

Gabriel no vuelve a bajar a la gruta.

Toma el camino de Cuzco, sabiendo, en su sangre y en su aliento, que el camino será mucho más largo.

# Cuarta parte

## CUZCO, JULIO DE 1535

Es tan temprano en este día de julio, cuando los hermanos del gobernador llegan al palacio del Único Señor Manco, que la bruma del alba cubre aún los maizales sagrados ante el Colcampata.

Gonzalo se ha puesto unas soberbias plumas azules y amarillas en la cinta del sombrero. Juan, por su parte, lo ha decorado curiosamente con una franja de seda blanca. Ríen con fuerza. Sus risas resuenan en las altas paredes de la calleja, mezclándose con los chasquidos de sus botas y las de la decena de esbirros armados con picas y ballestas.

Al entrar en la *cancha* real, unos guerreros indios al mando de un capitán cuyo casco ha sido desposeído de sus insignias de oro fingen defender la abertura. Poniendo su mano en el pecho del oficial inca, Gonzalo Pizarro le empuja con desprecio. Fingiendo indignación, Juan le agarra del cuello.

—¡Atención, Gonzalo! ¡No olvides que venimos como amigos!

La observación provoca la carcajada de Gonzalo, repetida de inmediato por todos. Ante la mirada ardiente de impotencia y humillación de los soldados incas, se ajustan los jubones algo arrugados. Vuelven a formar una doble hilera, tan impecable como si fueran a pasar revista en un palacio de Andalucía. Con largas zancadas, atraviesan el primer patio y penetran en el siguiente. Siervas y señores se quedan inmóviles, estupefactos ante su intrusión.

Con una sonrisa radiante, que ilumina su rostro perfecto, don Gonzalo conduce a su gente directamente a la puerta del edificio mayor. Los jóvenes guardias que la protegen levantan la lanza. Un español salta ante los hermanos del gobernador. No necesita siquiera adelantar la bota para que los indios renuncien, tras una breve vacilación, a su ademán de protección.

Gonzalo es el primero que cruza el umbral. La curiosidad tanto como la diversión le dejan inmóvil.

Con el torso desnudo aún, el Único Señor Manco está de pie ante sus esposas y concubinas. Con la frente inclinada, el busto doblado y los párpados bajos, cada una de ellas le ofrece una túnica distinta, tejidos tan finos como plumas de pájaro. Una de ellas advierte la intrusión de los extranjeros. Sin atreverse a levantar la cabeza, lanza un breve grito. Manco se ha puesto rígido. La sorpresa petrifica sus rasgos en un movimiento de cólera que contiene en seguida.

—¡Te saludamos, Único Señor! —dice Gonzalo, inclinándose.

Ignorando esas palabras, la mirada de Manco se vuelve hacia los *unkus*. Vacila ostensiblemente; se toma su tiempo.

—Dejemos que se vista —sugiere Juan, dándose ya la vuelta.

—¡Claro, claro, hermano! No somos salvajes —ríe, sarcástico, Gonzalo, que entra más en la estancia.

Se acerca tanto a una de las esposas que la muchacha retrocede, apartando los ojos. Gonzalo agarra la túnica que ella ofrece. La sacude ante sí frente a su jauría. Los españoles sueltan la carcajada cuando se la pone sobre el jubón de gorguera, levantando su cuidada barba y parpadeando con ademanes de muchacha.

—¡También a mí me sentaría bien este atavío de rey! —dice con fría ironía, lo que provoca algunas carcajadas groseras.

Indiferente aún, sin ni siquiera mirar en su dirección, Manco ha señalado con el dedo un *unku* azul marino, decorado con motivos geométricos púrpura. Pese a las burlas de los extranjeros, dos temblorosas mujeres le ayudan a ponérselo, mientras otra tiende ya una manta doblada donde descansa la diadema real.

Atraída por la escena, una multitud se ha reunido en el patio; hombres y mujeres, siervas y señores que protestan y murmuran. Bajo el oblicuo sol de la mañana, sus ojos brillan de espanto ante la humillación del Único Señor.

—Gonzalo...

Juan se interrumpe para contemplar lo que provoca los gritos y risas a su alrededor. Gonzalo ha arrancado de las manos de una sierva una de las túnicas desdeñadas por el inca.

Se acerca a una concubina y le ofrece el *unku*, invitándola entre risas a ponérselo. Más aterrorizada por el sacrilegio que por la violencia del extranjero, ella se defiende débilmente.

—Le gusta —dice Gonzalo—, basta con alentarla...

—Gonzalo... —repite Juan, que se siente cada vez más molesto.

Las demás mujeres se han agrupado en el rincón más alejado de la estancia, mientras Manco, cuyo rostro permanece impassible, no se mueve ni una pulgada. Apenas parece mirar la escena, ni siquiera cuando la joven india se deja caer de rodillas para escapar a Gonzalo.

Entonces resuena en el aire una voz que todos reconocen.

—Señores, el Único Señor nunca recibe en el interior de su alcoba. Salid al patio, os lo ruego, y os dará audiencia como deseáis.

El grupo de españoles da un respingo y se aparta mascullando. En el umbral, Anamaya, con el azul de sus iris endurecido por la cólera, recorre todos los rostros. Gonzalo se estremece antes de reírse al ver que su hermano Juan esboza una reverencia.

—A decir verdad, hermosa dama —lanza—, lo ignoráis todavía, pero llegáis al pelo: os necesitamos.

Anamaya mira fijamente a ambos hermanos. No deja que le dominen el desprecio, la cólera y, también, el miedo que hay en su interior. Está erguida y se muestra orgullosa, e incluso Gonzalo debe apartar los ojos ante ella.

—Nos has mentido —gruñe Gonzalo—. Prometiste oro, ¿dónde está?

Anda y agita sus brazos al sol. Manco permanece sentado en su *tiana*, sin abrir la boca. Algo retirada, Anamaya, rígida y helada, sigue mirando a los españoles. Del otro lado del patio, a buena distancia de los extranjeros que forman una línea amenazadora, se agrupan los poderosos señores que han acudido a la *cancha* real.

—Hace ya tres meses, Único Señor —prosigue Gonzalo, señalando con su dedo a Manco—, tres meses que nos prometiste oro. Y lo hiciste como signo de amistad y respeto por nuestro rey, que también es el tuyo, y para probarnos que los rumores de una rebelión carecían de fundamento. Han pasado los días, han pasado las semanas, ¡y apenas hemos recibido algunos platos y chucherías que robaste a tus siervas!

Cuando calla, en el patio se hace el silencio.

Una bandada de pájaros se desliza, piando, por encima de la *cancha*. Sus sombras, rápidas como flechas, corren entre los españoles y los señores indios. Juan Pizarro busca con insistencia la mirada de Anamaya. Pero ella no le presta más atención que a los demás. Manco sonríe, por fin, y señala el patio del palacio, los muros de los edificios, el umbral de su habitación.

—¿Ves oro por aquí, amigo mío? —pregunta con voz extrañamente suave—. El invierno ha venido dos veces desde que entrasteis en la ciudad del puma. ¡Recuérdalo! El día de tu llegada había en estas paredes oro por todas partes, lo había en cada estancia de mi *cancha*, lo había en mis jardines, en las casas de los nobles de mi corte. Lo había en los cabellos de mis concubinas y mis esposas. Hace un momento has jugado con una de ellas. Te lo pregunto: ¿llevaba oro encima? Date la vuelta, hermano de mi amigo el gobernador: contempla a los nobles señores de mi casa. Contempla sus orejas. ¿Ves tapones de oro en sus orejas? No; solo hay madera. Mira sus pechos, sus brazos. Están desnudos, tan desnudos como brazos de campesinos, porque ya os lo han dado todo. ¿De dónde podría sacar yo oro aún, cuando está en vuestras manos? ¿Cómo podría ocultarlo cuando sois los dueños de este país?

Gonzalo le mira con una maligna sonrisa.

—Me mientes —dice separando bien las palabras y señalándolo con el dedo—. Sé que aún hay oro en este país; mucho oro.

—¿Lo has visto tú, amigo extranjero? Dime dónde y mandaré en seguida que vayan a buscarlo para ti.

Gonzalo silba entre dientes y, con paso felino, se acerca mucho a Manco. Parece dispuesto a escupirle en el rostro, pero levanta los ojos para mirar a Anamaya.

—Sabes muy bien de qué oro hablamos... ¿Dónde está la gran estatua de oro que mi hermano el gobernador don Francisco exigió? Su paciencia se ha agotado y la mía más aún. Desde hace meses, nos estás explicando cuentos. ¡Quiero verla dentro de tres días en mi casa!

Se hace el silencio. Juan avanza a su vez.

—Eso no puede ser —responde Anamaya claramente.

—¿Ah, no? ¿Y por qué, señora? —pregunta Gonzalo en el tono más cortés.

—Porque esa estatua no está ya en este Mundo. Vive junto a los poderosos antepasados, en el país donde se pone el sol.

Gonzalo la observa por unos instantes, en silencio. Sus ojos parecen atónitos, sus cejas se elevan, como si intentara comprender el sentido de esas palabras. Levanta la mano como si fuera a golpear, y un estremecimiento recorre las hileras de los indios. Pero, con calculada suavidad, su mano se posa en el hombro de Manco.

—¿No es mi amigo el inca Hijo del Sol? —comienza—. ¿No tiene poder sobre los vivos y los muertos?

—¡No tenéis derecho a tocar al Único Señor! —dice con sequedad Anamaya.

—Vamos, vamos, mi amigo el inca soportará muy bien este instante de intimidad que acompaña la amistad del hombre de bien... Entre nosotros, sabedlo, es un cálido sentimiento que se expresa con naturalidad, sonrisas, abrazos..., regalos...

Sin dejar de sonreír, Gonzalo suelta a Manco tan bruscamente como lo ha tocado. El inca intenta recuperar una pose digna mientras Gonzalo se vuelve hacia uno de sus soldados. Con un signo de la barbilla, le ordena acercarse. El hombre lleva al hombro una gran bolsa de silla, hecha de cuero. La abre y saca una cadena de grueso acero provista de grilletes y de un candado. Gonzalo toma un extremo y lo deposita a los pies de Manco.

—Ya ves, no soy como tú. Te he traído un regalo de gran valor.

Manco y Anamaya miran la cadena.

—Figúrate, amigo inca, que esta cadena es la misma con la que tu hermano Atahuallpa, el difunto inca, fue protegido del afecto de los suyos por mi hermano, el gobernador don Francisco Pizarro. He pensado que esta pieza tendría cabida en tus tesoros y encontraría entre ellos un lugar eminente. ¿No tengo razón?

El silencio es completo en el patio.

—Espero que me ofrezcas, a cambio, el modesto regalo del que te he hablado.

Ni Manco ni Anamaya se han estremecido ante la amenaza. Sin embargo, los poderosos señores y los guardias de la *cancha* se han acercado mucho a los españoles. Con lento movimiento, estos cierran filas, formando una línea protectora en torno a sus jefes. Juan pone una mano en la muñeca de su hermano y sonríe, con aire desolado, dirigiéndose a los indios.

—Un momento, hermano mío... Recuerda que tenemos otra proposición que hacerle al Único Señor.

Se quita el sombrero y se inclina ante Manco. La reverencia quiere ser respetuosa.

—Único Señor —dice Juan con expresión conciliadora—, cierto es que estamos decepcionados al no ver nunca esa hermosa estatua, de la que todos dicen que es más bella y magnífica que todas las demás. Se afirma que nos gusta el oro más que la amistad, y es una injusticia, pues lo que nos apena, sábelo, no es la posesión de esa estatua. Es la desconfianza que demuestra tu actitud... Algunos de nosotros piensan que tal vez sea, incluso, señal de que quieres hacernos la guerra. Nosotros no lo

creemos, claro. Y por esta razón tengo que hacerte una proposición, una proposición que, si la aceptas, manifestará del modo más claro, ante los ojos del mundo, que somos amigos, amigos para siempre...

Juan calla un breve instante para que sus palabras hagan efecto. Su voz es tan apacible, tan conciliadora, que la tensión se apacigua. El propio Manco se relaja. Inclina la cabeza y contempla con cierto asombro el sombrero que Juan agita ante él.

—Hoy, Único Señor, he puesto una cinta de seda blanca en mi sombrero. En el país de donde vengo, eso significa que deseo tomar esposa...

Juan se vuelve hacia Anamaya. Tras contemplarla con insistencia unos segundos, levanta una ceja ante su mirada inflamada y hace un pequeño movimiento de busto.

—Os he elegido, bella dama —declara en voz muy alta—. Me han dicho que no teníais esposo, pero que, según vuestras costumbres, la gran estatua de oro era como vuestro marido y os impedía cualquier otra boda. Ahora bien, vos decís que la estatua no está ya en este mundo. Triste noticia, pero buena noticia también. Sois, pues, libre de acompañarme a la iglesia y compartir una bendición que os protegerá para siempre.

Anamaya palidece, estupefacta. Juan da un paso más, intentando tomar su mano, que, en un reflejo, ella aprieta contra su vientre. Pero Manco está ya de pie, con el rostro escarlata y las venas del cuello hinchadas por la rabia.

—¡La *Coya Camaquen* pertenece a mi padre! —grita—. ¡Nadie pondrá la mano sobre ella!

—¡A otros con esa! —ladra Gonzalo, que lanza una mirada de desafío a Manco y añade con voz sorda—: Es tan virgen como una puta de Panamá. Y todo el mundo sabe quién le abre los muslos...

Manco se ha colocado ya ante Anamaya. Aparta a Juan de un empujón tan brutal que el español tropieza y debe hincar la rodilla en tierra.

Entonces, en pocos segundos, la confusión se apodera del patio. Gonzalo salta y agarra el brazo de Manco, mientras unos guerreros indios se lanzan al rescate de su Único Señor.

Los esbirros se interponen, y la corta lucha aparta la atención de Anamaya. En todo el contorno del segundo patio, las mujeres huyen ahora hacia el primero, lanzando agudos gritos, mientras Juan, a su vez, intenta apoderarse de Manco.

De pronto, una negra sombra brota de no se sabe dónde, inmovilizando el gesto de Juan, que suelta en seguida a Manco; mientras, la mano de Gonzalo sigue crispada en el brazo del inca.

—¿Os habéis vuelto loco?

Anamaya reconoce a Bartolomé, el monje amigo de Gabriel. Está pálido como un sudario. Señala con la extraña mano de dedos pegados el rostro de Gonzalo.

—¿Os habéis vuelto loco, don Gonzalo? —grita una vez más—. ¿Qué derecho tenéis a brutalizar a este señor indio?

—Tengo ese derecho, y no es cosa vuestra.



—¡Soltadle!

Los ojos grises de Bartolomé tienen el reflejo que suele imaginarse en la mirada de los lobos. Pero más impresionante es, aún, el poderío de su calma.

Vibra un rictus en la boca de Gonzalo. El cepo de sus manos se afloja. Juan le agarra un brazo y le obliga a retroceder antes de que él se desprenda con un ademán.

—Este bárbaro se ha burlado de nosotros —escupe Gonzalo con desprecio—. Venimos a tomar a esta mujer —dice señalando a Anamaya con la barbilla, como si fuera una jarra— en matrimonio para mi hermano, y él afirma que es intocable. ¡Intocable!

Bartolomé lanza una breve mirada hacia Anamaya, como si la descubriese. Se coloca entre Anamaya y Manco.

—El Único Señor Manco es el señor de los indios de este país —replica con voz audible para todos—. ¡El emperador Carlos V le ha puesto bajo la protección de vuestro hermano el gobernador! ¿Lo habéis olvidado?

—Ahorradme el sermón, fray Bartolomé. ¡No es domingo todavía! —ríe Gonzalo—. Mi hermano es gobernador, en efecto, lo recuerdo. Y mi hermano está muy lejos de aquí, ocupado fundando capitales y construyendo reinos. Mientras, nos confió a nosotros esta ciudad.

—Y a él le daréis cuentas, así como del modo como habéis tratado a este hombre.

—Nosotros decidimos aquí —se encoleriza Gonzalo— quién es un hombre y quién no lo es... No creo que mi hermano Francisco esté muy bien colocado para darnos lecciones al respecto...

—¡España os contempla!

—¿España? ¿Dónde? —se burla Gonzalo—. ¡Basta ya de hacer el apóstol! ¿De dónde sacáis la autoridad para sermonearme?

—¡Gonzalo! —susurra Juan—. Te lo ruego...

—No tengo sobre vos autoridad alguna, don Gonzalo —replica, apacible, Bartolomé.

—Vos lo habéis dicho —silba Gonzalo—, de modo que, ahora, si podéis, id a salvar las almas y ahorrarnos vuestra sentencia...

Gonzalo lanza una ojeada despectiva al monje y recoge su sombrero, caído en la pelea. Juan tiene el rostro apesadumbrado. Bartolomé esboza una sonrisa mientras los mira.

—En efecto, no tengo autoridad alguna sobre vosotros, señores, pero nuestro Dios la tiene; el supremo juicio es cosa suya. Es Dios de misericordia para los humildes y Dios de venganza para los humos excesivos.

—Mi hermano... —comienza Juan con voz lastimera.

—¡Cállate! —interrumpe Gonzalo.

La última mirada que Gonzalo lanza a Bartolomé, al salir del patio, es una mirada de desafío.

Durante toda la escena, Anamaya no ha dejado de temblar.

Discretamente apoyado en el muro de la *cancha*, Bartolomé sigue con la mirada a Anamaya, que va y viene por el patio. Espera que reine un poco de orden y paz antes de ir a su encuentro.

—Sé que es difícil perdonar a un hombre por otro, *Coya Camaquen* —dice en su quechua algo entrecortado, pero del que se siente muy orgulloso—. Pero te pido, sin embargo, perdón por los insultos que el Único Señor Manco y tú acabáis de sufrir. Si estuviera en mi poder terminar con estas violencias, nunca se habrían producido. Odio estos modos y me avergüenzan.

Anamaya le contempla unos instantes y esboza una pequeña señal.

—Lo sé. Y te doy las gracias por lo que has hecho.

—No. Nada de gracias, no... Querría solo que explicaras al Único Señor Manco que no debe considerar que todos somos como los hermanos del gobernador.

Anamaya no responde de inmediato. Su mirada se clava unos instantes en la de Bartolomé. Luego mueve suavemente la cabeza.

—No creo que quienes son como tú sean lo bastante numerosos como para que el Único Señor Manco pueda reconfortarse por ello.

Con una delgada y triste sonrisa en los labios, Bartolomé inclina la cabeza. Con su curiosa mano saca un pliego de la manga de su sayal. Chasqueando la lengua, despliega las hojas de papel pardusco, oscurecidas más aún por las prietas líneas de una escritura regular.

—¡Somos, por lo menos, dos, pienso! —murmura—. Don Gabriel me pidió un favor que voy a hacerle de muy buena gana. Esta es una carta suya que me llegó ayer. Era el verdadero motivo de mi venida, y no sacarte de las garras de los Pizarro. Pero, al parecer, Dios... y vuestros antepasados han hecho bien las cosas.

Suelta una pequeña risa.

Sin duda, algo en él se dulcifica en presencia de Anamaya. Como si su mera belleza le apaciguara y le reconfortara. Con la barbilla, señala la sombra de un edificio donde las siervas, que han reanudado las tareas del día, preparan las sopas y la caza para la comida del Único Señor.

—Si te parece bien, pongámonos cómodos para que pueda leerte esta carta, *Coya Camaquen*.

Unos segundos más tarde, con los ojos brillantes de una felicidad que se vierte en ella como la embriaguez de la cerveza sagrada, Anamaya cree oír, a través de los de Bartolomé, la voz y el aliento de Gabriel. Escucha con todas sus fuerzas, cerrando los párpados, y las palabras se convierten en una presencia próxima a la caricia.

*Ciudad de los Reyes, 18 de junio de 1535*

*Fray Bartolomé, amigo Bartolomé:*

*Espero que pronto tengas ante los ojos estas palabras que trazo sobre mal*

papel, demasiado húmedo, pero no hay otro por aquí.

También es posible que esta misiva te sorprenda. Me he dicho a menudo que sería bueno, para rechazar mi sombrío humor y mi melancolía, escribirte, y luego, siempre han existido algunas malas razones para estropear este placer. El tiempo ha pasado, no como el relámpago, sino con espantosa lentitud: tan grande es lo que me falta. En resumen, pronto hará dieciocho meses que no nos vemos. Tengo en mi recuerdo la sensación de una despedida demasiado corta, en la que ni siquiera te agradecí tu amistad y tu ayuda en los difíciles momentos que me valieron el exilio al que estoy obligado aún. La desconfianza que antaño despertabas en mí me parece hoy muy extraña y, para decirlo todo, infantil; por el contrario, me resulta muy natural volverme hacia ti.

En mis peregrinaciones junto al gobernador, he tenido a menudo ocasión de pensar en ti y añorar la apaciguadora calidez de nuestras conversaciones tanto como tu ciencia de los caracteres. La primera, debo decírtelo, me ha hecho mucha falta en esta verdadera soledad a la que me obliga don Francisco para complacer a sus hermanos. También he echado en falta la segunda en demasiadas circunstancias.

Sin duda, no tengo muchas noticias para comunicarte que no sepas ya por un rumor u otro, y sabes, como yo, que el problema de los rumores no es su falsedad, sino, con excesiva frecuencia, que sean exactos. Mi amigo De Soto embarcó hacia Panamá tras haberse convencido de que los hermanos del gobernador nunca le permitirán ser tan importante y rico como su valor y sus acciones podían hacer que esperara. Es para mí una pérdida suplementaria, pues sentíamos mutuo afecto, aunque todo parecía separarnos, y conservaré de él muchos recuerdos.

También tu obispo, fray Vicente Valverde, embarcó, aunque él hacia España, con la exagerada unción de don Francisco, que intenta adoptar, con la barba cada vez más blanca y la mirada cada vez más transparente, el papel de un sabio patriarca. Sería capaz de ello, creo. Sigue habiendo en él algo bueno bajo la corteza de esta locura que le trajo hasta aquí, y a nosotros con él. Cuanto más lo veo, envejecido, nunca frágil pero de pronto preocupado por la paz, preñando a su esposa, una de las hermanas del difunto inca Atahuallpa (¡ese es su modo de cumplir la promesa de proteger a la familia!), con verdadera amabilidad, más me digo que hay en él dos hombres. Detesto al primero, capaz de todo: de violencias, de mentiras, de serviles adulaciones tanto como de un valor sin límites para alcanzar su objetivo. Ese hombre está muy cerca de una bestia bruta. Lleva en sí una fuerza y una potencia como pocas veces la tierra ha visto. Y luego hay otro hombre, atento, inteligente y agudo político, un hombre que, eso creo, solo desea una cosa, aunque extraordinaria: ¡fundar un país! El oro no le interesa

mucho más que a mí, en verdad, salvo que lo necesita para asentar su poder. Y creo que es capaz de compartirlo con los señores incas de Cuzco. Espero...

Nunca sé bien cuál de ambos hombres me llama su «hijo». ¡No sonrías, fray Bartolomé! No me engaña la seducción que quiere poner en esas palabras. Pero percibo también su sinceridad. Me eligió, contra su hermano Hernando, contra el inmundo Gonzalo y ese payaso de Juan. Me eligió mientras que los demás se le imponían y se habrían desembarazado de mí — tú fuiste testigo de ello— por cualquier medio. Y siento, incluso en sus injusticias para conmigo, un verdadero afecto, que, sí, podría ser el de un padre. Conoces mi historia, amigo Bartolomé. Nos valió nuestro primer encuentro en las mazmorras de Sevilla. Sabes, pues, qué significa eso para mí... Y por qué corro, un poco, sin duda, a su sombra.

En fin, para no pensar demasiado en todo el tiempo que pierdo lejos de quien tú sabes, me atareo cada día en acciones grandes o pequeñas.

Una de las más importantes, como tal vez sepas, fue encontrar el emplazamiento de la capital del Perú. Debo confesar que fue, para mí, uno de los más hermosos momentos de estos meses, demasiado largos, vividos lejos de Cuzco.

Desde el último otoño no pasaba día sin que don Francisco buscara un lugar digno de ese gran proyecto. Su opinión, que todos aceptaban, era que el lugar ideal debía estar a orillas del mar del Sur, para darle un puerto y facilitar los enlaces con Panamá y España. Tras haber recorrido centenares de leguas de desierto, cierto día, a comienzos de enero, a media tarde, llegamos a un verdadero valle del Edén. Imagina una tierra tan rica, tan copiosa, que es posible cabalgar tres horas enteras bajo árboles cargados de fruta sin que nunca el sol nos haga parpadear. Imagina este vergel sembrado, con tanta sutileza como una marquetería de Toledo, de campos de maíz, de patatas dulces, de viviendas de adobe de juncos, de jardines magníficamente cuidados, donde crecen, como flores, las guayabas, los aguacates, los tomates, y todo ello irrigado con gran inteligencia gracias a una red de canales que nunca están secos.

Y en el centro de ese valle encantador, alcanzamos la orilla de un río poco profundo. Muy cerca de la ribera hay una suerte de vasto calvero, rodeado de matorrales floridos, arbustos de hojas púrpuras o amarillas, y ocupado solo por el habitual túmulo de los templos indios.

Entramos al trote corto, como si temiéramos que un lugar tan encantador pudiera emprender el vuelo ante los ollares de nuestros caballos. El gobernador me miró con esa expresión que ya conoces y que suele reservar para los grandes momentos de victoriosa excitación, para su bendito retrato de la Santa Virgen y el niño Jesús. «¡Aquí será!», dijo quitándose el sombrero.

*Y como era el día de los Reyes Magos, añadió: «La capital se llamará: Ciudad de los Reyes».*

*Bastó un puñado de días para que el deseo se hiciera realidad. El 18 de enero de este año de 1535 se tomaron las medidas del calvero, que los habitantes de por aquí llaman Lima. Algunas estacas indican ahora el lugar de la plaza Real, la futura catedral, el futuro mercado y los no menos futuros palacios del gobernador y de la municipalidad. Un cura recién llegado de Panamá santificó esos emplazamientos fantasmas. El pobre hombre, poco acostumbrado aún a los hábitos de por aquí, temblaba de los pies a la cabeza. Estaba convencido de que los indios que le miraban solo estaban esperando para asarlo.*

*A pesar de todo, debo reconocer que el momento me conmovió más de lo que esperaba. Decirse: ¡bueno, hemos llegado a un país y hoy construimos una ciudad! Imaginar que allí donde, de momento, solo hay algunos trazos de cal viva en la hierba mientras lo demás sigue llano como la palma de la mano, mañana habrá calles, ruido de carretas, edificios y comercios, monjes y —perdóname— bandidos. ¡La vida entera! Sí, hay ahí algo que te pone un nudo en las tripas, puedo asegurártelo, mucho más que tras una batalla. Podemos esperar, por fin, haber llegado a este extraño y maravilloso país por razones distintas al oro, los pillajes y los saqueos; creer, por fin, que estamos aquí para construir, si no la obra de Dios, sí, al menos, la de los hombres dignos.*

*Así quise, por lo menos, ver las cosas en la emoción del instante.*

*Fray Bartolomé, amigo mío, imagino que estás leyendo estas líneas con tu delgada sonrisa, preguntándote por qué recibes esta descripción en toda regla.*

*Lo cierto es que no quería seguir estando malhumorado. Como sin duda sabes, nada funciona ya entre el gobernador y don Diego de Almagro. Tras cien disputas, reconciliaciones y otras tantas amenazas de guerra, era preciso hallar un medio de alejar sus ambiciones; tan cierto como que dos perros de presa comen mal de la misma escudilla.*

*La noticia cayó sobre mí anteayer. Así pues, como sin duda debes ya de saber, se ha decidido que don Diego de Almagro vaya a conquistar el sur del Perú. Se dice que es una región más rica en oro que todo lo que hasta ahora hemos podido ver, lo bastante como para apaciguar la enfermiza voracidad de Almagro. Creo que este rumor debe considerarse con suspicacia.*

*Don Francisco me ha pedido que me una a la columna de la expedición de don Diego y, por decir sencillamente las cosas, de ser en ella sus ojos.*

*Odio esta tarea. Odio lo que significa: otro año de viaje; más, tal vez. ¡Y qué viaje! Cuando sé muy bien dónde debería estar mi sitio.*

*Amigo mío, permíteme que escriba su nombre: Anamaya.*

*No hay alba, no hay anochecer, no hay silencio sin que piense en ella.*

*No hay día sin que cierre los ojos para ver cómo se inscribe su rostro en mi cerebro, como un hierro al rojo vivo. Tiemblo, amigo mío, por ese amor que hierve en mí y con el que no sé qué hacer. Tiemblo con las miles de caricias hechas con la imaginación y nunca consumadas. Tiemblo por si olvido algún día su voz, sus labios, el almizcle de su piel.*

*Tiemblo, y luego me digo que todo ha terminado. Hace demasiado tiempo que estamos lejos. Y esa nueva partida, mucho me temo, nos separará definitivamente.*

*Tiemblo por el daño que pueden hacerle. Me siento rabioso al no poder protegerla. Sé muy bien de qué son capaces los hermanos del gobernador.*

*¡Sé, pues, que tengo razones para temblar!*

*Fray Bartolomé, amigo mío, perdóname si te comunico a ti, al sacerdote, estos sentimientos en los que ni yo mismo sé separar el fuego del deseo, la frustración y ese ardor que nos hace hombres. Sí, humano por las buenas, pues se ama con toda el alma. Se prueba la infinita felicidad de saber que existe otro ser, tan distinto, tan ajeno a ti, y que, sin embargo, no es posible separarnos sin vaciarnos de nuestra sustancia.*

*Pero solo tú puedes ayudarme en estas circunstancias. ¿Puedes anunciarle a Anamaya mi partida? ¿Y decirle cuánto contraría mi voluntad? ¿Puedes, sobre todo, protegerla un poco? ¿Considerarla, hasta cierto punto, tu amiga y avisarla de las locuras de Gonzalo o Juan? No faltarán en cuanto Almagro haya abandonado Cuzco. Serán dueños de la ciudad, pero no de su demencia.*

*Y si fuese necesario, ¿no podrías hacerle abandonar Cuzco? Tú decides...*

*¡Ah!, como ves, me falta papel. Necesito cloro. Me pongo en tus manos como un ahogado se entrega a la voluntad divina.*

*Sebastián te hará llegar discretamente esta carta. Puedes confiar en él, pedirle que te haga algún favor, y oro incluso. Acaba de dar el gran golpe en Jauja. Siendo ya un experto en el juego, en una noche y un día, tirando los dados, desplumó como a una gallina de corral a Mancio Sierra de Leguizamón. Sierra había despojado, hace dos años, el gran templo de Cuzco. Pues bien, don Sebastián sigue teniendo la piel negra, pero es ahora libre y rico. Tu Dios parece, a veces, capaz de ironías.*

*He dicho tu Dios. Hoy quisiera orar sinceramente para que fuese el mío. Adiós, amigo Bartolomé. Te lo ruego, cuídala. La quiero más que a mi vida y ni siquiera en el infierno adonde voy la olvidaré.*

*Tu Gabriel. Su Gabriel.*

Levantando los ojos de la carta, Bartolomé ve llorar, por primera vez, a la Coya Camaquen. Su rostro se ha levantado y parece mirar las soberbias montañas por

encima de los muros de la *cancha*. Pero en sus mejillas brillan unas lágrimas que ella ni siquiera intenta secar.

Con cierta turbación, Bartolomé levanta las manos en un gesto fatalista.

—En mi país —dice dulcemente— me consideran un hombre cercano a Dios, al igual que aquí te admiran porque estás cerca de las presencias invisibles. Eso debería separarnos, pues Dios no conoce más presencia invisible que él mismo. Y sin embargo, cada vez que te veo siento lo que nos aproxima.

Anamaya frunce el ceño y parece arrancarse de los pensamientos que la atormentan.

—Sé que es difícil para ti comprenderme; incluso para él —dice señalando la carta como si rozara el cuerpo de Gabriel— es difícil. Pero te agradezco que lo intentes.

—Estaré a tu lado cada vez que me necesites —responde sencillamente Bartolomé—. Gabriel ha acertado. Aquí estás en peligro. Debes ser prudente.

—Conozco el sentido de esa palabra, pero no forma parte de mi vida. Hago lo que debe hacerse, con o sin prudencia.

Una breve sonrisa ilumina sus ojos azules, brillantes aún, mientras los clava en los de Bartolomé, que no puede evitar verse turbado por la profundidad y la intensidad de su mirada.

—Tal vez seas tú —dice dulcemente Anamaya— el que deba ser prudente.

## TIAHUANAKU, AGOSTO DE 1535

Hace ya dos semanas que está en camino, siguiendo la columna de Almagro. Durante mucho tiempo ha andado a orillas del mar del Sur; luego, un indio lo ha conducido por valles y collados.

Desde hace dos días está solo de nuevo, y tal vez perdido en plena desolación. Dos días sin ver otra cosa que el vacío, alimentándose de viento y de polvo más que de las vituallas que hinchán aún sus bolsas de arzón.

Le parece, de vez en cuando, estar en el techo del mundo. Los pasos de su bayo, absorbido por el suelo seco y flexible, ni siquiera ahuyentan a los insectos. Hasta perderse de vista, la meseta es inmensa y lisa, aquí y allá cubierta de *ichu*, esa hierba corta y tupida, constantemente empujada por las ráfagas de viento y calcinada por el sol. A la hora del crepúsculo, parece que toda la tierra se vuelva rojiza bajo el azul oscurecido del cielo.

Gabriel se ha puesto el pañolón sobre el rostro para protegerse un poco del polvo. A fuerza de contemplar siempre lo mismo, su vista parece haberse apagado. De pronto oye un grito. O una vibración en el aire. Necesita un largo momento de observación antes de adivinar, en pleno oeste, en la penumbra que aumenta, unas rígidas formas que se yerguen contra el plano horizonte. Tal vez haya llegado, por fin, a alguna parte.

Tras haber mojado su pañolón con la cantimplora y haberse refrescado el rostro, dando una palmada en el cuello de su bayo aumenta la velocidad. Necesita casi media hora para descubrir el más extraño espectáculo.

Enormes, dos o tres veces más altas que un ser humano y como si brotaran del desolado suelo, se alinean unas angulosas esculturas. En la piedra oscura se adivinan rostros, manos, miembros, posturas de borrosas muñecas. Un poco más lejos, la polvorienta superficie de la meseta se ve trastornada por un inmenso caos de rocas pulidas, medio enterradas, como si un monstruo del corazón de la tierra hubiera intentado tragárselas.

Algunas hacen pensar en gigantescas puertas, con sus pernios y sus dinteles tallados en un solo y gigantesco bloque. ¿Cómo es posible? ¿Cómo han podido trabajar así: esculpir, pulir, transportar aquí, donde solo existe el cielo, el viento y el polvo, esas obras prodigiosas de más de treinta pies de largo por quince de ancho? ¿Con qué instrumentos, qué herramientas, qué saberes han sido tallados en bloques que solo podían ser, también, prodigiosos?

Y ante esos bloques inmensos se agita un hombre y gira sobre sí mismo como si quisiera bailar con esas colosales masas de piedras. Es casi tan alto como Gabriel, pero más corpulento. De la frente al cuello, infinitas arrugas cubren su ancho rostro,



de nariz achatada y párpados almendrados. Solo le quedan dos negras muelas, plantadas de través, entre las que se agita una lengua aparentemente ágil. Vestido con harapos, con las piernas desnudas a pesar del viento frío que sopla en la meseta, lleva un extraño gorro de tapicería de vivos colores. Es un extrañísimo tocado, de forma cuadrada y que muestra, en cada ángulo, una punta semejante al cuerno de una cabra.

Cuando Gabriel se acerca, el hombre lanza una penetrante mirada al bayo. No demuestra miedo alguno, al revés que la mayoría de indios cuando ven los caballos. Calla por un instante y no responde al saludo de Gabriel, que pregunta si ha visto una larga columna dirigiéndose hacia el sur.

—Con extranjeros vestidos como yo y animales como este —concluye palmeando los lomos del bayo.

El hombre entorna los ojos, pero mantiene la boca cerrada. Gabriel se dice que no ha logrado hacerse entender. Como suele suceder desde que ha abandonado la costa, ¡hay tantas clases de indios y lenguas distintas en este país!

Y de pronto, el viejo agita sus brazos como un molino.

—¡*Taypikala, Taypikala!* —exclama en un quechua bastante comprensible—. ¡Esto es *Taypikala!* Estás en el centro del universo, extranjero. Lo que estás viendo son los hombres que fueron antes que nosotros hombres. Son de piedra, pero te ven. ¡También me ven a mí! Por eso vengo cada día a saludarlos, cada día cuando el sol está sobre mi cabeza. ¡Sí! ¡Sí! Y también tú, extranjero, deberías saludarlos. ¡Haz como yo!

Haciendo rodar sus ojos, el viejo se hinca de rodillas y levanta los brazos al cielo. Con su voz aguda, murmura frases incomprensibles en una lengua de la que Gabriel no entiende nada.

Vagamente divertido, con la brida del bayo puesta de un modo negligente en el hombro, Gabriel mira al hombre que levanta los brazos al cielo e inclina su busto hacia adelante y hacia atrás, produciendo unos húmedos chasquidos parecidos a cloqueos de gallina. Pero, advirtiéndole que Gabriel permanece sin moverse junto a su caballo, le interrumpe y le mira de arriba abajo con aspecto enfurecido.

—¿Por qué no saludas a los hombres de piedra? —le reprocha en su quechua apenas comprensible—. ¡Te ven y van a enfadarse! ¡Saluda como yo, o lo lamentarás!

A decir verdad, hay tanta convicción en las locas palabras del hombre que Gabriel podría creerlo. Y el lugar es, también, uno de los más extraordinarios que ha visto.

Como si hubiera seguido el pensamiento de Gabriel, el anciano se le acerca. Sin el menor temor por el caballo, ignorándolo incluso, con sus dedos de uñas largas, tan negras como garras, le ase por la camisa y le sopla en las narices la pestilencia de quienes tienen la panza vacía.

—Hace mucho tiempo, extranjero —murmura—, Viracocha, el creador del Principio y del Fin, quiso poner a los humanos en la tierra. Pero los seres que creó primero no se sostenían de pie, o tal vez se comportaban como bestias. Mataban, gruñían y se devoraban entre sí como bestias. Copulaban como bestias y también sus

hijos. ¡No había diferencia entre los humanos y los animales, extranjero! Entonces, Viracocha los destruyó. Los transformó en piedra: son los que tienes ante ti. Se dijo: «Voy a crear unos hombres perfectos, seres humanos fuertes, prudentes y hermosos. Voy a darles una ciudad perfecta para vivir. Y ellos mismos educarán a quienes no sean perfectos, no hombres del todo, aún...». Y creó a los señores incas y la ciudad del puma de Cuzco. ¡Allí todo es perfecto, extranjero!

El anciano calla de pronto. Con un guiño, hace chasquear su lengua y suelta, por fin, la camisa de Gabriel. Volviéndose hacia las inmensas esculturas que el crepúsculo baña con un oro sangriento, levanta de nuevo los brazos.

—¡Extranjero, he aquí lo que hizo Viracocha! —masculla—. Luego creó todas las naciones sometidas a Cuzco. Esculpió lo que ves, modeló en inmensas piedras a los viejos, los jóvenes, las mujeres, los niños. ¡Cada cual para una nación! Les dio a cada uno una especie de tocado, un color de tejido y algunos *quipus* sin un solo nudo. Les hizo una *cancha* por aquí, con inmensas puertas para que aprendieran a vivir dentro y fuera. Y luego les señaló una tierra alrededor de las sagradas montañas de Cuzco...

De frase en frase, los chasquidos de lengua del viejo aumentan. Grita, con los ojos desorbitados, como si temiera que el frío viento ahogara sus palabras en cuanto las hubiese pronunciado.

—Les dijo: «¡He aquí vuestras naciones, hombres! Esto será de los canchis, eso de los kollas, aquello de los yungas... Y vuestros poderosos señores, a quienes obedeceréis en todo, serán los Hijos del Sol, los de Cuzco. Ellos enseñarán a cultivar, a hacer caminos, a ser prudentes como deben serlo los humanos...». Y luego, Viracocha hizo venir a unos guías para cada nación. Les ordenó: «Hundios en la tierra con los hombres de piedra y no volváis a salir sino del suelo de las naciones que os he designado». Y así lo hicieron. Viajaron bajo tierra, saliendo, solo, en las fuentes, las grutas, las grandes rocas hendidas. Allí, el guía de Viracocha sopló en sus grandes cuerpos de piedra, diciendo: «¡Animaos, humanos de *Taypikala*! ¡Animaos! Tomad carnes de humano e id a poblar esta tierra que está desierta. ¡Multiplicaos respetando la voluntad de Viracocha y de los señores Hijos del Sol!».

El viejo loco ha aullado las últimas palabras. Calla, jadeante, con los párpados cerrados y el rostro levantado hacia el cielo aureolado por los últimos rayos del sol. Al mirarle, grotesco y magnífico, Gabriel no puede evitar compararle con un profeta recién salido del Antiguo Testamento y que se hubiera extraviado en estos confines del mundo.

El viento ha refrescado, y Gabriel tiembla. Toma el jubón de la silla del bayo y se lo pone. El anciano se vuelve. Como si siguiera ignorando la presencia del caballo, palmea y sonrío. Gabriel, algo incómodo, le devuelve la sonrisa. El hombre inclina la cabeza y señala un punto de la meseta.

—Aquellos a los que buscas están allí, extranjero —dice con una voz que vuelve a ser normal—. ¡Son numerosos, numerosos! Hay señores de Cuzco y otros hombres, sí, extranjeros como tú.

—¡Gracias! —dice Gabriel con una voz enronquecida por haberla utilizado tan poco en los días precedentes.

Una risa pasa entre las estropeadas muelas del viejo y estalla, chirriante.

—¡Están allí, extranjero! ¡Y Viracocha tendrá que comenzar de nuevo su trabajo!

Con un gesto circular del brazo, parece que quiera atrapar los megalitos en su palma y lanzarlos a lo lejos, en la meseta.

—¡*Taypikala* se ha terminado! —exclama—. Mira a tu alrededor y verás que todo se quiebra. Aquellos con quienes vas a reunirte son, de nuevo, como bestias. Matan, gruñen y se pelean entre sí como bestias. Roban las mujeres, viejas o jóvenes, sin distinción, para copular como bestias. ¡No hay diferencia entre los humanos y los animales, extranjero! Vuelve a ser como antes, extranjero, antes de que Viracocha pusiera a los humanos en la tierra. Es un nuevo *pachacuti*. ¡*Taypikala* se ha acabado!

Ya no es el viento lo que hace temblar a Gabriel, sino la risa del viejo loco a sus espaldas. Tras un último signo de despedida, pone el bayo al trote. Durante unos instantes, aún oye los gritos y las risas que vibran en el aire frío.

—¡*Taypikala* se ha terminado! ¡Viracocha tiene que volver a empezar!

Cuando Gabriel, tras haber cruzado toda la meseta, llega a la columna conducida por Almagro, la tarde ha caído. La ve y la oye a lo lejos, inmensa cohorte que se está instalando entre los repliegues de la meseta, sembrada de miles de antorchas. Eso le recuerda, primero, la larga columna formada, hace de eso dos años, al salir de Cajamarca. Parece tan larga, tan populosa: tal vez diez mil indios siguen a Almagro y sus conquistadores.

Gabriel talonea los flancos del bayo y acelera el paso para cruzar de través la meseta y alcanzar la cabeza de ese interminable rebaño humano, donde suelen hallarse los españoles. Pero los indios son tan numerosos que los alcanza mucho antes. Y de pronto, a la luz de las antorchas, lo que ve le deja estupefacto.

Hay hombres encadenados, de diez en diez. Descubre otros veinte, de pie en el viento y la oscuridad, casi desnudos, con los tobillos y los brazos unidos, unos a otros, por correas de cuero. Hay allí mujeres, en la misma postura, jóvenes o viejas, con el rostro arruinado por el dolor a la luz de la luna. En ninguna parte ve fuego o tiendas para alimentarse y dormir. Por doquier evitan, con el mayor temor, su mirada, y cuando hace preguntas, las bocas permanecen cerradas.

Los gritos del viejo loco vuelven a su memoria: «¡No hay diferencia entre los humanos y los animales, extranjero!». Con el corazón en los labios, Gabriel sigue cabalgando una hora más entre esa pesadumbre y esos horrores, pero cuando por fin llega al campamento de don Diego, muy iluminado por una hilera de antorchas montadas sobre alabardas, los aullidos y las risas le anuncian ya lo que va a encontrar. Algunas telas se han tendido entre cuatro tiendas y forman una especie de patio. El Tuerto, enclenque, está sentado allí, al extremo de una larga mesa cubierta por restos

de asado, medio adormilado en un sillón. Unos veinte españoles, borrachos de cerveza, gritan y ríen rodeados de jóvenes indias desaliñadas, a las que no dejan de atormentar. Algunas están ya desnudas, o casi, con los ojos desorbitados; otras, borrachas también, se ríen entre lágrimas.

Pese a su aspecto adormilado, don Diego de Almagro es el primero que ve a Gabriel cruzando los muros de tela. Su único ojo se abre de par en par y brilla ya de ironía. Lanza un grito que impone silencio, y todos se vuelven hacia Gabriel, que, de una ojeada, contempla los rostros y casi no reconoce a ninguno.

—¡Don Gabriel! —exclama Almagro—. ¡Esto sí que es una sorpresa!

Salta de su sillón como un diablo. Con la palma de ambas manos golpea violentamente la mesa. Las mujeres se sobresaltan de miedo y los hombres se ríen.

—¡Señores, os presento a don Gabriel Montelúcar y Flores! Un íntimo y queridísimo amigo de mi amigo don Francisco.

La hiel en la voz de don Diego bastaría para aguzar las miradas sumidas aún en la embriaguez. La alusión al gobernador las hace brillar de odio. Gabriel finge no advertir la ironía de esas palabras.

—Don Francisco me envía para aseguraros su apoyo en vuestra empresa. Me encarga deciros que la ayuda que os proporciona no puede limitarse a la financiación... Y si os resulta necesario, una sola palabra vuestra y os estaría agradecido si aceptarais su concurso...

Almagro vuelve a reír.

—Somos sensibles a tan generosa atención. Don Francisco se llenó los bolsillos de muy buen oro. A estas horas duerme en un cómodo lecho mientras nosotros seguimos por los caminos para encontrar solo polvo. Claro que él tiene dos pares de ojos cuando yo solo tengo uno. ¡Y vosotros, señores, tenéis delante ese par de recambio!

—Don Diego —interrumpe Gabriel—, guardaos las chanzas para el resto del viaje. Acabo de cabalgar durante una hora a lo largo de vuestra columna y he visto un infierno. ¡Tratáis a la gente como bestias! ¿Queréis que todo el país se rebele contra nosotros?

El silencio se vuelve tan frío como el viento, tan frío como la voz de Almagro.

—¿Por ventura tenéis la intención de darme lecciones, don Gabriel?

Gabriel no tiene tiempo de responder. Un hombre se ha levantado de la mesa. Agarra a una de las mujeres más jóvenes, que se han apartado unos pasos, y rasga por completo su túnica con un estilete.

Aparecen sus pechos desnudos. Ella mira sus dedos manchados de sangre con una especie de enloquecida incomprensión.

—Aquí —ladra el hombre mientras la muchacha hace desordenados movimientos para escapar— hacemos lo que queremos. Aquí, nuestro gobernador es don Diego.

Gabriel tiene ya la espada en la mano, pero el chirrido de veinte espadas saliendo de la vaina le responde. En un fulgor de acero, se eriza ante él una hilera de hojas.

La boca de Almagro es presa de un temblor maquinal, que sacude sus flacas mejillas picadas de viruela.

—Ved la generosidad de estos hombres, don Gabriel. Ya veis con qué naturalidad me conceden el título que se me ha negado... Y no es eso todo: ¿queréis ver hasta dónde están dispuestos a llegar por mí? Vamos, sé que sois valeroso, pero somos quinientos y vos estáis solo. Temo que sea demasiado, incluso para vos... Don Cristóbal de Narváez acaba de decíroslo. Aquí yo decido el sí y el no. Y viajo como me parece. Si no os gustan mis modos, volved, pues, a limpiarle las botas a don Francisco.

Gabriel envaina lentamente la espada. La fatiga de su viaje hace pesados sus miembros y tiene en la boca el sabor de la amargura.

Las palabras del viejo loco cantan tristemente en su cabeza mientras da media vuelta ante las sarcásticas risitas.

«¡*Taypikala* se ha terminado! ¡Viracocha tiene que volver a empezar!».

## CUZCO, AGOSTO DE 1535

—¡A mí, señor!

—¡Voy a atravesarte!

—¡Ay, caballero!

—¡Titu! ¡Lloque! Cuidado con esos palos. ¡Vais a haceros daño!

Por un instante, los dos muchachos de apenas cinco o seis años retienen sus brazos provistos de un pedazo de madera transformado en espada por la imaginación. Lanzan una mirada a su madre. Con las otras siervas, se atarea limpiando la gran sala común y sacudiendo las mantas de las camas. Al ver que, pasada la reprimenda, se vuelve ya, los dos niños sueltan la carcajada. Saltando como pequeñas fieras, reanudan con más ardor su juego, un juego magnífico y nuevo: ¡batirse como los extranjeros y con armas de extranjero!

Inmóvil en la sombra, Anamaya los contempla. Ha aparecido una sonrisa en sus labios, pero grave, melancólica, y que no ilumina sus ojos.

—¿En qué piensas, *Coya Camaquen*? —murmura muy cerca una leve voz.

—¡Inguill!

Anamaya se vuelve con un movimiento de sorpresa y descubre el tierno rostro de su joven amiga.

—¡No te he oído llegar! Te mueves siempre como una corriente de aire —añade con ternura.

—¡No del todo! Hace un rato ya que estoy detrás de ti, pero no me atrevía a hablarte, pues parecías muy apasionada por esos chiquillos. Me he dicho...

Inguill vacila y se muerde los labios.

—Pensabas en él al mirarlos, ¿no es cierto? —susurra finalmente.

Anamaya asiente con una sencilla inclinación de cabeza y lanza, de nuevo, una mirada a los niños. Corriendo, persiguiéndose de una punta a la otra del patio, juegan hasta perder el aliento, mezclando en sus gritos y sus risas algunas palabras robadas de la lengua de los extranjeros.

—Le echas en falta —dice Inguill sin que eso sea del todo una pregunta—. ¡Hace tantas lunas que no le has visto! Podrías casi olvidar su rostro y cómo está hecho. Yo carezco de tu fuerza. Haría tiempo que habría muerto a fuerza de llorar..., o habría encontrado a otro.

Anamaya contiene su deseo de hacer que la muchacha se calle. El afecto de Inguill es sincero, aunque no se dé cuenta de la crueldad de sus palabras. Además, tiene razón. ¡Hace tanto tiempo, en efecto, que Anamaya debe acallar su amor por Gabriel! ¡Tanto tiempo que ya solo confía su pena y su soledad a la oscuridad de la noche y al silencio de la montaña!

—A veces ocurre así —dice en voz muy baja—. De vez en cuando consigo olvidarlo durante todo un día. De vez en cuando duermo toda una noche sin despertar para pensar en él. De vez en cuando tienes razón, puedo olvidar su rostro, la forma de su boca, la dulzura de sus manos... Pero su pensamiento regresa, sin que yo sepa ni siquiera por qué. Nada se ha olvidado, nunca. Hace un rato cruzaba este patio y he visto jugar a esos niños. Ha sido, de pronto, como si le viera.

—Pero ¿por qué piensas siempre en él si sabes que no volverá? Peor aún: sabes que nunca podrá ser tu verdadero esposo. Te torturas en vano, *Coya Camaquen*.

Con los ojos brillantes, conteniendo con un parpadeo el picor que anuncia las lágrimas, Anamaya suelta una risita. Toma la mano que Inguill le tiende con ternura.

—Sin duda, tienes razón. Pero así es... ¿Qué puedo hacer? Pienso en él porque está en mi corazón. Pienso en él porque está en mi alma de aquí y, tal vez, en el alma que me aguarda en el Otro Mundo. Pienso en él porque mi cuerpo espera sus caricias y no quiere otras...

—¡Debe de ser terrible!

—No, no siempre...

Callan unos instantes, pues la madre de los dos muchachos les llama de nuevo. Esta vez les confisca los palos-espada, lo que les arranca las lágrimas.

—Gabriel no está aquí y, sin embargo, está tan cerca, tan cerca, que hay un lugar para él entre mi aliento y mi piel —murmura Anamaya, siguiendo la escena con los ojos—. Algunos días es tan fuerte, tan violento, que podría creer que acaba de abandonar Cuzco. Esos días parece que me baste con darme la vuelta para que pueda poner mi mano en su rostro y él pueda estrecharme en sus brazos. Pero tienes razón: hay otros muchos días en que sé la verdad. Está lejos, tan lejos que podría dudar de que siga viviendo en este Mundo.

Una lágrima, una sola, ha cruzado los párpados de Anamaya. La seca con un gesto furtivo. Risueña, casi burlona, toma el brazo de Inguill y la arrastra hacia la puerta de la *cancha*.

—Vamos —dice con voz más firme—. ¡Dejemos nuestra chachara de mujeres! Acompáñame a la gran plaza Aucaypata. Esta mañana han llevado allí los cuerpos secos de los antiguos señores del clan de Manco. Quiero ir a saludarlos.

Inguill, con los pómulos enrojecidos por la emoción, asiente con la cabeza y sigue a Anamaya, con la mirada pensativa.

Cuando se acercan al muro de la *cancha*, resuena el breve son de una trompa. Sin que ni siquiera se dé una orden, seis guardias provistos de lanzas decoradas con plumas que lucen los colores del Único Señor Manco se acercan a la *Coya Camaquen* para escoltarla. Toman la calle que baja, en empinada pendiente, hacia la Aucaypata.

—Anamaya, dime: ¿se puede amar a un extranjero como se ama a un hombre de nuestra raza? —pregunta de pronto Inguill en voz baja.

Sorprendida, Anamaya casi se detiene. Antes de responder, lanza una mirada a los hombres de la escolta para asegurarse de que no pueden oírlas.

—Gabriel no es un extranjero como los demás. Sería difícil explicártelo: hay en él una fuerza que le hace distinto a todos los hombres, tanto a los de aquí como a los del país de donde procede.

Inguill mueve la cabeza con una sonrisa traviesa y turbada al mismo tiempo.

—Quería decir si hacen el amor como los hombres de aquí —vuelve a preguntar con un susurro casi inaudible—. He oído decir a las mujeres que los extranjeros le conceden... más importancia que nuestros hombres; que les gusta más hacerlo y que para nosotras, las mujeres, bueno...

Inguill no se atreve a terminar la frase. Anamaya, esta vez, se detiene por las buenas. Desde el lugar donde se encuentran, la gran plaza de las ceremonias es ya visible. Las momias están alineadas en el lado izquierdo; cada una de ellas tiene delante un buen brasero alimentado por un sacerdote.

—¿Por qué me haces esta pregunta, Inguill?

—Quisiera ayudar a Manco. Creo que puedo hacerlo si tú me ayudas, Anamaya. Sé que los señores extranjeros volvieron ayer a atormentar a Manco para que les entregue a tu esposo, el Hermano-Doble de oro. ¡Gritaron y amenazaron tanto! No he podido dormir en toda la noche pensando en lo que le han exigido...

Anamaya sabe muy bien en qué piensa Inguill. Las amenazas de los dos hermanos del gobernador Pizarro, Juan y Gonzalo, resuenan aún en su interior. ¡Esos dos demonios son la causa del alejamiento de Gabriel!

Una vez más, Manco se negó valerosamente a cederles la estatua de oro; una vez más le insultaron, a él, al inca, al Hijo del Sol, como si fuera solo un perro vagabundo, antes de proponerle un innoble intercambio: ¡que la *Coya*, su propia esposa, la del rey, abandonase su lecho para entrar en el de Juan!

—¡No permitiré que eso ocurra! —gruñe Anamaya, temblando de furor.

Los hombres de la escolta comienzan a observarlas. Reanuda la marcha y arrastra a Inguill hasta la plaza.

—¡Manco no debe aceptar ya que le traten con tanto desprecio! —lanza en voz más baja aunque igualmente violenta—. No puede cederles la *Coya*, como no ha aceptado que yo les fuera entregada. Curi Ocllo es la reina. El Sol y la Luna bendijeron su vientre para que el Único Señor engendrara en él su descendencia. Es más sagrada que yo aún. ¡Qué vergüenza sería que ese extranjero la tomara para sí! Ninguno de los poderosos señores creería ya en Manco. ¡No habría ya autoridad alguna!

—Anamaya, no tiene elección —protesta Inguill con el rostro súbitamente deshecho—. ¡Manco no puede negarse una vez más! Los extranjeros le encadenarán. Sí, lo harán... ¡Oh, que Viracocha nos ayude!

Con el rostro endurecido y un breve gesto, Anamaya indica a la escolta que se aparte, pues han llegado a los últimos peldaños enlosados que dan a la plaza. No hay mucha gente, solo algunos señores incas, sacerdotes y muchachos, alrededor de las momias. Algunos españoles, más apartados, las observan con una curiosidad algo



hastiada. Lejos está ya el tiempo en que estas ceremonias los fascinaban.

—No, Inguill —prosigue Anamaya con claridad, poniéndose ante la muchacha—. No permitas que el miedo te invada. Es siempre mal consejero. Debemos abandonar Cuzco. Es lo mejor. No es posible ya compartir esta ciudad con los extranjeros.

—¡Anamaya! Esto es una locura. Solo producirá la guerra.

—Es un riesgo que hay que correr —replica Anamaya con calma—. ¿Has visto hace un rato a aquellos niños? Jugaban a los extranjeros; utilizaban palabras extranjeras. Sus palos no representaban las mazas de los guerreros incas, ni las lanzas o los arcos, sino las armas de los extranjeros. Eso es lo que les gusta y les divierte hoy: ¡parecerse a los extranjeros! ¿Qué será de ellos cuando crezcan si dejamos que eso siga así? Dejarán de amar a Inti y a Mama Quilla. Dejarán de ser hijos de los humanos a quienes Viracocha concedió el Imperio de las Cuatro Direcciones. Se convertirán en esclavos de los extranjeros que desprecian a nuestros ancestros del Otro Mundo y llaman a nuestro país Perú. Sabes, Inguill: procuré por todos los medios mantener la paz cuando Chalcuchimac quería la guerra. Era preciso para que Manco pudiera convertirse en nuestro Único Señor; pero hoy el Único Señor Manco debe saber hacer la guerra.

—¡No puede! —grita Inguill—. Perdona que me mezcle en lo que una chica como yo ignora, *Coya Camaquen*. Sin embargo, se dice por todas partes, incluso en el *acllahuasi*, que no tenemos fuerza bastante, que ni siquiera tenemos suficientes guerreros como para hacer la guerra a los extranjeros.

—Dentro de unas lunas será distinto.

—¡Dentro de unas lunas, Manco tendrá cadenas en los pies y el cuello, como el Único Señor Atahuallpa! —grita Inguill—. ¡Dentro de tres días, los extranjeros vendrán a buscar a la *Coya*!

Anamaya se aparta con un gruñido de despecho. Por unos instantes, para calmar los latidos de su corazón y evitar palabras en exceso duras para Inguill, mira a los sacerdotes con largas túnicas de flecos que practican las ofrendas. Con precisos gestos, arrojan pedazos de carne y granos de maíz a las brasas. Luego levantan muy arriba las jarras de *chicha* ante los cuerpos secos, como si los invitaran a beber.

—Muy bien, puesto que pareces haber pensado en todo eso, ¿tienes acaso una mejor solución? —pregunta sin ni siquiera mirar a Inguill ni ocultar su burla.

—¡Sí! No te enfades conmigo, Anamaya. Solo quiero ayudaros, a Manco y a ti.

—¿Y cómo piensas lograrlo?

La muchacha se pone rígida.

—Los extranjeros pueden elegirme a mí —suelta en un solo aliento.

—¿A ti? ¡Inguill, no digas tonterías! ¡Tú no eres la *Coya*, que yo sepa!

—No, pero ellos lo ignoran. Y todo el mundo dice que me parezco tanto a Curi Oclo...

Estupefacta, Anamaya contempla por unos segundos el dulce e inocente rostro de Inguill, sus pómulos altos y anchos, su boca pequeña pero dibujada con delicadeza,

su nariz algo curva... Es cierto que se parece a la esposa de Manco. Sin embargo, Anamaya mueve la cabeza negativamente, conmovida.

—No, Inguill, es una locura; no sabes lo que estás diciendo.

—¡Escúchame, Anamaya! Sabes que amo a Manco por encima de todo, tanto como tú amas a tu extranjero. Se lo debo todo y, en primer lugar, la vida. ¡Recuérdalo! Y hoy, aunque no me haya querido en su lecho, quiero demostrarle mi amor...

—¿Convirtiéndote en la esposa de un extranjero?

—Evitándole tener que lanzarse a una guerra que no puede ganar todavía.

Quebrantada, Anamaya contempla a su amiga con pasmo.

—Pero ¿comprendes lo que eso significa para ti?

—Lo he pensado bien —asegura Inguill con una pálida sonrisa—. Por eso te he preguntado antes cómo aman los extranjeros. Seré la mujer del más viejo, del que se llama Juan. Le he observado bien: creo que no tiene la crueldad de su hermano.

Anamaya sigue moviendo la cabeza como incrédula. Con lágrimas en los ojos, Inguill ríe.

—Y además —añade—, así seré la reina por unos instantes. ¡Ayúdame, *Coya Camaquen!* Llévame ante Manco para que le explique mi plan.

Oculto detrás de la manta que cae ante el marco de la puerta, Anamaya contempla la animación festiva que reina en el patio. Manco ha hecho bien las cosas. Los extranjeros, por una vez, tienen caras alegres.

Españoles o incas, en la *cancha* real solo hay una decena de guardias y soldados, mientras una multitud de jóvenes y hermosas mujeres van y vienen. Todas se han puesto túnicas de ceremonia de vivos colores. Collares de flores procedentes del cálido bosque se balancean alrededor de los cuellos. En un hábil baile, hacen girar ante el Único Señor y sus huéspedes unos platos atestados de olorosas viandas: vicuña asada y rellena de ciruelas, tórtolas y perdices sofridas en quinua, puré de chirimoya con cacahuets...

Juan Pizarra lleva un vestido que parece nuevo, de mangas anchas, con el cuello ceñido por un encaje tan ancho como la mano y que disimula su verruga. En una mano sujeta sus guantes, y en la otra, una *cattleya* blanca, que acerca a su nariz, aspirando el fuerte perfume de la flor con algunos parpadeos. A su lado, Gonzalo acepta con tanta amabilidad los frutos y las tortas de maíz untadas de miel que nadie podría creer, entonces, que su alma es negra. Ante Manco, sentado en su trípode real, tanto el uno como el otro se han aposentado en un banco que se ha hecho más cómodo con unos cobertores de fina lana.

—Todo va bien —anuncia en voz baja Anamaya—. Los extranjeros están contentos. Manco finge sentirse orgulloso de complacerlos. No tardarán en pedir la *Coya*...

A su espalda, agachada en la penumbra donde solo brilla su tocado de oro, Inguill asiente con un murmullo.

Como Anamaya ha adivinado, cuando las siervas de nuca doblada y párpados bajos acercan las jarras de *chicha*, Juan Pizarro ya no aguanta más.

—Único Señor, tu comida es buena y tu hospitalidad agradable, pero no quisiera que olvidaras la razón por la que hemos venido.

Manco, sin responder, hace un signo con su mano diestra. Las sirvientas abandonan inmediatamente su agitación para formar una doble hilera, que lleva hasta la puerta del segundo patio.

Lentamente, con mucha gracia, precedida por dos o tres muchachas con túnica blanca, aparece la primera de las concubinas de Manco. Mientras se acerca a pequeños pasos por entre las hileras de siervas, los dos españoles escrutan su amplio rostro, su pequeño tamaño, sus bien dibujados labios. Hay en ella más robustez que belleza, pero una evidente sensualidad también. Se dirige directamente al Único Señor y se prosterna, sin dirigir una mirada a los extranjeros.

Antes incluso de que Manco le ordene levantarse, la boca de Gonzalo se hincha de desdén.

—¡Único Señor! —gruñe—. ¿Pretendes acaso hacernos creer que esta mujer es tu esposa?

—¡Lo es! —asegura Manco, sonriendo.

—De ningún modo. ¡Nos engañas! ¡No se parece en absoluto a la *Coya*! —exclama Juan con despecho—. Mira, Gonzalo, ¡es mayor que yo!

—Único Señor —suspira Gonzalo, levantándose—. No vamos a enfadarnos de nuevo. Mi hermano merece la más hermosa de tus mujeres. Tu esposa preferida, ¿sabes?

Anamaya ve la sonrisa del español, pero reconoce en su voz una vibración de furor contenido. También Manco ha debido de percibirla, pues ríe con suavidad.

—¡Bravo! Tienes razón, hermano del gobernador, aciertas. Esta mujer es mía; es la que me enseñó, hace ya tiempo, cómo debía comportarse un hombre entre los muslos de una esposa.

Los dos españoles sueltan una carcajada.

—Me disgustaría dar mi más hermosa mujer a un hombre que no supiera reconocer la belleza —prosigue Manco—. Me satisface que vuestro gusto sea tan exigente como el mío.

Da unas palmadas. De la vasta pieza común, ante su estancia, salen unas veinte muchachas. Los españoles se vuelven, boquiabiertos y con los ojos desorbitados.

—Amigos —anuncia amablemente Manco—, ¡he aquí mis más hermosas mujeres! No puedo hacer nada mejor que dejaros elegir.

En su refugio de sombras, Anamaya ve la estupefacción de los extranjeros, mientras las muchachas, de rostro temeroso y sumiso, avanzan hacia ellos. Llevan todas el mismo *anaco* azul claro, y una capa blanca adornada solo con algunos

motivos coloreados en la parte baja.

—Ya está —murmura Anamaya—, han salido las concubinas.

Nerviosa, tensa, Inguill se ha acercado tanto a su hombro que respira el pesado perfume de aceitoso almizcle con el que se ha ungido.

—Mira...

Imperceptiblemente, Anamaya aparta un poco más la manta para que la muchacha pueda ver también la escena.

Bajo el sol que inunda el patio, los hermanos del gobernador pasan revista a las concubinas. Levantan un mentón, una mano, acarician un hombro, hacen que gire esta, y luego, aquella. Los gestos y las risas de Gonzalo se hacen más insistentes. Palpa un pecho, un vientre, esboza caricias impúdicas que hacen estremecerse de asco a Anamaya.

—Inguill, estás segura...

—¡Sí, sí! —interrumpe Inguill—. Solo temo que elijan a una concubina sin ni siquiera verme.

Pero no. Todo ocurre como estaba previsto. Frunciendo el ceño, Gonzalo retiene a su hermano, que parece encantado y no deja de saludar con su sombrero. Hablan unos instantes en voz muy baja. Luego, de nuevo, Gonzalo se vuelve hacia Manco. Esta vez sus ojos brillan de rabia cuando se detiene muy cerca del Único Señor.

—¡Por la sangre de Cristo, Manco! ¿Cuándo comprenderás que ya no debes mentirnos? —De pronto, su grito resuena en el patio, dejando inmóviles a concubinas y siervas—: ¡Nunca más!

Inguill, instintivamente, aprieta el brazo de Anamaya, como si estuviera a punto de romperse bajo la cólera del español.

Sin embargo, Manco reacciona con desarmante placidez e ignora los gritos de Gonzalo.

—Hermano del gobernador —pregunta a Juan en tono tranquilo—, ¿ninguna de estas mujeres te gusta?

—No es que no sean hermosas, Único Señor —reconoce Juan con turbación—. Son agradables de ver, frescas y están bien hechas, debo reconocerlo.

—¡Pero ninguna es la Coya! —interrumpe Gonzalo, gruñendo—. Y tú lo sabes...

—¡Ah, amigos míos! —suspira Manco—. ¡Qué difíciles sois!

—No discutas más. No tengo ya ganas de divertirme con tus juegos. Queremos ver, ahora mismo, a la reina.

El rostro de Manco se ensombrece de pronto. Su mirada se hace fija, como si su corazón se desgarrara. Anamaya se estremece, estrechando contra sí a Inguill.

—Va a llamarte —susurra—. Cuídate mucho, amiga mía.

Adivina en las mejillas de Inguill la humedad de las lágrimas. La muchacha le besa la mano.

—¡No tengo miedo! ¡No tengo miedo! —murmura negando lo que es obvio.

Anamaya aprieta el rostro contra el suyo. Juntas escuchan la llamada de Manco.

—¡Curi Ocllo! Que venga aquí la reina Curi Ocllo.

—¡No olvides que te quiero! —susurra Anamaya—. Y promete que huirás si quiere hacerte daño...

Pero las siervas han apartado ya la manta y se prosternan en el umbral de la estancia. Mientras Anamaya se oculta un poco más en las sombras, Inguill sale a la luz.

La satisfacción relaja de inmediato las miradas de los españoles. Nunca Inguill había estado tan hermosa, y su belleza parece reflejarse en los rostros de los extranjeros. De un verde acuoso, tejido con tanta finura que no se pueden adivinar los puntos, el *anaco* que la envuelve pone de relieve su cuerpo grácil. La *lliclla* violeta, a juego con los sapientes motivos de su cinturón, flota sobre sus hombros y llega hasta el suelo vaporosa como el humo. Bajo el tocado sembrado de pequeñas conchas doradas, su rostro es perfecto y las cejas se arquean como una pincelada. Sus párpados y sus labios estremecidos, al borde de las lágrimas, solo realzan su belleza.

—¡Ah, hermano mío! —grita Gonzalo—. ¡Hela aquí, por fin! Esta es la *Coya*; la reconozco.

Juan parece soportar a duras penas la visión. Anamaya adivina en él una turbación más sincera de la que habría imaginado. Se acerca a la muchacha con paso vacilante, fija y conmovida la mirada, y cortésmente saluda a Inguill, inclinando el busto. Cuando se yergue, pasmado aún de admiración, se adivina algo de auténtico respeto en su satisfacción.

—¡Esta, sí! —balbucea dirigiéndose a Manco—. Esta, sí, Único Señor; la reconozco. ¡Es la *Coya*! Y la quiero de inmediato...

Cuando tiende la mano para tomar la de Inguill, esta, como estaba previsto, se echa a gritar. Se aparta, gime, se cubre el rostro con las manos, tiembla y retrocede a pequeños pasos, grita, al fin, que no quiere abandonar a su Único Señor, que aquella gente le da miedo. Su temor y su dolor corren por todos los rostros de las concubinas y las siervas presentes aún. La atmósfera se tensa tanto que brotan las lágrimas y los murmullos.

—¡Hola! —ríe Gonzalo—. ¡Calma, dama *Coya*! ¡Qué recibimiento es este para tu nuevo esposo!

Sin embargo, ante la consternada mirada de Juan, Inguill, arrugando sus hermosos atavíos, se deja caer a los pies de Manco. Parece así una flor suntuosa y opulenta que, de pronto, se abriera con todos sus pétalos.

—¡Único Señor —gime—, te lo suplico, no me abandones! ¡Único Señor, solo a ti te amo! ¡Único Señor, mi corazón solo late por ti y por los antepasados del Otro Mundo! ¡Único Señor, abre mi pecho y toma mi corazón, pero no me entregues a los extranjeros!

Por mucho que Anamaya sepa que son frases que Inguill y ella misma han compuesto, no puede impedir un estremecimiento: tan veraces suenan. Y todos, se ve muy bien, incluso los extranjeros, súbitamente desconcertados, se sienten

conmovidos.

—Levántate, mujer —responde sombríamente Manco—. Ve con este señor, que es mi amigo. No te preocupes de que sea extranjero. Me servirás convirtiéndote en su fiel esposa. Así lo he decidido.

—¡Oh, Único Señor! ¡Apiádate de mí! Mátame, pues no tengo ya razón para vivir si me dejas en manos de otro hombre...

Anamaya se sobresalta de nuevo. Las palabras de Inguill son como flechas. Pero, contra lo esperado, mientras estaba previsto que el Único Señor ignorara tan solo sus lágrimas, Manco se inclina hacia Inguill, la toma de un brazo y la levanta. La atrae con brusquedad contra sí y la besa en la boca.

Tal vez el beso no sea muy largo, pero el silencio que reina en el patio lo hace durar infinitamente.

Cuando Manco rechaza a Inguill fugazmente, Anamaya encuentra la mirada de la muchacha. Una extraña sonrisa la ilumina y permanece en sus ojos incluso cuando las manos de Juan la asen con vigor y ya, rodeada por la escolta de soldados españoles, es empujada, más que conducida, hacia la puerta del patio.

En menos tiempo de lo que cuesta decirlo, los hermanos del gobernador desaparecen con su presa. Anamaya sale al umbral de la estancia con un nudo de vergüenza, de cólera y de pena en el vientre y la garganta. El patio parece poblado de máscaras más que de rostros, y todas muestran los mismos signos de dolor.

Manco se levanta y la sigue. Rechaza a las concubinas y las siervas, que acuden precipitadamente. Sus andares son los de un hombre pesado, ebrio tal vez. Hay en su rostro una expresión que ha intentado que se pareciera a una sonrisa, pero que ya solo es una especie de rictus crispado y sin alegría.

En el profundo azul del cielo, Anamaya ve, levantando los ojos, las murallas de la fortaleza de Sacsayhuaman, sus tres poderosas torres, que parecen indestructibles.

—Lo hemos conseguido —dice Manco sombríamente.

Anamaya le mira inclinando la cabeza. Siente tristeza y amargura hasta lo más profundo del alma.

—Es lo que queda de tu poder —dice Anamaya, señalando los muros por encima de su cabeza—. La apariencia del poder bajo el Sol, el recuerdo del poder...

—*Coya Camaquen*, te lo ruego.

—... un poder que nos obliga a aceptar el sacrificio de una muchacha de corazón puro para alimentar la avidez de esos monstruos.

El rostro de Manco se ha vuelto gris y aprieta los puños.

—No creas que lo ignoro —dice con sombría rabia—, no creas que el sufrimiento no me desgarrar como las zarpas de un puma en mi vientre...

Anamaya calla. La mención del puma la hace estremecerse; un puma tan fuerte, pero tan lejano...

«Ven —murmura entre dientes—. Te lo ruego, ven a ayudarme».

## CUZCO, SEPTIEMBRE DE 1535

El ruido de la lluvia es suave. Anamaya oye el crepitar sobre su cabeza, en el techo. La propia lluvia es suave. Corre sin violencia por sus cabellos y su frente; moja su *anaco*.

Anamaya la oye ahora golpeando el barro del patio y los charcos que se forman. Siente deseos de abandonar su yacija y de ir a ver esa suave lluvia que cae en plena noche. Se ve a sí misma, dejando de dormir y levantándose. Pero, en el mismo instante, comprende que las cosas no son como deberían ser.

¿Por qué llueve en su frente y sus cabellos si está al abrigo del techo? El patio de la *cancha* está enlosado, y la lluvia no puede transformarlo en barro.

Entonces, se levanta de una vez y va hasta el umbral. Sí, se ha equivocado. No está en la *cancha*, sino en la choza de la aldea de la jungla, la aldea de su infancia, aquella en la que nació. Llueve ahora con más fuerza, como llovía aquella noche, antes de que todo comenzara.

Antes de que se convirtiera en la *Coya Camaquen*.

Fugazmente, Anamaya se dice que está durmiendo y que sueña. Tal vez debería dejar de dormir para rechazar este sueño. Sin embargo, es incapaz de no mirar con fascinación el patio de la aldea con cuatro grandes chozas. Todo es exactamente como antaño, salvo que las chozas están vacías. Sin embargo, se siente en peligro y tiene miedo del ataque de los guerreros del Único Señor Manco.

Sí, tiene miedo y sabe que debería despertar.

Pero el brillante movimiento de la lluvia en la noche y su suave canto son tan lacerantes que no puede desprenderse de ellos. ¡Es tan extraordinario ver de nuevo la aldea donde fue una niña! Si tiene valor para ello, tal vez llegue a ver el rostro de su madre.

Le está agradecida a su esposo, el Hermano-Doble, por permitirle ese sueño. Tendrá que pensar en agradecerse cuando despierte. Tiene miedo y, a la vez, el corazón ligero.

Se sobresalta, pues oye un ruido, un trote, como el de un animal, y luego otro. Cree ver una silueta de fiera, de claro pelaje, saltando con un gruñido hacia la empalizada.

Pero no, se ha equivocado. Lo que oye es un ruido de pasos en el suelo mojado. E incluso un ruido muy particular, que ella reconoce: ¡un ruido de botas! Los pasos de un extranjero.

Su corazón se inflama precisamente cuando él aparece entre las chozas. Es él, claro está. Es Gabriel. Se ha quitado el sombrero y su rostro, en la noche, es tan luminoso como a pleno día. La lluvia no le moja. Sus hermosos cabellos de oro están

secos. Sonríe, tiende los brazos hacia ella, cuyo vientre y cuyo pecho tiemblan de felicidad. Hace tanto tiempo que le esperaba. ¡Por fin, por fin ha regresado, vivo y apuesto como el primer día de su encuentro! Una felicidad enloquecida inunda a Anamaya cuando le abraza. Siente a través de su camisa húmeda el calor y el rápido aliento de sus besos, cuando empieza a enrollar su *anaco*. Ella ríe ante su prisa. Él la levanta como una pluma y la lleva hasta el lecho. Ella quiere ver también su rostro y sus ojos. Ha echado de menos su rostro desde hace tanto tiempo; sus labios dulces, su nariz recta y fina, sus mejillas claras. Pero él está tan impaciente que se muestra brutal. Ella le rechaza y advierte que una barba le cubre el mentón y la boca, que ha cambiado de rostro.

Entonces grita.

Ella tiene los ojos abiertos de par en par. El hombre que se ha tendido sobre ella en la sombra no es Gabriel. Sus dedos le magullan el pecho y, con insoportable violencia, intentan desnudarla. Ella grita de nuevo, comprendiendo que la está violando.

Su agresor, esta vez, retrocede con los ojos llenos de odio. Maldiciendo en español, le pone una mano en la boca, mientras, con la otra, busca su garganta.

—¡Estate quieta, zorra!

Apenas comprende las palabras que espumean en las comisuras de una boca retorcida de deseo y odio, pero reconoce la voz del hermano del gobernador.

El miedo de Anamaya cede ante su furor. Intenta rodar hacia un lado, pero el hombre la sujeta. Se debate y sacude la cabeza; la mano del español resbala de por boca lo bastante como para que ella pueda clavarle los dientes. El sabor de la sangre aparece en su lengua cuando el hombre aúlla de dolor.

—¡Abre las piernas, puta india!

Ella aprovecha su sorpresa para hacerse un ovillo, doblando sus rodillas hasta el pecho. Gonzalo jadea; su mano herida entorpece sus movimientos. Vuelve a caer sobre ella para dejarla inmóvil. Pero Anamaya ha conseguido poner la punta de sus pies contra el vientre del español y lo rechaza con todas sus fuerzas. Él cae hacia atrás, contra la pared, arrancándole el *anaco* y arañándole un pecho.

De un brinco, Anamaya consigue levantarse. Apenas está de pie cuando grita para llamar a las siervas. Advierte que llueve de verdad y que Gonzalo tiene las calzas empapadas. Incluso su camisa y su jubón abierto están mojados por la lluvia. Tiene los cabellos pegados a su enloquecido rostro. Hace una mueca y ríe, sarcástico, como si solo se tratara de un juego. A tientas, encuentra la vaina de su espada que había abandonado junto al lecho. La agarra y se levanta.

—¡Calla, puta!

Pero antes de que consiga desenvainar la hoja, impulsada por una violencia que nunca antes había conocido, Anamaya ha lanzado ya su pie. Con una torsión del busto, Gonzalo intenta evitar el golpe, pero todo es demasiado rápido. Todo el cuerpo de Anamaya desea matar. Siente que su talón golpea el rostro del extranjero, se



desliza por el pómulo y se bloquea en la cavidad del ojo. Toma impulso con todo su peso, cayendo de nuevo en el lecho. La cabeza de Gonzalo rebota como una pelota de trapo y golpea el muro de piedra.

—¡*Coya Camaquen!* ¡*Coya Camaquen!*

Los lastimosos gritos de las siervas la rodean cuando se levanta. Acuden ya los guardias con antorchas, mazas y lanzas. Todas las miradas están clavadas en ella, en su rostro arañado y su túnica desgarrada, algo manchada de sangre. Brotan unos gemidos que ella quiere interrumpir con un gesto. Lo mejor que puede, recupera el aliento.

—Estoy bien —asegura como si hablara consigo misma—. Estoy bien. No me ha hecho nada...

A sus pies, el hermano del gobernador no se ha levantado. Brota sangre de su sien y, zigzagueando en un delgado hilillo por su cuello, se introduce en su camisa.

Anamaya se cubre los hombros con una capa que le tiende una sierva.

—¿Está vivo? —pregunta.

Un guardia se inclina sobre el español, pone la mano en su pecho, y luego coloca su mejilla muy cerca de la boca. Sonríe e inclina la cabeza.

—Solo ha perdido el sentido, *Coya Camaquen*; pero puedo matarlo por las buenas, si quieres.

Ella cierra los párpados y respira profundamente para luchar contra el deseo de dar esa orden.

—No... —susurra—. ¡No! Haz solo que llamen al Único Señor.

Cuando Gonzalo, apoyado aún en la pared de la alcoba, recupera el sentido, su ojo izquierdo se ha hinchado; está de color escarlata. Tras haberlo palpado, gruñendo, rechaza a las siervas que intentan poner un emplasto en su sien. Estupefacto, descubre entonces las veinte lanzas que le apuntan.

Los guerreros del Único Señor se han colocado a ambos lados de Manco y Anamaya. Algunos poderosos de la corte están allí también. La luz vacilante de las antorchas ilumina sus rostros impassibles, lo que aumenta su severidad.

El hermano del gobernador intenta una risita, pero el dolor le arranca una mueca. Su rostro nada tiene ya del de un ángel, sino solo del de una bestia cruel y herida. Su ojo válido mira a Anamaya con una ferocidad que la hace estremecerse.

—Lo que te prometí es muy suave comparado con lo que voy a hacerte —masculla.

Consigue dibujar en su rostro una innoble sonrisa, y Anamaya siente el temor como un veneno que invade su corazón y sus miembros.

Gonzalo se incorpora, pero vacila aún. Con un esfuerzo lleno de orgullo, con la boca deformada por el dolor, consigue ponerse de pie, agarrándose a las piedras del muro.

—Hermano del gobernador —anuncia entonces Manco con voz monocorde—, debería matarte por lo que has hecho. Ya te lo dije: nadie tiene derecho a poner la mano sobre la *Coya Camaquen*.

Gonzalo le mira primero con cierto asombro; luego, una entrecortada risa acaba de deformar su rostro.

—Entre nosotros —sigue diciendo Manco—, un hombre que violenta a una mujer es colgado por el pelo hasta que las fieras solo dejan de él los huesos en el suelo.

—Muy bien, Pruébalo. ¡Mátame!

Gonzalo da dos inseguros pasos. Las puntas de las lanzas se apoyan de inmediato en su pecho y le detienen. Con su ojo, mira a Anamaya y a Manco de arriba abajo y, luego, de pronto, gruñe al recuperar su soberbia.

—¡No creas que me das miedo! Eres solo un cobarde, Único Señor. No eres un hombre; no tienes lo que hay que tener para matarme aquí y ahora. Ni siquiera con una decena de guerreros para hacerlo en tu lugar. Y voy a decirte por qué...

Escupe, se aclara la garganta. Hay en su rostro una sonrisa maligna.

—Porque sabes que mi muerte significa la tuya, y tu vida te importa más que cualquier otra cosa, más que tu oro, más que tus mujeres..., más que tu honor...

Mira a Manco con una rabia, un odio solapado y total, y escupe insultos como si golpeará con la espada.

—¡En eso te hemos convertido, oh, Hijo del Sol, divino Único Señor!, en una marioneta que rebuzna y gesticula. Los sonidos que salen de tu boca no tienen más sentido que el vagido de un recién nacido...

Sigue hablando mientras los guerreros empujan con sus lanzas. Las puntas de bronce se apoyan en su sucia camisa. De un violento manotazo, barre algunas. Pero el esfuerzo le marea. Retrocede vacilando para apoyarse en la pared, como un hombre borracho.

—¡Oh, gran rey de reyes! ¿Creíste que me engañabas? ¿A mí...?

Ríe de nuevo y escupe una saliva sanguinolenta en las losas del suelo.

—Tu *Coya* era solo una sierva. El pobre Juan creía joder con tu reina, pero solo tiene una mona en la cama. ¿Y creías que no lo advertiríamos, verdad?

Manco hace un signo a los guerreros para que se aparten de él. Tiene en su mano la espada de Gonzalo, y la levanta a la altura del vientre del español. Se acerca tanto que entre ambos solo hay la distancia de la hoja desnuda. Por un instante, el miedo apaga el ojo válido del español.

También Anamaya da un paso. Su mano esboza un gesto para retener a Manco. Pero con un movimiento tan brutal que los guerreros dan un respingo, el Único Señor levanta, a la vez, la espada y su rodilla. La golpea con la hoja plana y la rompe en dos, con agudo tintineo.

—¡Nosotros decimos quién debe vivir y quién debe morir! —eructa Gonzalo—. ¡Nosotros designamos a los vivos y los muertos!

Manco, con los ojos desorbitados por el furor, toma una maza de manos de un

soldado y la levanta.

—¡No! —grita Anamaya—. ¡No, Único Señor! ¡No hagas eso aún!

Hay unos instantes de vacilación. Todos miran el puño de Manco; su mirada parece haberse vuelto tan roja como la de Atahuallpa antaño.

El silencio es tan grande que todos oyen la respiración ronca y sibilante del español.

—Deja que se marche, Único Señor —prosigue suavemente Anamaya—. Hay cierta verdad en su mentira. Te haría más daño muerto que vivo.

Manco deja caer su brazo y lanza la maza a los pies de Gonzalo.

—Sal de mi palacio, extranjero —gruñe—. Abandona esta *cancha*...

Gonzalo sonrío. Se libera de los brazos de los guerreros y pasa una mano por su mejilla, donde la sangre corre de nuevo.

—¡Escucha a tu intocable puta que yo voy a tocar muy pronto! Mejor será, para ti, que yo siga viviendo.

Las siervas y los guardias retroceden a buena distancia y dejan que se acerque al umbral de la estancia. Se vuelve, escupe de nuevo en el suelo y señala a Manco con un dedo enrojecido por la sangre.

—Ya puedes abandonar tus aires de grandeza, Único Señor. Ya no eres nada aquí, apenas estiércol de asno. En adelante, el rey de Cuzco soy yo.

Viéndole salir en medio de los soldados indios que, a regañadientes, apartan sus lanzas y dejan caer sus mazas, Anamaya piensa en sus últimas palabras.

Son despreciables y grotescas.

Son verdaderas.

—Hay que partir esta misma noche, Único Señor —dice Anamaya en cuanto los guardias y las siervas se han retirado—. Tienes que marcharte lejos de Cuzco.

—No deberías haber impedido que lo matara hace un rato —gruñe Manco sin escucharla.

—Mañana, su hermano habría venido a matarte a su vez. Debes mantener tu odio en el extremo de una correa, como una fiera, y no dejar que estalle...

Como si no lograra sacar de sí toda la violencia contenida, Manco suelta un rugido y lanza sus puños cerrados hacia la noche, donde la lluvia ha cesado por fin.

—¡Has debido dejar que lo matara! Él te mancilla y tú le salvas. ¿Dónde está tu orgullo, *Coya Camaquen*?

Anamaya se le encara con la mirada seca y dura.

—Matarlo significa la guerra. ¡Mañana mismo! No estás en condiciones de hacer la guerra a los extranjeros, Único Señor. Para ello tienes, primero, que abandonar Cuzco y, luego, reunir nuestras fuerzas. ¡Sabes que no tenemos aún bastantes guerreros! Los extranjeros siguen siendo más fuertes que nosotros...

Manco escruta su rostro con atención.

—¿Piensas que ha llegado la hora de la guerra?

—Ha llegado la hora de prepararla. Debemos partir esta misma noche. No puedes seguir en este palacio.

Por unos instantes, Manco la contempla como si considerara, de pronto, el sentido de las palabras de Anamaya.

—Preparar la guerra... Pero ¿cómo? Villa Oma y mi hermano Paullu están en camino hacia la provincia del Sur, con Almagro. Hemos dividido nuestras fuerzas para obligar a los extranjeros a dividirse también, puesto que no son ya amigos. Hoy, Villa Oma y Paullu deben de estar, por lo menos, a dos lunas de Cuzco. A mí me quedan solo cinco mil soldados en las montañas del valle sagrado. Si emprendo la huida sin que pueda ponerme a la cabeza de un verdadero ejército, el Imperio de las Cuatro Direcciones no tendrá ya esperanzas. ¿Quién va a creer en mi fuerza lo bastante como para unirse a mí?

—Si estás encadenado, si eres prisionero de los extranjeros, las lágrimas correrán por tu reino, pero no la revuelta, Único Señor. Estaremos solos y sin manos para que nos arrastren. Si vas a nuestras montañas, tus antepasados te ayudarán. La mayoría de los *chaskis* sigue siéndote fiel. Una palabra tuya y movilizarán todas las provincias. Formaremos allí el ejército que necesitas. Villa Oma y Paullu aguardan tu llamada y regresarán con miles de hombres. Cada cual te ayudará, porque estaremos orgullosos de ti.

—¿Te lo ha dicho mi padre?

Hay un chirrido de ironía en la voz de Manco que hace estremecer a Anamaya. No aparta, sin embargo, su mirada.

—Manco —susurra, sabes muy bien que tu padre Huayna Capac no me llama a su lado desde hace mucho tiempo. Estoy como tú: no pasa día ni noche sin que desee oír su voz. Esta noche he tenido un sueño y he creído... He creído que iba a llamarme.

Se interrumpe unos instantes con las lágrimas hirviendo en sus ojos. Las imágenes de la violencia de Gonzalo se deslizan en su espíritu, mancillando su cuerpo cuando en él se mezcla el recuerdo de Gabriel.

Siente el peso de la atención de Manco.

—Confía en mí, Manco —prosigue con fuerza—. Conozco el espíritu de los extranjeros. Lo que acaba de pasar indica que ya nada va, ahora, a detenerlos. El hermano del gobernador te lo ha dicho: hará cualquier cosa para humillarte. Hay que huir ahora; esta noche, sin perder tiempo, antes de que sea demasiado tarde para que puedas reunir a tu alrededor el pueblo de los Hijos del Sol. ¡Te lo ruego, Manco, escúchame! Lo siento, el alba que se acerca está llena de amenazas.

Manco duda aún. Con la yema de los dedos roza el *anaco* desgarrado que Anamaya sigue llevando bajo su capa, y toca levemente su rostro, marcado por las uñas del español. Por fin, inclina la cabeza con resignación.

—Sí, confío en ti, *Coya Camaquen*. Haz que avisen a quienes deben venir. Abandonaremos Cuzco por la escalera secreta de la torre del Sol...

Por encima de las montañas del este, el cielo es iluminado ya por el alba cuando salen, finalmente, del interminable laberinto secreto que une las terrazas de Colcampata con la alta torre del Sol de Sacsayhuaman. En la penumbra, las enormes murallas de la fortaleza que domina Cuzco dibujan la cabeza de un monstruo dormido.

Apenas son unos treinta. Manco solo ha querido llevarse consigo a algunas esposas y servidores, y cinco o seis poderosos señores de su corte. Todos los demás tienen órdenes de permanecer en la *cancha* real y dedicarse normalmente a sus actividades, para que los extranjeros adviertan su fuga lo más tarde posible.

Con la respiración jadeante y el pecho dolorido por el esfuerzo de la subida, los fugitivos se dispersan por la terraza al pie de la torre. Húmeda la frente, endurecidos los muslos tras la rápida escalada de los peldaños, Anamaya ve al enano que salta, con sorprendente agilidad, sobre el murete que lleva a una terraza de vigilancia. Su pequeña silueta se queda inmóvil unos instantes, como devorada por la oscuridad.

Cuando regresa, ella oye el ruido de las literas que los porteadores están dejando.

—Todo va bien —anuncia el enano con una sonrisa—. ¡Ni un solo ruido! Los extranjeros están soñando con el oro. Sobre todo no los despertemos.

Su risa cesa al ver el rostro de Anamaya.

—¿Algo va mal? —pregunta tomando su mano.

—Sí... La subida me ha dejado sin respiración...

En verdad, de vez en cuando, recuerda las imágenes de su sueño con Gabriel y la horrible visión de Gonzalo desgarrando sus ropas, encarnizándose sobre ella como si solo fuera un animal. Dos veces ha vomitado ya y su debilidad aumenta con la subida hasta Sacsayhuaman.

—Ven —le dice el enano, arrastrándola hacia las literas—. Al menos, descansarás un momento. Y debes comer un poco. Tomé esto para ti antes de partir.

Mientras ella se instala en la litera, saca de la pequeña bolsa de tapicería que lleva en bandolera una espiga tierna de maíz dorada al fuego y un mango.

Anamaya sonrío, emocionada. Toma la fruta y el maíz con una caricia en las manos del enano, pero los deja a un lado.

—Ahora no podría comer nada, pero dentro de un rato...

A pocos pasos de allí se levanta, sorprendiéndolos, la clara voz de Manco.

—Come —insiste—. El enano tiene razón: debes comer y recuperar las fuerzas. La jornada va a ser larga y voy a necesitarte.

Ella hace un esfuerzo por sonreír, pero se siente cansada y llena de asco. Allí está —como siempre— cuando Manco la necesita. Pero ¿hay alguien allí por si ella lo necesita?

La soledad, la antigua y terrible soledad, la invade como una fría sombra.

Casi sin ruido, rodean por el este la ciudad adormecida. Con paso rápido pero sin correr, su cortejo flanquea los muros de algunas *canchas* de señores antes de penetrar en las callejas del barrio de los orfebres. Algunos hornos rojean aún en los patios, ante las casas de adobe. Luego cruzan la parte de la ciudad contigua a la llanura y donde se alojan quienes no son de Cuzco. Las casas están allí más espaciadas, rodeadas de jardines cuidados, aunque sin muros para protegerlos. De vez en cuando aparece una mujer o un hombre con los brazos cargados de leña. Inmóviles, contemplan con asombro la extraña columna que se aleja en la postrera oscuridad de la noche.

Tras haber dejado atrás los últimos almacenes, vuelven a la vía real, bien empedrada, que conduce hacia el sur. Durante casi una hora, hasta que el cielo se vuelve lechoso sobre sus cabezas, no se oye palabra alguna; solo el frotar de las sandalias en las losas y el estrépito de los pájaros que despiertan.

Anamaya le ha dejado sitio a su lado al enano, para que no se agote corriendo. Ella que, desde hace meses, apenas ha salido de la *cancha*, se sorprende al encontrar los campos tan ricos y tan bellas las montañas. La lluvia de la víspera aviva el verde de las terrazas en la naciente claridad. Trabajadas en bancales que se escalonan en un coloreado despliegue, parece que las laderas de las montañas estén recubiertas por una especie de gigantesco *unku*, con motivos tan finamente dispuestos como un tejido de ceremonia. Hacia las cumbres y en los repliegues de los valles, unos cendales de bruma, leves y cambiantes, se deslizan y se mezclan. Sentir a su alrededor toda esa belleza de la Madre Tierra la alivia un poco del peso que le oprime el pecho. Comienza a esperar que sea el signo que le dirigen los antepasados, felices al verlos alejarse de la ciudad mancillada por los extranjeros, como ella misma estuvo a punto de serlo.

Su esperanza dura poco.

Cuando el primer rayo de sol hiere las cimas, un soldado remonta el cortejo, corriendo hasta llegar a la altura de las literas y con el terror en los ojos.

—¡Único Señor! ¡Único Señor!

Manco aparta la cortina y ordena al muchacho que hable.

—Único Señor, un *chaski* acaba de alcanzarnos. Los extranjeros han descubierto ya tu palacio vacío. Saben que no estás en tu *cancha*. Lo han destruido todo...

—¡Entonces, nos siguen ya los pasos! —concluye el enano, mirando a Anamaya.

—¡Con sus cabalgaduras van a alcanzarnos! —gime un viejo señor, manoseando sus tapones de madera dorada como si sintiera ya las manos que se los arrancan—. ¡Que Viracocha nos ayude!

—¡No es hora de gemir! —le interrumpe Manco.

Da, en pocas palabras, orden de que los señores, las mujeres y los servidores prosigan por la ruta real dirigiéndose al sur.

—No es preciso que os deis prisa. Si os alcanzan, decidles que os he pedido que os reunáis con mi hermano Paullu y su amigo Almagro... Yo desapareceré en los valles del este. La *Coya Camaquen* viene conmigo.

—Y yo, ¡por favor, Único Señor! —exclama el enano, prosternándose.

—Déjale venir —insiste Anamaya, viendo que Manco hace una mueca—. Sabes que moriría por ti si fuera necesario.

—Y más aún —masculla el enano—. Me obstinaré en seguir viviendo para que tú puedas vivir libre.

Encogiéndose de hombros, Manco acepta, y luego ordena a los porteadores que se pongan en marcha. Con una impresionante robustez, corren a pesar de su carga. Una vez abandonada la ruta real, los senderos de tierra están sembrados de charcos y son resbaladizos, pero sus pies parecen tener garras. Necesitan poco tiempo para alcanzar los límites del valle, mientras el alba se hace cada vez más luminosa. De pronto, uno de los porteadores grita y tiende un brazo. El enano, desde hace un buen rato, escruta el horizonte.

—¡Ahí están! —exclaman al mismo tiempo.

Por encima del gris verdusco de los campos de quinua, Anamaya y Manco descubren la tropa de los extranjeros. Parecen unos grandes insectos, cuyos caparazones negros se deslizan con sobrenatural velocidad a ras de los cultivos. Gracias a sus caballos, no solo van muy de prisa, también ven a lo lejos, en la llanura.

—Están en la ruta real —observa Manco con esperanza—. Corren tras las mujeres; no van a vernos.

Anamaya mueve la cabeza.

—Me temo que sí. Las literas son demasiado visibles en los campos.

—Tiene razón, Único Señor —asiente el enano sin andarse con cortesías—. Si nosotros los vemos, ellos pueden vernos.

Crispados unos instantes por su impotencia, contemplan el galope de la jauría de españoles. Resuenan en el llano unos aullidos, como ladridos de fieras cazando. Súbitamente, el enano da una palmada y salta al suelo.

—Único Señor, allí hay unas ciénagas —exclama señalando un bosquecillo entre la llanura y los bancales—. Los extranjeros temen esos lugares, pues no son buenos para sus caballos. Que los porteadores sigan por el sendero de la montaña mientras nosotros vamos a escondernos.

Manco asiente.

El enano estaba en lo cierto. A pocos arpendes de los primeros bancales que esculpen la montaña, el bosquecillo delimita una ciénaga alargada y cubierta de juncos.

Con impresionante rapidez, el enano ha quebrado unos juncos, mezclándolos con otros, secos o podridos. Ha acumulado ramas secas y barro para formar un gran

montón de maleza, que parece estar ahí desde hace muchas estaciones. Pero cuando le invita a ocultarse en su interior, Manco silba entre dientes, con desprecio.

—Me tomas por un cochinito de Indias.

—Único Señor...

—¡No! —grita Manco, colérico—. ¡El Hijo del Sol jamás va a ocultarse en ese montón de ramas podridas! ¿Qué diría mi padre?

—¡Manco, se trata solo de escapar por unos instantes de los extranjeros! —intenta convencerlo Anamaya con dulzura.

Manco la mira, furioso.

—¡*Coya Camaquen!*, ¿quieres que comience una guerra contra los extranjeros ocultándome como un cobarde? ¿Quieres que Illapa e Inti me vean, a mí, acurrucado como un niño bajo ese pútrido montón? ¿Quieres que el hermano del gobernador tenga razón al tratarme de cobarde?

—No quiero que te cojan —responde Anamaya.

Pero es en vano, porque Manco se aparta.

—Mi padre y Viracocha deciden, y yo permaneceré de pie mientras ellos no hayan tomado una decisión —afirma con altivez.

Y va a ocultarse, a medias, entre los tallos de junco, con los pies en el agua.

Anamaya no encuentra palabras para explicarle que, ahora, no está dirigiéndose a Gonzalo, que su vergüenza puede redimirse por medio de la astucia y no con palabras de inútil arrogancia.

Hace ya mucho rato que están así; Anamaya y el enano apretujados bajo el montón de ramas, y Manco esperando entre los juncos que apenas le ocultan. Pero la fría humedad está ya transiéndolos. Anamaya debe apretar sus puños para no temblar.

Por un momento se dice, sin embargo, que lo han conseguido. Los gritos y las llamadas de los extranjeros siguen lejos e, incluso, parecen desvanecerse. Luego, de pronto, los cortos dedos del enano aprietan su hombro.

Primero percibe el redoble de los cascos que golpean la tierra. Luego están las llamadas, que se producen lo bastante cerca como para que pueda comprender su sentido.

—¡Allí, Beltrán! Echa una ojeada a aquel bosquecillo...

—Van a venir —susurra ella.

El enano solo responde con una presión de su mano.

Por entre la maraña de ramas, ve aparecer a dos jinetes, uno junto al otro. Reducen el paso de sus cabalgaduras y miran a todos lados. Avanzan, al paso, hacia el montón de ramas. Uno de ellos se desliza a un lado de su montura para explorar mejor la maleza. Anamaya cierra los ojos, pero escucha el golpeteo de los cascos que dejan atrás su escondrijo. Los extranjeros no han visto nada y prosiguen a lo largo de la ciénaga.

Entonces suenan unos gritos, más lejos, hacia la montaña.

—¡Por los pelos de la gran llama! —gruñe el enano—. Han alcanzado a los



porteadores... ¡Van a encontrar las literas vacías!

Suenan nuevos gritos. Con los ojos clavados en los juncos donde se esconde Manco, oyen el chapoteo de los caballos en el agua.

—¡Eh, don Pedro! ¡Griego!, ¿le habéis encontrado? —dice un español.

Como no hay respuesta, vuelven hacia atrás, pasando de nuevo muy cerca de las ramas. Entonces, un extranjero muy alto aparece del otro lado de la ciénaga. Con la boca blanca de espuma, su caballo hace que el agua salpique por todas partes.-

Tenemos las literas —anuncia—. No debe de andar muy lejos.

Y cuando Anamaya reconoce en él a uno de los escasos amigos de Gabriel, el hombre tira de las riendas de su caballo, que se encabrita.

—¡Hola! ¡A mí! ¡Está aquí, amigos míos!

—¡No! —murmura Anamaya—. ¡No!

—¡Chsss!... ¡No digas nada! —susurra el enano.

Los caballos pisotean el barro, y los juncos se doblan y se quiebran. Manco, digno, erguido, aparece con las pantorrillas negras de limo, como si llevara botas a la española.

—No te muevas —vuelve a suplicar el enano, agarrando el brazo de Anamaya, que oye al extranjero alto dando órdenes.

—¡Beltrán! Ve a avisar a don Gonzalo de que lo hemos encontrado. Y que traigan hasta aquí la litera del Único Señor.

Por unos instantes, Anamaya cree adivinar, a través de las ramas, la mirada de Manco, que busca la suya. Ya no consigue ni respirar y, de no ser por la presencia del enano, estaría ya de pie.

Pero Manco se vuelve, con el rostro tan indiferente como si saliera del baño. Los porteadores llegan ya, corriendo. El Griego, con una sonrisa y algunos signos de respeto, le invita a subir. Manco, apartando su capa, se instala.

—Debo ir con él —susurra Anamaya.

—¿Estás loca?

—¡No podemos dejarlo solo!

—¿Y qué podrás hacer cuando los extranjeros te tengan con ellos?

—Debo ir...

La manita del enano se pega a su boca.

—¡Cállate, te lo suplico! ¿Has olvidado lo que ha ocurrido esta noche? ¿Qué crees que va a hacer contigo ahora el español?

En aquel instante, como si el pensamiento del enano le hubiera hecho brotar de una pesadilla, Gonzalo llega junto a la ciénaga, rodeado de tres caballeros que galopan, como él, enloquecidos. Lleva su montura hasta muy cerca de la litera, tan cerca que uno de los cascos de su caballo golpea el muslo de un porteador, que cae gimiendo.

Tirando secamente de la brida de su caballo, el hermano del gobernador le hace caracolear en el agua pútrida, salpicándolo todo a su alrededor. Una venda púrpura

ciñe su cabeza y le cubre el ojo herido.

—Me satisface verte de nuevo, gran rey mío, mi Único Señor mojado.

Su voz es tranquila y sisea con maligna ironía. Acercándose otra vez mucho a la litera, se inclina sobre la silla, agarra a Manco de los pelos y le arranca de su asiento.

—Manco... —murmura Anamaya.

—¡Cállate! ¡Cállate y no mires! —gruñe el enano.

—Don Gonzalo —se rebela Candia—, no podéis tratarlo así...

Sin concederle la menor atención, obligando a su caballo a dar un paso de costado, Gonzalo arrastra a Manco fuera de la litera.

—¡Don Gonzalo!

—¡Vos, Griego, id a ver si vuestra madre necesita que le limpiéis el culo! —berrea Gonzalo y suelta a Manco, que cae de rodillas—. ¡Que traigan unas cadenas y aherrojen a este rey de los monos!

Anamaya no mira ya. No puede ya mirar, y le sorprende que su corazón siga latiendo. Oye el tintineo de las cadenas, los gritos y los insultos, y todo en ella adquiere la pesadez de la piedra. Junto a ella, el enano resopla como si fuera a asfixiarse.

—¡Oh, poderosos del Otro Mundo! ¡Oh, Viracocha! ¿Por qué nos abandonáis? ¿Por qué?

—¡Cállate! —susurra el enano—, te lo ruego.

Mientras los españoles se alejan con Manco prisionero, dejan que se haga el silencio.

Cuando no hay más ruido que el soplo de la brisa y el chapoteo del agua, el enano le aprieta el brazo con insospechada fuerza.

—Ahora solo quedas tú, princesa, así que no permitas que te agarren, ¿me oyes? Nunca.

## TUPIZA — GRAN SALAR, NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1535

Son centenares, encadenados en hileras de diez o veinte, viejos o jóvenes.

Todos llevan la misma argolla de hierro, mugriento y ardiente, al cuello. Todos tienen los hombros arañados y magullados por el balanceo de la cadena que los une a los demás. Todos tienen las mismas mejillas hundidas por la fatiga y el hambre. Todos tienen la misma mirada que no sabe ya distinguir entre la quemadura del sol y la opacidad de la noche.

Camina juntos desde hace días. Cruzando collados o atravesando llanuras desnudas, tensan sus descarnados músculos para acarrear cestas que pesan tanto como ellos, llenas de vestiduras, de comida, de platos y de cubiletes de estaño, todo un fárrago de cocina.

A mediodía, cuando el sol cae a plomo, uno de ellos vacila. Se sobrepone por un momento. Luego, sus rodillas se doblan de nuevo, como si se durmiera. Un látigo restalla en el aire, pero no le despierta. Entre los hombres se tensa la cadena. Hiere sus cuellos casi asfixiándolos durante unos pasos. Nadie protesta contra ese dolor añadido. Todos saben lo que significa.

Sorprendentemente, la cesta llena de cubiletes y escudillas se mantiene aún en las espaldas del hombre, pero el que la lleva está muerto. Petrificados, sus brazos parecen haberse soldado a la carga cuando el resto de su cuerpo ha cedido ya.

Por fin, con un gran estruendo, la cesta cae y se derrama su contenido. Los hombres de la cadena se quedan inmóviles. Un apagado murmullo se estremece en las bocas de alrededor. El muerto solo es ya un cuerpo colgado de la tenaza de hierro, que, curiosamente, mantiene erecta su cabeza.

Gabriel, que cabalga a cincuenta pasos de allí, se vuelve por completo en su silla al oír el ruido de chatarra. Lo que ve le deja helado bajo el sol, como si su propio cuerpo fuera solo una jaula de huesos.

Un jinete de amplio sombrero está ya ante la cadena, de la que cuelga, entre dos indios, el hombre muerto. Se lleva el látigo a la mano izquierda mientras con la derecha, bonachón, desenvaina la espada. Gabriel solo lo comprende cuando la hoja brilla al sol.

Hace que el bayo gire en seco y le da un violento taconazo.

—¡No! ¡No! —grita.

Sin embargo, la hoja de mates reflejos emprende ya el vuelo. Inclinando el busto y alargando el brazo como si manejara una guadaña, de un solo golpe, el jinete decapita al muerto. La cabeza rueda entre dos matas de *ichu* mientras su cuerpo se derrumba, con los hombros abiertos de par en par, ante las miradas alucinadas de sus compañeros.

A todo galope del bayo, Gabriel apenas ve que el cadáver se encoge sobre sí mismo. Un grito brota de la masa de porteadores cuando desenvaina su espada. El otro se vuelve con la mirada estupefacta bajo su sombrero. No tiene tiempo de nada; ni de un grito ni de una parada. Con el puño prieto en la cazoleta de su espada, como una bala lanzada por toda la potencia de su bayo, Gabriel le golpea el pecho con una fuerza inaudita.

Se oye un crujido de leña seca, y el hombre abandona su silla con las costillas quebradas.

Con el culo por encima de su cabeza, rueda por los lomos de su caballo y cae al suelo con un agudo lamento. Cuando intenta levantarse, con los ojos pasmados de incomprensión, unas gotas de sangre tiñen su saliva. Ve ante sí las dos botas de Gabriel y la mirada de un loco dispuesto a aniquilar el mundo. La hoja de Gabriel se apoya ya en su glotis con tanta fuerza que no consigue respirar, y apenas oye lo que el otro dice.

—¡Voy a rebanarte esa jeta de cerdo!

El hombre siente que el acero se abre paso en sus carnes. Con ambas manos, cortándose las palmas, agarra la espada de Gabriel para apartarla cuando otra voz retumba en el aire petrificado.

—¡Yo de vos no lo haría, don Gabriel! ¡Un solo movimiento y perderéis los sesos!

A Gabriel le basta con volver un poco el rostro para descubrir, a cinco pasos, la saeta de una ballesta que le apunta el pecho.

Por un segundo le domina el inmenso deseo de concluir su gesto: ¡escuchar, por fin, el chasquido que ponga fin a la vergüenza que le corroe desde hace tres días!

—Retroceded u ordeno que dispare —vuelve a aullar Almagro, que ha advertido su vacilación.

A caballo, detrás del balletero, don Diego le señala con el índice. Su cara, por lo común escandalosamente fea, esta roja de furor. Sus labios están de color violeta, y sus mejillas, aradas desde hace lustros por los ataques de la sífilis, parecen a punto de estallar. Su cuerpo es de una extremada delgadez, y las hinchazones y las grietas lo destrozan como un cráter.

A los pies de Gabriel, el hombre se arrastra gruñendo. Gabriel le deja hacer. La columna, junto a ellos, se detiene, y centenares de indios los observan, temerosos y distantes. Ni uno de ellos esboza un gesto hacia el cadáver que se vacía, lentamente, de una sangre negra.

Haciendo restallar la brida, Almagro lleva su caballo junto a Gabriel.

—¡Caguen Dios de mierda! —gruñe—. Pero ¿qué os ha pasado?

—Sois un demente, Almagro. Mirad a vuestro alrededor. ¡No hay un solo hombre sin cadenas o sin cuerda! Están reventando de hambre y de sed, pero ni una sola hora al día los liberáis de su carga. Llevan incluso a los potrillos en las literas. Llavea o hiele, por las noches los amarráis como bestias salvajes, sin nada para protegerse. Los

niños, al menos, son afortunados, ¡mueren tras una semana de este régimen! Por lo que a las mujeres se refiere, son violadas decenas de veces, hasta que sangran por la entrepierna. Quemáis las aldeas en cuanto sus habitantes quieren escapar, o desmontáis los techos de sus casas para cocinar vuestra sopa. Y ahora resulta que vuestros soldados se dedican a decapitar los cadáveres para ahorrarse, incluso, el trabajo de abrir el candado de las cadenas. Almagro, os lo digo yo, sois la podredumbre del mundo, algo que se leía ya en vuestro rostro. ¡Ahora vais dejando, a cada uno de vuestros pasos, vuestro hediondo rastro!

Gabriel se interrumpe, temblando de cólera. A cada palabra que pronuncia, las carcajadas de Almagro aumentan más aún, sacudiendo su cuerpo por entero. Una veintena de españoles, infantes o jinetes, se han reunido ahora a su alrededor y ríen también.

—¡Pobre alma buena! ¡Pobre pajarillo! —cacarea Almagro, multiplicando sus risas sarcásticas—. Oíd, caballeros, cómo este pisaverde quiere darnos lecciones. ¡Bueno! Hay que comprenderlo. De tanto lamerle el culo a don Francisco, el señor Gabriel se ha acostumbrado al perfume de rosas.

Dando un paso hacia adelante, con el brazo tendido y rígido, Gabriel apunta su espada contra la magra silueta de Almagro. De pronto se hace el silencio. En la cohorte de indios que hasta entonces contemplaban con cansancio la disputa, las miradas se hacen más agudas. Algunos jinetes, con los estiletes ya en la mano, espolean sus caballos para rodear a Gabriel. Con una sonrisa de desprecio, Almagro los detiene levantando la mano.

—¡Jamás —grita Gabriel dirigiéndose a todos—, jamás el gobernador se ha permitido semejantes violencias con el pueblo del Perú! ¡Almagro! Desde que llegasteis a Cajamarca, no habéis dejado de sembrar la vergüenza y la desolación a vuestro alrededor. Hicisteis trampas y mentisteis para obtener la muerte de Atahuallpa. ¡Sois una basura! Ruego para que exista un infierno en el cielo. ¡Un infierno del todo semejante al que hacéis reinar aquí! Y si Dios está vivo, os recibirá en él...

Fuera de sí, Gabriel está a punto de empujar la hoja, pero sus gritos parecen haber logrado que se desborde la náusea que le oprime desde hace un rato. Es presa del vértigo. Un sudor helado le cubre y le obliga a hincar la rodilla. Se apoya en la empuñadura de su espada como en un bastón. Ya sin fuerzas, con un hipo que le llena los ojos de lágrimas, se dobla en dos y vomita como si quisiera echar las tripas.

Por encima de él aumentan las carcajadas.

Con un pequeño roce de las espuelas, don Diego hace que su montura avance un poco y pone el tacón de su bota sobre su nuca.

—¡Gabrielillo! —ronronea—, creo que este viaje no está siendo bueno para vuestra salud. Vuestro corazoncito es frágil, y vuestra pequeña alma también. Por ese camino, mucho me temo que sea vuestro último paseo. Escuchad mi consejo: dejadnos andar por nuestro infierno e idos a respirar los perfumes del paraíso...

Gabriel calla entre risas y silbidos. Le embarga una sensación nueva, como un amargo brebaje, que, sin embargo, debe apurar hasta las heces.

Debe escuchar cada una de esas risas, nutrirse con cada una de las chanzas, sonreír a esos rostros de humanos devorados por los más innobles instintos.

Debe levantarse y beber la bilis que tiene en el fondo de su garganta, y tragarla como si fuera néctar.

La humillación es la madre de su fuerza.

Al galope, con la boca amarga aún, Gabriel remonta la columna hasta las literas de los grandes señores incas. Bajo la autoridad del sabio Villa Oma y de Paullu, el hermano preferido del Único Señor Manco, acompañan la columna e, incluso, se supone que la dirigen.

No hay ya, allí, cadenas ni rostros moribundos. Algunos guardias, con las túnicas tan impecables como si estuvieran en la plaza de Cuzco, intentan impedirle el paso con sus lanzas. Suena una orden y los guardias se transforman en escolta hasta la litera de Villa Oma. La cortina se aparta, al igual que la de la litera vecina. Gabriel reconoce el rostro fino y astuto de Paullu.

Los señores incas le observan con un mesurado asombro. Calmando su impulso y dominando su voz, Gabriel tiene la precaución de saludarlos antes de hablar.

—Sabio Villa Oma, en nombre del gobernador don Francisco Pizarro, vengo a pedirte que pongas fin a los sufrimientos que se imponen a la gente de tu pueblo en la columna. Es imposible continuar así hasta el sur. ¡Los hombres de tu pueblo habrán muerto antes de llegar! Puedo asegurarte que don Francisco, si estuviera aquí, nunca autorizaría semejante horror. Todo eso sucede contra su voluntad y contra sus órdenes.

La mirada del joven Paullu brilla fugazmente y se desvía. La del sabio permanece inmóvil. Solo hace pasar una bola de coca de un carrillo a otro, pero no hace un ademán ni emite una palabra como respuesta.

—Sabes de lo que estoy hablando —insiste Gabriel—. ¡Debes intervenir ante don Diego! Exige que los porteadores no sigan encadenados. ¡Pide que las mujeres y los niños puedan abandonar la columna! En nombre del Único Señor Manco...

Las oscuras pupilas del sabio se clavan en él de tal modo que Gabriel calla. A su alrededor no hay sino silencio.

Incómodo, golpeando con sus cascos, el bayo resopla. Gabriel se ve obligado a hacer que el caballo gire sobre sí mismo.

—¡Sabio Villa Oma! —prosigue con un temblor en la voz—, sé quién eres y tú me conoces. Estaba en Cuzco cuando el Único Señor Manco puso la *mascapaicha* en su frente. Sé que te designó como el segundo poderoso del Imperio de las Cuatro Direcciones. Y yo... soy un amigo de la *Coya Camaquen*. Te pido que me escuches: no es voluntad del gobernador Pizarro que tu pueblo sea maltratado. Y vosotros...

¡Oh señor Paullu, sabio Villa Oma!, ¿cómo podéis aceptarlo?

Pese a su cólera y su frustración, Gabriel adivina que el silencio se abre bajo sus palabras como un pozo sin fondo. Todos los rostros se han vuelto hacia él, indescifrables. Las miradas de los nobles, de los porteadores o de los guardias brillan de atención. Pero solo el silencio le responde.

Y luego, de pronto, mientras sigue el silencio, el sabio escupe jugo de coca, verde y espeso, entre los cascos del bayo. Chasqueando la lengua, ordena a los porteadores que reanuden la marcha y deja caer la cortina de su litera.

La noche es larga y fría, sin sueño.

Apenas alejado un cuarto de legua de la inmensa columna, se ha apoyado en una gran roca, al pie de un talud que le protege un poco del viento. Durante horas mantiene los ojos fijos en las antorchas, que lanzan fulgores rojizos sobre el vivaque de Almagro y sus hombres. Algunas brillan, también, en el extremo opuesto, ante las tiendas de los señores incas. Entre ambas, la noche es solo oscuridad, como si intentara, también ella, velar el sufrimiento y la vergüenza.

En lo más oscuro, cuando la luna desaparece, dejando entre la locura de las estrellas del sur un cielo tan opaco como la nada, Gabriel no puede evitar que su rabia y su impotencia le dominen. Poniéndose entre los dientes la vaina de su espada, para acallar sus gritos y que no lleguen demasiado lejos, maldice a Dios y a los hombres, maldice esta tierra y la vida misma.

Luego, en la mente, el rostro de Anamaya acude a él como si respirara un aire súbitamente purificado. Comienza a temblar por algo distinto a la cólera del ser humano aquí y en este día. Por un instante, su cuerpo se aligera como una sonrisa de paz; por un instante imagina que tiende el brazo y encuentra bajo su palma el cuerpo cálido y confiado de su amada.

Ahora llega el alba. Como una ola lívida, rueda por las enormes cimas del este. Tiene aún los ojos abiertos de par en par. Se estremece, de vez en cuando, bajo una manta que la humedad hace pesada. La hoguera que consiguió encender la víspera es solo cenizas. En la creciente frialdad del día, tendrá que decidirse. Tiene en sus manos la elección: puede proseguir ese camino del infierno, bajo las burlas y los golpes bajos; puede regresar a Lima, a «respirar los perfumes del paraíso» junto a don Francisco, como tan bien dijo el hediondo Almagro. Tanto en un caso como en el otro, tendrá que llevar la vergüenza en sus hombros.

A pocos pasos de allí, el bayo dormita. De vez en cuando, con las orejas inquietas, levanta un párpado y sacude las crines con los ollares temblorosos. Brillándole los ojos, ofrece entonces su lechosa testuz con la ternura de una caricia.

De pronto se tensa, con el espinazo erizado y las pupilas abiertas de par en par. Resopla girando sobre sí mismo justo cuando Gabriel percibe un crujido en los guijarros. Un paso ligero, que no quiere ser oído, roza las piedras. Bajo la manta,

Gabriel ha tomado ya la daga. Pero la forma surge a la izquierda cuando él la esperaba por el otro lado. El susurro le sorprende más aún.

—¡No tengas miedo, señor! ¡No tengas miedo!

Sin embargo, Gabriel está ya de pie, empuñando el arma.

Bajo el manto de un rojo oscuro, casi pardo, aparece una vieja mano de dedos retorcidos. Aparta la capa y descubre un rostro con tantas arrugas, una cara tan deformada por los años, que Gabriel no sabe, al principio, si se trata de un hombre o de una mujer. El rostro sonrío. La boca está ya sin dientes, pero los ojos, que se han vuelto grises como la nieve a fines de invierno, brillan.

—¡No tengas miedo, señor!

La capa se abre y la otra mano tiende un trozo de tejido atado por las cuatro esquinas.

—Es un poco de comida que he guardado para ti.

Pasmado, Gabriel toma el regalo y desanuda la tela. Hay allí un puñado de granos de maíz y algunas patatas, arrugadas y negras como el carbón por haber estado heladas durante mucho tiempo antes de ser cocidas.

—Gracias —murmura él—. Pero ¿por qué?

Una risa traviesa brota del viejo rostro, y Gabriel se dice que es una mujer.

—Porque ayer fuiste bueno y valeroso, extranjero. Vimos tu hoguera durante la noche, alejada de las demás. Y queremos decirte gracias.

—¿Queremos?

La anciana tiende su deforme mano hacia la columna.

—Todos nosotros... Todo el mundo lo sabe. Todo el mundo contó, por la noche, cómo te encolerizaste, cómo pediste que quitaran las cadenas y cómo fuiste a proponer al sabio Villa Oma que se opusiese a los tuyos.

—Entonces, tal vez puedas explicarme por qué el sabio Villa Oma ni siquiera me respondió.

La anciana vacila unos momentos. Su mirada hurga en la de Gabriel con una intensidad que le incomoda.

—Porque lo había ya decidido. Esta noche se ha marchado para liberar a nuestro Único Señor Manco y hacer la guerra a los extranjeros de Cuzco.

Un estremecimiento eriza el vello de Gabriel bajo su jubón.

—¿Qué estás diciendo?

—El Único Señor Manco está prisionero en Cuzco. El *chaski* lo anunció hace dos días. Los extranjeros son allí como los de aquí. Han puesto cadenas en el cuello del Único Señor.

—¡Dios del cielo!

Gabriel no se atreve a hacer la siguiente pregunta. Su mirada vacila en el arrugado rostro.

—¿Y la *Coya Camaquen*? —pregunta por fin—. ¿Sabes si la *Coya Camaquen* está prisionera también?



La anciana apenas sacude la cabeza. En su boca aparece una mueca.

—¿Quién es la *Coya Camaquen*?

Gabriel no responde. En un relámpago ve a Gonzalo y Juan acosando a Anamaya. Ve a Anamaya con las cadenas al cuello. Anamaya a la que...

No, no se debe abandonar a la imaginación. El camino es demasiado largo. ¡Se volvería loco antes de llegar!

Está ya doblando la manta y levantando la silla. El bayo se sacude en seguida y se acerca bamboleándose, como si estuviera esperando ese gesto.

—¿En qué dirección se ha marchado el sabio? —pregunta Gabriel, poniendo la manta de montar en los lomos del bayo.

El viejo rostro sonríe.

—Ha tomado una senda que da un rodeo, pero si sigues el camino que nos ha traído hasta aquí le alcanzarás fácilmente. Tendrás que llevarte, entonces, agua y comida. Te ayudaré a encontrarlas...

Cuando mete en la hebilla la correa ventral, Gabriel se vuelve frunciendo el ceño.

—¿Por qué te interesa tanto ayudarme?

—Porque me gustas.

—También tú me gustas, abuela. De verdad, eres muy bonita.

—¡Bonita, ah!

La anciana se ríe con una risa de muchacha.

Su carcajada le acompaña mientras ella se aleja y él acaba de ensillar el bayo.

Por primera vez desde hace días, la paz del alma está en él. La vida se ha abierto en plenas murallas del mal.

En fin, solo hay una cosa que hacer.

Aunque sea la peor de las locuras.

## HUCHUY QOSQO, DICIEMBRE DE 1535

La noche se acerca y hace fresco. Anamaya tiende las manos hacia la hoguera que ha encendido el enano. En la marmita de arcilla parda, la sopa se calienta poco a poco. El ácido perfume de las cebollas silvestres y de los tomates se mezcla con el aire húmedo.

A hurtadillas, Anamaya dirige la mirada hacia su fiel amigo. Cuando ha llegado a la aldea, hace un rato ya, temblando tras haber caminado dos días bajo la lluvia, ha creído que no lo reconocía. Todavía ahora, su rostro está deformado por un dolor que parece asolarle las entrañas.

Por debajo de ellos, en el crepúsculo, los altos muros rojizos de las *canchas* de Huchuy Qosqo parecen iluminarse en los ardientes verdes de los maizales y de los campos de patatas que cubren la meseta hasta el vertiginoso precipicio sobre el valle. En tiempos más normales, a Anamaya le gusta la regularidad apacible de esta ciudad suspendida entre cielo y tierra. Pero, desde esta mañana, parece que *Pacha Mama*, la amada Madre Tierra, sufre del mismo mal que el enano.

Al alba, una terrible tormenta hace temblar todo el valle de las Ciudades Reales.

Mientras que el cielo sobre sus cabezas solo estaba velado por la bruma, unas volutas negras y grises como la ceniza se han amontonado en los confines de la meseta, hasta el límite de los campos. En muy poco tiempo, todo el valle se ha transformado en un caldero que rebosaba un vapor llegado del Mundo de Abajo. Los bancales de maíz y de quinua, escalonados como alas de mariposa sobre las riberas del Wilcamayo, han desaparecido; más tarde, las laderas más empinadas, y por fin, el camino, casi vertical, que lleva a Huchuy Qosqo.

Y luego, de pronto, una onda de plata líquida se ha derramado por la nube opaca. Todos han oído el rugido de Illapa, aunque el estruendo del trueno haya llegado del corazón del valle y no del cielo, como de costumbre.

Hay murmullos entre los campesinos. Las mujeres han hecho que los niños entren en casa. Los poderosos y los sacerdotes de Huchuy Qosqo se han acercado a los muros que bordean el límite extremo de la meseta. Todos han tenido el mismo pensamiento: ¡de pronto veían el Mundo del revés!

La luz de Inti, tamizada por la bruma, bañaba los campos y las callejas de Huchuy Qosqo. Lejos, abajo, más allá del valle de las Ciudades Reales, iluminaba las grandes montañas del este. Pero, entre ambos, ese mar de nubes tan prodigiosamente nacido no dejaba de hervir, cruzado de cabo a rabo por ondas de luz plateada.

Y luego ha cesado. Las nubes se han levantado blandamente, enrollándose unas a otras en volutas que se han desgarrado muy pronto. Una tibia bruma ha invadido los campos. Mezclada con la llovizna, la niebla ha barnizado los muros de adobe de las

*canchas*. El cielo, en lo alto, se ha vuelto oscuro. Ha llovido sin cesar hasta avanzada la tarde.

Entonces ha llegado el enano, mugriento y agotado por haber andado durante una larga jornada por los malos senderos de la montaña.

Ahora el cielo está limpio de nubes. Solo el rostro del enano sigue atormentado. La propia Anamaya toma un bol de terracota y lo llena de humeante sopa.

—Come —ordena con dulzura—. Come, estás temblando de frío y de hambre. Luego me contarás.

Maquinalmente, el enano tiende sus manos de dedos infantiles para sostener el bol. Por unos momentos mira la sopa rojiza y olorosa. Después mueve la cabeza y levanta sus gruesos párpados.

—No —dice—, no puedo comer. Primero debo contarte...

Pero se interrumpe. Sus ojos, brillantes de fiebre, buscan los de Anamaya. Ella tiende la mano. Con la ligera yema de sus dedos roza la sien del enano. Él deja el bol en una piedra, junto al fuego, toma su mano y se la pone en la frente, como si pudiera hallar en ella la fuerza que le falta.

—Primero —murmura— le arrastraron por toda la ciudad de abajo. A él, al Único Señor Manco, le hicieron pasar ante el Coricancha con las cadenas al cuello. Luego, durante tres días, permaneció en lo alto de Colcampata con los hierros de los extranjeros en el cuello y los tobillos...

El enano calla como si las palabras que atraviesan su boca le envenenaran más y más a cada frase. Rechaza la mano de Anamaya y se encoge.

—Allí... Sí, le dejaron allí, a él, a nuestro Único Señor, con las cadenas puestas y el *unku* sucio y desgarrado. ¡Oh, Anamaya, llevó la misma túnica durante tres días! ¡Él, el Hijo de Inti, estuvo así ante los cuerpos secos de sus antepasados, ante los ojos de los habitantes de Cuzco! De la mañana a la noche, los extranjeros iban a reírse de él.

El enano calla de nuevo. Anamaya no se atreve ya a mirarlo. Clava sus ojos en las lejanísimas montañas. Las cimas nevadas ascienden en la oscuridad de la noche, y ella cree sentir su hielo en todo el cuerpo.

—Cuando le sacaron de Colcampata, toda la ciudad del puma gimió —prosigue el enano—. Le llevaron a la casa del demonio extranjero que quiso violentarte. Las siervas aullaron de espanto al ver cómo le trataban. Algunas huyeron, y otras utilizaron las armas de los extranjeros para degollarse o abrirse el pecho. Las concubinas acudieron para suplicar que trataran mejor al Único Señor. Como respuesta, los extranjeros rieron otra vez. Encerraron a las concubinas en un patio, ordenaron que les llevaran a Manco, con cadenas en todo su cuerpo y, delante de él, desnudaron a las mujeres. Ante los ojos del Único Señor, durante toda la noche, las forzaron y violaron. Al día siguiente, varias habían muerto: sus corazones se vaciaban entre sus piernas.

El enano respira entrecortadamente. Tiembla tanto que debe apoyarse en la estera

para no perder el equilibrio. No se atreve a mirar a Anamaya. Ella está tan inmóvil que podría creerse que va a quebrarse al primer movimiento.

De pronto, con un grito que es casi un sollozo, el puño del enano barre la olla de sopa, que se rompe. Con un siseo de vapor, el fuego se apaga.

—¡Lo metieron en una fosa y doce de ellos le orinaron encima! —susurra el enano.

—¡Ya basta! —ordena Anamaya, que se ha puesto en pie.

Parece que su rostro acaba de ser esculpido en un bloque de yeso.

Hasta hoy, la guerra ha sido como un lejano estruendo, el espectáculo, siempre ajeno, de miles de guerreros enfrentándose.

Ahora, la guerra está en ella.

Rodeado de antorchas, el oro del Hermano-Doble reluce en la noche. En el interior de un pequeño templo, la estatua tan deseada por los extranjeros descansa en un almohadón de tapicería lleno de algodón, que recubre una ancha piedra pulida. A sus pies, algunas hojas de coca se consumen en las ascuas de un brasero y difunden por la estancia su mareante perfume.

Cuando Anamaya entra, dos muchachas derraman en el suelo pétalos de cantutas, tras haber depositado la comida junto al Hermano-Doble. Con un gesto, Anamaya ordena que salgan.

Su mirada está vacía, su rostro carece de expresión. Dos fíbulas de plata sujetan en sus hombros una larga capa de lana, pero, de vez en cuando, un estremecimiento la recorre con tanta violencia que castañetean sus dientes.

Levanta la jarra de *chicha* y llena el cubilete de ceremonia, de madera pintada. Sin una palabra, lo levanta por encima de su cabeza. Clava su mirada en el rostro de oro del Hermano-Doble. Está tan impasible, tan cerrado, como el suyo propio.

En el momento de pronunciar la salutación a su esposo del Otro Mundo, su brazo cae. No derrama la *chicha* en el suelo; no se la ofrece. Estrecha el cubilete contra su pecho, y los párpados velan su mirada azul. En su boca, apenas entreabierta, las palabras se vuelven gruñidos.

—¿Por qué te he ofrecido bebida y alimento día tras día, ¡oh, poderoso Hermano-Doble, esposo mío!? ¿Por qué te he llamado y he murmurado mi pena si no la escuchas, Único Señor Huayna Capac? ¿Qué tenéis contra nosotros para infligirnos tan largo silencio? ¿Qué tenéis contra nosotros para permitir la vergüenza que, aquí, nos cubre a todos?

Calla por un instante. Vacila, tal vez sin advertirlo.

Su frente se frunce y sus labios se tuercen. Un ronco grito brota en la estancia con tanta violencia que, por un instante, parece que las llamas de las antorchas van a apagarse.

—¿Por qué nos abandonáis?

Anamaya da un paso, sin abrir los ojos, y sus manos se tienden. El cubilete de *chicha* se derrama sobre la estatua de oro, a la que agarra con un sollozo.

—¡Oh, poderosos del Otro Mundo!, ¿estáis aquí? ¿No escucháis nuestro amor y nuestros lamentos? ¿No advertís nuestro sufrimiento? ¡Oh, poderosos del Otro Mundo!: no pasa día sin que en todas partes y en todo os obedezcamos. Pensamos en vosotros al levantarnos y al acostarnos. Examinamos el vuelo de los pájaros y el curso de las nubes para conocer vuestros humores. Hacemos crecer para vosotros las mejores mazorcas de maíz. Os ofrecemos la sangre de las más hermosas llamas para que seáis felices y estéis orgullosos de nosotros. Para honraros, tanto en este mundo como en el Otro, os tejemos mantas de colores tan hermosos como un día de paz. Seguimos en todo vuestras leyes y vuestras voluntades. Y sin embargo, a cambio, ¡solo está vuestro silencio! ¿Teméis a los poderosos que gobiernan a los extranjeros? ¿Os habéis vuelto tan débiles como nosotros?

Las lágrimas no humedecen los ojos de Anamaya, pero el dolor y el furor tensan sus músculos como si fueran a desgarrarlos. Sin que pueda contenerse ya, sacude la estatua de oro del Hermano-Doble en su almohadón.

—¿Estáis aquí? —grita—. ¿Oísteis lo que dijo el enano? ¿Habéis visto a vuestro hijo Manco cerrando los párpados bajo los orines de nuestros enemigos?

Las palabras resuenan fuera del templo y atraviesan la noche transida e inmóvil.

—¡Oh, Único Señor Huayna Capac! —sigue suplicando—, tú que tomaste mi mano de niña antes de reunirte con Inti, ¡no me abandones! ¡No me vuelvas la espalda! No me dejes creer que estamos solos como niños perdidos en una montaña demasiado grande. ¿Permitirás que nos aniquilen en la guerra como nos aniquilaron en la paz? No dejes solo a nuestro pueblo frente al poderío de los extranjeros. Si he cometido alguna falta, yo, la *Coya Camaquen*, ¡que me convierta en cenizas!

Incluso el murmullo se desvanece en el silencio.

En el exterior del pequeño templo, los habitantes de Huchuy Qosqo se han reunido al escuchar los gritos de la *Coya Camaquen*. Ahora, como ella, tiemblan, y sus dientes se clavan en sus labios. Como ella, aguardan que el silencio se convierta en otra cosa.

Pero solo se oye el golpeteo regular del agua que gotea, sobre las losas, de los techos de *ichu*.

El alba no está ya lejos cuando decide abandonar el templo.

Las antorchas se han apagado, pero nadie se ha atrevido a encenderlas de nuevo.

La noche es aún densa y opaca; sin embargo, cuando cruza el umbral, Anamaya tiene que parpadear para protegerse de la luz.

Es algo breve como el relámpago.

Parece que la meseta, el valle de las Ciudades Reales y las montañas del este estén, de pronto, bañados por un sol duro y potente; que todo se vuelva liso y

polvoriento como una infinita llanura de sal blanca. Parece que el universo entero, súbitamente, se haya convertido en desierto; que la tierra sea ya solo una piel muerta y resquebrajada. No hay ya sombra, ni plantas, ni árboles; no hay ya ni un soplo de vida, ni siquiera un insecto.

Anamaya apenas siente que sus rodillas se doblan. No percibe el puño, pequeño pero fuerte, del enano cuando acude en su ayuda. No oye los murmullos cuando se derrumba. Solo ve cómo será el mundo de los humanos cuando haya muerto para siempre.

Y entonces lo divisa, a él, a Gabriel.

Tiene la piel negruzca y la ropa hecha jirones. Está lejos, en la infinita llanura, y luego muy cerca, tan cerca que puede percibir su ronco jadeo y descubrir sus mejillas agrietadas como cuero viejo, y sus labios hinchados y reventados. Ve sus pupilas devoradas por la blancura del mundo muerto. El sudor ha corrido por sus cejas, y el sol lo ha transformado en minúsculos cristales de sal. Ve sus manos con los dedos llenos de sangre coagulada. Y se balancea como un hombre en su último aliento, como un hombre que no lleva ya sombra a sus pies. Tiene la mirada perdida de la inconsciencia.

En el inmenso desierto que es ahora el mundo, sus pasos levantan un minúsculo polvillo que borra sus huellas. Y luego, de pronto, se bambolea y cae.

Ella grita.

Comprende, a la vez, que Gabriel se está muriendo y que los poderosos del Otro Mundo la han escuchado.

## DESIERTO DEL GRAN SALAR, DICIEMBRE DE 1535

Hasta donde le alcanza la vista todo es blanco.

Acaban de pasar el último collado. A sus pies, la ladera es empinada. El camino alcanza el inaudito valle en unas quince curvas muy cerradas. Luego, a la izquierda, alargándose y ensanchándose cada vez más entre las abruptas pendientes, el mar de sal desaparece más allá de su vista. Se ve blanco, duro, amenazador, como una puerta a la nada abierta frente al cielo.

—¡Lloc! ¡No es hora de ir!

El hombre de voz cascada que acaba de chapurrear estas palabras es la imagen de todo lo que rodea a Gabriel desde hace días. Es bajo, va muy sucio y su piel es negra de tanto como la ha quemado ya el sol. Lleva un casquete de colores desvaídos, del que brotan unos largos cabellos recogidos en trenzas enloquecidas por la mugre. Como atuendo, viste una túnica llena de manchas. Una larga cuerda de pelo de llama le rodea la cintura. Los músculos de sus pantorrillas y sus muslos se dibujan bajo la piel como si estuvieran en carne viva. Pero lo más extraordinario son sus pies, pies que se han adaptado a la forma de todas las piedras, de todos los caminos recorridos. En verdad, parecen más las patas de un animal que los pies de un hombre. Los dedos no son ya discernibles, y las uñas han sido arrancadas o devoradas por una carne tan gruesa que las grietas se abren sin ni siquiera sangrar.

Gabriel se encontró con él la víspera. Tras una semana corriendo en pos del sabio Villa Oma, debió reconocer que se había perdido.

Desde el primer día, cuando salió de Tupiza, y de modo incomprensible, la escasa ventaja que le llevaba el sabio no ha dejado de aumentar. Y sin embargo, solo le ha dado al bayo el descanso necesario. En una de las aldeas donde encontró algo de comida, le explicaron que el sabio exigía hombres por donde pasaba. Les ordenaba a todos que se dirigieran al norte. Así, con suficientes porteadores, viajaba tanto de día como de noche sin abandonar su litera, donde dormía y comía.

El primer pensamiento de Gabriel fue que aquella precipitación mostraba la gravedad de lo que ocurría en Cuzco y que la movilización que estaba llevando a cabo el sabio significaba la guerra.

El segundo pensamiento fue la desesperación. No podía ya esperar reunirse con Villa Oma y cruzar con él el Imperio sin demasiados riesgos. Dicho de otro modo, no podía ya esperar llegar junto a Anamaya lo bastante pronto. Muy al contrario: se arrastraría y remolonearía como una lombriz mientras que los hermanos Pizarro le hacían sufrir, sin duda, las peores atrocidades. ¡No lo dudaba! Lo que acababa de vivir durante semanas con los soldados de Almagro, no podía darle esperanza alguna. No pasaban horas ni días sin que terribles imágenes le asaltaran.

Se reprochaba, al mismo tiempo, su inconsciencia y su excesiva sumisión a don Francisco, que le había arrastrado demasiado lejos de la única fuerza de su vida: su amor por ella.

Soñó en cómo purificaría, por fin, el universo de Gonzalo. Soñó en volverse pájaro y librarse de esa lentitud de hombre que se clavaba en su impaciencia. Soñó que la alcanzaba, que recuperaba sus brazos y la dulzura de sus pechos, tan bella e intacta como el día de su despedida.

Entonces, contra toda razón, lanzó el valiente bayo al trote con más frecuencia de la debida, obligándolo a avanzar durante parte de la noche. Y así se perdió.

Hasta que el hombre sin edad, como un demonio brotado de su madriguera, apareció ante él al cruzar un roquedal.

Ese hombre le mira ahora con unos ojos tan negros como la noche y le pone en guardia una vez más, utilizando el quechua con unos gorjeos que lo hacen apenas comprensible.

—*¡Lloc!* Si vas, puedes llegar en seguida o morir en seguida. En verdad, basta con ver la inmensidad macilenta del mar de sal para suponerlo. El sol del alba alarga allí, desmesuradamente, las sombras de las montañas. Mucho más lejos, hacia el norte, el lívido horizonte que se confunde con la bruma matinal es tan curvo como el de un océano.

—¿Y dices que se necesitan tres días? —pregunta Gabriel por décima vez.

—Tres días si llegas, si el sol no te devora antes.

—Podría caminar de noche más que de día.

—Por la noche te pierdes.

—No, están las estrellas.

—Las estrellas no las ves. Por la noche, la sal atrae la bruma. No ves nada, te pierdes. Mueres. Y si durante el día la bruma se va por mucho tiempo, mueres también. El sol te devora.

Gabriel responde con una palmada al bayo, que se estremece como si comprendiera las palabras del indio.

—Tres días —prosigue Gabriel—. Y dices que si paso por la montaña necesitaré seis o siete...

—*¡Lloc!* Sí, siete y más, porque es la estación de las lluvias y los caminos se vuelven ríos; siete y más, pero estarás vivo.

—¿De qué va a servirme estar vivo si ella ya no lo está? Vamos allá, no perdamos más tiempo en palabrería. ¿Me guiarás?

Ha hecho la pregunta sin esperanza alguna.

Ante su sorpresa, el hombre inclina la cabeza.

—Estás más loco que yo —dice.

Y avanzan hacia el desierto de sal.



En el umbral del desierto, como si fuera un ritual para enfrentarse con los espíritus maléficos de un mundo aparte, se cubren los ojos.

El indio da el ejemplo. Moja su gorro con el agua de una de las cuatro jarras fuertemente atadas a la grupa del bayo, y luego se lo encasqueta hasta hacer que desaparezcan los ojos.

—Haz tú lo mismo, y hazlo también con el animal —ordena con su voz ronca—; si no, la luz del sol te agujerea los ojos y la cabeza se vuelve fuego.

Gabriel saca su última camisa de sus bolsas de arzón y la hace jirones, humedeciéndolos a su vez. El bayo no resopla demasiado, con los ojos ya doloridos por la reverberación. Sin embargo, está tan cómico con su improvisado vendaje que arranca una sonrisa a Gabriel. A su vez, este se envuelve la cabeza, dejando solo una mínima rendija para saber dónde mete los pies.

Luego, sin una palabra más, con la brida del caballo al hombro, sigue al indio, que avanza ya por el mar blanco.

Le bastan unos pasos para comprender que están entrando en un mundo prohibido a los humanos. Ese mar está tan inmóvil como si no existiera ya un solo movimiento en el mundo. Es rígido y cruje. Es un enemigo de todo lo que vive. Incluso las sombras parecen desgarrarse y dispersarse en los miles de cristales, a veces del tamaño de un puño, que se levantan como dagas.

La costra de sal se vuelve a veces terrosa y flexible. Eso da descanso, por unos momentos, a los pies que arden, aunque el olor que se desprende de esa tierra sea infecto, como si brotara del pútrido fondo de un lago. Luego, de nuevo, avanzan por la superficie dura, en la que resuenan los cascos del bayo. De vez en cuando, las grietas cubren la superficie cristalizada; algunas tienen la anchura de una mano. El caballo se hunde un poco, quebrando la endurecida costra de sal, como la superficie de un pan demasiado cocido.

Las sombras de las montañas se han retirado hace ya mucho tiempo. No hay ni un soplo en el aire. El indio se orienta sin lanzar jamás una ojeada a la derecha o a la izquierda. Flanquean, durante mucho rato, una isla rocosa erizada de cactus tan gigantescos que, por un instante, Gabriel cree ver en ellos una tropa de guerreros llegados de otro mundo. Luego, a uno y otro lado del mar blanco, las laderas de las montañas se alejan. Huyen hacia el horizonte, temblorosas y diluidas en la bruma de calor.

Antes de llegar al cenit, el sol se ha convertido en una hoja incandescente. En su mentón, en sus mejillas, bajo su barba que no se ha afeitado desde hace tres días, en todas partes donde la piel no queda protegida por el vendaje, Gabriel siente la quemadura de la reverberación, que se vuelve tan violenta como la de una llama. La tentación de tomar agua de una de las jarras es muy grande, pero consigue dominarla cada vez.

Y de pronto, sin decir nada, el indio se queda inmóvil. Lo hace tan repentinamente que Gabriel debe apartarse para que el bayo no choque con él.

Sin una palabra, el hombre gira sobre sí mismo, lentamente, como si verificara todos los puntos del horizonte. Finalmente mira a Gabriel. Levanta un poco su casquete y mueve la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunta Gabriel con la boca pastosa—. ¿No vamos en la buena dirección?

El hombre señala el cielo con un dedo.

—¡Lloc! ¡Demasiado sol!

—¿Cómo que demasiado sol? —exclama Gabriel, ensanchando la rendija de su vendaje.

—No hay bastantes nubes; no hay bastante bruma. El sol va a devorarnos.

Gabriel no parece comprender aún; entonces, las negras manos del hombre muestran la extensión del desierto y, luego, el cielo de un impecable azul.

—Hoy y mañana, y otra vez mañana —dice—, habrá demasiado sol. No atravesaremos el desierto. El sol nos devorará. Todavía podemos volver a la montaña antes de la noche.

—¡No! —gruñe Gabriel—. ¡Ni hablar! ¡Yo no puedo volver atrás!

El indio retrocede dos pasos y se encoge de hombros.

—También tu animal va a morir —advierte suavemente—. Si no hay nubes, nadie puede cruzar el mar de sal.

—Tienes miedo, eso es todo. ¡Yo lo cruzaré!

El hombre lo contempla unos instantes.

—A veces hay que tener miedo —murmura. Se encasqueta el gorro hasta los ojos, y añade—: Mañana, si Inti lo quiere, te mostrará una montaña como dos manos unidas por los dedos. Se llama *apu* Thunupa. Antaño, antes de ser montaña, era un hombre humano, hecho como los poderosos señores de Cuzco. Él indica el final del mar de sal. Pero es preciso seguir teniendo ojos para ver la montaña.

Tan repentinamente como se ha quedado inmóvil, sin un saludo, vuelve a ponerse en marcha. Esta vez se dirige, en línea recta, hacia las montañas del este, las que están más cerca.

Gabriel vacila. Sabe que el indio tiene razón. Sabe que, estando solo, le será más difícil aún cruzar el mar de sal. Pero se repite su única verdad: ¿para qué seguir vivo si ella ya no lo está?

La sombra del hombre que se aleja es muy corta. Se pregunta cómo puede caminar así, con los pies desnudos, por esa costra de sal cuando sus propios pies parecen hervir ya en sus botas.

Cuando el indio ha recorrido un centenar de pasos sin volverse, Gabriel acaricia con dulzura el cuello del bayo.

—Ven, mi buen amigo; ven —murmura—. ¡También lo lograremos solos!

Pero no se toma el tiempo de preguntarse si cree en lo que está diciendo.

Antes del alba reanudan la marcha por el blanco que espejea en la oscuridad. Las miríadas de estrellas que festejan en el cielo son un consuelo. Durante algunas horas hace incluso fresco bastante como para que Gabriel se atreva a montar el bayo, al que conduce orientándose por la Cruz del Sur. Luego llega la bruma. Gabriel piensa que el indio se ha equivocado; el sol no va a devorarlos. Cuando aparece entre las nubes es solo un disco blanco por encima del mar blanco.

Todo va bien, pues. El calor no es ya tan terrible y la reverberación es menos mortífera. Gabriel descabalga de nuevo y camina ante su bayo. Van bastante aprisa durante casi la mitad de la jornada.

La fatiga solo asciende, poco a poco, por los muslos de Gabriel cuando el disco blanco del sol va cayendo hacia el oeste. Al principio no es más que un dolor sordo y leve. Pronto, sin embargo, miles de agujas atormentan sus músculos y le hacen gemir. Debe detenerse por primera vez, e incluso tenderse unos momentos antes de proseguir, bajo la inquieta mirada del bayo.

Luego, de nuevo, tras menos de una legua, se detiene. El dolor es incomprendible. Es como si los músculos de sus muslos estuvieran anudados y fueran incapaces de relajarse ya.

Muy pronto debe detenerse tan a menudo que el bayo acaba poniendo su gran cabeza en la espalda de su dueño para empujarlo.

Y así oye, de pronto, un crujido en la costra de sal, y luego otro, mucho más terrible, cubierto por el relincho del bayo. La cabeza del caballo choca violentamente con la espalda de Gabriel y le hace rodar por el suelo; el animal se derrumba, relinchando de nuevo.

Atónito, de rodillas, Gabriel no encuentra fuerzas para levantarse. Lo que está viendo es la peor de las pesadillas.

La pata delantera derecha del bayo ha penetrado hasta el tendón en la costra de sal y se ha hundido en una mezcla de arena esponjosa. Se ha quebrado en seco.

—¡El bayo! —murmura Gabriel, quitándose el vendaje—. ¡El bayo!

Con los belfos levantados sobre unos dientes amarillentos, el caballo tensa el cuello con un gruñido de dolor que hace temblar sus ollares. En un esfuerzo postrero, intenta levantarse. Sus patas, sin embargo, se agitan en el vacío, mientras sus redondos ojos se asustan y contemplan la muerte. Cae como una piedra, sobre su flanco, con un gemido.

Saliendo por fin de su estupor, Gabriel se arrastra hacia él. Toma su cabeza cuando un terrible temblor recorre a su viejo compañero. El bayo resopla ahora con fuerza y rápidamente. Un ronco rugido hace vibrar sus grandes lomos. La sangre tiñe el suelo, bajo su pecho, y brilla en el polvo mate.

Solo entonces Gabriel comprende que el caballo ha caído sobre las jarras de agua salobre, rompiéndolas con su peso. Un fragmento de alfarería, cortante como un estilete, se ha clavado entre sus costillas y le ha perforado un pulmón. La sangre

mana ya de su boca.

—¡El bayo! —susurra Gabriel, atrayendo de nuevo hacia su pecho, la cabeza del caballo—. ¡El bayo! Ni siquiera tenías nombre, caballo mío, y ahora de nada sirve que te dé uno...

Parpadea el animal, y sus dulces ojos están ya vidriosos de resignación.

En una postrera y vana agitación, Gabriel olvida el dolor de sus muslos para quitarle la barbada y el bocado, liberando al caballo de su jaez. Pero la mirada del animal solo parece reclamar caricias. Un nuevo estremecimiento, de fiebre o de dolor, le hace temblar por completo.

Gabriel coloca de nuevo sus doloridos muslos bajo la cabeza del bayo. Durante largo tiempo, su palma pasa y vuelve a pasar por el morro, y se desliza entre las orejas, por la testuz.

Sabe lo que debe hacer, pero no se decide a hacerlo.

Toma la daga de su cinturón y la pone a su lado.

Se dice que tiene todavía algún tiempo, aunque sienta que el dolor de la asfixia domina la respiración del bayo.

Derrama lágrimas de sal. Su pecho se sobresalta de rechazo, de cansancio y de miedo.

Y luego lo hace sin pensar. Su mano se cierra sobre la daga y la clava en lo blando de la garganta.

En el instante de su liberación postrera, el bayo empuja tanto su cabeza contra el pecho de Gabriel que este cae hacia atrás, inundado por la sangre de su compañero.

Ha pasado otra noche. Ahora no sabe ya cuánto tiempo hace que camina.

Lleva encima, por todas partes, la sangre del bayo, coagulada como una costra que le protege del sol, pues el sol ha regresado y pretende devorarlo. Gabriel sabe que ha llegado la hora.

Sus labios están tan secos y dilatados que no siempre consigue respirar. Piensa que Anamaya le encontraría tan horrible que se apartaría de él.

Pero camina y no le duelen ya las piernas. Camina como si su cuerpo solo tuviera esa función. Sus manos cuelgan hinchadas como globos de tripa, abrasadas como si las hubiera metido en un horno.

De vez en cuando levanta un párpado y aparta la venda con un golpe de su muñeca. Cree, entonces, ver la recortada cima del Thunupa, ¡la montaña que fue un hombre humano! Pero sabe que no la alcanzará. El cuero de sus botas se ha rasgado sobre los filos de sal, y sus pies se están volviendo como los del indio que supo no acompañarle en su camino hacia la muerte.

«Estás más loco que yo», se repite a veces sin saber a quién le está hablando.

Entonces coloca ante sus ojos el rostro y el cuerpo de Anamaya, y camina. La mira sonriendo, y ella le sonrío.

—No puedo alcanzarte ahora, pero te aguardaré todo el tiempo que sea necesario. No olvides que te amo —le dice.

Ella inclina la cabeza y le responde que está bien, que no debe preocuparse.

—¡No olvides que eres el puma! —exclama Anamaya.

Él ríe y, de pronto, la ve en la verde hierba de la montaña Thunupa. Está lejos ahora y apenas discierne sus ojos mientras ella le tiende los brazos ante una casita de adobe ocre.

—¡No olvides que eres el puma y que siempre puedes liberarte! —sigue gritándole.

Él se dice que está loco y que debería recitar una oración para que Dios los salve, tanto a él como a ella; que tiene aún tiempo de orar y no ofender a Dios.

Pero escucha de nuevo el grito de Anamaya, que le llama; esta vez se halla mucho más cerca, como si solo estuviera a cincuenta pasos de él. No quiere creerlo, pero lo cree.

Su corazón empieza a latir lentamente, como si estuviese en paz.

Entonces abandona su larga, tan larga e inútil marcha. Con sus manos de monstruo, aparta la venda de sus ojos.

Como presentía, no está en una campiña de las laderas del Thunupa, sino en el mundo blanco e infinito. Con asombro descubre a lo lejos, sin embargo, en el fluido calor, un cortejo de negras siluetas que parecen venir a su encuentro. Las siluetas danzan, cantan y revolotean.

Sonríe y comprende. Son ángeles.

Siente, por fin, en su rostro el soplo del beso de Anamaya y, cuando se derrumba, sabe que ella estará allí, en el paraíso al que se dirige.

## HUCHUY QOSQO, FEBRERO DE 1536

Desde el alba, a centenares, cruzan el collado que domina Huchuy Qosqo. Con el escudo a la espalda, empuñando la maza estrellada, descienden entre los bancales de patatas en flor y llegan a los muros rojizos de las *canchas*. El roce de las sandalias de cuero de llama en las losas de las callejas resuena como un susurro llegado del corazón de la tierra. Tanto los señores como las siervas, tanto los ancianos como los niños, todos van a admirar sus túnicas del norte, del sur y de las lejanas llanuras arenosas de las riberas del océano.

En hilera, unos tras otros, van a reunirse en la gran terraza de las ceremonias que domina el valle. Muchos tienen el rostro severo, pero otros sonríen de felicidad. Algunos lucen las insignias y las lanzas de los generales; otros son solo jóvenes oficiales. La mayoría son oficiales que han combatido ya a las órdenes de los grandes generales de Atahualpa o de Huáscar. En este gran día que todos aguardaban desde hace mucho tiempo, olvidan las antiguas querellas.

El propio Inti es feliz al verlos. No llueve ya; el tiempo es suave y el cielo tan ligero como una alfombra de plumas. El humo de los braseros donde se consume la coca asciende hacia el cielo, al mismo tiempo que el Sol, Padre amado del Único Señor, se levanta por encima de las montañas.

Unas jóvenes vírgenes sirven a los recién llegados jarras de agua fresca y de leche de llama fermentada, fruta y tortas de maíz. En las cuatro esquinas de la terraza y alrededor de la piedra sagrada, a la que cada día se arrima Inti, los sacerdotes ofrecen cerveza sacra a la oscura tierra. Por fin, redoblan los tambores cuando el sabio Villa Oma y la *Coya Camaquen* avanzan por la terraza.

Llevando la pesada lanza de oro del supremo jefe de guerra, el sabio se ha puesto un *unku* púrpura y verde ornado con un solo motivo geométrico. Su casco de cuero cubierto de oro, coronado por un semicírculo de plumas blancas y amarillas, brilla como un segundo sol que arrojase sus rayos a las cuatro direcciones del Imperio.

Algunos jóvenes guerreros murmuran de orgullo viéndolo avanzar hacia la piedra del *ushnu*. Los tapones de oro que atraviesan los lóbulos de las orejas de Villa Oma son tan grandes y magníficos que hace años que no se han visto otros semejantes.

La *Coya Camaquen*, que camina junto al sabio, lleva también joyas que se creían desaparecidas en el perpetuo robo de los extranjeros. Sobre su túnica blanca y de su cinturón de fino tejido cuelga el pesado disco de oro de Inti. En su cabellera brillan las trenzas de oro de la serpiente Amaru, que, como ella, sabe viajar de lo visible a lo invisible.

Cuando Anamaya y Villa Oma se detienen frente a los centenares de hombres armados, suena prolongadamente una trompa de caracola. Su grave vibración

repercute en la montaña. Suena y suena con tanta fuerza que el eco hace repercutir sus llamadas hasta la lejanía y franquea el valle de las Ciudades Reales con el vigor de un halcón, mientras los guerreros doblan sus nuca ante los dos poderosos del Imperio de las Cuatro Direcciones.

Anamaya avanza hacia los guerreros de bustos inclinados y toma el disco de oro que pesa en su pecho. Lo levanta y, con voz fuerte, salmodia:

*¡Oh, Viracocha! ¡Oh, Inti!  
Padres poderosos del universo,  
Padres amados del devenir,  
¡escuchad nuestra llamada!  
¡Oh, Viracocha,  
en el cielo de abajo puedes ser!  
¡Oh, Inti,  
en el cielo de arriba puedes ser!  
¡Oh, Viracocha! ¡Oh, Inti!  
¡Padres amados del Origen,  
Señores de todos los poderosos,  
inclinad vuestras miradas hacia nosotros!  
¡Concedednos vuestra fuerza!  
¡Oh, Viracocha! ¡Oh, Inti!  
No tenemos más deseo  
que sentir vuestra presencia  
en el día que sigue a la noche.*

Hay un breve silencio. Luego, los guerreros se incorporan. Sus miradas inflamadas escrutan los pálidos ojos de Anamaya.

—¡Poderosos capitanes de los ejércitos del Tahuantinsuyu! —dice la mujer con voz firme—. Me satisface que hayáis respondido a mi llamada. He querido que escucharais de mi boca esta noticia: muy pronto, el Único Señor Manco será libre. Antes de la próxima luna, las cadenas que los extranjeros han anudado en su cuello y en sus tobillos caerán, y se apaciguarán sus sufrimientos. Muy pronto, antes de la próxima luna, Inti, su Padre, trazará la sombra de su cuerpo en el valle de las Ciudades Reales, donde se reunirá con nosotros...

El murmullo que ha rugido en los pechos mientras hablaba estalla. Un grito ronco y violento resuena en el aire matutino como el restallar de mil tiras de honda.

Villa Oma esboza una amarga sonrisa y deja entrever sus verdes dientes. Antes de que el aullido cese, se acerca a Anamaya. Con un breve gesto, les hace una señal a cuatro soldados que han permanecido al borde de la terraza. Los hombres acuden llevando una gran cesta. La abren y la vuelcan ante los guerreros.

Un jubón desgarrado, negro de sangre coagulada, un par de botas, una espada rota, ruedan por la rala hierba. Y luego, algo más: una masa extraña, clara y oscura,

dura y blanda a la vez. Villa Oma clava en ella su lanza.

Lentamente, con el rostro impasible, levanta el paquete de carne. Todos descubren la piel de un extranjero desollado vivo.

Los más viejos y más experimentados ni siquiera parpadean, mientras un soplo de espanto se desliza por el rostro de los más jóvenes. Anamaya aparta los ojos. Oculta, lo mejor que puede, la náusea que se apodera de ella cuando retumba la voz de Villa Oma.

—El hombre que llevaba esta piel hacía que los perros devoraran a nuestros hijos. Fue, entre los extranjeros, el primero que mancilló el Coricancha: ¡su nombre era Moguer! Sus gritos fueron dulces para mis oídos, pues apagaban las risas de quienes se atrevieron a humillar al Único Señor Manco. ¡Esta es la primera respuesta que les damos!

Con el rostro tan duro como el bronce de una hacha, Villa Oma pasa ante los guerreros y los obliga a mirar el horrible trofeo.

—Durante mi ausencia —prosigue con la misma voz—, la *Coya Camaquen* ha obtenido el apoyo de los poderosos del Otro Mundo. El Hermano-Doble de nuestro bienamado Huayna Capac se ha ofrecido para liberar a su hijo, el Único Señor Manco. Todos debemos estarle agradecidos. Aunque sea una mujer, se ha comportado como un guerrero. Pero mañana, cuando el Único Señor se reúna con nosotros en este valle, libre de nuevo en la luz de Inti, tendremos que ofrecerle la fuerza que le permita castigar para siempre a los impúdicos que lo mancillaron.

Con un movimiento de muñeca, Villa Oma hace girar la lanza. Los despojos van a caer ante los jóvenes oficiales.

—Yo, Villa Oma, segundo poderoso del Imperio de Tahuantinsuyu, declaro que antes del mes de *Incap Raymi* arrebataremos a los extranjeros la ciudad del puma. Purificaremos Cuzco con una gran batalla, para que nuestro Único Señor pueda volver a sentarse en su *cancha* y los cuerpos secos de nuestros antepasados recuperen la paz en el gran templo del Coricancha. A partir de hoy, cada uno de vosotros debe reunir los hombres y las armas que vamos a necesitar. Quiero que haya bastantes para cubrir todas las crestas de las colinas que rodean Cuzco. Quiero que, cuando llegue el día, los guerreros del Único Señor Manco formen alrededor de la ciudad un cerco tan sólido como una correa de piel de llama. Entonces apretaremos la garganta de los extranjeros y ninguno de ellos seguirá vivo.

Villa Oma imita, con sus manos, el estrangulamiento de un enemigo. Sin embargo, el estremecimiento que recorre a los guerreros no procede de su gesto.

Desde hace unos instantes, al otro lado del valle, un ondear se desliza de una montaña a otra. Cuando el sabio calla, el arco de los siete colores de Cuychu brilla. Se tensa de pronto, va a curvarse en lo alto del cielo antes de hundirse en la abrupta ladera que prolonga la meseta de Huchuy Qosqo. Permanece allí largo rato, espléndido y muy visible.

Entonces, todos juntos, tanto Anamaya como Villa Oma, tanto los habitantes de



Huchuy Qosqo como los guerreros, todos se quedan inmóviles, con las palmas abiertas ante su pecho, y admiran con respeto el arco iris, mensajero de los poderosos de la guerra.

—¡Te vemos, Cuychu, te vemos! ¡Bien venido entre nosotros, tú que nos das la fuerza y el júbilo del combate!

En la suave penumbra del pequeño templo, los reflejos de la fuerte luz del exterior dibujan una sonrisa en el rostro del Hermano-Doble. Tras haberlo contemplado largo rato, Villa Oma lanza una breve mirada a Anamaya, que dispone las ofrendas.

—*Coya Camaquen*, me satisface que estemos de nuevo reunidos para este gran momento —murmura—. Estoy muy orgulloso de ti. Lo que estás haciendo por Manco es inestimable.

Anamaya agita la cabeza con una mueca desenvuelta.

—Es solo el comienzo de una larga celada que estoy impaciente por ver finalizada ya. El hermano mayor del gobernador ha regresado de su país. Es él, ahora, quien manda a los extranjeros de Cuzco. ¡Es orgulloso y no escucha a nadie! Le dedica sonrisas al Único Señor porque quiere obtener oro. Hicimos llegar a Manco algunos jarros y vajilla: cuando los recibió, el hermano mayor del gobernador ordenó que le quitaran las cadenas a Manco. Enviamos, entonces, una estatua de Viracocha que los sacerdotes quisieron cedernos. Es tan grande como mi esposo, el Hermano-Doble, pero está hueca. Manco la ofreció a los extranjeros y se sintieron tan contentos que el Único Señor es ahora libre de ir y venir por la ciudad. Pronto le propondrá al hermano del gobernador que venga a buscar al Hermano-Doble, pues todos los extranjeros saben que es pesado y que está lleno de oro. Manco saldrá de Cuzco, pero solo volverá a entrar con nuestros ejércitos...

Su sonrisa es casi alegre.

—Hace mucho tiempo que solo pongo en práctica lo que tú me enseñaste, Villa Oma —añade.

La risa del sabio parece el crujido de la arena. Sus nerviosos dedos esbozan una caricia en la muñeca de Anamaya.

—Enseñé algunos rudimentos de mi saber a una niña extraña, que se llamaba Anamaya. ¡Hace mucho tiempo ya que la *Coya Camaquen* no es esa niña!

Anamaya parpadea y baja los ojos como si el cumplido de Villa Oma la sumiera en el desconcierto.

—¿Puedo hacerte una pregunta, sabio?

Los párpados de Villa Oma se entornan, y ella siente que se ruboriza bajo la mirada que le escruta.

—Pregunta, *Coya Camaquen*. No hay nada que yo sepa que no puedas saber tú también.

Ella está a punto de callar, pero la necesidad de saber es excesiva. La inquietud que ha corroído sus noches desde hace casi una luna le resulta insoportable.

—¿Le has visto? —susurra.

El rostro y el cuerpo de Villa Oma se tensan como la cuerda de un arco. Su boca ya es solo un cuchillo y sus ojos rendijas donde fulgura el furor.

—¿De quién me estás hablando, *Coya Camaquen*?

—Ya lo sabes. Estabais juntos en la ruta del sur y...

—¿Cómo te atreves?

—¡Villa Oma!

—¿Cómo te atreves? ¿Tú? ¡El día en que acabamos de decidir la guerra contra los extranjeros!

—Villa Oma, Gabriel no es un extranjero como los demás. ¡Es el puma!

—¡Cállate! No pronuncies aquí su nombre. ¡No mancilles este templo! Todos los extranjeros son iguales, *Coya Camaquen*, ¿lo ignoras acaso? ¡Todos, sin excepción! Los he visto durante días y días destruyendo a su paso todo lo que vive. Hombres, mujeres y niños, casas y animales, piedras y templos. Día y noche. ¡Son demonios, *Coya Camaquen*! ¡Y él igual que los demás!

—No. ¡No lo es! ¡Él es el que me designó el Único Señor Huayna Capac!

—Te equivocaste.

—Entonces, sabio Villa Oma, me equivoqué también al ver el cometa que designaba al Único Señor Atahuallpa. Me equivoqué cuando el Hermano-Doble me permitió designar a Manco como nuestro inca. Villa Oma, si me equivoco con Gabriel, si él no es el puma que debe conducirme, entonces me he equivocado desde la primera noche, cuando el Único Señor Huayna Capac sujetó mi mano.

El sabio lanza un escupitajo de verde jugo de coca en el umbral del templo.

—*Coya Camaquen*, ¡piensa lo que te convenga! Pero yo, jefe supremo de los ejércitos del Único Señor, te pongo en guardia: no se trata de que preserves a ese extranjero del castigo que le aguarda. ¡Procuraré que sea uno de los primeros en morir! Piensa en eso también, si eres aún capaz de hacerlo. Si engañas por él al Hermano-Doble, nos pondrás en peligro a todos. Portándote como una niña adúltera, que gime bajo las caricias, vas a destruir a Manco y todo el Imperio, hija Anamaya. Y si eso debe suceder, yo, Villa Oma, te destruiré antes de que no quede en este mundo un solo Hijo del Sol.

Anamaya le ve alejarse sin dirigirle una mirada, con la rigidez de toda la certidumbre que le anima.

«Confía en el puma».

Por primera vez se pregunta si no se habrá equivocado.

## LAGO TITICACA, FEBRERO DE 1536

Oye el ruido de cristales rotos, de vidrios que tintinean, gritos y risas. Luego, su cuerpo es presa del hielo. Todo se vuelve rojo. El dolor es muy fuerte, tanto como si fuera oprimido por las tenazas de una mesa de carpintero. Quiere protestar, pero su voz no produce sonido alguno.

Vuelve la noche y la paz con ella.

De nuevo, rojo por todas partes, como si nadara en su propia sangre. Tal vez esté naciendo porque hay un líquido que le sustenta, le envuelve y le protege. El rojo se hace más intenso. Oye de nuevo las risas y los cristales. El frío le ciñe con violencia las sienes, y entonces abre los ojos.

Castañetean sus dientes y cree que no podrá respirar. Sin embargo, tras una primera y larga bocanada de aire, la angustia se apacigua. Sus ojos ven de verdad. Lo que descubre es maravilloso. Demasiado pasmoso para ser cierto.

Todo es azul a su alrededor. Lo que le parecían cristales es una agua límpida. Está sumido en un mar helado e inmenso, metido entre unas montañas tan altas que ni siquiera consigue ver su cima.

Gabriel respira otra vez, temblando, y descubre veinte rostros que le escrutan, niños y mujeres, encantados y divertidos. Unos están zambullidos en el agua, como él, otros están de pie. Caminan, van y vienen, se inclinan y le tienden la mano. Cree haber llegado a un mundo sobrenatural y quiere levantarse para huir.

En el fondo del agua helada, sus pies chocan con piedras y arena; consigue ponerse en pie, vacilando. Las risas de los niños brotan y aumentan alegremente. Gabriel se da la vuelta. Ve la curva armoniosa de una playa de arena, una cala dominada por algunas casas. Hay árboles que parecen pinos; olivos, incluso. Por unos instantes piensa que ha regresado, en sueños, a su España natal. Su corazón palpita alegremente. Quiere correr hacia la ribera, pero sus músculos están demasiado débiles. Da tres pasos y se derrumba entre grandes salpicaduras y carcajadas.

Reuniendo todas sus fuerzas, se pone a cuatro patas; la barba se arrastra por las pequeñas olas que produce. Pero unas manos le ayudan y le sostienen. Son unas muchachas de largos cabellos ungidos de aceite y perfumes. Son muy reales y muy hermosas, y advierte que va desnudo como un gusano. Se debate, quiere cubrirse el sexo y provoca de nuevo las risas, mientras le llevan a la playa de arena fina.

Allí, un hombre bajo y corpulento le observa. Su mirada es apacible y amistosa.

Sus largos cabellos le barren los hombros. Sus manos son extrañamente grandes y poderosas. Le dirige un pequeño saludo con la cabeza cuando las muchachas tienden a Gabriel en la arena. Gabriel le reconoce por fin.

—¡Katari! —exclama con una voz que ni él mismo reconoce.

—Buenos días, amigo de la *Coya Camaquen* —responde con dulzura Katari.

—Te lo ruego, dime en qué mundo estamos.

Katari, sin contestar, abre su mano derecha y muestra en su palma una piedra negra. Con un movimiento de muñeca, lanza la piedra en vertical. Durante algunos segundos parece suspendida en el aire, como si no quisiera caer. No obstante, vuelve a su palma.

Gabriel le mira y abarca con los ojos el paisaje.

Es un lugar de aquí y de otra parte; un tiempo de ahora y de entonces. Katari le sonrío.

—Bien venido al mundo —dice con dulzura.

Gabriel está tendido sobre varias mantas finamente tejidas que forman una mullida yacija. Una mujer le unta, pacientemente, el cuerpo con un unguento que da flexibilidad a su carne y caldea sus músculos, que se han fundido como la nieve al sol.

Están al aire libre, un poco por encima de la playa donde recuperó el conocimiento. Lo que está viendo le provoca una profunda emoción. Una bahía que parecería una pequeña cala del Mediterráneo si decenas de bancales, de muros perfectos, no se ciñeran a sus pendientes y repliegues.

Extrañas barcas encuentran allí protección contra el viento. Algunas son pequeñas; otras, concebidas como balsas, resultan lo bastante grandes como para que puedan reunir una docena de personas. Algunos pescadores van y vienen en ellas, como si caminaran sobre la propia agua, como creyó Gabriel cuando estaba medio inconsciente aún. Pero lo más sorprendente son los cascos y las velas. No son de madera ni de tela, sino de un hábil ensamblaje de briznas de caña amarilla.

Lo que a Gabriel le pareció el mar es, en realidad, un lago, pero un lago tan inmenso que sus riberas, en ciertos lugares, desaparecen de la vista. Al norte, difuminándose en una blancura de bruma, el horizonte esboza una curva, como en el océano. Al este, las empinadas laderas de las más altas montañas que Gabriel haya visto nunca trazan una ribera abrupta y árida, mientras las cimas con sus nieves eternas espejean apaciblemente en su superficie. Al oeste y al sur, tan lejos como alcanza la vista, las laderas están cubiertas por miles de bancales de cultivo.

Hasta las más altas crestas, sin interrupción alguna, forman un fabuloso tapiz de verdes, cuyos pliegues, sedosos y suaves, se sumergen dulcemente en el abismo azul del lago. En verdad parece que estas montañas no hayan nacido de la voluntad divina, sino que, bancal tras bancal, muro tras muro, un hormiguero humano las haya levantado hasta el cielo.

Esa grandeza y esa hermosura son tan pasmosas que Gabriel, olvidando las caricias del masaje que devuelve su cuerpo a la vida, las contempla fascinado, sin estar aún seguro de haber despertado.

—Este lago se llama Titicaca —explica Katari, acucillado a pocos pasos de él—. Aquí nació el mundo que Viracocha deseaba. Las montañas que estás viendo, las más altas, las más fuertes, *apu Ancohumá*, *apu Illampu*, son los primeros seres vivos que nacieron aquí. Hoy, los Señores-Montañas te han visto volver a la vida. Están contentos.

Gabriel observa a Katari por unos instantes, para estar seguro de que no está burlándose de él. Pero el dueño de las piedras de los incas contempla las cimas nevadas con la mayor seriedad. Maquinalmente, sus dedos juegan con la piedra negra que lleva siempre en las manos.

—Aquí —continúa— estás en una isla. La misma en la que Inti, el día de su nacimiento, puso sus pies al salir del lago, antes de saltar hacia el cielo. Hay otra isla, allí, detrás de la colina. Es una isla más pequeña: nuestra Madre la Luna descansó también el día de su nacimiento. ¡Igual que tú en estos momentos!

Por primera vez, Gabriel adivina cierta ironía en el tono y la mirada de Katari. La joven que le cuida, sin andarse con superfluos pudores, frota ahora con tanta fuerza sus nalgas que le parece ser un bebé al que preparan para los pañales.

—¿Realmente tiene que palparme de ese modo? —pregunta.

—Es mejor así —se divierte Katari—. Has estado lunas sin caminar, sin mover el menor miembro. Si quieres estar de pie muy pronto sin demasiado dolor, hay que frotar con fuerza. Pero no temas por tu pudor, hace tiempo que esta sierva te ve desnudo...

Gabriel rechaza la sonrisa y la mano de la sierva, que pretende confirmar lo que acaba de decirse.

—Katari, ¡tengo que ir en seguida a Cuzco!

El dueño de las piedras suelta una risita.

—No podrás antes de una luna, por lo menos. Ya no tienes caballo para que te lleve. Tendrás que caminar. Necesitarás todas tus fuerzas.

—No es posible; tendré que marcharme antes...

—Si piensas con preocupación en la *Coya Camaquen* —dice con dulzura Katari—, no temas. Está bien. Vive en una ciudad de las montañas que los extranjeros de Cuzco ignoran.

Gabriel se incorpora para mirarlo mejor. La joven abandona por unos instantes su masaje.

—Has dicho «los extranjeros de Cuzco». Katari..., ¿lo haces para dejarme al margen y no herir mi orgullo? Nadie sabe más que yo hasta qué punto son malvadas esas personas. Hay locura, ahora, en aquellos a quienes el gobernador Pizarro trajo hasta aquí. El oro y la sangre se han convertido en su único deseo, en su único pensamiento, en su única razón de vivir. Ya nada saben del bien y del mal. No saben ya lo que es bestial o humano. Es una locura que me aterroriza y que, te lo aseguro, no es la mía.

—Les he observado —dice sobriamente Katari—. Son peores que animales, pues

los animales no conocen la crueldad inútil; los animales ignoran la esclavitud y solo matan para alimentarse... Pero es cierto, no eres como ellos. Si lo fueras, no serías lo que eres para la *Coya Camaquen*.

—Te lo agradezco.

—Sé lo que es bueno y lo que es malo para el Mundo de aquí, que es el mío.

—Habrá guerra, ¿no es cierto?

—Sin duda.

—Anamaya debe alejarse de Cuzco —murmura Gabriel.

Katari mueve la cabeza.

—¡No! La *Coya Camaquen* no puede alejarse del Único Señor Manco. Va a liberarlo. Luego lo ayudará a hacer la guerra. Hoy, Anamaya es la única orientación, en este mundo, para el Hijo del Sol. Solo ella sabe ya escuchar la voluntad de los poderosos antepasados. Villa Oma, al que tú perseguías, no es un sabio ya: es solo un guerrero sediento de venganza.

Por un instante, Gabriel permanece en silencio, intentando comprender todo el sentido de las palabras del dueño de las piedras. Una cosa lo apacigua, al menos: ¡Anamaya está viva y lejos de los hermanos del gobernador!

—¿Cómo me salvaste? —se sorprende, de pronto, Gabriel—. ¿Cómo lo hiciste para encontrarme en aquel desierto de sal?

La risa de Katari es casi tierna.

—¡Eso podrás agradecerérselo a ella! Ella vio dónde estabas y que la sal iba a darte muerte. Un *chaski* me lo advirtió y salí a tu encuentro. Cuando te encontré, tu sueño te conducía al Otro Mundo. Ha sido necesario tenerte aquí varias lunas para que tu alma no te abandonase.

—¿Y dormí durante todos estos días? —murmura Gabriel, incrédulo—. Tengo la sensación de que solo ayer cerré los ojos. Recuerdo el instante en que caí. Recuerdo la muerte de mi bayo y mi sombra que no quería avanzar. Recuerdo también la sed y las quemaduras, y...

Mira sus manos, sus brazos. Siente sus hombros, que la joven sierva sigue y sigue frotando, haciéndolos brillar de aceite bajo el sol, y no cree lo que está viendo.

—Mi piel está intacta —ríe, nervioso—. Estoy intacto, como si todo hubiera sido un sueño y nunca hubiese atravesado ese monstruoso desierto de sal.

Las oscuras pupilas de Katari brillan, divertidas. Abre de nuevo su mano y lanza al aire la piedra negra. Una vez más, Gabriel cree verla suspendida en el aire, antes de que caiga de nuevo en la palma.

—Has dormido varias lunas —confirma—. Era preciso para que sanaras, pues la sal había comenzado a desecar tu cuerpo desde el interior, a convertirte en cuerpo seco. Si hubieras estado despierto, el dolor habría sido tan insoportable que habrías muerto, como si tu corazón estallara. Entonces te hice beber las hierbas que hacen dormir. Lenta, lentamente, te devolvimos el agua. Hasta hoy, cuando tú mismo has salido del lago...

La risa de Katari es la de un hombre orgulloso de haber salvado una vida. Hace un gesto y la sierva abandona, por fin, su masaje. Le tiende a Gabriel un *unku* amarillo. Él se pone la túnica. Como su barba se atasca en la abertura del cuello, la muchacha lo ayuda con unas eficaces caricias.

—Voy a tener que afeitarme —masculla, turbado, Gabriel—. Detesto llevar barba.

—Entonces, todas las mujeres de la isla van a llorar —bromea Katari—. Tu rostro cubierto de hilos de oro les gusta mucho. Imaginan que eres un don de las montañas y que, muy pronto, todos los hombres serán como tú. Si pierdes tus pelos, tendré que sanarlas de un mal mucho más grave que el tuyo.

Gabriel sonrío por fin. Tiende su mano al dueño de las piedras.

—Te debo mucho, amigo Katari. No sé si podré devolvértelo...

Katari toma con firmeza su mano.

—Nada hay que devolver, ni en este Mundo de aquí ni en el Otro Mundo. Solo hay que dar, amigo mío; dar sin fin.

Katari tiene razón en todo.

Cuando Gabriel se afeita la barba, durante más de una semana las mujeres del poblado se deshacen en lágrimas y ocultan el rostro con sus manos al cruzarse con él. Por lo que a andar se refiere, debe limitarse, primero, a diez pasos; luego, a veinte o cincuenta. Queda entonces tan molido y agotado como si hubiera trepado a un collado.

Solo después de diez días, consigue rodear el lago durante una hora sin excesivos dolores. Muy pronto, sus paseos le llevan a los maravillosos lugares de la isla. Descubre la vasta explanada que domina la playa de su renacimiento. Los árboles suavizan su perfil y los rebaños de llamas pastan allí en una grandiosa paz.

Lentamente, comienza a percibir también el extraño poder de las altas montañas del este. Sus pliegues y gigantescas cumbres, surgidas de la inmovilidad del lago, parecen en reposo, pero también a la espera de un movimiento prodigioso, que podría arrastrar la Tierra entera a la noche del universo.

Después de dos semanas, Gabriel llega, por fin, al collado que domina la isla y descubre, estupefacto, el paisaje del oeste. Aquí no hay ya una sola llama, ni un solo bancal de maíz o de patatas. La vegetación es escasa y rala. El viento abrasa, por todas partes, los matorrales, las hierbas e, incluso, las piedras, que lima y lustra incansablemente.

De vez en cuando, sin nunca acercarse por miedo a despertar una excesiva curiosidad, divisa al otro lado de la isla la gran roca sagrada y el templo de Inti, adonde se dirigen los días de fiesta los habitantes de las orillas del lago.

Día tras día, sus paseos se alargan. El recuerdo de Anamaya le domina por completo. Su necesidad de encontrarse con ella se hace insaciable. Con los ojos

clavados en el horizonte del lago, intenta reconstruir cada parcela de su cuerpo y, luego, cada uno de los instantes que han vivido ya. En el viento procedente del oeste, quiere respirar su perfume, encontrar las inflexiones de su voz. No mira ya a ninguna de las mujeres de la isla, para vivir solo con la imagen de ella que ha reconstruido.

Por la noche, en sus sueños, ella aparece con una presencia cuya falta es dolorosa y brutal cuando despierta, sobresaltado, con sus brazos asiendo la noche fresca.

Extrañamente, la propia isla parece capaz de proteger ese amor por ella, que, a veces, lo paraliza y hace que sus piernas tiemblen mucho más que la fatiga. Se ve entonces aquí, en esta paz, viviendo cada uno de los instantes de su existencia con Anamaya, en una casa de la playa, culminando por fin lo que un hombre y una mujer deben realizar cuando el amor los une.

Y eso se convierte en una especie de rito. Cada crepúsculo va a sentarse en una piedra frente a la inmensidad del Titicaca e imagina lo que podría ser su vida en el esplendor de este lugar.

Un anochecer ve, de pronto, que el cielo se llena de franjas de un verde brillante. Un estremecimiento de temor lo petrifica. ¡Pero ve lo que ve! El sol acaba de desaparecer tras las crestas del oeste, una nube púrpura envuelve las montañas, pero, en lo más alto del cielo, largas franjas verdes avanzan oscureciéndolo. Se yergue como si fuera a brotar otro signo de un cambio en el mundo. Y da un respingo de espanto al oír, a su espalda, una voz que canturrea con dulzura.

*El Sol,  
la Luna,  
el día y la noche,  
la primavera y el invierno,  
la piedra y las montañas,  
el maíz y la cantuta.  
Nada existe en vano, ¡oh, Viracocha!  
Cada cual va, desde las riberas del Titicaca,  
a ocupar el lugar que Tú le has designado.  
El Universo es tu deseo, Viracocha,  
y tu deseo se ha realizado en las riberas del Titicaca.  
Aquí, ¡oh, Viracocha!, sostuviste el bastón del Origen,  
aquí, en el Titicaca, estoy con mi alma doble,  
la de abajo y la de encima,  
¡oh, Viracocha!, es tu voluntad,  
el que se aleja del Titicaca  
está ya en el camino de regreso.*

La que ha pronunciado estas palabras no es sino la sierva que tan bien se ha ocupado de él durante las últimas semanas. Le sonrío, pero su mirada es triste. Señala con el dedo el cielo donde las franjas verdes se retiran ya.



—Cuando el cielo se vuelve verde —dice— es que Viracocha hace el don de la paz a los seres humanos. Viracocha te ama y te lo ha dicho.

Toma la mano de Gabriel y la aprieta con dulzura.

—Es hora de que partas, extranjero. El lago comienza a enseñarte lo que tus ojos no consiguen ver aún. Algún día sentirás el deseo de regresar, pues, aunque tu piel sea blanca y tus cabellos de oro, Viracocha te ha reconocido. Sales de su bastón del Origen y un alma de abajo te espera aquí.

Tras esas extrañas palabras, apretando con la suya la mano de un pasmado Gabriel, sigue canturreando.

*El Sol,  
la Luna,  
el día y la noche,  
la primavera y el invierno,  
la piedra y las montañas,  
el maíz y la cantuta.  
¡Oh, Viracocha!, es tu voluntad,  
el que se aleja del Titicaca  
está ya en el camino de regreso.*

## CALCA, ABRIL DE 1536

Desde hace dos días, en los templos de Calca, los sacerdotes y los adivinos multiplican las preguntas a los augures. Se quema coca numerosas veces. Los corazones de las llamas, blancas y negras, se consultan por la mañana y al anochecer. En la torre de piedra que rodea la *huaca*, fuera de la ciudad, quienes cuentan el tiempo rehacen sus cálculos sin fatigarse. En los almacenes, los anudadores de *quipus* manipulan sus haces de cordones mientras los generales designados por Villa Oma contabilizan los batallones reclutados, las cantidades de armas y víveres reunidos en los tambos secretos.

Desde hace dos días, la *cancha* real es una febril colmena. Las siervas preparan cien manjares distintos, las vírgenes disponen montones de suntuosas túnicas en la reserva, las esposas y las concubinas cuidan su belleza y comprueban hasta la curvatura de sus pestañas.

Desde hace dos días, en Calca, los hombres, las mujeres y los niños, de cualquier condición que sean, no comen ya y se limitan a beber agua.

Pues, desde hace dos días, el Único Señor Manco es libre.

Y esta mañana, en el alba que blanquea, suenan las trompas en el valle. Desde las laderas que rodean Calca, todos pueden ver el cortejo que se forma alrededor de la litera del Único Señor, las cien vírgenes que barren el polvo de su camino, las otras cien que cantan, los tambores que redoblan y los mil guerreros, con impecables atavíos, con el arco o la maza en la mano, que le siguen.

Entonces, en la *cancha* real, Anamaya da la orden de colocar al Hermano-Doble en el centro del patio. Las ofrendas se disponen a su alrededor: la coca, el alimento y la *chicha*.

Luego, los poderosos señores de Cuzco y de las provincias van a saludar el rostro de oro del Hermano-Doble antes de colocarse a los lados del patio, cada uno de ellos tras una pesada piedra rectangular. Y más tarde, también las esposas y las concubinas se colocan en hileras, alejadas del trípode real, colocado sobre un largo *cumbi* con adornos trenzados con pelo de murciélago.

Cuando cada cual está ya donde debe estar, los rostros se ven llenos de orgullo. Nunca, desde que Manco recibió la *mascapaicha*, se había desplegado tanto fasto. En este instante, a todos les parece que el esplendor del Imperio de las Cuatro Direcciones se ha restaurado, tan intacto como si los extranjeros nunca hubieran puesto un solo dedo de sus pies en la tierra creada por Viracocha.

El rostro de Anamaya está lleno de luz, y todos sus gestos, preñados de una nobleza que da fuerza y orgullo a los combatientes.

Pero su corazón es un lago de espera y melancolía, que ella consigue ocultar a

todos.

Antes de que el sol llegue al cénit, las trompas y los tambores resuenan entre los muros de Calca. En el patio real, las esposas y las concubinas se prosternan, inmóviles. Luego, los poderosos señores y los generales deben tomar las pesadas piedras depositadas a sus pies. Las colocan sobre sus hombros y, así inclinados, aguardan la llegada del Único Señor Manco. Anamaya hinca, a su vez, las rodillas y pone sus palmas en el suelo, con la nuca inclinada.

Los cantos de las vírgenes cesan. Por última vez, suenan las trompas y redoblan los tambores.

Un inmenso silencio cae sobre la ciudad, y todos contienen la respiración.

Es un silencio tan grande que todos, en el patio, perciben el roce del finísimo *cumbi* de Manco cuando abandona su litera; luego, el siseo de las plumas que las vírgenes agitan sobre las losas ante los pasos del Único Señor.

Y todos oyen sus palabras cuando toca el hombro de Anamaya.

—Levántate, *Coya Camaquen*. Levántate y mírame.

Anamaya se pone de pie. Contiene sus lágrimas al descubrir a Manco, vivo y por fin libre. Al principio le parece tan luminoso como el propio sol, y el oro de su casco y de su túnica tan espléndido como el del Hermano-Doble.

—¡Soy tan feliz al verte, Único Señor! —exclama—. Te he echado de menos. Todos te hemos echado de menos.

Manco esboza una sonrisa y se aparta para contemplar a todos los poderosos doblegados bajo su carga de piedra. Entonces, a Anamaya le sorprende su rostro.

Le parece, de pronto, tan oscuro como la noche. Ha adelgazado. Sus mejillas están hundidas y sus labios se han vuelto finos. Unas delicadas arrugas se dispersan alrededor de sus párpados. Sus ojos son los de un hombre cuyo corazón se ha alejado tanto que la vida apenas llega a sus pupilas.

De ese rostro se ha borrado todo lo que fue el joven, vivaz y fogoso Manco, que ganó, cierto día, la gran carrera del *huarachiku*.

En ese rostro, los extranjeros han dejado la terrible huella de las humillaciones y el helado soplo del odio.

Levanta la mano, y sus dedos se posan en la mejilla de Anamaya. Ella se estremece ante ese contacto y debe contener un movimiento de retroceso.

—También yo soy feliz al volver a verte, hermana Anamaya. Sé que te debo mucho.

Las palabras son cálidas, pero el tono sigue siendo frío y distante. A espaldas de Manco, Anamaya adivina la atenta mirada de Villa Oma.

Manco cesa en su caricia.

—Me encuentras cambiado, ¿no es cierto? —susurra.

—No —responde Anamaya con una vacilación—. Solo necesitas descanso, Único

Señor, buena comida y un poco de paz.

El rictus de Manco es cruel.

—Te equivocas, *Coya Camaquen* —dice—. He cambiado y solo necesito hacer la guerra.

—La guerra solo te esperaba a ti, Único Señor.

Le sonrío, pero se siente más sola que nunca.

—¡Anamaya!

La primera vez que la llama, Anamaya no oye el susurro del enano.

La luna está en el cielo desde hace mucho tiempo. La *cancha* real resuena con los ruidos de la fiesta. Los señores beben mucho, prometiéndose fidelidad y fuerza en el combate. Y beben también para mofarse de sus enemigos. Gritan más que hablan, sobre todo cuando cuentan las antiguas batallas y las grandes victorias de los antepasados.

Retirada a un lado del patio, Anamaya solo los ve de lejos, pero, a la luz de las antorchas, sus rostros resultan, sucesivamente, infantiles y terribles.

—¡Anamaya!

Se vuelve por fin y descubre la pequeña silueta en la esquina del edificio. Con la mano, el enano le indica por señas que se acerque.

—¿Por qué te ocultas? —le pregunta.

—No es necesario que me vean —murmura el enano, tomándola por el borde de la capa—. Inclínate para escucharme.

—¿A qué viene tanto misterio?

—¡Inclínate!

Obedece con un suspiro algo cansado y acerca su rostro a la altura del enano.

—Está aquí —susurra.

Anamaya da un respingo. Se reprocha el pensamiento que ha cruzado por su cabeza. Con las sienes palpitantes, se obliga a fruncir el ceño.

—¿De quién estás hablando? —pregunta.

—De él. Está allí.

El enano ríe con picardía, pero ella se obstina en no entenderlo.

—¡No te hagas la tonta! —gruñe al fin—. Está allí; él: el puma.

Ella aprieta la mano del enano como si sus piernas no pudieran ya aguantarla. Cierra los ojos.

—¿Dónde? —pregunta en un soplo.

—Lo he metido en un almacén de lana. Es el lugar más seguro. Te llevaré.

El enano se vuelve hacia una especie de cesta depositada al pie del muro.

—Te he traído una capa negra. Te verán menos cuando salgas de la *cancha*.

Anamaya le sujeta del brazo.

—Chimbu...

—Princesa, ¡debe de ser muy grave cuando me llamas por mi nombre!

—Tengo miedo.

Duda por unos instantes de que sea él.

Va vestido con una túnica amarilla y un pantalón campesino. Un gorro de cuatro puntas del Titicaca cubre sus cabellos rubios, que lleva muy cortos.

Cuando está todavía a cierta distancia, se quita el gorro y ríe nerviosamente.

—Las ropas son extrañas —murmura—, pero me han permitido llegar hasta aquí sin demasiadas molestias. Lo más difícil ha sido llamar la atención del enano...

Anamaya no oye estas palabras porque la risa de Gabriel le barrena ya las entrañas con una llama de felicidad. En unos pocos pasos, pierde toda la rigidez de la *Coya Camaquen*, en la que se ha encorsetado durante toda la jornada.

Él ríe aún cuando ella le ciñe con sus brazos. Con su boca apaga esa risa y se funde en su calidez.

Casi con brutalidad, ella aparta los brazos, se separa y lo contempla a la escasa luz de un candil de aceite. A su vez, se echa a reír como una loca, rozándolo con pequeñas caricias y girando a su alrededor.

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo! —repite.

Ahora es él quien la abraza. Pone sus labios en su boca, en su garganta y en su pecho, como si quisiera alimentarse con su piel y su perfume por todos los siglos venideros.

—Sí, estoy vivo, pero fuiste tú la que me dio la vida. ¡Yo estaba ya muerto! —susurra entre besos.

Pasan las manos por el rostro del otro como si tan larga separación los hubiera dejado ciegos. Pero el deseo, contenido e imaginado durante tanto tiempo, les inflama las entrañas y hace más bruscas sus caricias. Anamaya le quita la túnica a Gabriel, y sus dedos recorren la marca de su hombro.

—¡Puma, puma! —gime.

Entonces, él la levanta y la lleva hasta un montón de lana en bruto. No acaba de descubrir, otra vez, su cuerpo, retazo a retazo. No dejan de unirse, de entremezclarse, carne a carne, vientre a vientre, aliento a aliento.

Para ellos, a lo lejos, en un lago rodeado de montañas, Katari lanza una vez más su piedra negra hacia el cielo oscuro y permanece, así, suspendida en el aire, deteniendo el tiempo para que su amor encuentre un abrigo imposible.

Más tarde recuperan una timidez de jovencitos y se ayudan, entre las caricias, con palabras; cada uno de ellos cuenta los meses pasados y las penas soportadas. La gravedad oprime sus pechos, pero ambos quieren mantener aún la ligereza de su felicidad.

—El enano me ha contado todo lo que os sucedió en Cuzco a Manco y a ti... — declara finalmente Gabriel.

Ella no responde, pero cierra los ojos y une sus dedos a los de él para acompañar y mejor ofrecerse a sus caricias en sus tensos pechos, su vientre y sus muslos.

Gabriel la deja hacer unos instantes. De pronto cierra la mano y detiene la de Anamaya.

—Sé lo de Gonzalo —susurra—. Sé lo que se atrevió a hacer. Te prometo que voy a matarlo.

—Casi se ha borrado ya de mi ánimo —responde ella—. Está olvidado. Nunca sucedió.

Pero las lágrimas brotan de sus labios. Gabriel las bebe a pequeños lametones.

—Creo saber quién es el puma —dice cuando la emoción le atraviesa ya el pecho—. Lo vi...

Anamaya calla.

—Lo vi en las sombras y al sol, en la noche y en las piedras. Lo vi en el lago donde nacieron vuestras leyendas y vuestra historia, y donde yo mismo conocí mi segundo nacimiento. Encaminándome hacia ti, he comprendido que el puma estaba en mí, que yo era el puma... Y he dejado de tener miedo.

Anamaya prolonga su silencio. Nada de lo que pudiera decir añadiría algo al universo. Y sin embargo, nada de lo que él dice apacigua, realmente, esa soledad que está ahora en ella, como desde siempre.

—Nos marcharemos —asegura él con los ojos brillantes—. He regresado para llevarte conmigo y huir del caos. Nos instalaremos en la isla del Titicaca. Allí encontraremos la paz y nadie destruirá nuestra felicidad, ni los Pizarro ni Manco...

Ella se pone rígida y dirige un momento los ojos hacia las sombras. Luego, una extraña risa hace vibrar su garganta, como un sollozo. Sin una palabra, toma el rostro de Gabriel, lo besa largo rato, hasta que el deseo renace. Esta vez se le ofrece con más lentitud, como si pudiera abolir todas las realidades del mundo visible y convertirse en un lago de promesas.

La noche se eterniza, pero después de la noche llegará el alba a la cresta de las colinas.

La noche no terminará nunca, pero la noche terminará muy pronto.

Están tendidos uno junto a otro, mejilla contra mejilla, desnudos y perfectos.

—Debo permanecer junto a Manco —dice finalmente Anamaya.

—¡No!

El grito ha brotado de su boca, y ella lo apaga con una dulce mano.

—Gabriel, vamos a hacer la guerra. Debemos hacer la guerra, de lo contrario muy pronto no quedará nada de los Hijos del Sol.

Gabriel no la mira.

—No puedes quedarte aquí, a mi lado, porque Villa Oma quiere matarte —sigue diciendo ella.

Gabriel inclina la cabeza, y una cruel ironía le llena los ojos de lágrimas.

—¡Vengo a ti lleno de amor y me expulsas! ¡He hecho todo ese camino, ese largo camino, y me expulsas! ¡Te digo las palabras que son lo más profundo de mí mismo y no significan nada para ti! Me hablas de guerra y respondes a la locura de los míos con la locura de los tuyos...

Ella vacila. Toma su capa negra y cubre con ella los hombros de Gabriel.

—Eres el puma; eres el único hombre que puede tocarme, tanto aquí como en el Otro Mundo.

—¡Pero tú preferirías que me fuese al otro!

—¡Te lo suplico, basta!

Gabriel es presa de un temblor que no puede controlar; sus movimientos son los de un niño inconsolable. Ella quiere estrecharlo, pero él la rechaza, colérico. Cuando Anamaya le suelta, él la agarra del cuello y la abraza, la estrecha, la acaricia... Luego la rechaza con brutalidad, como si necesitara esa violencia para deshacerse de las palabras que le abrasan el pecho.

—¡No podéis ganar esta guerra! Sois débiles y vuestro mundo está terminándose. Nuestra conquista es injusta: lo sé. La acompañan unos horrores que me avergüenzan: lo sé también. Pero vais a perder como perdisteis en Cajamarca y en otros lugares... ¿No lo comprendes?

—Debemos hacer esta guerra, pues las montañas y nuestros antepasados nos necesitan para no ser arrastrados por la nada. Y yo tengo que estar junto a Manco cuando combata, porque es mi lugar.

Gabriel se levanta con un rugido de rabia. Aparta la cortina que cuelga ante la abertura del almacén. El frío le hace temblar.

—Entonces tendremos que luchar uno contra otro.

—Tú no estás obligado —murmura ella.

—Si tu lugar está junto a Manco y no junto a mí —responde Gabriel con repentina dulzura—, es que soy un extranjero como los demás. Mi lugar está, pues, con los extranjeros.

Se observan largo rato, transidos. Ambos buscan la esperanza en la mirada del otro.

—Debo hacer esta guerra —murmura por fin Anamaya, con la voz endurecida—. ¡Debo hacerla! De lo contrario no habría valido la pena que el Único Señor Huayna Capac hubiese tomado mi mano.

Una extraña calma se apodera de Gabriel. Toda su cólera se retira como el mar cuando llega la hora.

—Lo comprendo —dice con extremada dulzura—. No sé lo que quiere decir, pero lo comprendo en lo más profundo de mí, y lo acepto.

Esa dulzura conmueve a Anamaya más que los gritos, más que las palabras de

rebeldía. En ese instante, él es realmente el puma, aquel a quien ella esperaba. Cuando se separan, están tan cerca como dos seres que solo eran uno en el lago de los orígenes y que vuelven a encontrarse tras haber cruzado mares de olas y estrellas.

—Espero —dice él—, espero contra toda razón y contra esta guerra... Es cierto que es difícil, tan difícil... —Su voz se quiebra y debe aclararse la garganta para proseguir—. Es muy difícil separarse de ti tras haber hecho todo este camino para encontrarte...

—Te amo.

Gabriel inclina la cabeza con los ojos anegados de lágrimas. Se acerca a ella, y es él, esta vez, quien toma su rostro para darle un largo beso en la boca.

Más tarde, en las horas sombrías, en el fragor de las batallas, entre el silbido de las piedras y las flechas, cuando pierda hasta el sentido de la vida, conservará, contra la soledad y la desesperación, la dulzura de los labios de ella al decir esas palabras, la certidumbre sin lógica de que, detrás del fin, una vez más, hay otro nacimiento.



# GLOSARIO

ACLLAHUASI	Residencia de las damas elegidas ( <i>acllas</i> ).
ANACO	Túnica recta y larga hasta los tobillos que llevan las mujeres.
APU	Palabra quechua que significa «señor». Se antepone, en general, al nombre de las cumbres montañosas, que son divinidades protectoras.
BOLEADORAS	Arma arrojadiza. Consta de tres cuerdas de cuero con una piedra atada al cabo de cada una, y una vez lanzada se enrolla alrededor de las patas de los animales.
CANCHA	Patio. Por extensión, el conjunto de tres o cuatro edificaciones que lo encuadran y forman la unidad habitable.
CHACO	Gigantesca cacería en forma de batida.
CHAQUIRAS	Pequeñas cuentas de concha rosa ( <i>mullas</i> ) reunidas en un collar o tejidas en las vestiduras ceremoniales.
CHASKI	Corredores encargados de transmitir los mensajes mediante un sistema de relevos.
CHICHA	Bebida ceremonial; cerveza fermentada elaborada casi siempre a base de maíz.
CHUÑO	Patatas que han sido sometidas a un proceso natural de deshidratación para que puedan conservarse durante varios meses.
CHUSPA	Pequeña bolsa, tejida con motivos simbólicos religiosos, que contiene las hojas de coca.
COLLCAS	Edificio de una sola estancia, de forma circular o rectangular, destinado a la conservación de alimentos, tejidos, armas o demás objetos valiosos.
COYA	Título de la esposa legítima del inca de todos los incas.
CUMBI	Tejido de muy alta calidad, la mayoría de veces confeccionado en lana de vicuña.
CURACA	Soberano local o jefe de comunidad.
CURIGINGA	Pequeño falcónido, cuyas plumas blancas y negras adornaban el tocado del Único Señor.
GACHA	Sopa o papilla a base de cereales o de féculas, que constituía el plato principal de la alimentación medieval.

HATUNRUNA	Significa «campesino» en quechua.
HUACA	Significa literalmente «sagrado». Por extensión, cualquier santuario o residencia de una divinidad.
HUARA	Calzón. Los muchachos jóvenes lo recibían durante el rito de iniciación, llamado <i>huarachiku</i> .
ICHU	Hierba silvestre que crece en las montañas, cuya paja se utiliza generalmente para cubrir los tejados.
INTI RAYMI	Una de las principales ceremonias del calendario ritual inca, en ocasión del solsticio de invierno.
KALLANKA	Edificio alargado, provisto de aberturas que suelen dar a la plaza de un centro administrativo.
LLACOLLA	Capa que llevan los hombres.
LLAUTU	Larga trenza de lana de colores que se enrolla en la cabeza para formar un tocado.
LLICLLA	Capa que llevan las mujeres.
MASCAPAICHA	Junto al <i>llautu</i> y las plumas de <i>curinginga</i> , esta especie de franja de lana que cae sobre la frente forma el tocado emblemático del Único Señor.
MULLUS	Conchas de la costa del Pacífico, de color rojo o rosado. Tanto en estado natural como trabajado, su uso está íntimamente ligado a los rituales religiosos.
PACHACUTI	Gran conmoción que anuncia la llegada de una nueva era.
PANACA	Linaje. Descendencia de un soberano inca.
QUINUA	Cereal andino muy rico en proteínas.
QUIPU	Conjunto de cordeles con nudos de colores que servía de soporte mnemotécnico para los inventarios.
TAMBO	Especie de posta colocada a intervalos regulares en las rutas del Imperio, donde el viajero podía obtener lecho, cubierto e, incluso, ropas a cargo del Estado.
TIANA	Banco pequeño, símbolo del poder, cuyo uso está exclusivamente reservado al Único Señor.
TOCAPU	Motivo geométrico, de significado simbólico, que adorna las vestimentas de los incas.
TUMI	Cuchillo ceremonial, cuyo filo de bronce es perpendicular al mango.

TUPU	Larga aguja de oro, plata, bronce o cobre, cuya cabeza está trabajada y permite cerrar la <i>llacolla</i> o <i>lliclla</i> .
ÚNICO SEÑOR	Título del soberano inca.
UNKU	Túnica sin mangas y larga hasta las rodillas que llevan los hombres.
USHNU	Pequeña pirámide situada sobre la plaza de una población inca, reservada a los representantes del poder.
VISCACHA	Roedor de la familia de las marmotas, provisto de una cola parecida a la de la ardilla, que vive en los peñascos.

# Notas

[1] «Yo te saludo, gran ciudad de Cuzco». <<